



CARDENAL ROBERT SARAH

CON NICOLAS DIAT

La

FUERZA
DEL
SILENCIO

FRENTE A LA DICTADURA DEL RUIDO



PALABRA

Cardenal Robert Sarah
con Nicolas Diat

La fuerza del silencio
Frente a la dictadura del ruido



Título original: La force du silence By Cardinal Sarah with Nicolas Diat

© Librairie Arthème Fayard, 2016

© Ediciones Palabra, S.A. 2017

Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)

Tel.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39

www.palabra.es

palabra@palabra.es

© Traducción: Gloria Esteban Villar

Diseño de portada: Roxanne Mei Lum

Fotografía de portada: El Panteón, Roma (© IStockphoto)

Diseño de ePub: Rodrigo Pérez Fernández

ISBN: 978-84-9061-533-1

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares de Copyright.

ÍNDICE

Prológo

I. El silencio frente al ruido del mundo

II. Dios no habla, pero su voz es nítida

III. El silencio, el misterio y lo sagrado

IV. El silencio de Dios Ante el azote del mal

V. Como un grito en el desierto El encuentro en la Grande Chartreuse

Epílogo

Bibliografía

*A Benedicto XVI, buen amigo de Dios,
maestro de silencio y oración.*

*A Mons. Raymond-Marie Tchidimbo,
antiguo arzobispo de Conakri, preso
y víctima de una dictadura sangrienta.*

*A todos los cartujos desconocidos
que llevan casi un milenio buscando a Dios.*

*Así pues, ¿qué nos grita esa avidez y esa impotencia,
sino que hubo otrora en el hombre una verdadera dicha,
de la cual solo le queda ahora la señal y el rastro
totalmente vacío, y que él trata inútilmente de llenar
con todo lo que lo rodea, buscando en las cosas ausentes
el auxilio que no consigue de las presentes, auxilio del cual
son todas incapaces, porque el abismo infinito solo puede ser
llenado por un objeto infinito e inmutable,
es decir, por Dios mismo?*

Blaise Pascal, Pensamientos

*¡Oh, dialecto de mi aldea interior,
dulce hablar de mis campos imaginarios,
jerga ribereña de mi río invisible,
lengua de mi país, de mi patria espiritual!
¡Oh, idioma más querido que el francés,
oh, mi silencio! Yo te hablo y te recito.
Mil veces te canto para deleite de mi alma
y como a órganos triunfales te oigo resonar.*

Jean Mogin, Pâtures du silence

PROLÓGO

¿Por qué ha querido el cardenal Sarah dedicar un libro al silencio? Hablamos por primera vez de este gran tema en abril de 2015. Volvíamos a Roma después de pasar unos días en la abadía de Lagrasse.

En este magnífico monasterio, entre Carcasona y Narbona, el cardenal visitó a su amigo el hermano Vincent. Destrozado por una esclerosis múltiple, el joven religioso sabía que estaba llegando al final de su vida. Inmovilizado en plena juventud, clavado al lecho de la enfermería, condenado a implacables protocolos médicos, hasta el aliento más débil le suponía un ímprobo esfuerzo. El hermano Vincent-Marie de la Resurrección vivía ya en esta tierra inmerso en el gran silencio del Cielo.

El primer encuentro tuvo lugar el 25 de octubre de 2014. Ese día marcó profundamente al cardenal Sarah, quien descubrió de inmediato a un alma ardiente, a un santo escondido, a un buen amigo de Dios. Imposible olvidar la fuerza espiritual del hermano Vincent, su silencio, la belleza de su sonrisa, la emoción del cardenal, las lágrimas, el pudor, los sentimientos encontrados... El hermano Vincent era incapaz de pronunciar una sola frase, pues la enfermedad había acabado privándole del uso de la palabra. Solamente podía alzar la mirada hacia el cardenal. Solamente era capaz de mirarlo fijamente, dulcemente, amorosamente. Los ojos teñidos de púrpura del hermano Vincent tenían ya el color de la eternidad.

Ese día soleado de otoño, al salir de la pequeña habitación donde los canónigos y los enfermeros se turnaban incansablemente con una abnegación extraordinaria, el padre Emmanuel-Marie, abad de Lagrasse, nos llevó a los jardines del monasterio, junto a la iglesia. Necesitábamos recobrar el aliento para aceptar la voluntad silenciosa de Dios, ese plan oculto que se llevaba inexorablemente a un religioso joven y bueno, con el cuerpo martirizado, a orillas desconocidas.

El cardenal regresó varias veces para orar junto a su amigo el hermano Vincent. El estado del enfermo no paraba de deteriorarse, pero la calidad del silencio que sellaba el diálogo de un ilustre prelado y un sencillo canónigo crecía de un modo cada vez más sobrenatural. Cuando se encontraba en Roma, el cardenal llamaba con frecuencia al hermano. Uno hablaba con dulzura y el otro guardaba silencio. Unos días antes de morir, el cardenal Sarah habló una vez más con el hermano Vincent. Pudo escuchar su

respiración, ronca y discordante, los embates del dolor, los últimos esfuerzos de su corazón, y darle su bendición.

El domingo 10 de abril de 2016, cuando el cardenal Sarah asistía en Argenteuil a la clausura de la exposición de la túnica sagrada de Cristo, el hermano Vincent entregó su alma a Dios rodeado del padre Emmanuel-Marie y de su familia. ¿Se puede comprender el misterio del hermano Vincent? Después de tantas pruebas, el final del camino fue apacible. Los rayos del paraíso atravesaron sin ruido las ventanas de su habitación.

Durante sus últimos meses de vida el joven enfermo rezó mucho por el cardenal. Los canónigos que se ocupaban en todo momento del hermano están convencidos de que siguió con vida algunos meses más para cuidar mejor de Robert Sarah. El hermano Vincent sabía que los lobos estaban al acecho, que su amigo le necesitaba, que contaba con él.

Esta amistad nació en el silencio, creció en el silencio y continúa existiendo en el silencio.

Los encuentros con el hermano Vincent eran una pizca de eternidad. Nunca dudamos de la importancia de cada minuto que pasamos junto a él. El silencio permitía elevar cualquier sentimiento a su estado más perfecto. Cuando teníamos que dejar la abadía, sabíamos que el silencio de Vincent nos haría más fuertes para enfrentarnos a los ruidos del mundo.

Ese domingo primaveral en que el hermano Vincent se reunió con los ángeles del Cielo el cardenal quiso ir a Lagrasse. Reinaba una enorme quietud en todo el monasterio. El silencio del hermano habitaba los lugares que le eran familiares. Aunque no resultaba nada fácil pasar junto a la enfermería desierta...

En el coro de la iglesia donde el cuerpo del hermano reposó varios días sonaba la hermosa oración de los canónigos.

Un cardenal africano acababa de llegar para enterrar a un joven religioso con quien jamás pudo conversar. El niño de la sabana guineana hablaba en silencio con un joven santo francés: una amistad única e inquebrantable.

Sin el hermano Vincent, *La fuerza del silencio* no habría existido nunca. Fue él quien nos mostró cómo el silencio en el que le había sumergido la enfermedad permitía penetrar aún más profundamente en la verdad de las cosas. Las razones de Dios suelen

ser misteriosas. ¿Por qué quiso probar con tanta dureza a un joven feliz que no pedía nada? ¿Por qué una enfermedad tan cruel, tan violenta, tan dolorosa? ¿Por qué ese encuentro sublime entre un cardenal llegado a las cimas de la Iglesia y un enfermo encerrado en su cuarto? El silencio dio el toque final a esta historia. El silencio tuvo la última palabra. El silencio fue el ascensor hacia el Cielo.

¿Quién buscaba al hermano Vincent? ¿Quién vino a llevárselo sin una sola palabra? Dios.

Para el hermano Vincent-Marie de la Resurrección el programa era sencillo. Se resumía en tres palabras: Dios o nada.

Hay otra etapa que marca esta amistad espiritual. De no ser por el hermano Vincent, de no ser por el padre Emmanuel-Marie, nunca habríamos ido a la Gran Cartuja.

Cuando germinó la idea de pedir al padre general de la Orden cartuja que participara en este libro, el proyecto nos parecía casi imposible. El cardenal no quería perturbar el silencio de la Gran Cartuja y las palabras del padre general son contadas.

Aun así, el miércoles 3 de febrero de 2016, a primera hora de la tarde, nuestro tren se detuvo en la estación de Chambéry...

Un cielo gris se aferraba a las montañas que rodean el pueblo. La tristeza del invierno parecía encastrar el paisaje y a los hombres en un pegamento viscoso. Cerca del macizo de la Chartreuse se desató una tormenta de nieve que cubrió el valle de un blanco perfecto. Pasada la puerta del Puente, en el célebre camino de san Bruno, el camino se hace difícilmente practicable.

Junto a los altos muros del monasterio nos cruzamos con el maestro de novicios, el padre Seraphico, y varios monjes jóvenes que volvían del espaciamento. Al pasar el coche del cardenal, se volvieron para dirigirle un discreto saludo. Luego el automóvil se detuvo delante de un largo edificio solemne y austero: habíamos llegado a la Gran Cartuja. Los copos de nieve se arremolinaban y el viento se precipitaba entre los pinos, pero el silencio envolvía ya nuestros corazones. Atravesamos lentamente el patio de honor para dirigirnos al gran pabellón de los priores, construido por dom Innocent le Masson en el siglo XVII, que se abre al imponente claustro de servicios.

El 74º reverendo Padre general de la Orden de los cartujos, dom Dysmas de Lassus, recibió al cardenal con una sencillez especialmente conmovedora.

En el corazón de esta geografía mística toma cuerpo desde el año 1084 el sueño de soledad y de silencio de san Bruno. En *La Grande Chartreuse, au-delà du silence*, Nathalie Nabert habla de una aleación sin igual: «La espiritualidad cartujana nace del encuentro de un alma y un lugar, de la coincidencia entre un deseo de vida retirada en Dios y un paisaje, *Cartusie solitudinem*, tal y como la describen los textos antiguos, en el que el aislamiento y la belleza salvaje llamaban a una soledad aún mayor, lejos de “las sombras fugitivas del siglo”, que permite pasar “de la tempestad de este mundo al descanso seguro y tranquilo del puerto”: así es como Bruno de Colonia, en el atardecer de su vida, habla de ese deseo imperioso en la carta dirigida a su amigo Raúl le Verd para llamarlo al desierto».

Enseguida, tras una conversación que no superó los cinco minutos, llegamos a nuestras celdas. Desde la ventana de la habitación donde me instalé podía contemplar el monasterio, revestido de su manto blanco, acurrucado en la imponente vertiente del Grand Som, más bello que todas las imágenes que han construido el mito inalterable de la Gran Cartuja. La larga y solemne sucesión de edificios formaba una línea impecable; y luego, más abajo, las casas de obediencias.

Raramente se pueden atravesar las puertas de la ciudadela. En este lugar inspirado se entrecruzan la larga tradición de las órdenes eremíticas, las tragedias de la historia y la belleza de la creación. Pero esto no es nada al lado de la profundidad de las realidades espirituales: la Gran Cartuja es un mundo donde las almas se han abandonado en Dios y para Dios.

A las cinco y media, las vísperas congregaron a los cartujos en la iglesia conventual, íntima y sombría. Para llegar a ella había que atravesar pasillos interminables, fríos, solemnes, en los que yo no paraba de pensar en las generaciones de cartujos que habían apresurado el paso para asistir al oficio. La Gran Cartuja es la casa de los siglos, la casa sin voz, la casa santa.

Recordaba también el desalojo turbulento y cargado de odio de los religiosos acaecido el 29 de abril de 1903, después de que se aprobara la ley de Émile Combes relativa a la expulsión de las congregaciones religiosas, que revivía las lúgubres horas de la Revolución y la salida forzosa de los cartujos en 1792. Conviene reflexionar sobre esta profanación y sobre la entrada en el antiguo monasterio –después de hacer pedazos las pesadas puertas de entrada– de un batallón de infantería, seguido de dos escuadrones de dragones y cientos de zapadores. Magistrados y soldados penetraron en la iglesia; uno a uno, fueron levantando a los padres de sus sillas del coro y los condujeron afuera de los muros. Los enemigos del silencio de Dios triunfaron rodeados de vergüenza. De un lado,

los partidarios encarnizados de un mundo liberado de su Creador; de otro, los fieles y pobres cartujos cuya única riqueza era el hermoso silencio del Cielo.

Esa tarde de febrero de 2016, desde la tribuna principal, contemplaba las sombras blancas, encapuchadas, que iban ocupando sus sillas. Los padres no tardaron en abrir los enormes antifonarios que les permiten seguir las partituras de los textos vespertinos. La luz fue haciéndose cada vez más débil mientras se sucedían los cantos de los salmos; el cardenal, situado junto a dom Dysmas, volvía con cuidado las páginas de aquellos antiguos libros para seguir la oración. Detrás de él, la tribuna que separaba las sillas de los padres de coro de las de los hermanos conversos dibujaba en la penumbra una gran cruz que parecía otorgar aún mayor dignidad a una oscuridad sobrecogedora.

El canto llano de los cartujos imprime una pausa, una profundidad, una piedad dulce y rugosa a la vez. Al acabar las vísperas, los monjes entonaron la espléndida *Salve Regina*. Desde el siglo XII los cartujos cantan todos los días esta antífona a la Virgen. Hoy apenas quedan monasterios donde sigan resonando sus notas.

Fuera había caído la noche y las débiles luces del monasterio acababan de detener el tiempo. Tan solo rompía el silencio el rodar de los cúmulos de nieve que caían de los tejados. De lo hondo del estrecho valle parecía subir la niebla y los negros flancos montañosos formaban un decorado grandioso y triste.

Los monjes volvieron a sus celdas. Después de recorrer los inmensos pasillos del claustro del cementerio, cada uno regresó al *cubiculum* donde pasan una parte tan importante de su existencia terrenal. El silencio de la Gran Cartuja recuperaba sus derechos imprescriptibles. Mientras recorríamos la galería de los mapas, cuyos muros adornan las imágenes de las cartujas de toda Europa, era fácil comprender hasta qué punto la Orden de san Bruno ha sabido dispersarse para satisfacer la sed de tantos religiosos que han querido encontrar el Cielo, lejos de los ruidos del mundo.

Mientras la tierra duerme o se distrae, el oficio nocturno es el corazón ardiente de la vida cartujana. En la primera página del antifonario que dom Dysmas había preparado antes de mi llegada pude leer este preámbulo: *Antiphonarium nocturnum, ad usum sacri ordinis cartusiensis*. Eran las doce y cuarto y los monjes apagaban las pocas lamparillas encendidas en la iglesia. Una oscuridad perfecta cubría el templo cuando los cartujos entonaron las primeras oraciones. La noche permitía observar con más nitidez que nunca el punto de tintes rojizos de la lámpara del Santísimo Sacramento. El ruido de la madera de las antiguas sillas de nogal parecía mezclarse con las voces de los monjes. Los salmos se encadenaban con el ritmo lento del canto gregoriano, cuya falta de pureza podrían reprocharles quienes frecuentan las abadías benedictinas. Pero la oración nocturna se

presta mal a consideraciones meramente estéticas. La liturgia se despliega en una penumbra que busca a Dios. Están las voces de los cartujos y un silencio perfecto.

Hacia las dos y media de la madrugada sonaron las campanas del ángelus. Los monjes salieron de la iglesia uno a uno. ¿Qué es el oficio nocturno: una locura o una maravilla? En todas las cartujas del mundo la noche prepara el día y el día prepara la noche. No olvidemos nunca las palabras de san Bruno, dulces y enérgicas, en su carta a Raúl le Verd: «Aquí, por el esfuerzo del combate, concede Dios a sus atletas la esperada recompensa: la paz que el mundo ignora y el gozo en el Espíritu Santo».

El prefecto de la Congregación para el Culto divino y la Disciplina de los sacramentos quedó hondamente conmovido por los dos oficios nocturnos que marcaron su estancia. El cardenal comparte con Isaac de Nínive este hermoso pensamiento de sus *Discursos ascéticos*: «La oración ofrecida durante la noche es muy potente, más que la diurna. Esta es la razón por la cual todos los justos han orado de noche, luchando contra la pesadez del cuerpo y la dulzura del sueño. Por esto Satanás teme el trabajo de la vigilia y busca con todos los medios obstaculizar a los ascetas, como en el caso de Antonio el Grande, del beato Pablo, de Arsenio y de otros padres de Egipto. Sin embargo, los santos han perseverado con obstinación en la vigilia y han triunfado sobre el diablo. ¿Qué solitario, dotado de otras virtudes, no hubiera sido considerado un inepto si hubiese descuidado las vigilias? Ya que la vigilia es la luz de la conciencia, exalta la mente y concentra el pensamiento. A través de ella, el intelecto levanta vuelo y fija la mirada sobre las realidades espirituales mientras, rejuveneciendo gracias a la oración, brilla de esplendor».

Según el cardenal, la noche caldea de calor el corazón del hombre. Quien vela de noche sale de sí mismo para hallar mejor a Dios. El silencio de la noche es el más indicado para acabar con la dictadura del ruido. Cuando la oscuridad desciende sobre la tierra, la ascesis del silencio puede adquirir contornos más nítidos. Las palabras del salmista son terminantes: «De noche (...) me acuerdo de Dios, y gimo; medito, y mi espíritu desfallece. Tú tienes en vigilia los párpados de mis ojos. Estoy turbado, no puedo hablar. Pienso en los días de antaño, recuerdo los años remotos. De noche repito mi canto, lo medito en mi corazón y mi espíritu se pregunta» (*Sal 76, 3-7*).

Antes de marcharnos, el cardenal quiso recogerse en el cementerio. Atravesamos el monasterio, con sus largas y magníficas galerías que parecen laberintos esculpidos por la oración. El claustro principal mide 216 metros de norte a sur y 23 de este a oeste, es decir, un cuadrilátero de 478 metros. Los cimientos de este conjunto gótico datan del siglo XII: desde entonces reina en él un silencio permanente. En los desiertos cartujos el

cementerio ocupa el centro del claustro.

En las tumbas no había nombre, ni fecha, ni palabras de recuerdo. De un lado, las cruces de piedra para los generales de la Orden; del otro, las cruces de madera para los padres y los hermanos conversos. A los cartujos se los sepulta en la tierra, sin ataúd, sin lápida: no hay señal distintiva que recuerde una existencia propia. Le pregunté a dom Dysmas de Lassus dónde estaban las cruces de los monjes con los que había convivido y a los que había visto morir. Dom Dysmas ya no lo sabía. «Los vientos y el musgo han hecho su labor», declaró. Solo era capaz de localizar la tumba de dom André Poisson, su ante-predecesor, fallecido en abril de 2005. El anciano general murió por la noche, solo, en su celda: se fue al Cielo para reunirse con todos los hijos de san Bruno y la vasta cohorte de ermitaños.

Desde 1084, los cartujos no quieren dejar ninguna huella. Solo Dios importa. *Stat Crux dum volvitur orbis*: el mundo gira, la Cruz permanece.

Antes de marcharse, bajo un sol resplandeciente y el cielo de un azul inmaculado, el cardenal bendijo las tumbas.

Instantes después salíamos de la Gran Cartuja. El monje benedictino que había venido a buscarnos nos dijo: *Se van ustedes del paraíso...*

«Cuando a los sabios se les agota la sabiduría, conviene escuchar a los niños», escribe George Bernanos en *Diálogo de carmelitas*. Los cartujos son a la vez sabios y niños.

A lo largo de este año de trabajo, la brújula fiable de nuestra reflexión han sido estas palabras del *Diario de un cura rural* de Bernanos: «El silencio interior –el que Dios bendice– no me ha aislado jamás de los otros seres. Al contrario: me parece que penetran en mi interior y les recibo como en el umbral de mi casa (...). Por desgracia, no me es posible ofrecer más que un precario refugio, pero imagino el silencio de ciertas almas como inmensos lugares de asilo. Los pobres pecadores, cansados y sin fuerzas, entran a tientas, se duermen y vuelven a marcharse, consolados, sin conservar recuerdo alguno del gran templo invisible donde han descargado un instante su lastre».

En *Le Silence comme introduction à la métaphysique*, el filósofo Joseph Rassam afirma: «En nosotros el silencio es ese lenguaje sin palabras del ser finito que, por su propio peso, atrae y arrastra nuestro movimiento hacia el Ser infinito. El pensamiento no accede a la afirmación de Dios por su solo poder, sino por su docilidad a la luz

procedente del ser recibido y acogido como un don. El acto de silencio que define esta acogida lleva consigo la oración, es decir, el movimiento por el cual el alma se eleva a Dios». Para Rassam, como para el cardenal Sarah, «si bien la palabra caracteriza al hombre, el silencio es lo que lo define, porque la palabra hablada solo adquiere sentido en virtud de ese silencio». Este es el hermoso y significativo mensaje de *La fuerza del silencio*.

El 16 de abril de 2013, a las pocas semanas de su elección, el papa Francisco recordaba: «Persiguieron a los profetas y, después de haberlos matado, les construyeron “una hermosa tumba” y solo después los veneraron (...). También entre nosotros hay esa resistencia al Espíritu Santo». En este mundo el hombre que habla del silencio puede conocer las mismas espirales. La admiración, el rechazo, la condena se encadenan y se desencadenan.

Las palabras de quienes guardan silencio son a veces auténticas profecías, pero son también luces que los hombres pretenden apagar.

Con este libro el cardenal Robert Sarah no tiene otro objetivo que el que se encuentra resumido en este pensamiento: «El silencio cuesta, pero hace al hombre capaz de dejarse guiar por Dios. Del silencio nace el silencio. A través del Dios silencioso podemos acceder al silencio. Y el hombre no deja de sorprenderse de la luz que brilla entonces. El silencio es más importante que cualquier otra obra humana. Porque manifiesta a Dios. La verdadera revolución procede del silencio: nos conduce hacia Dios y hacia los demás para ponernos humilde y generosamente a su servicio» (Pensamiento 68, *La fuerza del silencio*).

¿Qué virtud espera el cardenal Sarah de la lectura de este libro? La humildad. Desde esta perspectiva, puede hacer suyo el espíritu del cardenal Rafael Merry del Val: una vez retirado de los asuntos públicos de la Iglesia, el antiguo secretario de Estado de san Pío X compuso una hermosa *Letanía de la humildad* que recitaba todos los días después de celebrar misa:

¡Oh Jesús!, manso y humilde de corazón,
escúchame:

—del deseo de ser reconocido, líbrame, Señor

—del deseo de ser estimado, líbrame, Señor

—del deseo de ser amado, líbrame, Señor

—del deseo de ser ensalzado, líbrame, Señor
—del deseo de ser alabado, líbrame, Señor
—del deseo de ser preferido, líbrame, Señor
—del deseo de ser consultado, líbrame, Señor
—del deseo de ser aprobado, líbrame, Señor
—del deseo de quedar bien, líbrame, Señor
—del deseo de recibir honores, líbrame, Señor
—del temor de ser criticado, líbrame, Señor
—del temor de ser juzgado, líbrame, Señor
—del temor de ser atacado, líbrame, Señor
—del temor de ser humillado, líbrame, Señor
—del temor de ser despreciado, líbrame, Señor
—del temor de ser señalado, líbrame, Señor
—del temor de perder la fama, líbrame, Señor
—del temor de ser reprendido, líbrame, Señor
—del temor de ser calumniado, líbrame, Señor
—del temor de ser olvidado, líbrame, Señor
—del temor de ser ridiculizado, líbrame, Señor
—del temor de la injusticia, líbrame, Señor
—del temor de ser sospechado, líbrame, Señor.

Jesús, concédeme la gracia de desear:

—que los demás sean más amados que yo
—que los demás sean más estimados que yo
—que en la opinión del mundo otros sean engrandecidos y yo humillado
—que los demás sean preferidos y yo abandonado
—que los demás sean alabados y yo menospreciado
—que los demás sean elegidos en vez de mí en todo
—que los demás sean más santos que yo, siendo que yo me santifique debidamente.

De ser desconocido y pobre, Señor, me alegraré.

De estar desprovisto de perfecciones naturales de cuerpo y de espíritu, Señor, me alegraré.

De que no se piense en mí, Señor, me alegraré.

De que se me ocupe en los empleos más bajos, Señor, me alegraré.

De que ni se dignen usarme, Señor, me alegraré.

De que no se me pida mi opinión, Señor, me alegraré.

De que se me deje en el último lugar, Señor, me alegraré.
De que no me hagan cumplidos, Señor, me alegraré.
De que me reprobren a tiempo y a destiempo, Señor, me alegraré.

Bienaventurados los que son perseguidos por causa de la justicia,
porque suyo es el Reino de los Cielos.

NICOLAS DIAT
Roma, 2 de septiembre de 2016

I
EL SILENCIO
FRENTE AL RUIDO DEL MUNDO

En el silencio es donde suceden los grandes acontecimientos.
No en el tumultuoso derroche del acontecer externo, sino
en la augusta claridad de la visión interior, en el sigiloso
movimiento de las decisiones, en el sacrificio oculto y en la
abnegación; es decir, cuando el corazón, tocado por el amor,
convoca la libertad de espíritu para entrar en acción, y su seno
es fecundado para dar fruto. Los poderes silenciosos
son los auténticamente creativos. Pues bien, al más silencioso
de los acontecimientos, al que en el más profundo silencio
y alejado de todo bullicio proviene de Dios,
queremos dirigir ahora nuestra mirada.

ROMANO GUARDINI, *El Señor*

—NICOLAS DIAT: *En Voix cartusienne [Voz cartujana], el cartujo dom Augustin Guillerand dice con elocuencia que «la soledad y el silencio son huéspedes del alma. El alma que los posee los lleva consigo a todas partes. Quien carece de ellos no los encuentra en ningún sitio. Para entrar en el silencio no basta con detener el movimiento de los labios y el movimiento de los pensamientos. No se trata de callar. Callar es una condición del silencio, pero no es el silencio. El silencio es una palabra, el silencio es un pensamiento. Es una palabra y es un pensamiento que reúnen todas las palabras y todos los pensamientos». ¿Cómo hay que entender esta idea tan espléndida?*

CARDENAL ROBERT SARAH

1. – La pregunta fundamental es la siguiente: ¿cómo puede el hombre ser realmente imagen de Dios? El hombre tiene que entrar en el silencio.

Envolviéndose en el silencio igual que Dios, que habita en un gran silencio, el hombre se acerca al Cielo; o, más bien, deja que Dios se manifieste en él.

Solo hallamos a Dios en el silencio eterno en el que vive. ¿Alguna vez ha oído usted la voz de Dios del mismo modo que oye la mía?

La voz de Dios es silenciosa. De hecho, el hombre tiene que tender también a convertirse en silencio. Refiriéndose a Adán en el paraíso decía san Agustín: «*Vivebat fruens Deo, ex quo bono erat bonus* – Vivía gozando de Dios, con cuyo bien era él bueno». Viviendo con el Dios y en el Dios silencioso también nosotros nos hacemos silenciosos. En su libro *Quiero ver a Dios*, el padre Marie-Eugène escribe: «Para el espiritual que ha gustado a Dios, silencio y Dios parecen identificarse, porque Dios habla en el silencio, y solo el silencio parece poder expresar a Dios. De ahí que para encontrar a Dios ¿adónde irá uno sino a las profundidades más silenciosas de sí mismo, a esas regiones tan ocultas que nada las puede turbar? Cuando ha llegado a ellas, preserva, con un esmero celoso, ese silencio que Dios regala. Lo defiende contra toda agitación, hasta de sus propias potencias».

2. – En el corazón del hombre existe un silencio innato, pues Dios habita en lo más íntimo de cada persona. Dios es silencio y ese silencio divino habita en el hombre. En Dios estamos inseparablemente unidos al silencio. La Iglesia puede afirmar que la humanidad es hija de un Dios silencioso, porque los hombres son hijos del silencio.

3. – Dios nos sostiene y, si guardamos silencio, vivimos con Él en todo momento. Nada nos permitirá descubrir mejor a Dios que su silencio grabado en el centro de nuestro ser. ¿Cómo vamos a encontrar a Dios si no cultivamos ese silencio? Al hombre le gusta viajar, crear, hacer grandes descubrimientos; y se queda fuera de sí mismo, lejos de Dios, que vive en silencio dentro de su alma. Quiero recordar la importancia de cultivar el silencio para estar realmente con Él. Citando el libro del Deuteronomio, san Pablo explica que no encontraremos a Dios atravesando los mares, porque Él está en nuestro corazón: «No digas en tu corazón: ¿quién subirá al Cielo? –esto es, para bajar a Cristo–; o ¿quién bajará al abismo?, esto es, para subir a Cristo de entre los muertos. ¿Qué dice, en cambio? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Se refiere a la palabra de la fe que predicamos. Porque si confieras con tu boca: *Jesús es Señor*, y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, te salvarás» (*Rm* 10, 6-9; *Dt* 30, 12-14. 16).

4. – Las gracias divinas se derraman sobre el hombre a través de la Sagrada Escritura escuchada y meditada en silencio. Es en la fe, y no recorriendo países lejanos ni cruzando mares y continentes, donde podemos encontrar y contemplar a Dios. En

realidad, llegaremos a Dios escudriñando durante horas y horas las Sagradas Escrituras después de haber resistido los embates del Príncipe de este mundo.

Dom Augustin Guillerand no equivoca el camino: lo que los hombres poseen dentro de ellos no lo encuentran fuera en ninguna parte. Si el silencio no habita en el hombre, si la soledad no es el estado en el que ese silencio se deja forjar, la criatura se halla privada de Dios. No hay otro lugar en el mundo donde Él esté más presente que el corazón humano. Ese corazón es la verdadera morada de Dios, el templo del silencio.

5. – Ningún profeta ha encontrado jamás a Dios sin retirarse a la soledad y el silencio. Moisés, Elías y Juan el Bautista hallaron a Dios en el silencio del desierto. También hoy los monjes buscan a Dios en la soledad y el silencio. No me refiero únicamente a una soledad o un movimiento geográfico, sino a un estado interior. Tampoco basta con callar. Hay que convertirse en silencio.

Y es que Dios se encuentra en el hombre antes que en el desierto, antes que en la soledad y el silencio. El auténtico desierto está en nuestro interior, en nuestra alma.

Si lo entendemos así, somos capaces de comprender que el silencio es indispensable para encontrar a Dios. El Padre aguarda a sus hijos en sus propios corazones.

6. – Es preciso salir del tumulto interior para hallar a Dios. Pese a la agitación, a los negocios, a los placeres fáciles, Dios continúa silenciosamente presente. Está dentro de nosotros como un pensamiento, una palabra y una presencia cuyas fuentes secretas se esconden en Él, inaccesibles a la mirada de los hombres.

La soledad es el mejor estado para escuchar el silencio de Dios. Para quien quiere encontrar el silencio, la soledad es el monte que debe escalar. Cuando un hombre se aísla dentro de un monasterio, lo que busca por encima de todo es el silencio. Y, sin embargo, el objeto de su búsqueda está dentro de él. En su corazón habita ya la presencia silenciosa de Dios. El silencio que perseguimos confusamente se halla en nuestro propio corazón y nos revela a Dios.

Por desgracia, las fuerzas mundanas que pretenden forjar al hombre moderno eliminan metódicamente el silencio.

No dudo al afirmar que los falsos sacerdotes de la modernidad que entablan cierta forma de combate con el silencio han perdido la batalla. Porque se puede seguir en silencio en medio de los mayores desórdenes, de la agitación más abyecta; en medio de la

algarabía y los aullidos de esas máquinas infernales que invitan al funcionalismo y al activismo arrancándonos de toda dimensión trascendente y de toda vida interior.

—Para muchos místicos la fecundidad del silencio y la soledad es semejante a la de la palabra pronunciada en la creación del mundo. ¿Cómo explica usted este gran misterio?

7. – La palabra no es solamente un sonido: es una persona y es una presencia. Dios es la palabra eterna, el *logos*. Eso es lo que afirma san Juan de la Cruz en sus *Avisos espirituales* cuando escribe: «Una palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y esta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma». El libro de la Sabiduría incoa esta misma interpretación cuando se refiere a la manera en que Dios interviene para liberar al pueblo elegido de su cautividad en Egipto. Esta acción inolvidable tuvo lugar durante la noche: «Cuando un sereno silencio lo envolvía todo y la noche estaba a la mitad de su curso, tu omnipotente Palabra desde los tronos reales se lanzó» (*Sb* 18, 14-15). Más tarde, la tradición litúrgica cristiana entenderá este versículo como una prefiguración de la Encarnación silenciosa del Verbo eterno en el portal de Belén. El himno de la Presentación del Señor en el templo canta también este Advenimiento: «Esto que comienza aquí sin ruido, la ofrenda del grano por el fruto, ¿quién de nosotros lo puede comprender?». En sus *Homilias sobre el evangelio de san Mateo*, san Juan Crisóstomo no duda en recomendar encarecidamente: «Vemos que Jesús ha salido de nosotros y de nuestra sustancia humana, y que ha nacido de Madre virgen: pero no entendemos cómo puede haberse realizado ese prodigio. No nos cansemos intentando descubrirlo: aceptemos más bien con humildad lo que Dios nos ha revelado, sin escudriñar con curiosidad en lo que Dios nos tiene escondido. Acojámoslo en el silencio de la fe».

8. – Dios lo hace todo, actúa en cualquier circunstancia y obra todas nuestras transformaciones interiores. Pero solo si le esperamos en el recogimiento y el silencio.

Es en el silencio, y no en el tumulto ni en el ruido, cuando Dios penetra en las profundidades más íntimas de nuestro ser. En *Quiero ver a Dios*, el padre Marie-Eugène escribía elocuentemente: «Nos sorprende esta ley divina. ¡Va tan en contra de nuestra experiencia de las leyes naturales del mundo! Aquí, en la tierra, toda transformación profunda, todo cambio exterior produce cierta agitación y se hace en el bullicio. El río no podría alcanzar el océano, que es su meta, más que por el movimiento de sus aguas, que se dirigen a él rumorosas». Si nos fijamos en las grandes obras, en las acciones más poderosas, en las transformaciones interiores más extraordinarias y espléndidas que Dios

obra en el hombre, no cabe sino constatar que trabaja en silencio. El bautismo obra una maravillosa creación en el alma del niño o del adulto que recibe este sacramento en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Al nuevo bautizado se le sumerge dentro del nombre de la Trinidad, se le inserta en el Dios Trinitario. Se le concede una nueva vida que le permite llevar a cabo los actos divinos de los hijos de Dios. Nosotros escuchamos las palabras del sacerdote: *Yo te bautizo...*, vemos correr el agua por la cabeza del niño; pero de esa inmersión en la vida íntima de la Trinidad, de la gracia y de la creación que requiere nada menos que la acción personal y omnipotente de Dios, no hemos visto nada. Dios ha pronunciado su Verbo en el alma en silencio. En esa misma oscuridad silenciosa suelen acontecer los sucesivos desarrollos de la gracia.

9. – En junio de 2012, durante una espléndida *lectio divina* celebrada en la basílica de San Juan de Letrán, Benedicto XVI explicó la realidad y el profundo sentido del bautismo: «Hemos escuchado que las últimas palabras del Señor a sus discípulos en esta tierra fueron: *Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28, 19)*. Haced discípulos y bautizad (...). ¿Por qué es necesario estar bautizados? Una primera puerta se abre si leemos atentamente estas palabras del Señor. La elección de la palabra “en el nombre del Padre” en el texto griego es muy importante: el Señor dice “*eis*” y no “*en*”, es decir, no *en nombre* de la Trinidad, como nosotros decimos que un viceprefecto habla *en nombre* del prefecto, o un embajador habla *en nombre* del Gobierno. No; dice: *eis to onoma*, o sea, una inmersión en el nombre de la Trinidad, ser insertados en el nombre de la Trinidad, una inter-penetración del ser de Dios y de nuestro ser, un ser inmerso en el Dios Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, como en el matrimonio, por ejemplo, dos personas llegan a ser una carne, convirtiéndose en una nueva y única realidad, con un nuevo y único nombre (...). Estar bautizados quiere decir estar unidos a Dios; en una existencia única y nueva pertenecemos a Dios, estamos inmersos en Dios mismo».

Ocurre lo mismo en la ordenación sacerdotal. En silencio, por medio del sacramento del orden un hombre se convierte no solo en *Alter Christus*, otro Cristo, sino más bien en *Ipse Christus*, el mismo Cristo. En ese momento, exteriormente no vemos nada; pero en el silencio, en lo hondo del ser, se opera una identificación con Cristo auténtica y real. En su *Tratado sobre los misterios* san Ambrosio nos exhorta así: «Viste allí a los diáconos, los presbíteros, el obispo. No pienses solo en lo visible de estas personas, sino en la gracia de su ministerio». Exteriormente, los sacerdotes seguimos siendo miserables pecadores; pero, en realidad, somos «transustanciados» y configurados con el propio Cristo. En el acto de la transustanciación el sacerdote desempeña el papel de Cristo.

10. – La transustanciación del pan y del vino en el cuerpo y la sangre de Cristo, que es la transformación más increíble y prodigiosa, sucede en medio del silencio sagrado más sublime. Escuchamos al sacerdote pronunciar las palabras de la consagración, pero el prodigio de la transustanciación tiene lugar de forma imperceptible, como todas las obras de Dios más espectaculares. El silencio es la ley de los planes divinos.

11. – El ser de Dios se halla presente en nosotros desde siempre en un silencio absoluto. Y su propio silencio permite al hombre relacionarse con la Palabra que habita en el fondo de su corazón. Por eso en el desierto no hablamos. Escuchamos en silencio: el hombre entra en el silencio que es Dios.

—¿Cómo definir el silencio en su acepción más sencilla, es decir, el silencio de la vida diaria? Según el diccionario, el silencio es «la actitud del que se abstiene de hablar». Designa «la falta de ruido, de agitación, el estado de un lugar en el que no se percibe ningún sonido». ¿El silencio solo puede definirse mediante la negación? La ausencia de palabras, de ruido, de sonidos ¿es siempre silencio? Y, por otra parte, ¿no resulta paradójico intentar «hablar» del silencio en la vida diaria?

12. – El silencio no es una ausencia; al contrario: se trata de la manifestación de una presencia, la presencia más intensa que existe. El descrédito que la sociedad moderna atribuye al silencio es el síntoma de una enfermedad grave e inquietante. En esta vida lo verdaderamente importante ocurre en silencio. La sangre corre por nuestras venas sin hacer ruido, y solo en el silencio somos capaces de escuchar los latidos del corazón.

13. – El 4 de julio de 2010, en una homilía dedicada al octavo centenario del nacimiento del papa Celestino V, Benedicto XVI insistía con gravedad en el hecho de que «vivimos en una sociedad en la que cada espacio, cada momento, parece que deba llenarse de iniciativas, de actividades, de ruidos; con frecuencia ni siquiera hay tiempo para escuchar y para dialogar. No tengamos miedo de hacer silencio fuera y dentro de nosotros si queremos ser capaces no solo de percibir la voz de Dios, sino también la voz de quien está a nuestro lado, la voz de los demás». Tanto Benedicto XVI como Juan Pablo II han dotado al silencio de una dimensión positiva. En realidad, aunque se asocia a la soledad y el desierto, el silencio no significa en absoluto el repliegue en uno mismo, ni un vacío o un mutismo, al igual que la verdadera palabra no es mera cháchara: es una condición para hacerse presente a Dios, al prójimo y a uno mismo.

¿Cómo podemos entender bien el silencio exterior? «Dios es amigo del silencio. Mira

cómo la naturaleza, los árboles, las flores, la hierba crecen en silencio; mira las estrellas, la luna y el sol, cómo se mueven, en silencio», dijo poéticamente santa Teresa de Calcuta en su discurso de recepción del Premio Nobel de la Paz en 1979.

14. – Para captar el carácter tan sumamente valioso del silencio en la vida diaria, resulta muy elocuente el episodio de la visita de Jesús a Marta y María recogido por san Lucas (*Lc* 10, 38-42): «Marta, Marta, tú te preocupas y te inquietas por muchas cosas». Jesús no le reprocha a Marta su ajetreo en la cocina –había que comer–, sino su actitud interior de disipación reflejada en el enfado con su hermana. Desde Orígenes, algunos comentaristas han tenido tendencia a intensificar el contraste entre las dos mujeres, hasta el punto de ver en ellas la imagen de una vida activa demasiado dispersa frente a la de la vida contemplativa vivida en el silencio, la escucha y la oración interior. No obstante, da la impresión de que, en realidad, Jesús está trazando los contornos de una pedagogía espiritual: tenemos que procurar siempre ser María antes de convertirnos en Marta; de otra manera, corremos el riesgo de enfangarnos en un activismo y una agitación cuyas desagradables consecuencias nos ofrece con bastante claridad el relato evangélico: el pánico, el temor a trabajar en solitario, una actitud interior disipada, el enfado de Marta con María, el sentimiento de que Dios nos deja solos sin intervenir de un modo eficaz. Por eso le dice Jesús a Marta: «María ha escogido la mejor parte». Le recuerda la importancia de moderar y acallar su alma (cfr. *Sal* 131, 2) para permanecer a la escucha de su corazón. Cristo la invita con ternura a detenerse para volverse hacia su propio corazón, lugar de auténtica acogida y morada de la ternura silenciosa de Dios, de la que la había alejado la actividad a la que se entregaba de forma ruidosa. Toda acción debe ir precedida de una intensa vida de oración, de contemplación, de búsqueda y escucha de la voluntad de Dios.

En su carta apostólica *Novo millennio ineunte* escribe Juan Pablo II: «Es importante que lo que nos proponemos, con la ayuda de Dios, esté fundado en la contemplación y en la oración. El nuestro es un tiempo de continuo movimiento, que a menudo desemboca en el activismo, con el riesgo fácil del *hacer por hacer*. Tenemos que resistir a esta tentación, buscando *ser* antes que *hacer*». Ese es el íntimo e inalterable deseo del monje. Pero es también la aspiración más profunda de toda persona que busca al Padre Eterno. Porque el hombre solo puede encontrar a Dios de verdad en el silencio y la soledad interior y exterior.

15. – Cuanto más nos revestimos de gloria y honores, cuanto mayor es nuestra dignidad, cuanto más investidos estamos de responsabilidades públicas, de prestigio y de cargas temporales como laicos, sacerdotes u obispos, más necesidad tenemos de avanzar

en la humildad y de cultivar cuidadosamente la dimensión sagrada de nuestra vida interior, procurando constantemente ver el rostro de Dios en la oración, la meditación, la contemplación y la ascesis. Puede ocurrir que un sacerdote bueno y piadoso, una vez elevado a la dignidad episcopal, caiga enseguida en la mediocridad y el deseo de triunfar en los asuntos mundanos. Abrumado por el peso de las funciones de que está investido, movido por el deseo de hacerse ver, preocupado por su poder, su autoridad y las necesidades materiales de su cargo, se va ahogando poco a poco. Tanto él como sus obras manifiestan el deseo de ascender, el anhelo de prestigio y una degradación espiritual. A él y al rebaño del que le ha hecho guardián el Espíritu Santo con el fin de que apaciente a la Iglesia de Dios les hace mucho daño que compre a Dios con la sangre de su propio Hijo. Todos corremos el peligro de dejarnos monopolizar por los asuntos y los afanes mundanos si descuidamos la vida interior, la oración, la meditación, el cara a cara diario con Dios, la ascesis que necesitan todo contemplativo y toda persona que quiera ver al Padre Eterno y vivir con Él.

16. – Recordemos lo que escribía san Gregorio Magno en una carta dirigida a Teoctista, hermana del emperador bizantino Flavio Mauricio Tiberio, que aparece recogida en el *Registrum Epistolarum*. Víctima de la tensión entre la vida monástica y su carga pontificia, con todo lo que esta conllevaba de responsabilidades sociales y políticas, hablaba con amargura de sus dificultades para armonizar la contemplación y la acción: «He perdido las grandes alegrías de mi quietud y, cuanto más me hundo interiormente, más arriba parezco exteriormente. Y sufro de verme apartado del rostro de mi Creador. Me he esforzado día a día por vivir lejos del mundo, lejos de la carne, por apartar de los ojos de mi alma todas las imágenes corporales y contemplar las alegrías del Cielo (...). He corrido a sentarme a los pies del Señor junto a María, a atrapar las palabras de su boca, y ahora me veo obligado a ocuparme de tareas externas junto a Marta, a ir de tarea en tarea (...). “Los derribaste cuando se levantaban” (*Sal 72, 18*). No dijo: *Los derribaste después de que se levantaran*, sino *cuando se levantaban*, porque todos los malvados caen interiormente cuando, colmados de honores temporales, por fuera parecen ascender. Su ascenso es la causa de su ruina. No obstante, hay muchos hombres que saben dominar estos ascensos exteriores sin que provoquen en ellos ningún hundimiento interior. Por eso escribe: “Dios no desprecia a los poderosos, porque Él es poderoso” (*Jb 36, 5*)».

San Gregorio hace hincapié en la contradicción que está viviendo: desea armonizar la vida contemplativa y la vida activa, simbolizadas en Marta y María. La fuerte tensión entre el silencio, la paz monástica y sus nuevas cargas temporales solo puede resolverse intensificando la vida interior y la estrecha relación con Dios.

17. – En el mismo sentido, comentando a san Lucas, en la carta que san Bruno escribe a Raúl le Verd le dice con la delicadeza que le caracteriza: «¡Cuánta utilidad y gozo divino traen consigo la soledad y el silencio del desierto a quien los ama! Solo lo conocen quienes lo han experimentado. Aquí pueden los hombres esforzados recogerse en su interior cuanto quieran, morar consigo, cultivar sin cesar los gérmenes de las virtudes y alimentarse felizmente de los frutos del paraíso. Aquí se adquiere aquel ojo limpio, cuya serena mirada hierde de amores al Esposo y cuya limpia puridad permite ver a Dios. Aquí se vive un ocio activo, se reposa en una sosegada actividad. Aquí concede Dios a sus atletas, por el esfuerzo del combate, la ansiada recompensa: la paz que el mundo ignora y el gozo en el Espíritu Santo. Esta es aquella *parte mejor* que eligió María y nunca le será quitada.

»¡Ojalá, hermano carísimo, la amases tú por encima de todo y al calor de sus abrazos te inflamases en el amor divino! Si su llama prendiese una vez en tu alma, pronto te haría despreciar la gloria del mundo con toda su halagadora y falsa seducción. No sentirías ninguna dificultad en abandonar las riquezas, fuente de preocupaciones y pesada carga para el alma, sino que más bien experimentarías verdadero fastidio por los placeres, tan nocivos al cuerpo como al alma. ¿Qué mayor perversidad, en efecto, qué más contrario a la razón, a la justicia y a la misma naturaleza que amar más a la criatura que al Creador, correr tras lo perecedero, olvidando lo eterno, y anteponer los bienes terrenos a los celestiales? Porque, ¿qué hay tan justo y tan útil, qué hay tan innato y conforme con la naturaleza humana como amar el bien? ¿Y qué mayor bien que Dios? Más aún, ¿existe algún otro bien fuera de Dios? Así pues, el alma santa con alguna experiencia del atractivo, esplendor y hermosura incomparable del tal bien, arde en la llama del amor y exclama: “siento sed del Dios fuerte y vivo, ¿cuándo iré a ver el rostro del Señor?”».

Es el deseo de ver a Dios lo que nos empuja a amar la soledad y el silencio. Porque Dios habita el silencio. Se envuelve en el silencio.

Esta experiencia de una vida interior y de un amor vivido en intimidad con Dios ha seguido siendo imprescindible en cualquier época para encontrar la verdadera felicidad.

18. – Para definir los contornos de nuestras acciones futuras conviene hacer silencio a diario. La vida contemplativa no es el único estado en el que el hombre tiene que esforzarse para dejar su corazón en silencio.

En la vida diaria, sea profana, civil o religiosa, es necesario el silencio exterior. En *El signo de Jonás*, Thomas Merton escribía: «Su necesidad es especialmente patente en este mundo tan lleno de ruido y de necias palabras. Hace falta silencio para protestar y

reparar la destrucción y los estragos provocados por el *pecado* del ruido. Es cierto que el silencio no es una virtud, ni el ruido un pecado, pero el tumulto, la confusión y el ruido constantes de la sociedad moderna o de ciertas liturgias eucarísticas africanas son la expresión de la atmósfera de sus pecados más graves, de su impiedad, de su desesperación. Un mundo de propaganda, de debates interminables, de invectivas, de críticas, o de mero parloteo, es un mundo en que la vida no merece la pena ser vivida. La misa se convierte en un jaleo confuso, las oraciones en un ruido exterior o interior: la repetición apresurada y maquinal del rosario.

»El oficio divino recitado sin recogimiento, sin entusiasmo ni fervor, o de manera irregular y esporádica, entibia el corazón y mata la virginidad de nuestro amor a Dios. Poco a poco nuestro ministerio sacerdotal puede convertirse en el trabajo de un pocero que horada pozos de agua muerta. Viviendo en un mundo de ruido y superficialidad decepcionamos a Dios y no somos capaces de escuchar la tristeza y las quejas de su corazón. Así dice Yahvé: “Me acuerdo de ti, del cariño de tu juventud, del amor de tu desposorio, cuando me seguías por el desierto, por tierra sin sembrar (...). Mi pueblo ha cometido dos males: me abandonaron a mí, fuente de aguas vivas, y se cavaron aljibes, aljibes agrietados, que no retienen el agua” (*Jr 2, 2.13*).

»Si bien es cierto que tenemos que saber soportar el ruido y proteger extraordinariamente nuestra vida interior en medio de la agitación —continúa Thomas Merton—, no es menos cierto que no conviene resignarse a vivir en una comunidad constantemente agobiada por la actividad e inundada por el ruido de las máquinas, de la publicidad, de la radio y de la televisión, que no paran de hablar. ¿Qué hay que hacer? Quienes aman a Dios tienen que procurar preservar o crear una atmósfera en la que poder encontrarle. En los hogares de los cristianos ha de haber sosiego, porque tanto sus cuerpos como sus casas son templos de Dios. Si hace falta, eliminad la televisión; no todos, pero sí los que se toman en serio esta clase de cosas (...). Que quienes quieren silencio se unan a otros que compartan sus gustos y se ayuden entre ellos a hacer reinar el silencio y la paz. Que acostumbren a sus hijos a no gritar. Los niños son silenciosos por naturaleza, siempre que se les deje en paz, porque si se les enerva desde la cuna se convertirán en ciudadanos de un Estado donde todo el mundo grita. Facilitad a la gente lugares a los que retirarse para estar tranquilos, para relajar su espíritu y su corazón en presencia de Dios: capillas en el campo y en la ciudad, salas de lectura, ermitas. Casas donde puedan hacer retiros sin un bombardeo constante de “ejercicios” ruidosos: hasta las oraciones del viacrucis las decimos a gritos; cuando celebramos el misterio de la muerte de Cristo por nuestros pecados, gritamos igual que la muchedumbre alterada e impía de Jerusalén envenenada por los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo.

»Para muchos –concluye el trapense– abandonar esas fuentes de ruido sería la manifestación de una importante renuncia y de una hermosa disciplina: comprenden que necesitan silencio, pero no se atreven a sumergirse en él por miedo a quienes tienen al lado».

La sociedad moderna ya no puede prescindir de la dictadura del ruido, que nos adormece sumergiéndonos en la ilusión de una falsa democracia mientras nos arranca la libertad con la violencia sutil del demonio, padre de la mentira: «Si vosotros permanecéis en mi palabra, sois en verdad discípulos míos, conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (*Jn 8, 31-32*).

19. – El silencio interior pone fin a los juicios, a las pasiones y los deseos. Una vez poseamos el silencio interior, podremos llevarlo con nosotros al mundo y orar en todas partes. Pero, igual que el ascetismo interior no puede lograrse sin mortificaciones concretas, es absurdo hablar de silencio interior sin silencio exterior.

En el silencio, cada uno de nosotros halla una exigencia. El hombre domina el tiempo de la acción si sabe entrar en el silencio. La vida de silencio tiene que preceder a la vida activa.

20. – El silencio de la vida diaria es condición indispensable para vivir con los demás. Sin capacidad de silencio es imposible que el hombre entienda su propio entorno, que lo ame y lo asuma. La caridad nace del silencio. Nace de un corazón silencioso capaz de escuchar, de comprender y acoger. El silencio es una condición de la alteridad y una necesidad para entenderse a uno mismo. Sin silencio no hay descanso, ni serenidad, ni vida interior. El silencio es amistad y es amor, es armonía interior y paz. El silencio y la paz laten con un solo corazón.

El ruido de la cotidianidad siempre despierta en el hombre cierta agitación. Nunca es sereno ni lleva a comprender al otro. ¡Cuánta razón tenía Pascal cuando escribió: «Toda la desdicha de los hombres proviene de una sola causa: no saben permanecer en reposo, en un cuarto»!

En el nivel exclusivamente físico, el hombre solo puede hallar reposo en el silencio. Las cosas más hermosas de la vida tienen lugar en el silencio. Somos capaces de leer o escribir cuando tenemos silencio.

Es imposible imaginar ni por un instante una vida de oración al margen del silencio.

21. – ¿Cómo se puede hallar el silencio hoy en día, en un mundo ajetreado y ultratecnificado? El ruido cansa y tenemos la sensación de que el silencio se ha vuelto un oasis inalcanzable. ¿Cuántos se ven obligados a trabajar entre un fárrago de cosas que les angustia y los deshumaniza? Las ciudades se han convertido en infiernos ruidosos en los que ni siquiera a la noche se le ahorran las agresiones sonoras.

Sin ruido, el hombre posmoderno cae en una inquietud sorda y lacerante. Está acostumbrado a un ruido de fondo constante que le aturde y le proporciona consuelo.

Sin ruido, el hombre está destemplado, febril, perdido. El ruido, como una droga de la que se hubiera hecho dependiente, le da seguridad. Con su apariencia festiva, es un torbellino que impide mirarse a la cara. La agitación se convierte en un tranquilizante, un sedante, una bomba de morfina, una forma de sueño, de onirismo inconsistente. Ese ruido, sin embargo, es una medicina peligrosa e ilusoria, una mentira diabólica que impide al hombre enfrentarse a su vacío interior. El despertar solo puede ser brutal.

22. – En *Je veux voir Dieu* [Quiero ver a Dios], el padre Marie-Eugène escribe: «Nosotros vivimos en la fiebre del movimiento y de la actividad. El mal no está solamente en la organización de la vida moderna, en la prisa que esa vida impone a nuestros actos, en la rapidez y facilidad que esa misma vida garantiza a nuestros desplazamientos. Hay un mal más profundo que se encuentra en la fiebre y en el nerviosismo de los temperamentos. Ya no se sabe esperar ni estar en silencio. Y, sin embargo, parece que se busca el silencio y la soledad; se abandona el ambiente familiar para buscar nuevos horizontes, otra atmósfera. Frecuentemente no es más que para divertirse con nuevas impresiones. Cualesquiera que sean los cambios de los tiempos, Dios permanece el mismo: *Tu autem idem Ipse es*, y siempre en el silencio pronuncia su Verbo y el alma en él ha de recibirlo. La ley del silencio se nos impone como a santa Teresa. La fiebre y el nerviosismo del temperamento moderno la hacen más imperiosa y nos obligan a un esfuerzo más enérgico para respetarla y someternos a ella».

Los sonidos y las pasiones nos apartan de nosotros mismos, mientras que el silencio siempre obliga al hombre a interrogarse sobre su propia vida.

23. – La humanidad tiene que adoptar alguna medida de resistencia. ¿Qué será de nuestro mundo si no busca espacios de silencio? El reposo interior y la armonía solo pueden derivar del silencio: sin él no existe la vida. Los mayores misterios del mundo nacen y crecen en el silencio. ¿Cómo se desarrolla la naturaleza? En el silencio más absoluto. Un árbol crece en silencio y los manantiales de agua brotan del silencio de la

tierra. El sol que se alza sobre la tierra, deslumbrante y grandioso, nos da calor en silencio. Lo extraordinario siempre es silencioso.

El niño crece en silencio en el vientre de su madre. Cuando un recién nacido duerme en la cuna, a sus padres les gusta mirarlo con la mirada, sin decir nada, para no despertarlo: es un espectáculo que solo se puede contemplar en silencio, maravillados ante el misterio del hombre en su pureza original.

24. – Las maravillas de la creación son silenciosas y solo podemos admirarlas en silencio. También el arte es fruto del silencio. ¿Hay otra forma de contemplar un cuadro o una escultura, la belleza de un color o la proporción de una forma, que no sea en silencio? La buena música se escucha en silencio. El asombro, la admiración y el silencio están conectados. La música vulgar y de mal gusto se interpreta en medio del barullo, los alaridos, el alboroto y una agitación diabólica y extenuante. No se escucha: ensordece al hombre, lo embriaga de vacío, de confusión y de desesperanza.

No experimentamos los mismos sentimientos, la misma pureza, la misma elegancia, la misma elevación del espíritu y del alma cuando escuchamos en silencio a Mozart, Berlioz, Beethoven o el canto gregoriano. Entonces el hombre entra en una dimensión sagrada y en una liturgia celestial, en el umbral de la misma pureza. Esta música, gracias a su carácter expresivo, a su capacidad de convertir las almas, hace vibrar el corazón del hombre al unísono con el de Dios. Es una música que recupera su sacralidad y su origen divino.

Según dom Mocquereau, monje benedictino de la abadía de Solesmes, «Platón nos ha dejado una definición de la música admirable: es el arte que, ajustando la voz, se inserta en el alma y le inspira el gusto por la virtud. Para él, la melodía más bella es la que expresa con mayor perfección las buenas cualidades del alma. Las musas, añadía, nos han dado la armonía cuyos movimientos no se asemejan a los de nuestras almas para servir a frívolos placeres, sino para ayudarnos a dominar conforme a ella los movimientos desordenados de nuestra alma; como nos han dado también el ritmo para remodelar las formas desprovistas de medida y de gracia de la mayoría de los hombres. Esta es la sublime visión que los griegos tenían de la música».

25. – Los sentimientos que brotan de un corazón silencioso se expresan en la armonía y el silencio. Las cosas importantes de la existencia humana se viven en el silencio, bajo la mirada de Dios.

El silencio es la mayor libertad del hombre. Ninguna dictadura, ninguna guerra, ninguna barbarie pueden privar de este tesoro divino.

—Escuchándole se entiende que, aunque el silencio puede consistir en la ausencia de palabras, es ante todo la actitud del que escucha. Escuchar es acoger al otro en el corazón. ¿No dice Salomón en el primer libro de los Reyes (3, 5-15): «dame, Señor, un corazón que escuche»? No pide riquezas, ni la vida de sus enemigos, ni poder, sino un corazón silencioso para oír a Dios.

26. – El rey Salomón pide a Dios ser un hombre silencioso, es decir, un verdadero hijo de Dios. No quiere riquezas, ni gloria, ni la victoria sobre el enemigo, sino un corazón que escuche. El mundo moderno, en un movimiento inverso, transforma al que escucha en un ser inferior. Con fatídica arrogancia, la modernidad enaltece al hombre embriagado de imágenes y de eslóganes estridentes, matando al hombre interior.

27. – La regla del Carmelo ordena: «Evítese con cuidado el mucho hablar; porque (...) en el mucho hablar no faltará pecado». En efecto, el apóstol Santiago enseña la importancia de la mortificación de la lengua: «Si alguno no peca de palabra, ese es un hombre perfecto, capaz también de refrenar su cuerpo. Si ponemos freno en la boca a los caballos para que nos obedezcan, dirigimos todo su cuerpo. Mirad también las naves: aunque sean tan grandes y las empujen vientos fuertes, un pequeño timón las dirige adonde quiere la voluntad del piloto. Del mismo modo, la lengua es un miembro pequeño, pero va presumiendo de grandes cosas. ¡Mirad qué poco fuego basta para quemar un gran bosque! Así también la lengua es un fuego, un mundo de iniquidad; es ella, de entre nuestros miembros, la que contamina todo el cuerpo y, encendida por el infierno, inflama el curso de nuestra vida desde el nacimiento. Todo género de fieras, aves, reptiles y animales marinos puede domarse y de hecho ha sido domado por el hombre; sin embargo, ningún hombre es capaz de domar su lengua. Es un mal siempre inquieto y está llena de veneno mortífero. Con ella bendecimos a quien es Señor y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, hechos a semejanza de Dios. De la misma boca salen la bendición y la maldición. Esto, hermanos míos, no debe ser así» (St 3, 2-10).

Santiago compara la lengua con el timón de una nave. Un pedazo de madera permite guiar toda la embarcación. El hombre que domina su lengua controla su vida, como el marinero domina la nave. Y al contrario: el hombre que habla demasiado es un navío borracho. Sí: la palabrería, esa tendencia malsana a exteriorizar todos los tesoros del alma exhibiéndolos a tiempo y a destiempo, hace mucho daño a la vida espiritual. Su movimiento parte en dirección inversa a la de la vida espiritual que se interioriza y

profundiza constantemente para acercarse a Dios. Arrastrado hacia afuera por la necesidad de contarle todo, el charlatán se halla lejos de Dios y de cualquier actividad profunda. Toda su vida recorre sus labios y se vierte en torrentes de palabras que llevan consigo los frutos cada vez más pobres de su pensamiento y su alma. No le queda tiempo para recogerse, para pensar, para vivir en profundidad. Con la agitación que crea en torno a él, impide a los demás el trabajo y el recogimiento fecundos. El charlatán, vano y superficial, es un ser peligroso. La costumbre tan extendida hoy de testimoniar en público gracias divinas concedidas en lo más íntimo del hombre, lo expone a la superficialidad, a la autoviolación de la amistad interior con Dios y a la vanidad.

28. – Tenemos que aprender, dice Thomas Merton, que «la inviolabilidad de nuestro santuario espiritual, del centro de nuestra alma, depende de nuestra discreción. La discreción es el complemento intelectual de una intención pura de guardar en secreto, también para uno mismo, todo lo bueno. Si queremos encontrar a Dios en el fondo de nuestra alma, hay que dejar fuera el mundo entero, incluidos nosotros mismos». Si queremos encontrar a Dios en nuestra alma y quedarnos ahí con Él, es desastroso intentar comunicárselo a los demás tal y como le vemos. Podremos hacerlo después, con la gracia que Él nos concede en silencio y con el resplandor y la transparencia de nuestra vida.

El verdadero testimonio lo damos con el ejemplo silencioso, puro y radiante de nuestra vida.

29. – Hoy la palabra fácil y la imagen vulgar son las dueñas de muchas vidas. Tengo la sensación de que el hombre moderno no sabe detener el flujo ininterrumpido de palabras sentenciosas, falsamente morales, y el deseo bulímico de iconos adulterados.

El silencio de los labios parece algo imposible para el hombre de Occidente. También los medios de comunicación tientan a las sociedades africanas y asiáticas empujándolas a perderse en una jungla superabundante de palabras, imágenes y ruidos. Las pantallas luminosas necesitan un alimento pantagruélico para distraer a la humanidad y destruir las conciencias. El hecho de callar reviste la apariencia de debilidad, ignorancia o falta de voluntad. En el régimen moderno el hombre silencioso se convierte en aquel que no sabe defenderse. Es un sub-hombre. El hombre que se dice fuerte es, por el contrario, un ser de palabras. Arrasa y ahoga al otro en el torrente de su discurso.

30. – El hombre silencioso ya no es signo de contradicción: es solo un hombre que

sobra. El que habla posee importancia y valor, mientras que el que calla solamente recibe poca consideración. El hombre silencioso queda reducido a la nada. El simple hecho de hablar aporta valor. ¿Que las palabras no tienen sentido? No importa, el ruido ha adquirido la nobleza que antes poseía el silencio.

Al hombre que habla se le aplaude; el silencioso es un pobre mendigo hacia el que ni siquiera merece la pena alzar la mirada.

31. – Nunca dejaré de dar las gracias a los sacerdotes buenos y santos que entregan generosamente la vida entera por el reino de Dios. Pero denunciaré sin descanso a los que son infieles a las promesas de su ordenación. Para darse a conocer o para imponer su propia visión, tanto en el plano teológico como en el pastoral, hablan y hablan sin parar. Son clérigos que repiten las mismas banalidades. No podría asegurar que Dios habite en ellos. ¿Quién es capaz de descubrir en el desbordamiento de su interioridad una fuente nacida de las profundidades divinas? Pero ellos hablan, y a los medios les gusta escucharles para hacerse eco de sus necesidades, sobre todo si se manifiestan a favor de las nuevas ideologías posthumanistas en materia de sexualidad, familia y matrimonio. Para estos clérigos, la idea que Dios tiene de la vida conyugal es un *ideal evangélico*. El matrimonio ya no es una exigencia y un querer de Dios cuyo modelo está expresado en el vínculo nupcial entre Cristo y la Iglesia. La presunción y la arrogancia de algunos teólogos les lleva incluso a exponer opiniones personales difícilmente conciliables con la Revelación, la tradición, el magisterio multiseccular de la Iglesia y la enseñanza de Cristo. Y así, poderosamente respaldados por el ruido mediático, llegan incluso a cuestionar el pensamiento de Dios.

¿No se habrán hecho realidad las palabras proféticas de Pablo VI citadas por Jean Guittou en su libro *Pablo VI secreto*? «Hay un gran descontento en este momento en la Iglesia y lo que están cuestionando es la fe (...). Lo que me alarma cuando reflexiono sobre el mundo católico es que en el interior del catolicismo parece dominar a veces un pensamiento de tipo no católico y puede llegar a ocurrir que este pensamiento no católico en el interior del catolicismo se convierta mañana en el más fuerte, pero nunca representará el pensamiento de la Iglesia. Es necesario que subsista un pequeño rebaño, por pequeño que sea».

Urge volver a escuchar la voz de san Pablo en su segunda carta a los corintios: «Porque no somos como tantos otros que adulteran la palabra de Dios, sino que con sinceridad, como de parte de Dios y delante de Dios, hablamos en Cristo». «Por eso, teniendo este ministerio por la misericordia que se nos hizo, no desfallecemos (...), no procediendo con astucia ni falsificando la palabra de Dios, sino recomendándonos a

nosotros mismos ante toda conciencia humana por la manifestación de la verdad delante de Dios» (2 Co 2, 17 y 4, 1-4).

San Ignacio de Antioquía pedía a los sacerdotes que exhortaran a los cristianos a correr «todos a una con el pensamiento y sentir de Dios, pues Jesucristo, vivir nuestro del que nada ha de ser capaz de separarnos, es el pensamiento del Padre, al modo que también los obispos, establecidos por los confines de la tierra, están en el pensamiento y sentir de Jesucristo». Todos los obispos tienen la grave responsabilidad de ser y representar el pensamiento de Cristo. Los que extravían a las ovejas que Jesús les ha confiado serán implacable y severamente juzgados por Dios.

32. – En su carta a los efesios, san Ignacio habla con mucha severidad del silencio y la fidelidad a la doctrina. «Es mejor guardar silencio y ser, que hablar y no ser. Es bueno enseñar, si el que habla lo practica. Ahora bien, hay un maestro que habló y lo que dijo sucedió; sí, e incluso las cosas que hizo en silencio son dignas del Padre. El que posee la palabra de Jesús es capaz de prestar atención a su silencio, para que pueda ser hecho perfecto; para que por medio de su palabra pueda actuar y por medio de su silencio pueda ser conocido. No hay nada escondido del Señor, sino que incluso nuestros secretos están cerca de Él. Hagamos todas las cosas considerando que Él vive en nosotros, para que podamos ser sus templos, y Él mismo pueda estar en nosotros como nuestro Dios. Esto es así, y será manifestado a nuestra vista por el amor que debidamente le tenemos a Él. No nos engañemos, hermanos. Los que corrompen las familias no van a heredar el reino de Dios. Así pues, si a los que hacen estas cosas según la carne se les da muerte, cuánto más si un hombre, con mala doctrina, corrompe la fe de Dios por la cual Jesucristo fue crucificado. Este hombre, habiéndose corrompido a sí mismo, irá al fuego que nunca se apaga; y lo mismo irán los que le escuchan y hacen caso de él».

33. – Hoy hay muchas personas ebrias de palabras, personas constantemente agitadas, incapaces de callar y de respetar a los demás. Han perdido el sosiego y la dignidad. El sabio Ben Sirac recomienda a menudo la sobriedad, la prudencia y las buenas maneras cuando estamos en sociedad. Para no dañar nuestra alma ni la de los demás, para que nuestra conducta o nuestras palabras no nos lleven a graves caídas, son necesarias la medida y la moderación. Y le preocupa de un modo especial nuestra actitud en las comidas. «Gozo del corazón y alegría y deleite del alma es el vino bebido a tiempo y con medida (...). El vino bebido en exceso es amargura del alma, y también provocación y ruina. La embriaguez aumenta la ira del necio hasta caer, disminuye las fuerzas y produce heridas» (Si 31, 36.39-40). La respuesta de san Alberto de Jerusalén, autor de la regla del Carmelo, es clara. Para evitar caer es preciso guardar silencio y

confiar en la sabiduría, las inspiraciones y la acción silenciosa de Dios. No hay que «ultrajar al Espíritu de la gracia». La conquista del silencio posee el acre sabor de las batallas ascéticas, pero Dios ha querido ese combate asequible para el hombre.

34. – Si el silencio no la precede, la palabra corre el serio peligro de ser más bien un parloteo inútil. «En la serenidad y la confianza estará vuestra fuerza», dice Isaías (*Is* 30, 15). El profeta reprocha al pueblo de Israel su activismo idólatra, su efervescente pasión política, hecha de alianzas de intereses o de estrategia militar, unas veces con Egipto, otras con Asiria. El pueblo de Israel ya no confía en Dios. Isaías llama a la conversión, a la calma y la serenidad. El silencio actúa en connivencia con la fe en Dios. Hay que dejar a un lado el nerviosismo y las falsas excusas y arrojarse silenciosamente en brazos de Dios. La esperanza y la fuerza del hombre residen en su silenciosa apuesta por Dios. Pero los hombres de la antigüedad no escucharon a Isaías. Para huir a Egipto confiaron en los carros, los caballos y el poder militar egipcio. Fue una estrepitosa locura que condujo al caos. El pueblo elegido tendría que haber puesto su vida solamente en manos de Dios y guardar silencio. Nuestro porvenir está en sus manos, y no en la ruidosa locura de las negociaciones humanas, por útiles que puedan parecer. También hoy nuestras estrategias pastorales sin exigencias, sin una llamada a la conversión, sin un regreso radical a Dios, son caminos que conducen a la nada; juegos políticos que no pueden llevarnos a Dios crucificado, nuestro verdadero Libertador.

El hombre moderno es capaz de todo tipo de ruidos, de guerras y de falsas declaraciones solemnes en medio de un caos infernal porque ha excluido a Dios de su vida, de sus combates y de su gigantesca ambición de transformar el mundo en su propio beneficio egoísta.

35. – Los que no se dan a conocer y guardan silencio son verdaderos hombres. Estoy convencido de que las grandes figuras rara vez recurren a las palabras fáciles: trazan un camino con la elocuencia de sus silencios y con el rigor de una vida inseparablemente unida al *pensamiento de Jesucristo*. Y es maravilloso que nos conozcan por nuestro silencio.

En el amanecer de este nuevo milenio, los que callan son los más útiles a la sociedad: seres de silencio e interioridad, viven la auténtica dimensión del hombre. El alma humana no se expresa solo con palabras.

36. – En nuestras sociedades consumistas el hombre nunca deja de pavonearse, pero

descuida su alma. Exhibe la coraza y la ropa refulgentes que emplean los mitos y son propios de ellos.

37. – En la Iglesia, sin subestimar la obra de los misioneros y el mérito de su sacrificio, los monjes y las monjas representan la máxima fuerza espiritual. Los contemplativos son la principal fuerza evangelizadora y misionera, el órgano más importante y más valioso que transmite la vida y mantiene la energía esencial de todo el cuerpo. Dios elige a personas a las que confía la misión de consagrar su existencia a la oración, a la adoración, a la penitencia, al sufrimiento y los sacrificios cotidianos aceptados en nombre de sus hermanos, para gloria de Dios, a fin de completar en su carne lo que falta a los padecimientos de Cristo en bien de su Cuerpo, que es la Iglesia. Son seres de silencio. Están constantemente delante de Dios. De día y de noche cantan la alabanza de su nombre en representación de la Iglesia y de la humanidad. No les oímos porque contemplan al Invisible y sostienen la obra de Dios.

38. – Los hombres y las mujeres que oran en el silencio, en la noche y en la soledad, son las columnas que sostienen la Iglesia de Cristo. En esta época de confusión los contemplativos se consumen en la ofrenda generosa de su vida por una existencia más fiel a las promesas del Hijo de Dios. El verdadero misionero, decía san Juan Pablo II, es el contemplativo en acción.

39. – Desde su renuncia, Benedicto XVI, envuelto en el silencio de un monasterio en los jardines del Vaticano, es una réplica de los monjes. Como los contemplativos, sirve a la Iglesia consagrandose sus últimas fuerzas y el amor de su corazón a la oración, la contemplación y la adoración de Dios. El papa emérito permanece delante del Señor por la salvación de las almas y para la sola gloria de Dios.

40. – Aun así, al cabo de dos milenios, ¡qué sorprendente paradoja ver a tantos teólogos charlatanes, a tantos papas ruidosos, a tantos sucesores de los apóstoles pretenciosos e infatuados de sus razonamientos! No obstante, la Iglesia, fundada sobre Pedro y la roca del Gólgota, es inquebrantable.

41. – Cristo vivió treinta años en silencio. Más tarde, durante su vida pública, se retiró al desierto para escuchar al Padre y hablar con Él. El mundo tiene una necesidad vital de hombres que se retiren al desierto. Porque Dios habla en el silencio.

42. – Callar y dominar los labios y la lengua es una tarea difícil, abrasadora y árida. Pero hay que sepultarse cada vez más en las realidades interiores capaces de moldear eficazmente el mundo. El hombre tiene que presentarse en silencio ante Dios y decirle: Dios mío, ya que me has concedido el conocimiento y el deseo de perfección, guíame siempre hacia el absoluto del Amor. Haz que crezca en el amor, porque Tú eres el artesano sabio que no deja ninguna obra inacabada, siempre que el barro de la criatura no oponga ningún obstáculo, ningún rechazo. Me entrego sin palabras a ti, Señor. Quiero ser dócil y maleable como el barro en tus manos de hábil y benévolo alfarero.

—¿*Qué caracteriza a eso que podríamos llamar el silencio de la mirada?*

43. – Desde hace unos años, el hombre sufre la constante agresión de las imágenes, de las luces y los colores que le ciegan. Las imágenes malsanas y provocadoras de la pornografía, de una violencia brutal y de todas las obscenidades mundanas que agreden la pureza del corazón colándose por la puerta de su mirada allanan su morada interior.

44. – La mirada que debería ver y contemplar lo esencial se vuelve hacia lo artificial. Nuestros ojos confunden el día y la noche, porque toda nuestra vida se halla inmersa en una luz permanente. En las ciudades, encendidas por miles de señales luminosas, la mirada ha dejado de distinguir la oscuridad que proporciona descanso y las conciencias ya no conocen el pecado. Hace mucho tiempo que la humanidad ha perdido la conciencia de la gravedad del pecado y del desorden que su presencia introduce en la vida personal, eclesial y social. Han pasado cincuenta años desde que el beato Pablo VI, en su homilía del 20 de septiembre de 1964, reconociera este drama: «No encontraréis ya en el lenguaje de la gente de bien actual, en los libros, en las cosas que hablan de los hombres, la tremenda palabra que, por otro lado, es tan frecuente en el mundo religioso, en el nuestro, particularmente en el cercano a Dios: la palabra *pecado*. Los hombres, en los juicios de hoy, no son considerados pecadores. Son catalogados como sanos, enfermos, malos, buenos, fuertes, débiles, ricos, pobres, sabios, ignorantes; pero la palabra *pecado* no se encuentra jamás. Y no retorna porque, distanciado el intelecto humano de la sabiduría divina, se ha perdido el concepto de pecado. Una de las palabras más penetrantes y graves del Sumo Pontífice Pío XII, de venerable memoria, es esta: “El mundo moderno ha perdido el sentido del pecado”; es decir, la ruptura de la relación con Dios, causada por el pecado». También san Juan Pablo II se hace eco de ello en su exhortación apostólica postsinodal *Reconciliatio et paenitentia*, de 2 de diciembre de 1984.

45. – Lejos de Dios y de las luces que brotan de la verdadera Luz, el hombre no es capaz de ver las estrellas, hasta tal punto son las ciudades antorchas incandescentes que abrasan nuestras pupilas. La vida moderna impide que demos reposo a nuestra mirada. A nuestros ojos, con los párpados constantemente abiertos, se les impone un espectáculo permanente. La dictadura de la imagen que sumerge nuestra mirada en un continuo torbellino aborrece el silencio. El hombre se ve en la obligación de buscar realidades siempre novedosas que aumentan su afán de posesión; pero sus ojos están enrojecidos, aturdidos y enfermos. Los espectáculos artificiales y las pantallas luminosas ininterrumpidas quieren embelesar la inteligencia y el alma. En las prisiones luminosas del mundo moderno el hombre se aleja de sí mismo y de Dios. Está atado a lo efímero y cada vez más lejos de lo esencial.

46. – El silencio de la mirada consiste en saber cerrar los ojos para contemplar a Dios que está dentro de nosotros, en las regiones profundas e íntimas de nuestro abismo personal. Las imágenes son una droga de la que no podemos prescindir, porque están presentes por todas partes y en todo momento. Los ojos se encuentran enfermos, embriagados, y ya no pueden cerrarse. También hay que taparse los oídos, porque las imágenes sonoras los atacan y los ofenden, tanto a ellos como a nuestra inteligencia y nuestra imaginación. Nos resulta difícil no escuchar a este mundo en permanente gesticulación que quiere ensordecernos y aturdirnos para hacer de nosotros restos de un naufragio estrellados contra los arrecifes, vulgares desechos inútiles arrastrados hasta la orilla.

47. – La tiranía de la imagen obliga al hombre a renunciar al silencio de los ojos. La humanidad ha retornado a la triste profecía de Isaías recogida por Jesús: «Viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden (...). Porque se ha embotado el corazón de este pueblo, han hecho duros sus oídos y han cerrado sus ojos; no sea que vean con los ojos, y oigan con los oídos, y entiendan con el corazón y se conviertan, y yo los sane» (Mt 13, 13.15).

—¿*Corre el silencio del corazón los mismos peligros?*

48. – El silencio del corazón es el más misterioso: podemos decidir no hablar y callar, podemos cerrar los ojos para no ver nada, pero sobre el corazón nuestro dominio es menor. Arde en él un fuego en el que las pasiones, la ira, el rencor y la violencia son difícilmente controlables. Al amor humano le cuesta configurarse según el amor de Dios. En el corazón desembocan torrentes incontrolables y al hombre le resulta muy difícil recobrar el silencio interior. Se deja consumir a regañadientes por la zarza ardiente que llamea constantemente dentro de él, en las profundidades de su corazón, sin forzar su

libertad ni su conformidad.

49. – Si el hombre consigue «injertar» su corazón en el corazón de Dios, recibiendo las fuerzas divinas, caminará hacia el silencio.

50. – ¿Cómo consiguió san Juan pegar su corazón al de Jesús? Se limitó a inclinarse hacia Él y recostarse a su lado, como el perro fiel se tumba a los pies de su amo. Este acercamiento físico es mucho más que corporal: se trata de una inserción espiritual y de una comunión íntima que permiten a san Juan experimentar los mismos sentimientos de Jesús. Aquel a quien Cristo *amaba* es el apóstol que mejor ha descrito las profundidades insondables del corazón del Hijo de Dios.

51. – La ruta que lleva al silencio del corazón también se recorre en silencio. Ese es el gran misterio: el silencio se alcanza en silencio y crece en silencio.

52. – El silencio del corazón consiste en acallar poco a poco nuestros miserables sentimientos humanos para hacernos capaces de tener los mismos sentimientos de Jesús. El silencio del corazón es el silencio de las pasiones. Hay que morir a uno mismo para unirse en silencio al Hijo de Dios. Buscad, dice san Pablo, «no el propio interés, sino el de los demás. Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús» (*Flp* 2, 4-5).

—En El amor más grande, la Madre Teresa escribió: «Jesús nos enseñó el modo de orar y también nos dijo que aprendiéramos de Él a ser mansos y humildes de corazón. Pero no llegaremos a ser nada de eso a menos que conozcamos lo que es el silencio. La humildad y la oración se desarrollan de un oído, de una mente y de una lengua que han vivido en silencio con Dios, porque en el silencio del corazón es donde habla Él». Cuando diferenciamos el silencio exterior del interior, nos damos cuenta de que, si el silencio exterior fomenta el interior, el silencio de la palabra, del gesto o de la actividad cobra todo su sentido en la búsqueda de Dios. Esta búsqueda solo es posible dentro de un corazón silencioso...

53. – La Madre Teresa poseía un estrecho conocimiento del silencio. Como santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz y santa Teresa de Lisieux, vivió la dura experiencia del silencio de Dios. Era mujer de silencio porque era mujer de oración, y estaba constantemente junto a Dios. Quería permanecer en el silencio de Dios. Esta religiosa,

muy poco aficionada a hablar, huía de la tempestad del ruido mundano. La Madre Teresa gozaba de una estima extraordinaria en el mundo entero y conservaba el espíritu de infancia. Imitaba a Cristo en su silencio, su humildad, su pobreza, su mansedumbre y su caridad. Le gustaba pasar horas enteras delante de Jesús presente en la Eucaristía. Para ella, orar significaba amar con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas; significaba entregar todo su ser y todo su tiempo al Señor. La ofrenda más hermosa que deseaba hacer de sí misma y de todas sus actividades en favor de los pobres era consagrar prolongados momentos de su día a un encuentro de corazón a corazón con Dios, de modo que esos instantes de intimidad permitieran a su corazón inflamarse de un amor sin reservas. Como Jesús, su corazón tenía siempre sed de Amor. En todas las capillas de las Hermanas Misioneras de la Caridad está inscrito el grito de Jesús: *Tengo sed*.

54. – Por lo que a mí respecta, sé que los momentos más importantes de mi jornada son esas horas inigualables que paso arrodillado en la oscuridad ante el Santísimo Sacramento del Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor Jesucristo. Es como si estuviera sumergido en Dios y rodeado por todas partes de su presencia. Querría pertenecerle solo a Él y hundirme en la pureza de su Amor. Y, sin embargo, me doy cuenta de lo pobre que soy, de lo lejos que estoy de amar al Señor como Él me ha amado hasta entregarse por mí.

55. – Me vienen a la memoria las firmes y emotivas palabras que la Madre Teresa dirigió a un joven sacerdote, Angelo Comastri, hoy cardenal arcipreste de la basílica de San Pedro en Roma, cuyo libro *Dio scrive dritto* contiene un espléndido mensaje. Este es el relato de su conmovedor encuentro con la santa, que transcribo con intensa emoción. «Llamé por teléfono a la casa general de las hermanas misioneras de la caridad para entrevistarme con la Madre Teresa de Calcuta, pero la respuesta fue tajante: *Imposible ver a la Madre: sus compromisos no se lo permiten*. De todas formas me presenté allí. La hermana que vino a abrirme me preguntó amablemente: *¿Qué desea? Querría ver un momento a la Madre Teresa*. Ella me contestó sorprendida: *¡Cuánto lo siento! No puede ser...* No me moví de allí, dándole a entender que no me iría sin haber visto a la Madre Teresa.

»La hermana desapareció durante unos instantes y regresó acompañada de la Madre, quien me invitó a sentarme en una salita próxima a la capilla. En el entretanto, pude reponerme un poco y conseguí decir: *Madre, soy un sacerdote muy joven: ¡estoy dando mis primeros pasos! Venía a pedirle que me acompañe con su oración*. La Madre me miró tierna y dulcemente y, sonriendo, me dijo: *Siempre rezo por los sacerdotes. Rezaré*

también por usted. Luego me tendió una medalla de María Inmaculada, la depositó en mi mano y me preguntó: ¿Cuánto tiempo dedica al día a la oración? Me quedé sorprendido y algo desconcertado. Después de hacer memoria, repuse: Madre, celebro misa todos los días, todos los días rezo el breviario. Como bien sabe, ¡en nuestra época esto es una heroicidad! [era 1969]. También rezo todos los días el Rosario y lo hago con gusto, porque lo aprendí de mi madre». La Madre Teresa apretó con sus manos rugosas el rosario que llevaba siempre consigo; luego clavó en mí aquellos ojos llenos de luz y de amor y me dijo: No basta con eso, hijo mío. No basta con eso, porque el amor no puede reducirse al mínimo indispensable: ¡el amor exige el máximo! En ese momento no entendí las palabras de Madre Teresa y, casi justificándome, contesté: Madre, en realidad lo que quería preguntarle era qué actos de caridad hace usted. Inmediatamente, su rostro se volvió severo y la Madre me dijo con voz firme: ¿Cree usted que yo podría vivir la caridad si no le pidiera cada día a Jesús que llene mi corazón de su amor? ¿Cree usted que podría recorrer las calles en busca de los pobres si Jesús no comunicara a mi alma el fuego de la caridad? Me sentí muy pequeño... Miré a la Madre Teresa con honda admiración y el deseo sincero de penetrar en el misterio de su alma, tan llena de la presencia de Dios. Ella, subrayando cada una de sus palabras, añadió: Lea atentamente el evangelio y verá cómo también Jesús, por la oración, sacrificaba la caridad. ¿Y sabe por qué? Para enseñarnos que sin Dios somos demasiado pobres para ayudar a los pobres. En esa época veíamos a muchos sacerdotes y religiosos abandonar la oración para hacer una inmersión –así lo llamaban– en el campo social. Las palabras de la Madre Teresa fueron para mí como un rayo de sol; y en mi fuero interno repetí lentamente: Sin Dios somos demasiado pobres para ayudar a los pobres».

56. – Dediquemos mucho tiempo a Dios, a la oración y a la adoración. Alimentémonos abundante e ininterrumpidamente de la palabra de Dios. A nuestro corazón, cuya dureza conocemos, le hace falta mucho tiempo para amansarse, para humillarse en el contacto con la Hostia y empaparse del amor de Dios.

57. – No hay nada más pequeño, más dulce y más silencioso que Cristo presente en la Hostia. Ese trocito de pan encarna la humildad y el silencio perfecto de Dios, su ternura y su amor por nosotros. Si queremos crecer y llenarnos del amor de Dios, tenemos que afianzar nuestra vida sobre tres grandes realidades: la Cruz, la Hostia y la Virgen – *crux, hostia et virgo*... Son tres misterios que Dios ha entregado al mundo para edificar, fecundar y santificar nuestra vida interior y conducirnos hacia Jesús. Tres misterios que se deben contemplar en silencio.

58. – Hay circunstancias exteriores que fomentan por fuerza el silencio interior. Tenemos que facilitar todo lo posible el mejor entorno para hallar en nosotros el silencio que nos permita la íntima comunión con Dios. Cristo recomienda con mucha claridad esta búsqueda de intimidad: «cuando te pongas a orar, entra en tu aposento y, con la puerta cerrada, ora a tu Padre, que está en lo oculto; y tu Padre, que ve en lo oculto, te recompensará» (Mt 6, 6). Nuestro verdadero aposento somos nosotros mismos. A los hombres se les invita a entrar en sí mismos para quedarse a solas con Dios.

Jesús no deja nunca de darnos ejemplo: «en aquellos días salió al monte a orar y pasó toda la noche en oración a Dios» (Lc 6, 12). Así es como nos muestra las condiciones favorables para una oración silenciosa.

Delante de Dios, en el silencio, nos hacemos mansos y humildes de corazón. La mansedumbre y la humildad de Dios nos penetran y entablamos un auténtico diálogo con Él. La humildad es una condición y una consecuencia del silencio. El silencio necesita mansedumbre y humildad y, al mismo tiempo, nos abre a esas dos cualidades. Dios es el ser más humilde, más manso y silencioso. El silencio es el único medio para entrar en el gran misterio de Dios.

Estoy convencido de que el silencio es una liberación divina que unifica y sitúa al hombre en el centro de sí mismo, en las profundidades de los misterios de Dios. En el silencio el hombre es absorbido por lo divino y los movimientos del mundo dejan de tomar posesión del alma. En el silencio partimos de Dios y llegamos a Dios.

—Las condiciones exteriores que facilitan el silencio dependen de cada uno y varían según las circunstancias de la vida. Aun así, ¿qué debemos hacer para entrar dentro de nosotros mismos?

59. – En la vida de oración hace falta un apoyo, porque siempre corremos el riesgo de alejarnos de nosotros mismos, saturados de ruidos, de sueños y recuerdos.

El mejor instrumento es la lectura silenciosa y asidua de la Biblia. Los evangelios sitúan al hombre frente a Cristo, frente a su vida y sus sentimientos. Nos ayudan a contemplar y a meditar la vida de Jesús, desde su nacimiento en el portal de Belén hasta su muerte y resurrección. De este modo nos mezclaremos con su vida. En el silencio que nos coloca de cara a su palabra, Dios está cerca de nosotros; no nos deja: le miramos y nos mira. Ese cara a cara nos inunda con su luz y nos empapa de su presencia. Estamos el uno frente al otro y nos acogemos mutuamente en el silencio interior.

60. – El Evangelio nos habla de la importancia de desconfiar de los entusiasmos estériles, de las vivas pasiones y de los clamores ideológicos o políticos. El domingo de Ramos, cuando Jesús baja de Betania a Jerusalén, recibe una grandiosa y solemne acogida. El pueblo extiende a sus pies mantos y ramos, aclamando al Hijo de David. Todos gritan: «¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel!» (*Jn* 12, 13). Todos dan testimonio de la resurrección de Lázaro, enterrado en su sepulcro. Por eso la multitud recibe a Cristo con gran pompa. Jerusalén queda conmocionada por el ruido de esa entrada triunfal, por ese recibimiento excepcionalmente festivo. Todos se preguntan: «¿Quién es este?» (*Mt* 21, 10). Fiel a su costumbre, Jesús entra en el Templo y cura a los cojos y a los ciegos que están allí (*Mt* 21, 14). Sus milagros provocan la indignación de los príncipes de los sacerdotes y los escribas. Pero a Jesús le gusta escuchar el clamor de los corazones inocentes de los niños, pues está escrito que de su boca saldrán las alabanzas a Dios (*Mt* 21, 16). Acabadas las fiestas, se hace tarde y, por curioso que pueda parecer, no ve a nadie que le ofrezca hospitalidad o le dé de comer. Jesús abandona la ciudad y vuelve a Betania para pasar la noche con sus discípulos.

El Hijo de Dios, recibido triunfalmente, no encontró un solo hombre que le abriera la puerta. También hoy, en nuestros días, ¡qué superficiales, qué inconsistentes son nuestra acogida, nuestro amor y nuestras alabanzas, como si fueran un simple barniz religioso!

Hoy nos conformamos con cumplir unos ritos sin ninguna incidencia en nuestra vida concreta, porque los vivimos sin recogimiento, sin interioridad y sin autenticidad. Los habitantes de Jerusalén no comprendieron la hondura de la visita del Hijo de Dios: el pueblo, entregado a sus pasiones y a sus ambiciones políticas, se comportó de un modo ostentoso, superficial y ruidoso.

Presas de tantas convulsiones mundanas, no fueron capaces de entender el misterio de la visita del Rey Mesías, el Rey que trae la paz a las naciones, como anunció el profeta Zacarías: «Regocíjate, hija de Sión, grita de júbilo, hija de Jerusalén, mira, tu rey viene hacia ti, es justo y victorioso, montado sobre un asno, sobre un borrico, cría de asna. Destrozará los carros de Efraím, los caballos de Jerusalén; serán rotos los arcos de guerra, anunciará la paz a las naciones y su dominio se extenderá de mar a mar y desde el Río hasta los confines de la tierra» (*Za* 9, 9-10). Los habitantes de Jerusalén quieren un jefe mesiánico y no saben percibir la grandeza silenciosa del mensaje de Jesús. El pueblo no acoge a Cristo en su alma: se entrega a una mera demostración de fuerza desmesurada y cargada de adornos. Lo más difícil es amar a Jesús en espíritu y en verdad para acogerlo en el corazón y en las profundidades del ser.

La auténtica acogida es silenciosa. No es diplomática, ni teatral, ni sentimental.

61. – También hoy, cuando aclamamos a Cristo en las fiestas litúrgicas importantes, debemos procurar encarecidamente que nuestra alegría no sea ficticia. Muchas veces los hombres no ofrecen al Hijo de Dios la posibilidad de habitar en sus corazones.

En la *Imitación de Cristo* encontramos estas espléndidas palabras: «Sé, pues, alma fiel, y prepara tu corazón a este Esposo, para que quiera venirse a ti y morar contigo; porque él dice así: *Si alguno me ama, guardará mi palabra, vendremos a él, y moraremos en él.* Da, pues, lugar a Cristo, y a todo lo demás cierra la entrada. Si a Cristo tuvieres, estarás rico y te bastará. Él será tu proveedor y fiel procurador en todo, de manera que no tendrás necesidad de esperar en los hombres (...). Pon en Dios toda tu esperanza, y sea él tu temor y tu amor. Él responderá por ti y lo hará como mejor convenga (...).

»No tendrás jamás reposo hasta que estés íntimamente unido con Cristo.

»En el Altísimo esté tu pensamiento; y tu oración diríjase sin cesar a Cristo. Si no sabes contemplar las cosas altas y celestiales, descansa en su pasión, y mora muy gustoso en sus sacratísimas llagas. Sufre con Cristo y por Cristo, si quieres reinar con Cristo.

»Si una vez entrases perfectamente en lo interior de Jesucristo, y gustases un poco de su encendido amor, entonces no tendrías cuidado de tu provecho o daño propio, antes te holgarías más de las injurias que te hiciesen; porque el amor de Jesús hace al hombre despreciarse a sí mismo».

No obstante, tras los primeros esfuerzos, quizá constatemos que no poseemos del todo el silencio. Porque, una vez atravesada la puerta de la oración, los hombres descubren una agitada turba de pensamientos, de sentimientos y aversiones que les cuesta mucho acallar.

Estas multitudes ruidosas e insistentes se adhieren a nuestra alma. Puede ser que decidamos rezar y nos demos cuenta de que nos resulta imposible concentrarnos en nuestra vida interior. Hay mil cosas que nos alteran y nos distraen. El jaleo interior hace imposible el silencio. Hasta la pasión más pequeña que agitaba nuestro corazón antes de una oración puede aniquilar ese momento de silencio. El ruido triunfa y el silencio se escapa...

62. – ¿Cómo conseguiremos dominar nuestro propio silencio interior? La única respuesta está en la ascesis, en la renuncia de uno mismo y en la humildad. Si el hombre no se aniquila a sí mismo, si sigue siendo como es, se queda fuera de Dios.

63. – Cuando quieren contemplar a Dios, los orientales se arrodillan y se postran rostro en tierra para mostrar una humillación voluntaria y una respetuosa reverencia. Sin un intenso deseo de despojarse de uno mismo, de hacerse pequeño ante el Padre Eterno, no es posible ningún diálogo con Dios. Y, sin el dominio de nuestro propio silencio, no podemos encontrarnos con los demás. Si seguimos siendo nosotros, nos invaden los ruidos, las fantasías y las rabietas.

64. – La lectura debe ayudarnos a concentrarnos en la oración. No olvidemos ese vínculo decisivo entre la oración y la Palabra de Dios. ¿Cómo vamos a *representarnos al Señor a nuestro lado* si no le buscamos allí donde se manifiesta? La oración consiste en imaginar en silencio la vida concreta y diaria de Jesús. No se trata de recordar un suceso histórico, sino de procurar que el Hijo de Dios entre silenciosamente en nuestro corazón.

Por eso es fundamental mantenerse en presencia de Dios, de modo que Él pueda encontrarnos disponibles e introducirnos en el gran silencio interior que le permite encarnarse en nosotros, transformarnos en Él. Y en ese silencio que no está vacío, sino lleno del Espíritu Santo, el hombre podrá escuchar cómo de su corazón brota como un susurro: ¡*Abbá*, Padre! (*Rm* 8, 15). La oración consiste en conseguir callar, escuchar a Dios y saber oír los gemidos inefables del Espíritu Santo que habita en nosotros y grita en silencio.

65. – Nuestros contemporáneos tienen la impresión de que la oración consiste en contarle cosas a Dios, en gritar y en debatirse ante Él. Pero la oración es algo más sencillo: consiste en escuchar hablar a Dios silenciosamente en nuestro corazón. ¿Por qué no nos fijamos en cómo ora Jesús? ¿Por qué no le suplicamos como los apóstoles: «Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos» (*Lc* 11, 1)? ¿Por qué buscamos fuera modelos y ejemplos de oración en un intento de convencernos de que la turbación, el ruido y el desorden son señales de la efusión y la presencia del Espíritu de Jesús? Cristo es el único maestro que puede enseñarnos a orar; y orar es amar a Jesús y morar con Él en el silencio y la soledad interior.

66. – En sus *Discursos ascéticos*, escribe Isaac de Nínive: «Ama el silencio por

encima de todo. Porque te permite dar fruto. La lengua es incapaz de explicarse. Esforcémonos ante todo en callar. A través del silencio nacerá en nosotros lo que nos conduzca a ello. Si obras así, no sabría decirte cuánta luz se derramará sobre ti (...). Grande es el hombre que con la paciencia de sus miembros se ha habituado a estar únicamente en el interior de su alma. Si pones en el platillo de la balanza todas las obras de la vida monástica y en el otro el silencio, verás cómo este pesa mucho más».

En el silencio el hombre solamente adquiere su dignidad y su grandeza si se arrodilla para escuchar y adorar a Dios. En el silencio del abajamiento y de la aniquilación de uno mismo, acallando el tumulto de la carne, logrando domar las imágenes ruidosas; manteniendo a distancia los sueños, la imaginación y el estruendo de un mundo que no deja de girar como un torbellino, para purificarse de todo lo que arruina el alma y la aleja de la contemplación: así es como el hombre se vuelve capaz de mirar y amar a Dios. En las *Enéadas* decía Plotino: «Para elevarse a esa contemplación del alma universal, el alma tiene que ser digna de ella por su nobleza; debe haberse emancipado del error y hurtado a los objetos que fascinan las miradas de las almas vulgares: tiene que haberse sumergido en un profundo recogimiento y hacer callar en torno a sí, no solo la agitación del cuerpo que la envuelve y el tumulto de las sensaciones, sino asimismo cuanto la rodea. Que todo enmudezca, pues: tierra, mar, aire, el mismo cielo».

67. – En *Otro modo de ver al hombre*, Maurice Zundel parece profundizar en la idea de Plotino. «Toda nuestra existencia está incluida en esta alternativa: o estoy en mí o estoy en Dios. No hay término medio. Cuando dejo de dar conmigo, es que Dios está realmente presente en mí. Cuando me pierdo de vista, es que le miro a Él. Cuando ya no oigo, es que le escucho a Él, y entonces el Bien, en todos los ámbitos, consiste justamente en perderme en Él. El programa es sencillo, pero su concreción es difícil, porque no podemos decretar un encuentro ni fijar la hora en que ha de brotar el amor. No hay camino que desemboque infaliblemente en un intercambio de intimidades. No hay nada más libre, más imprevisto ni más gratuito. Todo lo que podemos hacer es apartar los obstáculos que hacen imposible ese intercambio, y se resumen en el ruido que hacemos con nosotros mismos y a nuestro alrededor. La única posibilidad de salir de nosotros mismos es neutralizar nuestra atención, apartar apaciblemente nuestros oídos de toda esa mezcla confusa de apetitos y de reivindicaciones, apagar la corriente psíquica que alimenta este tumulto, a través de un recogimiento en el que se ahonda cada vez más el vacío que nos hace disponibles. Cuando se ha instaurado el silencio total, es que se anuncia ya la Presencia que llena el espacio engendrado por la retirada del yo».

68. – El silencio cuesta, pero hace al hombre capaz de dejarse guiar por Dios. Del

silencio nace el silencio. A través del Dios silencioso podemos acceder al silencio. Y el hombre no deja de sorprenderse de la luz que brilla entonces.

El silencio es más importante que cualquier otra obra humana. Porque manifiesta a Dios. La verdadera revolución procede del silencio: nos conduce hacia Dios y hacia los demás para ponernos humilde y generosamente a su servicio.

—*En sus Écrits monastiques [Escritos monásticos], escribe el padre Jérôme: «El silencio es como una inmensa ola del océano que, después de arrastrar la barca hacia una tierra desconocida, la deposita en una orilla que siempre causa temor y en la que reina la sola presencia del Infinito». ¿Cómo se definiría el silencio contemplativo?*

69. – Puede ser que el silencio contemplativo nos asuste: es como una ola inmensa que nos arrastra sin hundirnos y nos hace encallar en orillas temibles. Y es que entonces el hombre se encuentra ante la aterradora inmensidad del misterio. Creo que es imposible acercarse a la majestad de Dios sin temblar de miedo y estupor. Nuestros antepasados solían sentirse físicamente alterados por un intenso temor, expresión conjunta de admiración, respeto y un pavor religioso ante el horno abrasador de la trascendencia de Dios.

70. – El silencio de Dios es una marca de fuego candente en el hombre que se acerca a él. A través del silencio divino el hombre se vuelve hasta cierto punto un extranjero en este mundo. Se aleja de la tierra y de sí mismo. El silencio nos empuja hacia esa tierra desconocida que es Dios. Y esa tierra se convierte en nuestra verdadera patria. Por medio del silencio regresamos a nuestro origen celestial, donde únicamente reinan la calma, la paz, el reposo, la contemplación y la adoración silentes del rostro radiante de Dios.

71. – Todos los grandes santos han vivido esta experiencia incomparable. Cuando sus oraciones los han conducido hasta el umbral del silencio del Padre Eterno, descubren lo cercano e inmenso que se vuelve Dios. Enmudecen ante el Padre. Cuanto más se han elevado hacia Dios, más silenciosos han sido. San Felipe Neri o santa Teresa de Lisieux se enfrentaron a una realidad que no eran capaces de alcanzar, pero vieron con sus propios ojos el Infinito y el esplendor del amor. Esa inmensidad los arrastró a un gran silencio de adoración y de paz interior.

72. – El silencio contemplativo es el silencio junto a Dios. Un silencio que consiste en adherirse a Él, presentarse y mostrarse ante Él, ofrecerse a Él, hacerse nada en Él, adorarle, amarle, escucharle, oírle y descansar en Él. Ese es el silencio de la eternidad, la unión del alma con Dios.

73. – En uno de sus sermones, el teólogo y místico Juan Taulero, discípulo del Maestro Eckhart, decía: «María se recluyó; la sierva de Dios debe recluirse si desea sentir realmente en ella ese nacimiento, absteniéndose no solo de las dispersiones momentáneas que puedan causarle algún daño, sino también de las prácticas meramente sensibles de las virtudes. Debe hacerse el silencio y la quietud en ella, debe recluirse en sí misma, ocultarse en el Espíritu para sustraerse a los sentidos, escapar de ellos y convertirse en un lugar de silencio y sosiego interior. A ese sosiego del espíritu se refiere el cántico de la Misa que comienza: *Dum medium silentium fieret*. En un silencio absoluto, estando todo inmerso en el mayor silencio y la noche en mitad de su curso, entonces, oh Señor, la palabra omnipotente dejó su trono para acampar en nuestra tienda. En el cénit del silencio, todas las cosas quedan sumergidas en la calma; solo entonces se hace sentir la realidad de esta Palabra. Porque, si quieres que Dios hable, hace falta que tú calles».

Cristo aconseja con frecuencia el aislamiento si queremos orar. Puede tratarse de un lugar alejado, en soledad, para estar a solas con el Único. Pero la cuestión del marco exterior no puede eludir el problema de la interioridad. Es importante crear ese aposento interior donde el hombre se encuentra con Dios en un verdadero cara a cara. Esa labor espiritual requiere un esfuerzo para abstenerse de toda dispersión, lo cual conlleva una ascesis interior. La búsqueda del silencio interior es un perfeccionamiento que requiere repetidos esfuerzos. Dentro de nosotros suele haber una imaginación y una agitación peligrosas. Es preciso ocultarse en el Espíritu para sustraerse a los sentidos y escapar de ellos. El Espíritu Santo es la condición primera del silencio.

74. – Nuestro mundo ha dejado de escuchar a Dios, porque no deja de hablar a un ritmo y a una velocidad letales para no decir nada. La civilización moderna no sabe estar callada. Vive en permanente monólogo. La sociedad posmoderna rechaza el pasado y considera el presente un vil objeto de consumo: contempla el futuro entre los rayos de un progreso casi obsesivo. Su sueño, convertido en triste realidad, ha sido encerrar el silencio en un calabozo húmedo y oscuro. A partir de entonces se instaura una dictadura de la palabra, una dictadura del énfasis verbal. En ese escenario sombrío solo queda una llaga purulenta de palabras mecánicas, sin relieve, sin verdad y sin fundamento. Muchas veces la verdad no es más que una creación mediática engañosa y consolidada por

imágenes y testimonios inventados.

Entonces la palabra de Dios se desvanece, inaccesible e inaudible. La posmodernidad representa una ofensa y una agresión permanentes contra el silencio divino. De la noche a la mañana, de la mañana a la noche, el silencio ha perdido cualquier derecho: el ruido quiere impedir que Dios hable. En ese infierno de ruido, el hombre se desintegra y se pierde: se fragmenta en multitud de inquietudes, fantasmas y temores. Para salir de esos túneles deprimentes depende desesperadamente de un ruido que le aporte algún consuelo. El ruido es un ansiolítico engañoso, falso y adictivo. El drama de nuestro mundo nunca se entiende mejor que en la violencia de un ruido vacío de sentido que odia obstinadamente el silencio. Nuestra época abomina de aquello a lo que nos conduce el silencio: encontrar a Dios, maravillarse y arrodillarse ante Él.

75. – Hasta en los colegios ha desaparecido el silencio. ¿Acaso se puede estudiar rodeados de ruido? ¿Se puede leer, se puede formar la inteligencia, se pueden estructurar el pensamiento y los contornos del ser interior, rodeados de ruido? ¿Cómo podemos abrirnos al misterio de Dios, a los valores espirituales y a nuestra grandeza humana, si estamos rodeados de un constante alboroto?

El silencio contemplativo es una llama pequeña y frágil en medio de un océano encrespado. El fuego del silencio es débil porque supone un incordio para un mundo ajetreado.

76. – Hoy son demasiado pocos los cristianos dispuestos a entrar en sí mismos para mirarse y dejarse mirar por Dios. Insisto: son demasiado pocos los que están dispuestos a presentarse ante Dios en el silencio para acabar abrasándose en ese maravilloso cara a cara.

Al matar el silencio, el hombre asesina a Dios. ¿Qué puede ayudar al hombre a callar? El móvil suena constantemente; los dedos y el espíritu están siempre ocupados enviando mensajes... Quizá el gusto por la oración sea el principal combate de nuestra época. Acuartelado en regimientos de ruidos absolutamente lamentables, ¿acaso está dispuesto el hombre a retornar al silencio? La muerte del silencio es aparente: Dios siempre nos ayudará a redescubrirlo.

—En su Cántico espiritual, san Juan de la Cruz nos habla de la música callada que compone el Amado en el alma que se une a Él. ¿Qué propuesta de definición

podríamos aportar para el sonido del silencio?

77. – ¿Cómo se puede explicar con palabras la *música silenciosa*? Esa musicalidad es necesariamente un sonido humilde y débil que solo Dios escucha. Son las notas que toca el arpa de nuestro corazón cuando está consumido por el amor.

78. – Es importante dejar que el Espíritu Santo penetre hasta el fondo de las regiones más profundas del alma. En ese espacio secreto habita y actúa Dios; obra para llevar a cabo nuestra unión con Él. Mientras el hombre no alcance a reconocer el gran silencio de Dios en lo más hondo de su corazón, mientras no alcance a comprender ese misterioso espacio de lo Eterno en su carne, no podrá acceder a una auténtica transformación espiritual y humana. Este es el verdadero sonido del silencio: no podemos escuchar al Verbo si previamente no hemos sido transformados por el silencio de Dios.

79. – El alma tiene que escuchar la voz del silencio. Tiene que aceptar unirse al silencio para dejar que Dios penetre en ella. ¿Cómo podemos dejar que Dios entre en nosotros? Ese es el porqué y la auténtica gracia del silencio.

80. – En el silencio se da una colaboración entre el hombre y Dios. La casa de Dios es lo más hondo del alma humana. Podemos facilitar la acción de Dios guardando el silencio interior más perfecto. Y somos capaces de hallar ese silencio si estamos atentos a la voz del silencio. Incluso en un entorno hostil podemos encontrar a Dios en nosotros si procuramos escuchar el silencio que Él graba en nuestra alma.

81. – Un corazón en silencio es una melodía para el corazón de Dios. La lámpara se consume sin ruido ante el sagrario y el incienso asciende en silencio hasta el trono de Dios: ese es el sonido del silencio del amor.

82. – El sonido del silencio en Dios nos permite aprender la primera nota de ese cántico que es el canto de los Cielos. «El lenguaje que Dios más oye solo es el callado amor», dice de modo espléndido Juan de la Cruz en sus *Dichos de luz y amor*.

83. – El amor silencioso que arde sin consumirse y no dice nada es el amor más grande. Cuando nos apartamos del ruido para buscar a Dios, a Él le agrada escuchar nuestra disponibilidad. ¿Cuál es el silencio que quiere oír Dios? ¿Cuáles son la voz y la

música que le agradan? El amor silencioso que no dice nada y se deja hacer. Como la ofrenda y el humo de los perfumes que ascienden hasta la presencia de Dios con las oraciones de los santos (*Ap* 8, 1-4).

84. – La vida palpable de los monjes es un amor silencioso, un amor de oblación, un amor consumado. Dios recibe ese holocausto silencioso. Los holocaustos no hacen ruido. Arden largo rato y en silencio ante la majestad divina, y su perfume alegra el corazón de Dios.

Dios no escucha nada más que este amor silencioso, humilde y suave.

85. – En la escuela del Espíritu Santo aprendemos a oír a Dios en el silencio, que es el lenguaje del amor auténtico y que solo Él puede escuchar. «Aunque aquella música es callada en cuanto a los sentidos y potencias naturales, es soledad muy sonora para las potencias espirituales; porque, estando ellas solas y vacías de todas las formas y aprehensiones naturales, pueden recibir bien el sentido espiritual sonorosísimamente en el espíritu de la excelencia de Dios en sí y en sus criaturas», escribe Juan de la Cruz en su *Cántico*.

86. – En su sermón sobre el nacimiento de san Juan Bautista, consagrado a la voz y al Verbo, haciéndose eco de una actitud plena de humildad y modestia –«es preciso que Él crezca y yo disminuya»–, san Agustín no duda en afirmar: «Es preciso que disminuyan todas las voces cuando nos acercamos a ver a Cristo. Cuanto más se nos descubre la sabiduría, menos necesitas la voz: la voz aparece en los profetas, en los apóstoles, en los salmos y en el evangelio. ¡Viene el Verbo que era al comienzo, ese Verbo que era Dios! Así, la voz cesa gradualmente, a medida que el alma progresa hacia Cristo (...). Pues Dios tiene un lenguaje secreto, a muchos les habla al corazón; y hay un potente sonido en el gran silencio del corazón: *Yo soy tu salvación*».

87. – Cuanto más avanza el hombre hacia el misterio de Dios, más se queda sin palabras. El hombre se envuelve en una fuerza de amor y enmudece de estupor y de asombro. Delante de Dios desaparecemos atrapados en el silencio supremo.

88. – La sabiduría de Dios ha engendrado en todos los hombres un inmenso Amor que alimenta el pequeño silencio del corazón humano. El estupor frente al silencio divino nos cierra la boca, como el oficiante cuando, desempeñando ante Dios sus funciones

sacerdotales, quema el incienso en la presencia divina y adora sin palabras. No hay nada más importante en el mundo que el silencio de Dios. Ningún ruido humano, ni siquiera ese ruido tan suave del Evangelio, es capaz de expresar el maravilloso silencio de Dios.

89. – Ante Dios, ante su silencio, todo desaparece: ni los apóstoles, ni siquiera los evangelistas, son nada frente al silencio del Cielo. En esta tierra, el ruido más hermoso es el Evangelio; pero, por sublime y esencial que sea, queda reducido a un simple sonido al lado del gran silencio de lo Eterno.

90. – Con su encarnación Cristo asume los límites humanos. Ante el silencio de Dios nos enfrentamos al amor absoluto. Y ese gran silencio explica también la libertad concedida al hombre. El único poder de Dios es amar en silencio. Es incapaz de cualquier fuerza opresiva. Porque Dios es Amor y el Amor no puede obligar, forzar ni presionar para que se le devuelva el amor.

San Agustín y san Juan de la Cruz vivieron la experiencia del desierto, físico o interior. Palparon una pequeña parte del gran silencio de Dios y fueron como absorbidos, inmersos en el silencio divino y en la hoguera de su amor.

91. – En los manuscritos de santa Teresa del Niño Jesús encontramos esta reflexión: «Si el fuego y el hierro tuviesen conocimiento, y este último dijese al otro: *atráeme*, ¿no demostraría que desea identificarse con el fuego, de manera que este le penetre y le embeba de su ardiente substancia hasta parecer una cosa con él?». Esto es lo que le ocurre al que se acerca al silencio de Dios: él mismo se convierte en silencio.

92. – Los que son más espirituales suelen callar y dejar que sus días transcurran en el silencio. Viven dentro de la manifestación del misterio. Viven dentro de aquello que los saca de sí mismos para hacerles penetrar en el misterio de Dios.

—Por otro lado, existe también lo que podríamos llamar la ascesis del silencio. En su Discurso ascético escribió Isaac de Nínive: «Con el tiempo, de la ascesis del silencio brota en el corazón una complacencia que fuerza al cuerpo a permanecer pacientemente en la hesiquia. Y acuden abundantes las lágrimas. Primero con pena, luego con arrobo, el corazón percibe entonces lo que entrevé en lo hondo de la contemplación. Se purifica y se convierte en un niño. Y cuando entra en oración, brotan las lágrimas».

93. – La ascesis del silencio alcanza su grado más perfecto en la vida de quienes han saboreado ese encuentro con Dios a través de la contemplación de su rostro. Es una forma de desnudez y pobreza. Solo a ese precio se logra acceder a la verdadera gloria. La ascesis del silencio permite que, haciéndonos pequeños como niños, entremos en el misterio de Dios.

En el silencio divino las únicas palabras que existen son las lágrimas, porque se llega a lo más hondo del alma del hombre, a esa región del ser donde reside Dios; su silencio es una inmensidad que exige una ascesis inicialmente dolorosa y que conlleva una faceta pascual, una faceta de Viernes Santo. Hace que las lágrimas se deslicen por nuestro rostro. No obstante, no tardamos en experimentar cómo la sencillez de la ascesis engendra la pureza, el éxtasis y la alegría de la contemplación.

94. – El despojamiento del silencio hace al hombre semejante a un niño puro, pero frágil, inocente y necesitado. El silencio nos moldea del mismo modo que el herrero al metal.

95. – El silencio, esfuerzo del hombre, va de la mano de la esperanza, virtud teologal. En realidad, el poder divino de la virtud teologal eleva y orienta el alcance humano y ascético del silencio. Aparece entonces una segunda virtud moral: la fortaleza. Su misión consiste en apartar cualquier obstáculo que impide a la voluntad obedecer a la razón. La fortaleza es activa y ofensiva. Hay que empeñarse en cultivar esta virtud que frena cuanto puede evitar que el hombre viva en dependencia de Dios. El silencio y la esperanza son dos condiciones que permiten a la fortaleza hallar su alimento.

Gracias a esta ascesis del silencio es posible entender y apreciar mejor las luces de estas palabras bíblicas: «en el mucho hablar no faltan culpas» (*Pr* 10, 19); «quien vigila su boca, guarda su vida, quien abre demasiado los labios, se desencaja» (*Pr* 13, 3); «el prolijo en palabras se hace detestable» (*Si* 20, 8); «os digo que de toda palabra vana que hablen los hombres darán cuenta en el día del Juicio» (*Mt* 12, 36); «pon a tu boca puertas y cerrojos. Haz a tu boca balanza y pesos justos. Pon atención de no resbalar con la lengua, no sea que caigas ante los enemigos que te acechan» (*Si* 28, 29-30).

96. – La ascesis del silencio es una medicina necesaria: una medicina en ocasiones dolorosa, pero eficaz. Mediante el silencio rompemos con el mal para dirigirnos al bien. El ruido carece de control, igual que un navío sin capitán en un mar encrespado; mientras que el silencio es un paraíso, como un océano sin límites. El silencio es también un gran

timón capaz de conducirnos a buen puerto. Elegir el silencio es elegir lo mejor. El hombre que ama el silencio tiene la posibilidad de conducir su vida sabia y eficazmente.

97. – En *Silence cartusien* [Silencio cartujano], dom Augustin Guillerand escribe: «El sufrimiento del silencio puede ser también el sello de Dios en el alma». El silencio es una conquista dulce y violenta de Dios. Ausencia de palabras, despojamiento, pobreza: esta es la ascesis del silencio, la que nos devuelve a la pureza de los justos.

—*El cartujo dom Jean-Baptiste Porion dice, en Amour et silence [Amor y silencio]: «Si la lengua enmudece, si los sentidos se sosiegan, si la imaginación, la memoria, las criaturas callan y buscan la soledad –si no en torno a ellas, sí al menos en lo íntimo del alma–, el corazón solo hará poco ruido. Silencio de los afectos, de las antipatías; silencio de los deseos en lo que tienen de demasiado ardientes; silencio del fervor en lo que tiene de indiscreción; silencio del entusiasmo en lo que tiene de exceso; silencio hasta en los suspiros (...). Silencio del amor en lo que tiene de exaltación. El silencio del amor es el amor en el silencio (...). ¿Es el silencio ante Dios, ante la belleza, la bondad, la perfección! Un silencio en el que no hay nada incómodo, forzado; ese silencio no perjudica a la ternura, al vigor de ese amor, más de lo que el reconocimiento de los pecados perjudica al silencio de la humildad; no más que lo que el batir de las alas del ángel –como dice el profeta– perjudica al silencio de su obediencia; que lo que el fiat perjudica al silencio de Getsemaní; que lo que el Sanctus eterno perjudica al silencio de los serafines». ¿Cómo definiríamos, pues, el silencio del amor?*

98. – El silencio es la condición del amor y conduce al amor. El amor solo se expresa plenamente renunciando a la palabra, al ruido, a la agitación y a la sobreexcitación. Su máxima expresión se da en una muerte silenciosa y totalmente entregada, porque no existe mayor prueba de amor que la de dar la vida por los amigos (cfr. *Jn* 15, 13). El silencio del amor es la culminación y la meta de quien ha concedido al silencio el primer puesto en su vida. Llega como una maravillosa recompensa cuando el hombre logra acallar las antipatías, las pasiones y el frenesí de su corazón.

99. – El amor que no dice nada y no exige nada conduce al amor supremo, el amor silencioso de Dios. El silencio del amor es el silencio perfecto ante Dios que reúne toda la bondad, toda la belleza y toda la perfección.

100. – El amor silencioso solo puede crecer en la humildad. Existe un vínculo esencial entre la humildad y el amor silencioso. En Dios, esta coincidencia se hace apremiante y visible. El Padre en quien creemos es infinitamente humilde, silencioso, carente de todo afán de prestigio. ¿No escribe san Pablo a los filipenses: «Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, el cual, siendo de condición divina, no consideró como presa codiciable el ser igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y, mostrándose igual que los demás hombres, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Flp 2, 5-8)? Dios estuvo en la Cruz «como oveja muda ante sus esquiladores, no abrió la boca» (Is 53, 7). El Amor siempre es humilde, silencioso y contemplativo, y se arrodilla ante el ser amado. Jesús ilustra esta realidad cuando la tarde del jueves santo se deja ver de rodillas lavando los pies de sus apóstoles. El lavatorio de los pies es una revelación, una manifestación de lo que Dios es. Dios es Amor: Amor humilde, sacerdotal y sacrificial; y la humildad de Dios es la hondura de Dios.

101. – El silencio del amor se asemeja al ruido de las alas de los ángeles cuando ponen por obra las órdenes de Dios. Ese silencio es un amor obediente al propio silencio de Dios. El silencio del amor coincide con una culminación: el encuentro de dos silencios, el silencio humano y el silencio de Dios, que caminan juntos. Getsemaní y el Calvario representan en Cristo la unión más excelsa de estos dos silencios.

102. – El Eclesiastés contiene unos versículos espléndidos: «Todo tiene su momento y hay un tiempo para cada cosa bajo el cielo: tiempo de nacer y tiempo de morir, tiempo de plantar y tiempo de arrancar lo plantado, tiempo de matar y tiempo de curar, tiempo de derruir y tiempo de construir, tiempo de llorar y tiempo de reír, tiempo de llevar luto y tiempo de bailar, tiempo de tirar piedras y tiempo de recoger piedras, tiempo de abrazar y tiempo de dejarse de abrazos, tiempo de buscar y tiempo de perderse, tiempo de guardar y tiempo de desechar, tiempo de rasgar y tiempo de coser, tiempo de callar y tiempo de hablar, tiempo de amar y tiempo de odiar, tiempo de guerra y tiempo de paz» (Qo 3, 1-8).

El silencio del amor nace de quien ha sabido atravesar todas estas etapas para experimentar solamente el silencio de Dios.

—En la carta a su amigo Raoul le Verd, deán del cabildo de la catedral de Reims, san Bruno escribió: «¡Cuánta utilidad y gozo divino traen consigo la soledad y el silencio del desierto a quien los ama! Solo lo conocen quienes lo han

experimentado». ¿Cuál es el vínculo real entre la soledad y el silencio del desierto?

103. – Mi sed de ver a Dios y de escucharle me ha llevado a experimentar a menudo la soledad y el silencio del desierto. Cuando era arzobispo de Conakri solía aislarme en un lugar desierto, empapándome de la soledad y el silencio. Es cierto que estaba rodeado de vegetación. Oía gorjear a los pájaros. Pero me creaba un desierto interior, sin agua ni alimento. No había ninguna presencia humana. Vivía en ayuno y oración, alimentándome únicamente de la Eucaristía y de la Palabra de Dios.

El desierto es el lugar del hambre, de la sed y la lucha espiritual. Tiene una importancia vital retirarse al desierto para combatir la dictadura de un mundo repleto de ídolos y estragado de técnica y bienes materiales; un mundo controlado y manipulado por los medios; un mundo que huye de Dios refugiándose en el ruido. Hay que ayudar a este mundo moderno a pasar por la experiencia del desierto. Allí tomamos distancia respecto a los acontecimientos cotidianos. Podemos huir del ruido y de la superficialidad. El desierto es el lugar del Absoluto, el lugar de la libertad. No es fruto del azar que el monoteísmo haya nacido en el desierto. El desierto es monoteísta: nos protege de la multiplicidad de ídolos fabricados por los hombres. En ese sentido, el desierto es el territorio de la gracia. En él, alejado de sus preocupaciones, encuentra el hombre a su creador y a su Dios.

104. – Las cosas importantes comienzan en el desierto, en el silencio, en la pobreza y el abandono. Fíjese en Moisés, en Elías, en Juan el Bautista y en el propio Jesús. Dios nos conduce al desierto para hablarnos de corazón a corazón (cfr. *Os* 2, 16-25). Pero el desierto no es solamente el lugar donde los hombres pueden vivir la prueba física del hambre, la sed y la indigencia total. Es también la tierra de la tentación en la que se manifiesta el poder de Satanás. Hasta allí nos suele conducir el demonio para hacer que brillen ante nosotros todos los esplendores del mundo y para convencernos de que haríamos mal en renunciar a ellos.

Al entrar en el desierto, Jesús se expone y se opone con firmeza al poder de seducción de Satanás, prolongando así el acontecimiento de su bautismo y su encarnación. No se conforma con descender a las aguas profundas del Jordán. Cristo descende también hasta el fondo de la miseria humana; hasta el interior de las regiones del amor hecho pedazos, de las relaciones destruidas; hasta el interior de las dictaduras carnales más depravadas y de las soledades de un mundo marcado por el pecado. El desierto nos enseña a luchar contra el mal y contra todas nuestras inclinaciones torcidas, para recobrar nuestra dignidad de hijos de Dios. Es imposible entrar en el misterio de Dios sin entrar en la soledad y el silencio de nuestro desierto interior.

105. – Todos los profetas marcharon al desierto para encontrar a Dios. La experiencia de Dios es inseparable de la experiencia del desierto.

106. – También san Juan Bautista vivió treinta años en el desierto: «Mientras tanto, el niño iba creciendo y se fortalecía en el espíritu, y habitaba en el desierto hasta el tiempo en que debía darse a conocer a Israel» (Lc 1, 80). Juan el Bautista construyó su relación con Dios en el lugar de mayor silencio. El desierto conduce al silencio y el silencio arrastra a la más honda intimidad de Dios.

—Es inevitable que el contemplativo que ha llegado hasta Dios en esa noche serena del desierto interior y exterior no aspire solo a los claustros más recogidos, sino a ermitas apartadas y austeras: se trata de sólidas realidades basadas en experiencias cuyo valor resulta innegable. Pero, ¿es absolutamente necesario vivir en el desierto o en los monasterios para ser contemplativo?

107. – En pleno corazón del mundo y en medio de la vida ordinaria, Dios abre para todos caminos que conducen a una existencia más radical de contemplación y santidad. El padre Marie-Eugène lo decía así en *Je veux voir Dieu* [Quiero ver a Dios]: «Son muy numerosos los espirituales para quienes la vida en soledad no puede ser sino un sueño irrealizable. A quienes están casados, tienen a su cargo la familia, y los deberes que dimanar de su situación les imponen una tarea cotidiana muy absorbente en medio de la agitación del mundo. Otros tienen una vocación de apostolado exterior y se encuentran ocupados en múltiples obras que su celo ha creado o que, al menos, debe mantener. Hubiesen podido dudar, en otro tiempo, entre la vida solitaria y la que es suya. Ahora ya no es tiempo para ello. Por otra parte, han delimitado su elección por la obediencia a la luz de su vocación. Se encuentran comprometidos por obligaciones a las que, de hecho, no pueden sustraerse y que Dios les impone, para que las cumplan con fidelidad.

»Esta actividad apostólica, necesaria para la extensión del reino de Dios y el cumplimiento de los más sagrados deberes de familia, ¿será incompatible con las exigencias de la contemplación y de una vida espiritual muy elevada? Las almas, que siguen estando ávidas de Dios y sienten que sus deseos se hacen más ardientes en la actividad desbordante que les imponen los más auténticos de sus deberes de estado, ¿estarán condenadas a no llegar nunca a la plenitud divina a que aspiran, porque Dios las ha apartado de la soledad del desierto? No podemos creerlo, porque es la misma Sabiduría quien llama a todo el mundo a las fuentes de agua viva y quien les impone esos deberes exteriores. La Sabiduría es una y armoniosa en sus llamamientos y en sus exigencias. “Soplo del poder de Dios”, fuerte y suave, se goza de los obstáculos para

derramarse a través de los tiempos en las almas santas y hacer de estas amigos de Dios y profetas (*Sb* 7, 25.27)».

108. – Si la soledad del desierto fuese absolutamente necesaria para el desarrollo de la contemplación, habría que concluir que todos los que no pueden acceder a ella y los que no han podido soportarla son incapaces de alcanzar la santidad, reservada a unos cuantos privilegiados. Los ejemplos de santa Faustina Kowalska, san Juan Bosco, san Josemaría Escrivá de Balaguer, santa Teresa de Calcuta y san Juan Pablo II demuestran que todos los hombres están llamados a la contemplación, al amor perfecto y a la santidad. A cada uno de nosotros nos toca situarnos al alcance del Dios silencioso, que nos aguarda dentro del profundo desierto de nuestro corazón, alejándonos del tumulto y el alboroto.

En sus *Oeuvres spirituels* [*Obras espirituales*], el padre Jérôme afirma: «Hacen mucho bien quienes, con el peso de su silencio, actúan de diques y rompeolas frenando todo alboroto procedente de fuera o de dentro. Gracias a ellos el agua se mantiene siempre en calma, no se rompen las amarras de las barcas ni chocan sus cascos».

109. – La elección del silencio es un don para la humanidad. Los hombres y las mujeres que entran en el silencio se entregan en holocausto por sus hermanos. El mundo exterior es como un río que se desborda, se precipita por una pendiente y amenaza con destruirlo todo a su paso. Para controlar esa fuerza es necesario levantar diques. Y el silencio es ese dique potente que domina las aguas turbulentas del mundo, protege de los ruidos y de toda clase de distracciones. El silencio es una barrera que devuelve al hombre una dignidad. Los monasterios y los grandes espirituales protegen a la humanidad de las amenazas que pesan sobre ella. ¡Cuántos hombres deberían imitarlos para hacer del silencio una barrera eficaz!

110. – Las personas que viven inmersas en el ruido son como motas de polvo barridas por el viento; esclavas de un tumulto que destruye su relación con Dios. Por el contrario, quienes aman el silencio y la soledad caminan paso a paso hacia Dios: saben cómo romper las espirales infernales del ruido, igual que los domadores consiguen calmar a los leones rugientes.

111. – San Cipriano de Cartago escribe en la *Epístola a Donato* (3-4): «Cuando yacía postrado en las tinieblas de la noche, cuando zozobraba en medio del mar borrascoso de

este mundo y andaba vacilante en el camino del error sin saber qué sería de mi vida, desviado de la luz de la verdad, imaginaba que sería difícil y duro, en mi situación, lo que me prometía la divina misericordia: que uno pudiera renacer y que –animado de una nueva vida por el baño del agua de salvación– dejara lo que había sido y cambiara el hombre viejo de espíritu y mente, aunque permaneciera en el mismo cuerpo humano. ¿Cómo es posible, me decía, tal transformación? Esto me decía una y mil veces a mí mismo. Pues, como me hallaba retenido y enredado en tantos errores de mi vida anterior, de los que no creía poder desprenderme, yo mismo condescendía con mis vicios inveterados y, desesperando de enmendarme, fomentaba mis males como hechos naturales en mí». El hombre debe elegir: Dios o nada, el silencio o el ruido.

112. – Sin las amarras del silencio, la vida es un triste movimiento, una barquichuela permanentemente azotada por la violencia del oleaje. El silencio es el muro exterior que hemos de construir para proteger un edificio interior.

113. – En realidad, es Dios quien construye la barrera que nos protege del tumulto, de los ataques exteriores y de las tempestades de este mundo. Así nos lo asegura el profeta Isaías: «Aquel día se cantará este cántico en la tierra de Judá: “Tenemos una ciudad fortificada. [El Señor] ha levantado como defensa muros y antemuros”» (*Is* 26, 1). Al abrigo de esa muralla vivimos en el silencio y en el corazón de Dios; y nuestra mirada está constantemente vuelta hacia Él, porque queremos verle.

¿Por qué *muros y antemuros*? Porque el hombre, en el principio, estaba destinado a vivir con Dios. Pero al ceder ante el pecado no fue expulsado solamente del paraíso, sino de dentro de sí mismo, y quedó expuesto a la intemperie y las tinieblas. Con su encarnación Dios ha venido a abolir las consecuencias del pecado original y a devolver al hombre su destino y su vocación primera. Al encarnarse y asumir nuestra condición humana, Jesús ha permitido al hombre retomar el camino de la interioridad. Es Cristo quien, con su venida a la tierra, vuelve a traer al hombre desterrado las alegrías de la contemplación, de la *lux interna*. Cristo es, de algún modo, el muro que protege el edificio espiritual que es la Iglesia. Pero es también el muro exterior que protege nuestro edificio interior.

«Adviértase –comenta san Gregorio– cómo a ese muro del edificio espiritual se le llama exterior. En efecto, el muro que se construye para proteger un edificio suele situarse de ordinario no en el interior, sino en el exterior. ¿De dónde, pues, la necesidad de decir que es exterior, si de ordinario ese muro no se construye nunca en el interior? Porque es indispensable hacerlo así si se quiere que el muro levantado por fuera defienda

lo que hay dentro. ¿No se está refiriendo este término a la Encarnación del Señor? Pues, si para nosotros Dios es un muro interior, Dios hecho hombre es un muro exterior. De ahí que diga el profeta: “Has salido a salvar a tu pueblo, a salvar a tu Ungido” (*Ha* 3, 13). Y, en efecto, ese muro, es decir, el Señor encarnado, no sería para nosotros un muro si no se hallara fuera, pues no nos protegería por dentro si no estuviera por fuera».

114. – Por su parte, el *Silence cartusien* de dom Augustin Guillerand contiene estas maravillosas palabras: «Entre nosotros, los cartujos, las palabras que no pronunciamos se convierten en oraciones. Ahí reside nuestra fuerza y solo podemos hacer algún bien a través de ese gran instrumento que es el silencio. Hablamos a Dios de aquellos con quienes no hablamos». Continúa: «No debemos tener miedo ni de nosotros mismos ni de los demás. Hay que mirar la vida real cara a cara. Esa mirada profunda y prolongada nos dará a Dios: porque Dios está en el fondo de todo. Ese es el querer (o el amor) que buscamos. Es ahí donde nos llama Dios. Y solo se llega allí después de un largo viaje que nos separa de las criaturas y de nosotros mismos (...). En este mundo el amor silencioso es la ciencia y la luz supremas». Y concluye: «En el silencio, la tristeza es mirarse a uno mismo; la alegría es mirar a Dios. Por qué el silencio: hay que salir de uno mismo, pensar en Dios y no en uno mismo».

115. – No cabe duda alguna de que el silencio conduce a Dios, siempre que el hombre deje de mirarse a sí mismo. Porque la experiencia del silencio contiene una trampa: el narcisismo y el egoísmo.

116. – El silencio contemplativo es un silencio de adoración y de escucha del hombre que se presenta ante Dios. Presentarse en silencio ante Dios es orar. La oración nos exige conseguir hacer el silencio para oír y escuchar a Dios.

El silencio requiere una disponibilidad total a la voluntad de Dios. El hombre tiene que estar completamente vuelto hacia Él y hacia sus hermanos. El silencio es una conquista y una dádiva: en él los ojos de Dios se convierten en los nuestros y el corazón de Dios en una marca en nuestro corazón. No podemos quedarnos ante el fuego del silencio sin quemarnos.

Los amigos de Dios y quienes le aman son irradiados por Él. Cuanto más callan, más aman a Dios. Cuanto más se vacían de sí mismos, más se llenan de Dios. Cuanto más conversan con Dios, cara a cara, más brillan sus rostros con la luz y el resplandor de Dios, como Moisés al salir de la tienda de la reunión (*Ex* 34, 29-35).

117. – Hay almas que reivindican la soledad para encontrarse a sí mismas; y hay almas que la buscan para entregarse a Dios y a los demás.

118. – En el silencio, la alegría de Dios se convierte en nuestra alegría. Estar en silencio ante Dios es casi parecerse a Dios.

119. – «La vida –comenta dom Guillerand con rotundidad– son unos cuantos minutos que pasamos juntos a la espera del gran encuentro definitivo en la patria donde no existe más que un minuto..., pero un minuto eterno. Y, si nos ejercitamos un poco, podemos comenzar a vivirla aquí a través del silencio y la soledad».

El silencio y la soledad son un pequeño anticipo de esa eternidad en la que estaremos constantemente en presencia de Dios, irradiados por Él, el más silencioso porque es el más Enamorado.

120. – El silencio y la soledad son cosas muy simples, igual que Dios es infinitamente simple. En *Amour et silence* [Amor y silencio], dom Jean-Baptiste Porion escribe: «Es el Señor mismo quien nos invita a ello: *Sed sencillos como las palomas* (Mt 10, 16). El hombre es un ser complicado y, por desgracia, da la impresión de empeñarse en complicarse aún más en su relación con Dios. Dios, por el contrario, es la simplicidad absoluta. Cuanto más nos complicamos, más nos alejamos de Dios; en la medida en que nos volvemos sencillos, podemos acercarnos a Él».

El silencio es un paraíso, pero el hombre no lo ve de forma inmediata. Está lleno de contradicciones. Ante Dios hemos de ser como niños. Y, sin embargo, empleamos multitud de medios para hacer difícil, oscura y hasta inexistente nuestra relación con Él. El hombre ha perdido la sencillez de la infancia. Por eso le cuesta tanto el silencio. Y lo rechaza hasta tal punto que quiere convertirse en Dios.

En el silencio el hombre no puede ser una falsa divinidad, sino limitarse a permanecer en un luminoso cara a cara con Dios.

—En sus Confesiones, san Agustín nos confía su propia experiencia con estas maravillosas palabras: «¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que Tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba. Y deforme como era me lanzaba sobre estas cosas hermosas que Tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Me retenían lejos de ti aquellas cosas que, si no

estuvieran en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y disipaste mi ceguera. Exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti. Te degusté, y siento hambre y sed. Me tocaste, y abraséme por obtener tu paz». ¿Dónde se encuentran, en definitiva, las moradas de la soledad y el silencio?

121. – Es Jesús mismo quien enseña a los hombres cuáles son las auténticas moradas de la soledad y el silencio. Esas moradas son, en primer lugar, la intimidad de nuestro aposento después de cerrar la puerta para estar a solas, en lo secreto de un diálogo íntimo con Dios. Son la penumbra de una capilla, lugar de soledad, de silencio y de intimidad, donde nos aguarda la Presencia de todas las presencias: Jesús-Eucaristía. Y son también los templos, los lugares santos y los monasterios creados para permitirnos consagrar unos días al Señor. Son, por último, las casas de Dios, nuestras iglesias, cuando los sacerdotes y los fieles se esmeran en respetar su carácter sagrado para que no se conviertan en museos, en salas de espectáculos o de conciertos, y continúen siendo lugares santos dedicados exclusivamente a la oración y a Dios.

122. – No dudemos en conceder un lugar privilegiado a nuestra oración silenciosa diaria en la soledad de nuestro aposento. En perfecta simbiosis con los claustros de los monasterios, hemos de vivir una relación íntima con Dios dentro del templo de nuestro aposento; hemos de librar con la oración y el silencio el buen combate de la fe. Hoy, en este mundo pagano hinchado de ídolos que alardea de los pecados más abominables, es Dios quien, por boca del profeta Isaías, nos pide que entremos en nuestro aposento para ponernos a resguardo de toda contaminación y de toda servidumbre del pecado; pero, sobre todo, para orar con intensidad por nuestra conversión: «Anda, pueblo mío, entra en tus moradas, cierra tus puertas tras de ti; escóndete un instante. Porque el Señor sale de su sede, para pedir cuentas del pecado de los que habitan la tierra (...). A no ser que se acoja a mi protección, que haga la paz conmigo, que conmigo haga la paz» (Is 26, 20-21; 27, 5). Podremos ser verdaderos contemplativos, viviremos en paz con Dios, si hacemos de nuestras casas templos de Dios.

123. – El trayecto que hay que recorrer para llegar a los límites de nuestro territorio interior es tan largo y tan empinado que hace necesarias las paradas que brindan esas casas cuyas columnas intangibles son el silencio y la soledad. La intimidad sagrada de una capilla, de una habitación o del claustro de un monasterio es símbolo de la pureza del paraíso. En ese bendito lugar, la soledad y el silencio alcanzan una forma de perfección estética y espiritual.

124. – Si caminamos hacia Dios, llega un momento en que la palabra se vuelve inútil y pierde interés, porque lo único que importa es la contemplación. Por eso la vida monástica permite contemplar a Dios mejor que cualquier otra realidad. El silencio de los monasterios ofrece el mejor estuche de este mundo al hombre que quiere elevarse hacia Aquel que le aguarda.

En *Amour et silence*, dom Jean-Baptiste Porion dice con enorme acierto: «Toda vida es misteriosa en su principio y en su proceso. La vida contemplativa es la vida más profunda y la más auténtica. Por eso es también la más oculta y la más inexplicable. Demasiado simple y demasiado espiritual para que las palabras humanas sean capaces de expresarla en su totalidad (...). La entrada en el claustro es convertirse, es decir, girarse: dar la espalda al mundo y volverse hacia Dios. Ese es el principio tanto de la vida cartujana como de toda vida religiosa. Quienes son conducidos a la soledad por una llamada divina han escuchado la palabra evangélica: *Poenitentiam agite. Vade, vende quod habes* [Haced penitencia. Id y vende lo que tienes]. Y han empezado por hacer el esfuerzo de desprenderse de la criatura para romper las cadenas de nuestra servidumbre. Estos actos de desprendimiento y sometimiento nunca dejarán de ser necesarios. Siempre habremos de luchar contra nuestra naturaleza caída. *Militia est vita hominis super terram* – La vida del hombre sobre la tierra es lucha».

125. – El claustro materializa la *fuga mundi*, la huida del mundo para encontrar la soledad y el silencio. Representa el fin del tumulto, de la luz artificial, de las tristes drogas que son el ruido y la codicia de poseer cada vez más bienes, para mirar al cielo. El hombre que entra en un monasterio busca el silencio para encontrar a Dios. Quiere amar a Dios por encima de todo, como su único bien y su única riqueza: «Para poder amar mucho a Dios en el Cielo –dice san Alfonso María de Ligorio en su *Discurso para la novena de Navidad*– es necesario, en primer lugar, amarlo mucho en la tierra. El grado de nuestro amor a Dios, al final de nuestra vida, será la medida de nuestro amor de Dios durante la eternidad. ¿Queremos tener la certeza de no separarnos de este soberano Bien en la vida presente? Estrechémosle cada vez más por los vínculos de nuestro amor, diciéndole con la esposa del Cantar de los Cantares: “Encontré al amor de mi alma: lo abracé y no lo solté”. ¿Cómo ha apresado la esposa sagrada a su amado? “Es con el brazo de la caridad con lo que se apresa a Dios”, afirma san Ambrosio. Dichoso aquel que pueda escribir con san Pablo: “Que los ricos posean sus riquezas, que los reyes posean sus reinos: pero para nosotros ¡nuestra gloria, nuestra riqueza y nuestro reino es Cristo!”. Y con san Ignacio: “Dame solo tu amor y tu gracia, eso me basta”. Haz que te ame y que yo sea amado por ti; no deseo ni desearé otra cosa».

En el discurso pronunciado el 12 de septiembre de 2008 en el Colegio de los Bernardinos de París, Benedicto XVI expresó mejor que ningún otro papa el hermoso misterio de la vida contemplativa: «Comenzamos indicando que, en el resquebrajamiento de las estructuras y seguridades antiguas, la actitud de fondo de los monjes era el *quaerere Deum*: la búsqueda de Dios. Podríamos decir que esta es la actitud verdaderamente filosófica: mirar más allá de las cosas penúltimas y lanzarse a la búsqueda de las últimas, las verdaderas».

126. – El monje emprende un camino empinado y largo; no obstante, ya sabe cuál es su destino: la palabra de la Biblia en la que escucha a Dios. A partir de ahí, debe esforzarse por comprenderle para poder dirigirse hacia Él. De este modo, el recorrido de los monjes, por imposible que resulte medir su progreso, se lleva a cabo en el corazón de la Palabra recibida y meditada a través de la liturgia. En esta búsqueda de Dios el monje se ve firmemente atrapado por el silencio de Cristo en su Pasión: es Él quien le arrastra.

Desde luego, hay una parte de renuncia que consiste en un despojamiento en Dios, en la predisposición a la escucha y a la adoración silenciosas. Se trata de un largo trayecto hacia Él a la luz de la Palabra de la Biblia. El silencio siempre es enemigo de las visiones superficiales, de las mundanidades y los artificios.

127. – El mundo puede perseguir al hombre hasta cualquier lugar donde se esconda, incluidos el silencio y la soledad de un claustro. El orgullo, las pasiones y la hipocresía pretenden recuperar sus derechos más perversos sobre el alma. Entonces, agazaparse en el silencio y en el corazón de Dios, con la Biblia abierta sobre nuestras cabezas –como las alas del Espíritu Santo–, es el mejor antídoto, el único necesario para expulsar de nuestro territorio interior lo inútil, lo superfluo, lo mundano e incluso nuestro propio yo.

128. – La tradición monástica llama *silencio mayor* al clima nocturno de paz que debe reinar, generalmente desde completas hasta prima, tanto en el espacio comunitario como en cada celda, para estar a solas con uno mismo y con Dios. Pero cualquier persona debería crear y construir su propio claustro interior, *un muro y antemuro*, un desierto privado en el que encontrar a Dios en la soledad y el silencio.

129. – En sus *Écrits monastiques*, el padre Jérôme revela lo que para él es una evidencia: «Tener derecho –y un derecho reconocido por ser un derecho religioso– a refugiarse en el silencio: ¡qué privilegio! Un derecho, por otra parte, que solo es privilegio

si se tiene el valor de ejercitarlo». El silencio es el privilegio de los valientes. Tal vez caigan y pierdan la esperanza, pero el silencio siempre será capaz de volver a levantarlos, porque conlleva una presencia y un origen divinos. El silencio es una conversión que nunca se logra fácilmente.

130. – Dom Guillerand escribe en su *Silence cartusien*: «Quiero acostumbrarme a ver en la oscuridad donde la luz se hace más tenue para alcanzarme sin herirme; a escuchar ese silencio donde habla la voz que lo dice todo sin palabras; a amar ese Amor que se entrega iluminándome y hablándome de esa forma que está por encima de mí, más cercana a la luz y la verdad».

131. – Físicamente, los rostros de los hombres de silencio son distintos de los que están desfigurados por los ruidos del placer y los artificios de un mundo sin Dios. Sus rasgos, sus miradas y sus sonrisas se hallan marcados por la fuerza del silencio. Los grandes monjes están acostumbrados a mirar en la oscuridad y siempre pueden encontrar la luz que es Dios. Porque Dios está escondido, *Deus absconditus*, envuelto en un velo que solo el silencio es capaz de correr. La oscuridad del silencio permite al hombre fijar la mirada en Dios. El silencio es misterio; y el misterio más grande, Dios, permanece en silencio. Me gusta recordar estas palabras del poeta Patrice de la Tour du Pin: «En toda vida, el silencio dice Dios. Todo cuanto es se estremece por ser suyo. Sed la voz del silencio que obra, mima la vida, es ella la que alaba a Dios».

132. – La vida monástica, la vida de los hombres de soledad y de silencio, es un ascenso a las alturas, no un reposo en las alturas. Los monjes no dejan de ascender cada vez más alto, porque Dios es cada vez mayor. Jamás podremos alcanzarle en esta tierra. Pero nada mejor que la soledad y el silencio para acompañarnos en nuestro viaje terrenal hacia Él.

133. – No solo en los claustros se puede buscar a Dios. A san Agustín lo arrancaron brutalmente de su monasterio para consagrarlo obispo de Hipona. Abrumado por una carga episcopal extenuante, agobiado por sus múltiples obligaciones pastorales, su actividad episcopal le resulta más de una vez una *sarcina episcopalis*. Este término popular del lenguaje militar designa el equipaje del soldado, el *macuto*. Y el *macuto* que el obispo de Hipona debe cargarse a diario a la espalda es especialmente pesado. Pese a un ministerio monopolizador y a tantos asuntos seculares que afrontar, Agustín encuentra un tiempo de silencio y soledad para leer, estudiar, meditar las Sagradas Escrituras, orar

mucho, redactar sus obras dogmáticas, ocuparse de la catequesis y la enseñanza. El ejemplo de Agustín pertenece a la Iglesia: no a una Iglesia abstracta o ideal, sino a la comunidad de Hipona cuyos rostros y arrugas, cuyas miserias y sufrimientos conoce bien. Con ella reza, ayuna, sufre y camina hacia esa conversión diaria, imprescindible para vivir plenamente por Dios, con Dios y en Dios. Agustín traslada la experiencia de esta comunidad en sus comentarios a los salmos, donde le encontramos en toda su esencia: «Desde que el Cuerpo de Cristo ha comenzado a gemir en sus angustias, hasta el fin del mundo, en que pasarán estas torturas, este hombre está gimiendo y clamando a Dios».

Ese Dios que le desea, ese Dios presente en sus hermanos, ese Dios presente en lo más íntimo de su alma, es el mismo al que confía en abrazar –más allá de toda búsqueda teológica– en la oración silenciosa. Hacia Él tiende todo su ser, abrasado por el Amor. ¡Cuántas veces ha oteado el horizonte para verle acercarse, para reposar en Él y gozar de su Presencia! Agustín se describe a sí mismo como un hombre en la tienda de Dios, «llevado por el júbilo del sonido interior, arrebatado por su dulzura», por las notas divinas que acallan los ruidos de la carne y de la sangre y lo encaminan hacia la Casa de Dios. Pero sabe que el éxtasis solo dura un instante. Y a diario vuelve a caer en las miserias humanas. Gime en la debilidad de su carne. No obstante, lo arrastra una espera, la razón misma de su viaje. «Canta y camina», repite Agustín: Dios está al final del camino, y él nota ya la presión de su mano...

—¿El silencio es el exilio de la palabra? En su vida personal, ¿alguna vez le han resultado las palabras demasiado molestas, demasiado pesadas, demasiado ruidosas?

134. – Todos necesitamos cultivar el silencio y rodearlo con una barrera interior.

En mi oración y en mi vida interior siempre he sentido la necesidad de un silencio más profundo y completo. Ese sigilo no se traduce en pensar en mí mismo, sino en volver hacia Dios mi mirada, mi ser y mi alma. Los días de soledad, de silencio y de ayuno absoluto han sido un gran apoyo. Una gracia increíble, una lenta purificación y un encuentro personal con un Dios que quería arrastrarme poco a poco hacia una vida interior más densa para entablar con Él una relación de intimidad. Los días de soledad, silencio y ayuno, con el único alimento de la Palabra de Dios, permiten al hombre cimentar su vida sobre lo esencial.

Sabía que así podía adquirir un vigor y una frescura espirituales semejantes a los del árbol plantado junto al agua, que extiende sus raíces a la corriente. Ese árbol no teme que llegue el calor y sus hojas permanecen lozanas; no se inquieta en años de sequía ni deja

de dar frutos (*Jr* 17, 7-8). El silencio y el desarrollo de mi vida interior son una necesidad absoluta: las almas consagradas y los sacerdotes no deben olvidarlo nunca.

135. – En *Ensayo para contribuir a una gramática del asentimiento*, el beato John Henry Newman dirige amargos reproches como estos a los sacerdotes: «El silencio conserva el calor interior del fervor religioso. Este calor manifiesta la vida del Espíritu Santo en nosotros. El silencio permite alimentar y mantener encendido el fuego divino en nosotros (...). La vida del Espíritu requiere vigilancia. Si queremos dar testimonio de la presencia del Espíritu Santo en el mundo, debemos alimentar especialmente y con el mayor esmero el fuego interior. No es de extrañar que muchos sacerdotes se hayan convertido en envoltorios sin alma, hombres que hablan mucho y comparten multitud de experiencias, pero en quienes se ha extinguido el fuego del Espíritu de Dios, y solo expresan ideas insignificantes o sentimientos insulsos. A veces da la impresión de que no estamos del todo seguros de que el Espíritu de Dios sea capaz de tocar el corazón humano: nos creemos en la obligación de remediar esa deficiencia y de convencer a los demás de su poder con abundancia de palabras. Pero es precisamente esa incredulidad charlatana la que extingue el fuego (...). Para quienes ejercemos un apostolado, la mayor tentación es el exceso de palabras, que debilitan nuestra fe y nos hacen tibios. El silencio es una disciplina sagrada, centinela del Espíritu Santo».

San Juan es particularmente claro a este respecto: «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; y yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros siempre: el Espíritu de la verdad, al que el mundo no puede recibir porque no le ve ni le conoce; vosotros le conocéis porque permanece a vuestro lado y está en vosotros. No os dejaré huérfanos, yo volveré a vosotros» (*Jn* 14, 15-18).

Después de su Ascensión, Cristo no dejó huérfanos a los hombres. Como al principio de la creación, igual que una brisa ligera, «el soplo de Dios se cernía sobre las aguas»; así puso el Hijo de Dios a la humanidad en manos del Espíritu Santo, que derrama el amor del Padre y reparte en silencio su luz y su sabiduría. Por eso es absolutamente imposible dejarse guiar por el Espíritu Santo en medio del ruido y la agitación del mundo.

Sin duda alguna, a Cristo le aflige ver y escuchar cómo algunos sacerdotes y obispos que deberían garantizar la integridad de la enseñanza del Evangelio y de la doctrina repiten palabras y escritos que rebajan el rigor del Evangelio con afirmaciones deliberadamente ambiguas y confusas. A esos sacerdotes y a esos prelados que dan la impresión de llevar la contraria a la enseñanza tradicional de la Iglesia en materia de doctrina y moral no está de más recordarles las severas palabras de Cristo: «Os digo que todo pecado y blasfemia se les perdonará a los hombres; pero la blasfemia contra el

Espíritu Santo no será perdonada. A cualquiera que diga una palabra contra el Hijo del Hombre, se le perdonará; pero al que hable contra el Espíritu Santo no se le perdonará ni en este mundo ni en el venidero»; «será reo de delito eterno», añade Marcos (*Mt* 12, 31-32; *Lc* 12, 10; *Mc* 3, 29).

Es verdad que tenemos el deber de buscar nuevos caminos pastorales. Pero en su *Comentario sobre el evangelio de san Juan* advierte santo Tomás de Aquino: «Si buscas, pues, por dónde has de ir, acoge en ti a Cristo, porque Él es el camino: este es el camino, caminad por él. Y san Agustín dice: “Camina a través del hombre y llegarás a Dios”. Es mejor andar por el camino, aunque sea cojeando, que caminar rápidamente fuera de camino. Porque el que va cojeando por el camino, aunque adelante poco, se va acercando al término; pero el que anda fuera del camino, cuanto más corre, tanto más se va alejando del término. Si buscas adónde has de ir, adhiérete a Cristo, porque Él es la verdad a la que deseamos llegar».

La afirmación de Newman acerca de los sacerdotes que se han apropiado de la palabra de Dios, de los sacramentos y la liturgia demuestra claramente que existe un estrecho vínculo entre el silencio y la fidelidad al Espíritu Santo. Sin la ascesis del silencio los pastores se convierten en hombres irrelevantes, prisioneros de una verborrea tediosa y patética. Sin la vida del Espíritu Santo y sin el silencio, la enseñanza del sacerdote no es más que palabrería confusa, desprovista de consistencia. La palabra del sacerdote debe ser expresión del alma y signo de la presencia divina.

La reflexión de Newman vale para todos los hombres. Cuanto más cerca estamos del Espíritu Santo, más silenciosos somos; y, cuanto más nos alejamos de Él, más charlatanes.

Todo sacerdote y todo obispo tendría que poder decir con san Agustín: *Voce Ecclesiae loquor*: mi voz es la voz de la Iglesia (*Sermo* 129, 4); y, por tanto, la voz de Jesucristo. Así, con finura y eficacia, tiene que asumir toda su responsabilidad de pastor y guía. Ningún sacerdote, ningún obispo tiene que olvidar que en el día terrible del Juicio es él quien debe responder ante Dios de los pecados de aquellos a quienes no supo sanar por culpa de su negligencia.

Escribe con gravedad san Agustín en una carta: «El honor de este siglo pasa (...). [Los honores] no servirán de defensa en el tribunal de Cristo. No pretendo pasar estos tiempos borrascosos en los honores eclesiásticos; pienso que he de dar cuenta de las ovejas a mí confiadas al Príncipe de todos los pastores. Es menester, hermano, que me perdones en atención a este temor mío. Porque mucho temo».

136. – La falta de respeto y de silencio es una blasfemia contra el Espíritu Santo. Si practica la disciplina del silencio, el sacerdote sabe someterse al Espíritu Santo. Cuando los portavoces de Dios no dejan que el Espíritu Santo hable en ellos, es inevitable que conviertan la gracia divina en una mera y detestable habilidad humana.

137. – El sacerdote es un hombre de silencio. Tiene que estar siempre a la escucha de Dios. La verdadera fuerza pastoral y misionera solo puede nacer de la oración silenciosa. Sin silencio el sacerdocio se corrompe. El sacerdote tiene que estar en las manos del Espíritu Santo. Si se aleja del Espíritu, se verá condenado a llevar a cabo un trabajo puramente humano.

138. – Verdaderamente, el Espíritu Santo sigue siendo el *Dios desconocido*, que da título al libro del sacerdote jesuita Victor Dillard, muerto en Dachau el 12 de enero de 1945. En *Au Dieu inconnu* iniciaba su reflexión con esta espléndida oración, que es una súplica, un grito dirigido al Espíritu Santo, pidiéndole que se dé a conocer, que se deje agarrar, tocar y revele su rostro. Porque tenemos un hondo deseo de verle: «Señor, haced que vea... No sé ni siquiera cómo llamaros, cómo decir: Espíritu Santo o Santo Espíritu... Trato de cogeros, de aislaros dentro de la divinidad en la que estoy inmerso. Pero la mano extendida no agarra nada y, sin darme cuenta, voy cayendo de rodillas delante del Padre, o inclinándome hacia mi Cristo interior, más familiar. Mi cuerpo se detiene. Los sentidos reclaman su ración de imágenes para permitirle al alma volar hacia vos. Y vos no le dais más que extraños alimentos materiales: una paloma, lenguas de fuego, el viento. Nada hay en esto que permita la cálida intimidad de una oración entre dos, humana, familiar. Es que estáis demasiado cerca de mí. Yo necesitaría un poco de distancia para miraros, delimitaros y delimitarme yo también frente a vos, satisfacer mi necesidad de contornos nítidos para entender nuestra unión».

La oración del padre Dillard es un reflejo de lo difícil que le resulta al creyente representarse la originalidad de la persona divina del Espíritu Santo. No obstante, en el corazón de la celebración eucarística se le invoca repetidamente para que santifique al pueblo de Dios y todas las cosas, para que venga a convertir o a llevar a cabo la transustanciación, es decir, la transformación de la sustancia del pan y del vino en la del cuerpo y la sangre de Jesucristo en la Eucaristía.

139. – Cristo nos ha dado el gran silencio del Espíritu Santo. ¿Cómo olvidarlo? Si los hombres se alejan del fuego devorador del silencio del Espíritu, acaban siempre adorando a los ídolos. Hay que alimentar el fuego silencioso de Pentecostés. Sin el silencio del

Espíritu, los hombres son envoltorios vacíos.

140. – El silencio no es el exilio de la palabra. Es el amor de la Palabra única. La abundancia de palabras, por el contrario, es el síntoma de la duda. La incredulidad siempre es charlatana.

141. – Solemos olvidar que a Cristo le gustaba guardar silencio. Marchaba al desierto no para exiliarse, sino para encontrar a Dios. Y en el momento más crucial de su vida, mientras los gritos brotaban por doquier cubriéndole de mentiras y calumnias, cuando el sumo sacerdote le preguntó: ¿No dices nada?, Jesús optó por el silencio.

Existe una auténtica amnesia que nos impide saber que el silencio es sagrado porque en él reside Dios. ¿Cómo redescubrir el significado del silencio en cuanto manifestación de Dios? Ahí está el drama del mundo moderno: el hombre se aleja de Dios porque ha dejado de creer en el valor del silencio.

142. – Sin el silencio, Dios desaparece en medio del ruido. Y ese ruido se vuelve tanto más obsesivo cuanto más ausente se halla Dios. El mundo está perdido si no redescubre el silencio. Entonces la tierra se precipita en la nada.

—¿Existe el silencio de escucha? Puede resultar paradójico querer comprender al otro guardando silencio...

143. – Para escuchar hay que callar. Y no me refiero solamente a obligarse a un silencio físico que no interrumpa el discurso del otro, sino al silencio interior, es decir, a un silencio que no tiene como único objetivo acoger la palabra del otro; y también a un corazón rebotante de amor humilde y rico en capacidad de atención, en la acogida amistosa, en el anonadamiento voluntario, reforzado por la conciencia de nuestra pobreza.

El silencio de escucha es atención, es don de uno mismo y señal de elegancia moral. Debe ser expresión de la conciencia de nuestra humildad para aceptar recibir del otro un don que Dios nos hace. Porque el otro siempre es una riqueza y un don precioso que Dios nos ofrece para crecer en humildad, en humanidad y en nobleza.

Creo que la relación humana más imperfecta es precisamente aquella en la que falta el silencio de atención.

144. – Hay que imponer silencio al quehacer del pensamiento, calmar la agitación del corazón, el tumulto de las preocupaciones, y eliminar toda distracción artificial. No hay nada que permita comprender mejor la escucha que la relación entre el silencio y la escucha, la atención y el don. San Juan escribe en su prólogo: «Y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron» (*Jn* 1, 5). El silencio de escucha es un encuentro silencioso de corazón a corazón.

¿Cómo puede el corazón acoger plenamente al otro si no es en el silencio? Este no encuentra explicación a través de la inteligencia, sino del alma.

145. – De un modo semejante, la música se escucha plenamente cuando todo se calla alrededor de nosotros y dentro de nosotros, del modo más absoluto, con los ojos cerrados. No soy capaz de expresar mejor ese silencio de escucha que evocando el hechizo del órgano cuando llena la iglesia con su canto. Entonces escuchamos sin ver nada de lo que acontece en lo alto de la tribuna donde está situado: su sonido llega desde una oscuridad maternal y, bajo las bóvedas inertes y sombrías, nos envuelve como un sudario.

No hay duda de que el silencio de escucha más sublime se produce cuando la propia palabra, sin perder nada de su vitalidad, se presenta silenciosamente en la lectura, ese encuentro entre una palabra privada de sonido y un destinatario totalmente volcado hacia el interior de sí mismo en una perfecta soledad de acogida.

—¿Qué decir del silencio de la memoria? Y no me refiero al silencio de la enfermedad, cuando el hombre pierde sus recuerdos y sus referencias.

146. – La memoria es una palabra fecundada por el Espíritu Santo. Es un enterramiento, un suelo arado en el que el hombre deposita la semilla de la palabra, que echa raíces y brota en silencio desarrollando una nueva vida más abundante y portadora de esperanza.

Muerta en el silencio de la escucha, la palabra vuelve a florecer bajo el sol del Espíritu Santo que la despierta a la vida. Asimilada y fecundada en la oración, aparece como un ser nuevo cargado de copiosos frutos: si el grano de trigo no muere, queda infecundo. La muerte de la semilla es la vida de la planta. Y la planta, el único ser de la naturaleza que es a la vez silencioso y animado, se presenta ante nosotros como la imagen más perfecta de lo que ocurre en los momentos que siguen a la escucha silenciosa.

La tradición especulativa de la *lectio divina*, que ha recorrido el cristianismo desde Orígenes hasta nuestros días, hace que la *lectio* vaya seguida de la *meditatio*, y la *meditatio* de la *oratio*. Reservada por naturaleza a un estado en el que nos dirigimos a Dios, la lección de la *lectio divina* es un perfecto reflejo de las riquezas del silencio.

147. – El silencio de la memoria es la paz del alma y del corazón. El silencio de la memoria es un hombre libre e íntegro.

—*En su Diario de un cura rural, Georges Bernanos escribe: «¡Guardar silencio! ¡Qué palabras más extrañas, cuando es el silencio quien nos guarda!». ¿Cómo comprender esta manifestación de irracionalidad de los hombres frente al silencio?*

148. – El padre Jérôme ha intentado dar respuesta a esta cuestión. En sus *Écrits monastiques* escribe: «El silencio es un misterio; o, para ser más exactos, la actitud de las personas con respecto al silencio conlleva un problema casi misterioso. Todas las personas sensatas admiran el silencio; todas están convencidas de su utilidad; pero casi nunca quieren dar un paso más». Continúa el monje trapense: «Para practicar la caridad: hacerse violencia, frenarse, no exponer a los demás a esos *ruidos* capaces de agitar los espíritus: porque esa agitación, sencillamente, aparta de Dios».

El ruido nos rodea y nos asedia. El ruido de nuestras ciudades siempre activas, ruido de coches, de aviones, de las máquinas de fuera y de dentro de nuestras casas. Junto a ese ruido que se nos impone, están los ruidos que producimos o elegimos nosotros. Tal es la banda sonora de nuestra vida ordinaria. Ese ruido suele tener de manera inconsciente una función que no nos atrevemos a confesar: enmascarar y ahogar ese otro ruido que ocupa e invade nuestra interioridad. Es imposible no sorprenderse ante los esfuerzos que dedicamos sin tregua a ahogar los silencios de Dios.

149. – El ruido es un allanamiento del alma, la ruina *silenciosa* de la interioridad. El hombre tiende siempre a quedarse fuera de sí mismo. Aun así, debemos regresar una y otra vez a la ciudadela interior.

150. – Ese ruido lo descubrimos dolorosamente cuando decidimos detenernos para entrar en oración. Muchas veces nuestro templo interior se halla invadido por un inmenso jaleo. El mundo moderno ha multiplicado los ruidos más tóxicos, otros tantos enemigos acérrimos de la paz del corazón. En un mundo secularizado, materialista y hedonista, en el que las guerras, las bombas y el tableteo de las metralletas, la violencia y la barbarie

son moneda corriente; en el que las agresiones a la dignidad de la persona humana, la familia y la vida alcanzan al propio ser del hombre, el respeto al silencio se ha convertido en la menor preocupación de la humanidad. Y, sin embargo, Dios se esconde en el silencio.

151. – En una conferencia dedicada al silencio, el hermano carmelita Philippe de Jesús-Marie decía con elocuencia: «Presentimos que nuestra alma es originariamente un espacio de silencio, un lugar virgen, un templo en el que Dios quiere morar en paz con nosotros. Pero, cuando nos presentamos en el umbral de ese templo íntimo gracias a un movimiento de recogimiento, descubrimos extrañas cacofonías que hacen de este templo de oración una caja de resonancia en la que acaban repercutiendo todos los aspectos de nuestra vida, en la que se manifiestan todos nuestros temores y angustias, nuestros deseos y nuestras emociones más variadas. Entonces lo fundamental ya no es sobre todo el ruido exterior, sino el silencio de los pensamientos». Por desgracia, la experiencia que describe el hermano Philippe de Jesús-Marie es hoy una realidad ampliamente compartida, especialmente en el mundo occidental, pero también fuera de él.

Algún día, más allá del ruido invasivo que teje perversamente tantas vidas, lo que importará es escuchar de nuevo «un susurro de brisa suave», la voz de Dios que volverá a decirnos: «¿Qué te trae aquí, Elías?» (*I R 19, 12-13*).

152. – En el *Castillo interior*, Teresa de Ávila describe con notable precisión esta experiencia universal: «No parece sino que están en ella [en la cabeza] muchos ríos caudalosos y, por otra parte, que estas aguas se despeñan; muchos pajarillos y silbos, y no en los oídos, sino en lo superior de la cabeza, adonde dicen que está lo superior del alma».

153. – El hermano carmelita Philippe de Jesús-Marie escribe: «En el tiempo de oración hay que renunciar completamente a coger en marcha los trenes y los barcos que van pasando. Para ello es fundamental no identificarnos con esos pensamientos, sino ser conscientes de que se llegan a nosotros, que no son nosotros, que se despliegan sobre el telón de fondo de nuestro silencio interior (...). Todo lo que se nos pide ante Él es permanecer en el silencio: esa es la alabanza más hermosa que podemos dirigirle».

Todos nos subimos a «los trenes y los barcos que pasan». Muchas veces entramos con ellos en las capillas y en las iglesias. Puede ser incluso que no seamos del todo conscientes del ruido que nos acompaña en la casa de Dios.

154. – Sé que es muy difícil dejar a un lado los mil problemas que pueden acosarnos y perturbar nuestro silencio. ¿Cómo vamos a pedirle a una madre con un hijo gravemente enfermo que mantenga a raya los dolorosos pensamientos que no dejan de asaltarle? ¿Cómo vamos a pedirle a un hombre que acaba de perder a su esposa tras una larga enfermedad que retire el manto de la tristeza que le rompe el corazón para recuperar cierto nivel de silencio?

Por difícil que sea la vida diaria, Dios no está menos presente en cada uno de nosotros. Es un Dios paciente, fiel y misericordioso, que nunca se cansa de esperar. Quizá lo más arduo sea entrar en nosotros mismos, hacer silencio, volvernos hacia el Padre, arrepentirnos y decir: «¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan abundante mientras yo aquí me muero de hambre! Me levantaré e iré a mi padre y le diré: “Padre, he pecado contra el Cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros”. Y levantándose se puso en camino hacia la casa de su padre» (Lc 15, 17-20). El camino hacia el Cielo consiste en volver a encontrar nuestra interioridad silenciosa en la que Dios habita y nos espera escrutando el horizonte.

155. – En una conferencia sobre *El sonido del silencio en el santo desierto*, el hermano carmelita Jean-Gabriel de l’Enfant-Jésus decía: «Cuando leemos a los fundadores de los santos del desierto, podemos sentirnos tentados de creer que la vida del desierto está repleta de dulces coloquios con Dios, sin otra preocupación que esa *ociosidad santa* que, como dice san Juan de la Cruz en su *Cántico espiritual*, caracteriza la contemplación amorosa (...). No obstante, lo más habitual es que el eremita se enfrente a las tinieblas de su alma de pecador. El silencio y la soledad son el terreno de una batalla espiritual contra sus tres enemigos: el mundo, el demonio y el hombre viejo (o “la carne” en el sentido paulino), el más tenaz de los tres, según san Juan de la Cruz».

Hay que proteger como un tesoro el silencio de todo ruido parásito. El ruido de nuestro “yo”, que nunca deja de reivindicar sus derechos y nos sumerge en una preocupación excesiva por nosotros mismos. El ruido de nuestra memoria que nos arrastra al pasado, el de los recuerdos y las faltas. El ruido de las tentaciones o de la tibieza, del espíritu de gula, lujuria, avaricia, ira, tristeza, vanidad, orgullo; de todo lo que es materia del combate espiritual que el hombre tiene que librar a diario. Para acallar esos ruidos parásitos, para consumirlo todo en el fuego de la dulce llama del Espíritu Santo, el mejor antídoto es el silencio.

156. – Existe una forma de gloria del silencio. San Ignacio de Loyola no duda en

escribir en sus *Ejercicios espirituales*: «Cuanto más nuestra ánima se halla sola y apartada, se hace más apta para acercarse y llegar a su Criador y Señor».

157. – El silencio nunca hace exhibición de fastos y pompas: está hecho solamente a imagen de Dios. El silencio nunca nos ciega como esos ruidos de galas y oropeles, porque es un simple reflejo del amor divino.

158. – En su libro *Para un examen de sí mismo recomendado a este tiempo*, el filósofo Soren Kierkegaard resume el problema de un modo explícito y brillante: «Si de toda esta situación cristiana actual cabe decir que es una enfermedad y yo soy el médico, si alguien me preguntara: “a su parecer, ¿cuál es el remedio?”, mi respuesta sería: “lo que es absolutamente de primera necesidad se llama *silencio*. Silencio, silencio, dadnos de nuevo el silencio. Así se escucha mejor la Palabra de Dios. Pues si es preciso proclamarla a gritos, entonces deja de ser la Palabra de Dios. Por tanto, ¡silencio! Oh, todo es ruido. Y al igual que se dice de un trago excitante que revuelve la sangre, así también en nuestro tiempo todo acontecimiento, aun el más banal, hasta el grito más tonto, solo busca agitar los sentidos o conmover a la multitud, el público, el ruido. Y ese ser poco razonable que lleva el nombre de “hombre” se pasa las noches inventando nuevos medios para aumentar el ruido, para propagar más rápidamente el alboroto y la estupidez. Sí, estamos a punto de lograr la inversión total: ahora que los medios de comunicación casi han alcanzado la cumbre de rapidez y una amplitud sin límites, nos hallamos al mismo tiempo en el punto más bajo de falta de significación de las comunicaciones. Tan grande es la prisa actual para gritar todo sobre todos, tan grande la extensión de la habladuría. Oh, por favor: silencio».

159. – Lo que más le cuesta al hombre es buscar a Dios en el silencio. Esta luz silenciosa no es una palabra humana, sino una luz humilde y pobre.

II
DIOS NO HABLA,
PERO SU VOZ ES NÍTIDA

¡Dichosa y muy dichosa el alma que merece ser conducida a Dios y por Dios, de suerte que, por la unidad del Espíritu en Dios, ama solo a Dios y ningún bien personal, y solo se ama a sí misma en Dios! (...) ¡«Que sean uno como nosotros»! (Jn 17, 11). Tal es el fin, tal es la consumación, la perfección, la paz, la alegría del Señor, la alegría en el Espíritu Santo; tal es el silencio en el Cielo (Ap 8, 1).

Guillermo de Saint-Thierry,
Carta a los hermanos de Mont Dei

—En El signo de Jonás, Thomas Merton afirma con elocuencia que «el problema del lenguaje es el problema del pecado. El problema del silencio es también un problema de amor. ¿Cómo puede el hombre saber si debe escribir o no, si debe hablar o no, si sus palabras y su silencio son buenos o malos, si engendran la vida o la muerte, si no comprende las dos divisiones del lenguaje: la división de Babel donde, a causa de su orgullo, los hombres quedaron separados por el lenguaje, y la división de las lenguas de fuego de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo concedió a quienes conocían un solo dialecto hablar todas las lenguas de la tierra y devolver a todos los hombres la unidad para que “todos sean uno, como Tú, Padre, en mí y yo en ti” (Jn 17, 21-22)? Esos hombres se convirtieron, por obra del Espíritu Santo, en un fuego que abrasó toda Jerusalén (cfr. Jr 20, 9). Y Dios se manifestó a través de ellos. El Dios que habita en silencio dentro de nosotros es la única razón que nos autoriza a hablar, pero es también el que justifica una palabra densa, divina, en la medida en que esta nace del silencio y no tarda en devolver el silencio al alma».

¿Cómo entender el misterio del silencio de Dios, tan difícil de aceptar por tantos hombres de todos los tiempos?

160. – Muchos de nuestros contemporáneos no son capaces de aceptar el silencio de Dios. No admiten que se pueda establecer una comunicación si no es por medio de

palabras, gestos o acciones concretas y visibles. Sin embargo, Dios habla con su silencio. El silencio de Dios es una palabra. Su Verbo es soledad.

La soledad de Dios no es una ausencia: es su propio ser, su silenciosa trascendencia.

161. – Thomas Merton piensa que «el silencio de Dios debe mostrarnos cuándo hay que hablar y cuándo hay que callar. Pero la idea del silencio nos resulta insoportable, tal es nuestro temor de perder la confianza y el respeto de los hombres».

Estamos ansiosos de dar una respuesta a tantas dificultades, sufrimientos y desastres como se abaten sobre la humanidad. Olvidamos que el origen de nuestros males es la ilusión de ser algo más que polvo. El hombre que se endiosa no quiere saber que es mortal. El salmo 102 dice que Dios conoce «de qué estamos hechos, recuerda que somos polvo. ¡El hombre! Como el heno son sus días: florece como flor silvestre; sobre él pasa el viento y no subsiste, ni se reconoce más su sitio» (*Sal 102, 14-16*).

Debemos reconocer que Dios es nuestra alegría y que en Él ese polvo nuestro puede convertirse en resplandor. El Amor de Cristo transforma en alegría el inmenso dolor de la humanidad; el secreto de la felicidad consiste en ver todo nuestro sufrimiento a la luz de la victoria de Cristo sobre la muerte. Cualquier sufrimiento contribuye de uno u otro modo a nuestra felicidad.

162. – La propia creación es una palabra silenciosa de Dios. La belleza sin palabras de la naturaleza despliega ante nuestros ojos las abundantes riquezas de un Padre que no deja de estar presente entre los hombres. La palabra divina no es perceptible a oídos demasiado humanos: y, sin embargo, es la palabra más profunda de todas. A nuestros oídos, el sol, la luna y las estrellas guardan un silencio absoluto, pero son una palabra y un mensaje esenciales en nuestra existencia terrenal. Existe un lenguaje de las estrellas que somos incapaces de conocer y entender, pero que Dios comprende perfectamente.

El *Cántico de los tres jóvenes*, el *Himno del universo* extraído del libro de Daniel que cantamos todos los domingos en la oración de la mañana, dan testimonio de que el sol y la luna, las noches y los días, las estrellas, los montes y las cumbres, manantiales, mares y ríos, los animales del mar y las aves bendicen al Señor y proclaman sus alabanzas: «El que es de Dios escucha las palabras de Dios».

¿Por qué los hombres no pueden escuchar la voz de Dios cuando habla a través de la creación? ¿De hecho nos creemos los únicos capaces de hablarle y escucharle? En *Partir*

antes del alba, Julien Green escribe: «Dios habla con suma dulzura a los niños y lo que tiene que decirles suele decirlo sin palabras. La creación le proporciona el vocabulario que necesita: las hojas, las nubes, el agua que corre, un punto de luz. Es el lenguaje secreto que no se aprende en los libros y que los niños conocen bien (...). Los niños son como un pueblo numeroso que ha recibido un secreto incommunicable que se va olvidando poco a poco porque las naciones supuestamente civilizadas se han adueñado de su destino (...). En cuanto a mí, he conocido lo que conocen los niños y ningún razonamiento de este mundo ha podido arrancarme del todo ese algo inefable. Las palabras no pueden describirlo. Se oculta bajo el suelo del lenguaje y allí enterrado sigue mudo».

163. – Estoy convencido de que Dios concede a todo hombre de fe un corazón capaz de escuchar el lenguaje de la creación. Como dice el sabio Ben Sirac, el Padre ha *plantado* su ojo en el corazón del hombre de modo que el creyente vea a Dios, a su prójimo y toda la creación con ojos divinos. Dios ha sellado mi corazón dentro del suyo. Dios habita en mi corazón. Por eso entre el hombre y Dios existe una especie de connivencia, pues comparten el mismo corazón y los mismos ojos: lo que Dios ve y escucha también puede verlo y escucharlo el hombre. Me atrevo a asegurar un amor como este.

164. – En la bajada del monte de los Olivos, Cristo se acercaba a la multitud cuando esta, llena de alegría, comenzó a alabar a Dios en voz alta por los milagros que había visto: «Bendito el Rey que viene en nombre del Señor. Paz en el cielo y gloria en las alturas». Algunos fariseos de entre la muchedumbre le dijeron: «Maestro, reprende a tus discípulos». La respuesta de Cristo a los fariseos resulta especialmente elocuente, pues confirma que la creación también es capaz de alabar a Dios: «Os digo que, si estos callan, gritarán las piedras» (*Lc 19, 40*). Hemos visto cómo la Biblia exhorta a toda la creación a alabar a Dios. Los ríos, las aves, los reptiles, el sol y la luna alaban al Señor. El lenguaje de Dios, como el de la naturaleza, no es inmediatamente perceptible por nuestra inteligencia, pero no deja de tener una inmensa fuerza que desea comunicarse a los hombres. Entiendo por lenguaje todas las expresiones meramente humanas que unen a los hombres entre ellos. Pero no puedo olvidar el mudo lenguaje de la belleza, de los montes, del mar, de la piedra, del trueno, del fuego y de todas las criaturas que manifiestan a Dios y cantan sus alabanzas.

165. – El silencio de Dios se comprende gracias a la fe, en la meditación de la comunión que puede existir entre Él y los hombres.

El silencio divino es una revelación misteriosa. Dios no es insensible al mal. A primera vista, se podría pensar que Dios permite que el mal destruya a los hombres. Pero, aunque Dios guarde silencio, no sufre menos que nosotros ese mal que desgarrar y desfigura la tierra. Si procuramos estar junto a Él en el silencio, comprenderemos su presencia y su amor.

166. – El silencio de Dios también puede ser un reproche. ¡Cuántas veces parece que no queremos escuchar su lenguaje! Sin embargo, si hay un terremoto o una gran catástrofe natural que provoca incontables dramas humanos, le reprochamos a Dios que calle. El silencio de Dios interroga a la humanidad sobre su capacidad para entrar en el misterio de la vida y la esperanza, en el corazón mismo del sufrimiento y las pruebas. Cuanto más nos negamos a comprender ese silencio, más nos alejamos de Él. Estoy convencido de que el problema del ateísmo contemporáneo consiste antes que nada en una errónea interpretación del silencio de Dios ante las catástrofes y los sufrimientos de los hombres. Si el hombre solo ve en el silencio divino una manifestación del abandono, de la indiferencia o de la impotencia de Dios, difícilmente podrá entrar en ese misterio inefable e inaccesible. Cuanto más rechaza el hombre el silencio de Dios, más se rebela contra Él.

167. – El silencio de Dios es inaprehensible e inaccesible. Pero el hombre que ora sabe que Él le entiende, del mismo modo que comprendió las últimas palabras de Cristo en la Cruz. La humanidad habla y Dios responde con su silencio.

168. – ¿Cómo entender los largos años de la Shoah y su abominable cortejo de campos de exterminio como el de Auschwitz-Birkenau, donde murieron tantos judíos inocentes? ¿Cómo comprender el silencio de Dios? ¿Por qué decidió no intervenir mientras masacraban a su pueblo? Un judío y filósofo alemán, Hans Jonas, ha intentado dar respuesta a esta pregunta tan dolorosa en su libro *El concepto de Dios después de Auschwitz*: «¿Qué es lo que Auschwitz tiene que añadir a lo que siempre se sabía sobre los extremos de lo horroroso y espantoso que los seres humanos pueden infligir y han infligido desde siempre a otros?». Naturalmente, Hans Jonas pone en cuestión a Dios: «Dios lo permitió. ¿Qué clase de Dios podía permitir eso?». Dios Todopoderoso no intervino para impedir la salvaje masacre de su pueblo. ¿Y por qué la permitió? Responde Hans Jonas: «Para que pueda existir el mundo, Dios renuncia a su propio ser». ¿Qué quiere decir con eso? «Para dar espacio al mundo, el Infinito tuvo que recogerse en sí mismo y así dejar nacer fuera de Él el vacío, la nada, en la cual y a partir de la cual pudo crear el mundo. Sin este recogerse en sí mismo no podría existir nada más al lado

de Dios». Su conclusión es fácil de adivinar: «Al hacer esto, Dios, desde el momento de la creación, se convierte en un Dios sufriente, porque tendrá que sufrir por causa del hombre y ser defraudado por él. Será también un Dios preocupado, simplemente porque ha confiado el mundo a agentes distintos de Él, a agentes libres. En definitiva, es un Dios en peligro, un Dios que corre su propio peligro. Entonces ese Dios no es un Dios todopoderoso. Para que la bondad de Dios sea compatible con la existencia del mal, es necesario que no sea todopoderoso. Más exactamente: es necesario que este Dios haya renunciado al poder. En el simple hecho de admitir la libertad humana reside una renuncia al poder».

169. – No obstante, si Dios no es poderoso, entonces no es Dios. Dios es Todopoderoso y, al mismo tiempo, quiere permitir que el hombre sea realmente libre. Porque la omnipotencia de Dios es la omnipotencia del Amor, y la omnipotencia del Amor es la muerte. El infinito de Dios no es un infinito en el espacio, un océano sin fondo y sin orillas: es un Amor que no tiene límites. La creación es un acto de Amor infinito. Para Hans Jonas el acto de la creación es una especie de «autolimitación» de Dios. Así pueden empezar a entenderse su silencio y su dejar hacer. El sufrimiento del hombre se convierte misteriosamente en sufrimiento de Dios. En la naturaleza divina el sufrimiento no es sinónimo de imperfección.

Este problema me trae a la memoria la carta de una madre de familia conmovida por la idea de la vulnerabilidad de Dios: «Cuando mis hijos eran pequeños, quien pensaba por ellos y decidía por ellos era yo. Todo resultaba fácil: lo único que estaba en juego era mi libertad. Pero, en un momento dado, cuando me di cuenta de que mi papel consistía en ir acostumbrándolos a elegir, sentí –nada más asumirlo– que me invadía la inquietud. Al dejar que mis hijos tomaran decisiones y, por lo tanto, corrieran riesgos, al mismo tiempo yo también corría el riesgo de ver aparecer otras libertades distintas a la mía. Si con demasiada frecuencia he seguido eligiendo en su lugar, he de confesar que ha sido para ahorrarles el sufrimiento derivado de una elección que más tarde podrían lamentar; pero también, y en la misma medida –si no en mayor medida–, para no arriesgarme a vivir en desacuerdo entre su elección y lo que a mí me gustaría verles hacer. Faltaba amor por mi parte, porque actuando así lo que quería por encima de todo era protegerme contra un posible sufrimiento: el que he experimentado cada vez que mis hijos han emprendido un camino distinto al que yo consideraba mejor para ellos. Así he conseguido entrever cómo es posible que Dios “Padre” sufra. Nosotros somos sus hijos. Quiere que seamos libres de construirnos a nosotros mismos y el Infinito de su Amor le impide toda coacción. Amor perfecto, sin traza de cálculo, pero que implica la aceptación de un sufrimiento inherente a esa libertad total que quiere para nosotros».

Creer en un Dios silencioso que «sufre» es hacer más misterioso aún el silencio de Dios, pero también más luminoso; es eliminar una falsa claridad para sustituirla por «brillantes tinieblas». Porque no hay que olvidar las palabras del salmo: «¡Que al menos me cubran las tinieblas y la luz se haga noche en torno a mí! Tampoco las tinieblas son para ti oscuras, pues la noche brilla como el día, las tinieblas como la luz» (*Sal* 139, 11-12). Este salmo puede dar fuerzas al hombre cuando le asaltan sus demonios más oscuros y siempre que sienta la tentación de rebelarse contra Dios.

El silencio de Dios es una invitación a guardar nuestro propio silencio para profundizar en el gran misterio del hombre y de sus alegrías, sus penas, su sufrimiento y su muerte.

—¿Qué respuesta dar a quienes más o menos piensan: «a Dios yo no le importo: siempre calla»?

170. – No es fácil dar con el lenguaje apropiado para hablar de un modo respetuoso y fecundo a quienes se sienten abandonados por Dios. Hay que armarse de una comprensión fraternal y de una pedagogía prudente y dejarse llevar por la oración, obra del Espíritu Santo que abre el corazón a la Palabra de Dios. Con simpatía y con delicadeza, habremos de pedirles que acepten el misterio del silencio divino haciendo un acto de abandono y de fe en la dimensión salvífica del sufrimiento. Cuando el hombre se queda anclado a certezas materialistas y racionalistas, siempre apuesta por este hipotético abandono de Dios. Por su propia naturaleza, el amor implica un salto a lo desconocido. A la modernidad le gusta ver en el silencio de Dios la prueba fácil de su inexistencia: si existen el mal y el sufrimiento, es imposible que exista Dios.

171. – Aún sigo oyendo los sollozos de ese niño musulmán de siete años que, con los ojos anegados en lágrimas, se quejaba así: «¿Existe Alá? ¿Por qué ha permitido que maten a mi padre? ¿Por qué no ha hecho nada para impedir este crimen?». En su misterioso silencio, Dios se manifiesta en las lágrimas vertidas por el niño que sufre, y no en el orden del mundo que justifica esas lágrimas. Dios tiene su propia y misteriosa manera de estar cerca de nosotros en la prueba.

172. – Las manifestaciones exteriores no siempre son la mejor prueba de cercanía. A veces nuestros amigos más cercanos están lejos de nosotros, y eso no les impide querernos de corazón. Los padres no pasan todas las horas de su vida al lado de sus hijos, y eso no significa que se preocupen menos por ellos.

173. – Dios es un Padre que puede parecer lejano. Y, sin embargo, es un Padre que se interesa por nosotros como si estuviera lo más cerca posible de nuestro corazón. A veces nos levanta hasta la cima de la Cruz y nos deja crecer en el sufrimiento para poner a prueba nuestra madurez y nuestra intimidad con Él. Tenemos que asumir el sufrimiento como parte de nuestra humanidad. Contemplar la Cruz nos ayuda a ello. Teilhard de Chardin escribía en una carta: «Por haber entendido plenamente el sentido de la Cruz ya no nos arriesgamos a que la vida nos parezca triste ni fea. Tan solo hemos llegado a estar aún más atentos a su inaprehensible gravedad». Y en el prólogo al libro que recoge las notas de su hermana, enferma de por vida, escribió: «Margarita, hermana mía, mientras que yo, entregado a las fuerzas positivas del universo, recorría los continentes y los mares, tú, inmóvil, yacente, transformabas en luz, en lo más hondo de ti misma, las peores sombras del mundo. A los ojos del Creador, dime: ¿cuál de los dos habrá obtenido la mejor parte?».

Mirar la Cruz hace nacer en nosotros una oración parecida a la de Jesús: «¡Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu!».

174. – Me parece lógico que el hombre que no ora nunca sea incapaz de comprender la palabra silenciosa de Dios. Cuando estamos enamorados, sin embargo, percibimos hasta el más mínimo gesto del ser amado. Lo mismo ocurre con la oración. Si tenemos la costumbre de orar con frecuencia, podremos captar el significado de los silencios de Dios. Hay señales que solo los novios son capaces de comprender. También el hombre de oración es el único que capta las señales silenciosas de afecto que recibe de Dios.

175. – Dios es un amigo discreto que acude a compartir las alegrías, las penas y las lágrimas sin esperar nada a cambio. Hay que crecer en esa amistad.

—El Apocalipsis de san Juan habla de un modo particularmente poético del «silencio en el Cielo». ¿Cuál es el significado de esos versículos que tantas interpretaciones han suscitado?

176. – En el Cielo no existe la palabra. Allá arriba los bienaventurados se comunican sin palabras. Reina un inmenso silencio de contemplación, de comunión y de amor.

177. – En la patria divina todas las almas están unidas a Dios. Se alimentan de esa visión. Las almas se hallan enteramente poseídas por su amor a Dios en un éxtasis absoluto. Existe un inmenso silencio, porque para estar unidas a Dios las almas no tienen

necesidad de palabras. La angustia, las pasiones, los temores, el dolor, las envidias, los odios y las inclinaciones desaparecen. Solo existe ese encuentro de corazón a corazón con Dios. El abrazo entre Dios y las almas es eterno. El Cielo es el corazón de Dios. Y ese corazón siempre será silencio. Dios es la ternura perfecta que no necesita de palabras para propagarse. El paraíso es como un inmenso leño encendido que no se consume jamás, tal es la fuerza con que ese Amor abrasador se difunde. Allá arriba el Amor arde con una llama inocente, con un deseo puro de amar infinitamente y de sumergirse en la profundidad íntima de la Trinidad.

178. – Benedicto XVI expresa con una claridad sobrecogedora la importancia del amor de Dios. Ya en las primeras líneas de su encíclica *Deus caritas est* escribe: «Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva. En su evangelio, Juan expresó este acontecimiento con las siguientes palabras: “Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todos los que creen en él tengan vida eterna” (*Jn* 3, 16). La fe cristiana, poniendo el amor en el centro, ha asumido lo que era el núcleo de la fe de Israel, dándole al mismo tiempo una nueva profundidad y amplitud. En efecto, el israelita creyente reza cada día con las palabras del Libro del Deuteronomio que, como bien sabe, compendian el núcleo de su existencia: “Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas” (*Dt* 6, 4-5). Jesús, haciendo de ambos un único precepto, ha unido este mandamiento del amor a Dios con el del amor al prójimo, contenido en el Libro del Levítico: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (*Lv* 19, 18; cfr. *Mc* 12, 29-31). Y, puesto que es Dios quien nos ha amado primero (cfr. *IJn* 4, 10), ahora el amor ya no es solo un *mandamiento*, sino la respuesta al don del amor, con el cual viene a nuestro encuentro».

179. – El Apocalipsis de san Juan contiene algunas descripciones misteriosas. El silencio del Cielo es un silencio de amor, de oración, de ofrenda y adoración: «Y cuando [el Cordero] abrió el séptimo sello se hizo un silencio en el cielo de una media hora (...). Vino otro ángel y se quedó en pie junto al altar con un incensario de oro. Le entregaron muchos perfumes para que los ofreciera, con las oraciones de los santos (...). Y ascendió el humo de los perfumes, con las oraciones de los santos, desde la mano del ángel hasta la presencia de Dios» (*Ap* 8, 1.3-4).

180. – La oración de san Agustín por los difuntos es de una particular belleza: «Si

conocieras el don de Dios y lo que es el Cielo. Si pudieras oír el cántico de los ángeles y verme en medio de ellos. Si pudieras ver desarrollarse ante tus ojos los horizontes, los campos y los nuevos senderos que atravieso... Si por un instante pudieras contemplar, como yo, la belleza, ante la cual las bellezas palidecen. ¿Me has amado en el país de las sombras y no te resignas a verme en el de las inmutables realidades? Créeme: cuando la muerte venga a romper las ligaduras como ha roto las que a mí me encadenaban, cuando llegue el día que Dios ha fijado y conoce, y tu alma venga a este Cielo en que te ha precedido la mía, ese día volverás a verme, sentirás que te sigo amando, que te amé, encontrarás mi corazón con todas sus ternuras purificadas. ¡Volverás a verme en transfiguración, en éxtasis, feliz! Ya no esperando la muerte, sino avanzando contigo, que te llevaré de la mano por senderos nuevos de luz... y de vida... Enjuga tu llanto, no llores si me amas».

181. – Hablar de un «silencio en el Cielo es una aventura realmente osada. Hay viajes en que lo sensato y prudente es dejarse guiar por la experiencia de quienes conocen las realidades y el medio geográficos. ¡Qué aventura tan extraordinaria la de querer reflexionar sobre el silencio del Cielo! Tenemos que encordarnos unos con otros para emprender la ruta de este misterio. Solos únicamente podemos balbucear...

182. – Son muchas las reflexiones de los Padres de la Iglesia sobre estos temas. Ellos sabían que el silencio es la suprema libertad del hombre con Dios. San Gregorio Magno tiene unas palabras extraordinariamente profundas sobre el silencio. En la *Regla pastoral* escribe: «Cuando el espíritu del hombre vive recogido, es a modo de las aguas en reposo, que tienden a las alturas, a subir a la región de donde han bajado; mientras que, si se las suelta, bajan y se derraman inútilmente por el suelo (...). No teniendo el muro del silencio para su reparo, la ciudadela del espíritu se presenta descubierta al adversario».

183. – Pienso a menudo en mi predecesor en la sede de Conakri, monseñor Raymond-Marie Tchidimbo, quien estuvo encerrado nueve años en una sórdida prisión. Le prohibieron hablar con nadie. En ese silencio aparentemente espantoso, durante ese acoso hostil y deprimente, tuvo que volverse hacia Dios para sobrevivir. El silencio impuesto por sus verdugos se convirtió en su única expresión de amor, su única ofrenda a Dios, su única escalera para subir al Cielo y conversar con Él, cara a cara, como hablan los hombres con el amigo. Misteriosamente, su calabozo le permitió comprender un poco el inmenso silencio del Cielo. Pasó muchos meses a la espera de ser salvajemente asesinado, electrocutado o molido a palos. Pudo comprender que el misterio del mal, el misterio del sufrimiento y el misterio del silencio están íntimamente unidos. Gracias a ese

encuentro íntimo con Dios en el silencio, se enfrentó serenamente a las pruebas cotidianas. Sabía que su vida no acabaría en una prisión miserable. Sabía que su prisión era como un campo labrado en el que cada día sembraba su vida como se siembra el grano, plenamente consciente de que quienes siembran con lágrimas cosechan entre cantares. Sabía que estaba en el umbral de la verdadera vida. A pesar del dolor, a pesar de tantas humillaciones físicas y morales, el silencio le dio fuerza, valor, humildad y abnegación.

184. – Por paradójico que parezca, el silencio del condenado a muerte lleva consigo todas las esperanzas. El réprobo entrevé ya en esta tierra el gran silencio del Cielo. El túnel del silencio de las abominaciones conduce a la esperanza del silencio en Dios. Porque lo único que les hace falta a los peores criminales es empujar la puerta del verdadero silencio y posar sus manos sobre las manos silenciosas de Dios: «Tal es el fin, tal es la consumación, la perfección, la paz, la alegría del Señor, la alegría en el Espíritu Santo; tal es el silencio en el Cielo». El silencio de la oración es como un silencio eucarístico, un silencio de adoración, un silencio en Dios.

185. – El 7 de junio de 2012, en la homilía de la misa del *Corpus Christi*, Benedicto XVI afirmaba: «Estar todos en silencio prolongado ante el Señor presente en su Sacramento es una de las experiencias más auténticas de nuestro ser Iglesia, que va acompañado de modo complementario con la de celebrar la Eucaristía, escuchando la Palabra de Dios, cantando, acercándose juntos a la mesa del Pan de vida. Comunión y contemplación no se pueden separar, van juntas. Para comulgar verdaderamente con otra persona debo conocerla, saber estar en silencio cerca de ella, escucharla, mirarla con amor. El verdadero amor y la verdadera amistad viven siempre de esta reciprocidad de miradas, de silencios intensos, elocuentes, llenos de respeto y veneración, de manera que el encuentro se viva profundamente, de modo personal y no superficial». Este es el verdadero anticipo del silencio de Dios que todos estamos llamados a conocer.

186. – Quizá baste mirar con sencillez y admiración los rostros de los monjes mayores, arrugados y abrasados por el silencio de Dios, para acercarnos un poco a un misterio tan hermoso. Humanamente, los monjes sufren el maltrato y el desprecio de los hijos del mundo; y, sin embargo, están espiritualmente irradiados y marcados por la belleza de Cristo.

187. – El rostro de la Madre Teresa estaba calcinado por los silencios de Dios, pero

transmitía y respiraba amor. A fuerza de pasar muchas horas ante la llama encendida del Sagrado Sacramento, el cara a cara diario con el Señor había bronceado y transformado su rostro.

188. – La estética del silencio no procede de lo humano: es divina. El silencio de Dios es una luz sencilla y sublime, pequeña y grandiosa.

—Vista desde la tierra, la eternidad puede parecer larga y silenciosa...

189. – El silencio de la eternidad es consecuencia del amor infinito de Dios. En el Cielo estaremos con Jesús, totalmente poseídos por Dios y bajo la influencia del Espíritu Santo. El hombre ya no será capaz de pronunciar una sola palabra. Ni siquiera la oración será posible: se convertirá en contemplación, en mirada de amor y adoración. El Espíritu Santo abracará las almas que marchen al Cielo: estarán plenamente entregadas al Espíritu.

190. – En este mundo es muy importante permanecer a la escucha de los silencios del Espíritu Santo. San Pablo dice con convicción: «el Espíritu acude en ayuda de nuestra flaqueza, porque no sabemos pedir como conviene, pero el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables» (*Rm 8, 26*).

191. – En el Cielo, las almas están unidas a los ángeles y a los santos por medio del Espíritu. Por eso ya no existe la palabra. Es un silencio sin fin, envuelto en el amor de Dios. La liturgia de la eternidad es silenciosa; las almas no tienen otra cosa que hacer que asociarse al coro de los ángeles. Se hallan solamente en contemplación. Aquí en la tierra contemplar es estar ya en silencio. En el Cielo, en la visión de Dios, ese silencio se convierte en un silencio de plenitud. El silencio de la eternidad es un silencio de asombro y admiración. «Después de que mi piel se haya destruido, desde mi carne veré a Dios. Yo lo veré por mí mismo, mis ojos lo contemplarán y no otro» (*Jb 19, 26-27*). De hecho, el silencio de la eternidad está ligado a la plenitud de Dios: es un silencio trinitario.

192. – La Iglesia sabe lo difícil que le resulta al hombre comprender el silencio de la eternidad. En la tierra hay pocas cosas capaces de hacernos entender la inmensidad del amor divino. En la misa y en la Eucaristía, la consagración y la elevación son un pequeño anticipo del silencio eterno. Si ese silencio alcanza verdadera calidad, somos capaces de entrever el silencio del Cielo.

La adoración del Sagrado Sacramento es un momento en el que la calidad del silencio interior puede permitirnos entrar un poco en el silencio de Dios. La adoración es una pequeña gota de eternidad.

El silencio de la eternidad es un silencio de amor.

—Hay una oración de Kierkegaard que busca penetrar aún más en el silencio de Dios: «No permitas que olvidemos: Tú hablas incluso cuando callas. Danos esta confianza: cuando estemos esperando tu venida, Tú callas por amor y por amor hablas. Así ocurre en el silencio, así ocurre en la palabra: Tú eres siempre el mismo Padre, el mismo corazón paternal, y nos guías con tu voz y nos elevas con tu silencio». También los silencios de Cristo pueden ser difíciles de comprender...

193. – Jesús llega a este mundo en el transcurso de una noche serena y silenciosa, mientras la humanidad duerme. Solo los pastores están despiertos (Lc 2, 8). La soledad y el silencio envuelven su nacimiento. Pasan treinta años sin que nadie le escuche. Cristo vive en Nazaret rodeado de una enorme sencillez, oculto en el silencio y en el humilde taller de José el carpintero (Mt 13, 55). Sin duda, vive en la oración, en la penitencia y en el recogimiento interior. Esta vida oculta de Jesús transcurre a la sombra silenciosa de Dios. El Hijo de María vive constantemente en la visión beatífica, en profunda comunión con el Padre e inseparablemente unido a Él.

194. – El silencio de Jesús es el silencio de Dios Padre. ¿No dijo Jesús a Felipe: «El que me ha visto a mí ha visto al Padre; ¿cómo dices tú: *muéstranos al Padre?* ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí?» (Jn 14, 9-10)? No debemos dejar de repetirnos nunca esta frase de san Juan: significa que la unidad en Jesús de Dios y el hombre manifiesta en el tiempo la unidad eterna del Padre y el Hijo en el Espíritu Santo. El silencio del Padre es el silencio del Hijo, la voz del Hijo es la voz del Padre. Escuchar a Jesús es escuchar al Padre.

195. – En Nazaret Dios estaba junto a Dios constantemente y en silencio. Dios hablaba con Dios en silencio. Cuando los hombres se interrogan sobre ese silencio, penetran en el misterio insondable y silencioso de la Trinidad.

196. – La vida pública de Cristo estuvo enraizada y fundamentada en la oración silenciosa de su vida oculta. El silencio de Cristo, Dios presente en un cuerpo humano, está escondido en el silencio de Dios. Su palabra terrenal se halla habitada por la palabra

silenciosa de Dios.

Toda la vida de Jesús está envuelta en el silencio y el misterio. Si el hombre quiere imitar a Cristo, le basta con observar sus silencios.

El silencio del portal, el silencio de Nazaret, el silencio de la Cruz, el silencio de la sepultura sellada son un único silencio. Los silencios de Jesús son silencios de pobreza, de humildad, de abnegación y de abajamiento: es el abismo sin fondo de su *kénosis*, de su anonadamiento (*Flp 2, 7*).

197. – El silencio de Jesús en el momento del sacrificio supremo es especialmente conmovedor. Habla una sola vez para responder a Pilato cuando este le dice: «¿Eres Rey? ¿Qué has hecho?». «Mi reino no es de este mundo», responde Jesús. En ese reino incluye a Abrahán, a Isaac, a Jacob, a Juan el Bautista, a todos los santos del Cielo, pero también a la comunidad de sus discípulos que forman la Iglesia y, aunque están en el mundo, no son del mundo. Por tres veces insiste Jesús ante Pilato en que su Reino no es de este mundo (*Jn 18, 36*), porque ha comprendido que este desea conocer la verdad y defenderla. Pese a estar convencido de la inocencia de Jesús, Pilato cede ante los gritos de odio y las acusaciones que resuenan. Al enterarse de que Jesús es galileo, decide entregárselo a Herodes Antipas, tetrarca de la provincia de Galilea. Los príncipes de los sacerdotes y los escribas presentes puján aún más alto para obligar a Herodes a dictar sentencia. Sin ningún fundamento, se acusa a Jesús de todos los males. Entre los cargos se cuenta la afirmación sacrílega de Jesús de querer destruir el Templo y ser el Hijo de Dios. Para instigar a Herodes en contra de Jesús, siguen vociferando y afirmando que Cristo y Juan el Bautista se han confabulado para difamarlo por su situación de adulterio con Herodías, esposa de su hermano Filipo.

De hecho, Herodes había tomado por esposa a la mujer de Filipo. Para agravar aún más las cosas, recuerdan los elogios que Jesús ha dirigido a Juan el Bautista y su defensa durante un discurso público (*Mc 11, 9-11*). Es más, Jesús no sentía respeto alguno por el tetrarca, a quien había llegado a ultrajar llamándolo «zorro» (*Lc 13, 32*). Ahí están los príncipes de los sacerdotes y los escribas, que acusan a Jesús con saña y encarnizamiento (*Lc 23, 10*). Herodes y sus cortesanos lo tratan con desprecio y se burlan de él (*Lc 23, 11*). Pero «Jesús no le respondió nada» (*Lc 23, 9*). Jesús no quiere responder a Herodes porque ve en él a un hombre vicioso, disoluto y cruel que tiene horror a la verdad, hasta el punto de ordenar decapitar a Juan el Bautista, la voz de Jesucristo, por dársela a conocer. ¿Cómo no va a guardar silencio el Señor ante aquel que ha quitado la vida a su propia voz?

Herodes devuelve a Jesús a Pilato, quien convoca de nuevo a los príncipes de los sacerdotes, a los magistrados y al pueblo (*Lc 23, 13*), y les dice: «Me habéis presentado a este hombre como alborotador del pueblo. Mirad: yo le he interrogado delante de vosotros, y no he encontrado en este hombre ningún delito de los que le acusáis; ni tampoco Herodes, porque nos lo ha devuelto; por tanto, nada ha hecho que merezca la muerte. Así que después de castigarle lo soltaré» (*Lc 23, 14-16*). Jesús no responde nada a ninguna de las falsas acusaciones de los príncipes de los sacerdotes y de los ancianos, meros clamores, mera confusión y envidia, y un odio incontrolado (*Mt 27, 14*). Con su silencio, Jesús quiere mostrar cuánto desprecia las mentiras, Él que es la verdad, la luz y el único camino que conduce a la Vida. Su causa no necesita defensa. La verdad y la luz no se defienden: su resplandor es su propia defensa. Por eso dice san Ambrosio: «Acusan al Señor, y calla. Y calla bien, pues no necesita defensa. Ansien ser defendidos los que temen ser vencidos. Con su silencio, [Jesús] no confirma la acusación, sino que, no rechazándola, la menosprecia».

Pilato, asombrado ante el silencio y la serenidad de Jesús, le dice: «¿No oyes cuántas cosas alegan contra ti?». Jesús se mantiene tan imperturbable, tan sosegado y sereno que podría creerse que no oye los gritos de la multitud, ebria de odio. Pero recordemos que está escrito: «Soy como un sordo, no quiero oír; como un mudo no abro la boca; soy como hombre que no oye, ni tiene réplica en su boca. En ti, Señor, espero. Tú me escuchas, Señor, Dios mío. Por eso digo: “que no se alegren a mi costa; que no se ufanen cuando mi pie vacile”» (*Sal 37, 14-17*).

Y añade Pilato: «¿No respondes nada? Mira de cuántas cosas te acusan» (*Mc 15, 4*). El Señor no contesta, de modo que el procurador está cada vez más admirado (*Mt 27, 14*). No comprende el motivo de un silencio tan extraño. En medio del griterío de los hombres, ebrios de un odio irracional, Pilato se enfrenta al silencio de Dios. Al menos los sacerdotes tuvieron que recordar lo que escribió el profeta Isaías: «Fue maltratado, y él se dejó humillar, y no abrió su boca; como cordero llevado al matadero, y, como oveja muda ante sus esquiladores, no abrió su boca. Por arresto y juicio fue arrebatado. De su linaje ¿quién se ocupará? Pues fue arrancado de la tierra de los vivientes, fue herido de muerte por el pecado de mi pueblo. Su sepulcro fue puesto entre los impíos, y su tumba entre los malvados, aunque él no cometió violencia ni hubo mentira en su boca» (*Is 53, 7*).

Acabamos de acompañar a Jesús frente a Pilato, a Herodes y a la furia de los príncipes de los sacerdotes, de los ancianos y de la muchedumbre. Un suceso que puede parecernos sorprendente y escandaloso, pero que contiene para nosotros una doctrina y una enseñanza: en la escuela de Jesús, con el corazón, la inteligencia y la voluntad

abiertos de par en par, dejemos que Dios nos introduzca en su silencio y aprendamos a amar y vivir siempre en ese silencio.

198. – Hoy en día los silencios de los mártires cristianos masacrados por los enemigos de Cristo imitan y prolongan los silencios del Hijo de Dios. Todos los mártires de los primeros siglos, igual que los de esta triste época nuestra, han mostrado esa misma dignidad silenciosa. Así el silencio se convierte en la única palabra, el único testimonio, el testamento definitivo. La sangre de los mártires es una semilla, un grito y una oración silenciosa que se eleva hacia Dios.

—Cristo inició su ministerio público retirándose al desierto durante cuarenta días...

199. – Me he referido antes al retiro de Jesús en un desierto espiritual y místico: el de sus treinta primeros años de vida en Nazaret.

Conviene detenerse un instante en su estancia en el desierto de Judea durante los cuarenta días y las cuarenta noches anteriores a su vida pública, como para acumular reservas de silencio con vistas a la gran misión que le llevará a entregar la vida. Los evangelios explican con cuánta frecuencia se retiraba Jesús al desierto en busca de la soledad, la calma y el silencio nocturnos. En esos momentos sentía el dedo de Dios arrastrándolo hacia las regiones donde Él habita, donde se deja ver y dialoga con el hombre como hablan los amigos. El hombre que posee a Dios en su corazón y en su cuerpo está ávido de silencio. Hemos de arrancarnos del mundo, de la multitud y de toda actividad, incluso las de caridad, para pasar muchos ratos en la intimidad de Dios.

200. – Cristo sabe que Dios no está nunca en los ruidos tumultuosos del mundo. No ignora las terribles dificultades que nunca dejarán de entorpecer su camino. Para afrontar la Cruz, todavía lejana, el silencio y la soledad son una necesidad. En Getsemaní, cuando se acerca el final y los apóstoles duermen, incapaces de comprender del todo el drama que tiene lugar, pasa la última noche en el silencio y la oración. El silencio nocturno es el compañero de Jesús en sus últimos instantes. Los fieles tienen que acostumbrarse a orar de noche, como Jesús. Dios lleva a cabo su obra de noche. De noche todo se mueve, todo se transforma y crece gracias a la fuerza de Dios.

201. – El recogimiento silencioso de Cristo es una gran lección para la humanidad. Desde el pesebre hasta la Cruz, el silencio está constantemente presente, porque la

cuestión del silencio es una cuestión de amor. El Amor no se expresa con palabras: se encarna y se convierte en un único y mismo Ser con aquel que ama de verdad. Es tanta su fuerza que nos arrastra para que nos entreguemos hasta la muerte, hasta el don humilde, silencioso y puro de nuestra vida.

Si queremos prolongar la obra de Cristo en este mundo, tenemos que amar el silencio, la soledad y la oración.

—*¿La muerte de Jesús es un gran silencio?*

202. – El triunfo de las tinieblas sobre la luz sumerge la tierra durante tres días en un denso silencio y una angustia terrible. El Mesías ha muerto y el silencio de su desaparición parece haber pronunciado la última palabra. Dios mismo se muestra silencioso. Su Hijo se siente solo, abandonado a las angustias de la Cruz: este es el instante más terrible de su vida terrenal. Se halla al borde de la muerte. Jesús ha perdido las fuerzas y la sangre. Y, cuando no es más que un moribundo, extenuado, deja escapar un fuerte grito.

Jesús dejaba el mundo y su Padre no pronuncia una sola palabra de consuelo. Es cierto que la Virgen María, su madre, y san Juan están al pie de la Cruz. Pero esa dulce presencia no le impide gritar con todas las fuerzas que le quedan: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (*Mt 27, 46*). Jesús sufre la aparente ausencia de Dios; sin embargo, la confianza que ha tenido siempre en su Padre no se desvanece. Unas fracciones de segundo después de ese grito de dolor, ora por última vez al Todopoderoso por sus verdugos: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen». Y expira diciendo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (*Lc 23, 34.46*).

203. – En este mundo el único silencio que hay que buscar es el que pertenece a Dios. Porque solo el silencio de Dios se alza con la victoria. El pesado silencio de la muerte de Cristo no duró mucho y engendró la vida.

204. – El silencio de la muerte de Jesús transforma, purifica y da paz al hombre. Le permite estar en comunión con los sufrimientos y la muerte de Cristo, entrar plenamente en la vida divina. Es el gran silencio de la transfiguración, porque, «si el grano de trigo no muere al caer en tierra, queda infecundo; pero, si muere, produce mucho fruto. El que ama su vida la perderá, y el que aborrece su vida en este mundo la guardará para la vida eterna. Si alguien me sirve, que me siga» (*Jn 12, 24-25*).

205. – San Juan insiste en la soledad y el aislamiento moral de Cristo antes de su Pasión. Está solo desde el principio porque es Dios. Está solo porque nadie puede comprenderle. San Juan afirma que muchos discípulos lo han abandonado, pues su doctrina sobre la Eucaristía y las exigencias del Evangelio les exceden.

Hoy algunos sacerdotes tratan la Eucaristía con absoluto desprecio. Ven la misa como un banquete locuaz en el que los cristianos fieles a la enseñanza de Jesús, los divorciados vueltos a casar, hombres y mujeres en situación de adulterio y turistas no bautizados que participan en celebraciones eucarísticas de multitudes anónimas, pueden recibir sin hacer distinciones el cuerpo y la sangre de Cristo. La Iglesia tiene que estudiar con urgencia la oportunidad eclesial y pastoral de esas multitudinarias celebraciones eucarísticas con millares de asistentes. Existe un inmenso peligro de convertir la Eucaristía, *el gran misterio de la Fe*, en una vulgar verbena, y de profanar el cuerpo y la preciosa sangre de Cristo. Los sacerdotes que distribuyen las sagradas especies sin conocer a nadie y entregan el Cuerpo de Jesús a cualquiera, sin distinguir cristianos de no cristianos, participan en la profanación del Santo Sacrificio eucarístico. Con cierta complicidad voluntaria, quienes ejercen la autoridad en la Iglesia se hacen culpables al permitir el sacrilegio y la profanación del cuerpo de Cristo en esas gigantescas y ridículas autocelebraciones, donde son muy pocos los que se dan cuenta de que se anuncia «la muerte del Señor hasta que venga».

Algunos sacerdotes infieles a la *memoria* de Jesús insisten más en el aspecto festivo y en la dimensión fraterna de la misa que en el sacrificio cruento de Cristo en la Cruz. La importancia de las disposiciones interiores y la necesidad de reconciliarnos con Dios aceptando dejarnos purificar por el sacramento de la confesión ya no están de moda. Ocultamos cada vez más la advertencia de san Pablo a los corintios: «Cada vez que coméis este pan y bebéis este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que venga. Así pues, quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y la sangre del Señor. Examínese, por tanto, cada uno a sí mismo, y entonces coma del pan y beba del cáliz; porque el que come y bebe sin discernir el cuerpo, come y bebe su propia condenación. Por eso hay entre vosotros muchos enfermos y débiles, y mueren tantos» (*1Co* 11, 27-30).

¿Cómo podemos recogernos en el silencio y la adoración, igual que María al pie de la Cruz, ante el Dios que muere por nuestros pecados en cada una de nuestras Eucaristías? ¿Cómo podemos permanecer en silencio y en acción de gracias ante el Dios Todopoderoso que sufre la Pasión a causa de nuestras rebeliones, nuestra indiferencia y nuestras infidelidades?

Con demasiada frecuencia vivimos tanto en la superficie de nosotros mismos que no comprendemos lo que celebramos. La falta de fe en la Eucaristía, presencia real de Cristo, puede llevar al sacrilegio. Jesús queda aislado por el creciente odio de los fariseos, que forman en su contra una coalición cada vez más poderosa, obligando a sus oyentes a separarse de Él. Hoy hay cristianos que se alían para alejar a Dios y su doctrina de quienes buscan sinceramente la verdad. Él se queda cada vez más solo en medio de hombres que le odian o no saben cómo amarle, porque son incapaces de conocerle tal cual es. Pero siempre habrá un pequeño rebaño deseoso de conocerle y amarle.

Es preciso que los hombres vuelvan a descubrir la Pascua que celebramos en cada una de nuestras Eucaristías. La gracia de la Pascua es un profundo silencio, una paz inmensa y un sabor puro en el alma. Es el sabor del Cielo, ajeno a toda exaltación desordenada. La noción de la Pascua no es una embriaguez del espíritu: consiste en el descubrimiento silencioso de Dios. ¡Ojalá cada mañana la misa pudiera ser lo que fue en el Gólgota y en la mañana de Pascua! Ojalá las oraciones pudieran tener la misma luz, ojalá Cristo resucitado pudiera resplandecer siempre en mí en su sencillez pascual...

La Pascua marca el triunfo de la vida sobre la muerte, la victoria del silencio de Cristo sobre el gran fracaso del odio y la mentira. Cristo entra en el silencio eterno. Ahora la Iglesia debe continuar la misión de Jesús a través del sufrimiento y la muerte diaria vivida en el silencio, la oración, la súplica y una gran fidelidad.

206. – En un mundo en el que los gritos y la agitación de todo tipo no dejan de extender su imperio, siempre tendremos una necesidad cada vez mayor de contemplar y aprender a entrar en el silencio de Cristo.

El rechazo del silencio es un rechazo del Amor y la vida que recibimos de Jesús.

207. – El 2 de mayo de 2010, con motivo de la exposición de la Sábana Santa, el papa Benedicto XVI visitó la catedral de Turín para venerar la reliquia. Allí pronunció una meditación extraordinaria bajo el título *El misterio del Sábado Santo*, en la que asociaba el misterio del Sábado Santo al misterio del silencio: «Se puede decir que la Sábana Santa es el icono de este misterio, icono del Sábado Santo. De hecho, es una tela sepulcral, que envolvió el cadáver de un hombre crucificado y que corresponde en todo a lo que nos dicen los Evangelios sobre Jesús, quien, crucificado hacia mediodía, expiró sobre las tres de la tarde. Al caer la noche, dado que era la Parasceve, es decir, la víspera del sábado solemne de Pascua, José de Arimatea, un rico y autorizado miembro del Sanedrín, pidió valientemente a Poncio Pilato que le permitiera sepultar a Jesús en su

sepulcro nuevo, que había mandado excavar en la roca a poca distancia del Gólgota. Obtenido el permiso, compró una sábana y, después de bajar el cuerpo de Jesús de la Cruz, lo envolvió con aquel lienzo y lo depuso en aquella tumba. Así lo refiere el Evangelio de san Marcos y con él concuerdan los demás evangelistas. Desde ese momento, Jesús permaneció en el sepulcro hasta el alba del día después del sábado, y la Sábana Santa de Turín nos ofrece la imagen de cómo era su cuerpo depositado en el sepulcro durante ese tiempo, que cronológicamente fue breve (alrededor de día y medio), pero inmenso, infinito en su valor y significado. El Sábado Santo es el día del ocultamiento de Dios, como se lee en una antigua homilía: “¿Qué es lo que hoy sucede? Un gran silencio envuelve la tierra; un gran silencio y una gran soledad, porque el Rey duerme (...). Dios ha muerto en la carne y ha puesto en conmoción a los infiernos” (*Homilía sobre el Sábado Santo*: PG 43, 439). En el credo profesamos que Jesucristo “padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos y al tercer día resucitó de entre los muertos”.

»Queridos hermanos y hermanas, en nuestro tiempo, especialmente después de atravesar el siglo pasado, la humanidad se ha hecho particularmente sensible al misterio del Sábado Santo. El escondimiento de Dios forma parte de la espiritualidad del hombre contemporáneo, de manera existencial, casi inconsciente, como un vacío en el corazón que ha ido haciéndose cada vez mayor. Al final del siglo XIX, Nietzsche escribió: “¡Dios ha muerto! ¡Y nosotros lo hemos matado!”. Esta famosa expresión, si se analiza bien, está tomada casi al pie de la letra de la tradición cristiana; con frecuencia la repetimos en el vía crucis, quizá sin darnos plenamente cuenta de lo que decimos. Después de las dos guerras mundiales, de los *lagers* y de los *gulags*, de Hiroshima y Nagasaki, nuestra época se ha convertido cada vez más en un Sábado Santo: la oscuridad de este día interpela a todos los que se interrogan sobre la vida; y de manera especial nos interpela a los creyentes.

»También nosotros tenemos que afrontar esta oscuridad. Y, sin embargo, la muerte del Hijo de Dios, de Jesús de Nazaret, tiene un aspecto opuesto, totalmente positivo, fuente de consuelo y de esperanza. Y esto me hace pensar en el hecho de que la Sábana Santa se comporta como un documento *fotográfico*, dotado de un *positivo* y de un *negativo*. Y, en efecto, es precisamente así: el misterio más oscuro de la fe es al mismo tiempo el signo más luminoso de una esperanza que no tiene confines. El Sábado Santo es la *tierra de nadie* entre la muerte y la resurrección, pero en esta «tierra de nadie» ha entrado Uno, el Único que la ha recorrido con los signos de su Pasión por el hombre: *Passio Christi. Passio hominis*. Y la Sábana Santa nos habla exactamente de ese momento, es testigo precisamente de ese intervalo único e irrepitible en la historia de la humanidad y del universo, en el que Dios, en Jesucristo, compartió no solo nuestro

morir, sino también nuestra permanencia en la muerte. La solidaridad más radical.

»En ese *tiempo más allá del tiempo*, Jesucristo “descendió a los infiernos”. ¿Qué significa esta expresión? Quiere decir que Dios, hecho hombre, llegó hasta el punto de entrar en la soledad máxima y absoluta del hombre, adonde no llega ningún rayo de amor, donde reina el abandono total sin ninguna palabra de consuelo: *los infiernos*. Jesucristo, permaneciendo en la muerte, cruzó la puerta de esta soledad última para guiarnos también a nosotros a atravesarla con él. Todos hemos experimentado alguna vez una sensación espantosa de abandono, y lo que más miedo nos da de la muerte es precisamente esto, al igual que de niños tenemos miedo a estar solos en la oscuridad y solo la presencia de una persona que nos ama nos puede tranquilizar. Esto es precisamente lo que sucedió en el Sábado Santo: en el reino de la muerte resonó la voz de Dios. Sucedió lo impensable: es decir, el Amor penetró *en los infiernos*. Hasta en la oscuridad máxima de la soledad humana más absoluta podemos escuchar una voz que nos llama y encontrar una mano que nos toma y nos saca afuera. El ser humano vive por el hecho de que es amado y puede amar; y, si el amor ha penetrado incluso en el espacio de la muerte, entonces hasta allí ha llegado la vida. En la hora de la máxima soledad nunca estaremos solos: *Passio Christi. Passio hominis*. Este es el misterio del Sábado Santo.

»Precisamente desde allí, desde la oscuridad de la muerte del Hijo de Dios, ha surgido la luz de una nueva esperanza: la luz de la Resurrección. Me parece que al contemplar este sagrado lienzo con los ojos de la fe se percibe algo de esta luz. La Sábana Santa ha quedado sumergida en esa oscuridad profunda, pero es al mismo tiempo luminosa; y yo pienso que, si miles y miles de personas vienen a venerarla, sin contar a quienes la contemplan a través de las imágenes, es porque en ella no ven solo la oscuridad, sino también la luz; más que la derrota de la vida y del amor, ven la victoria, la victoria de la vida sobre la muerte, del amor sobre el odio; ciertamente ven la muerte de Jesús, pero entrevén su resurrección; en el seno de la muerte ahora palpita la vida, pues en ella habita el amor. Este es el poder de la Sábana Santa: del rostro de este *Varón de dolores*, que carga sobre sí la pasión del hombre de todos los tiempos y lugares, incluso nuestras pasiones, nuestros sufrimientos, nuestras dificultades, nuestros pecados –*Passio Christi. Passio hominis*–, emana una solemne majestad, un señorío paradójico.

»Este rostro, estas manos y estos pies, este costado, todo este cuerpo habla, es en sí mismo una palabra que podemos escuchar en silencio. ¿Cómo habla la Sábana Santa? Habla con la sangre, y la sangre es la vida. La Sábana Santa es un icono escrito con sangre; sangre de un hombre flagelado, coronado de espinas, crucificado y herido en el costado derecho. La imagen impresa en la Sábana Santa es la de un muerto, pero la

sangre habla de su vida. Cada traza de sangre habla de amor y de vida. Especialmente la gran mancha cercana al costado, hecha de la sangre y del agua que brotaron copiosamente de una gran herida provocada por un golpe de lanza romana, esa sangre y esa agua hablan de vida. Es como un manantial que susurra en el silencio y nosotros podemos oírlo, podemos escucharlo en el silencio del Sábado Santo».

208. – Resulta paradójico que en los evangelios Cristo raramente ordene a sus discípulos guardar silencio, excepto tras la profesión de fe de Pedro (*Mt* 16, 20) y después de la transfiguración (*Mt* 17, 1-13). En su lugar, los conduce al desierto para iniciarlos en el silencio y en el diálogo con Dios. No obstante, sí ordena callar a las tempestades, a los vientos y a los demonios. Jesús impone y obliga al silencio a todo lo que lleva consigo el mal, el vicio y la muerte.

209. – En una homilía pronunciada en Nazaret el 5 de enero de 1964, afirmaba Pablo VI: «Nazaret es la escuela donde empieza a entenderse la vida de Jesús, es la escuela donde se inicia el conocimiento de su Evangelio. Su primera lección es el silencio. Cómo desearíamos que se renovara y fortaleciera en nosotros el amor al silencio, este admirable e indispensable hábito del espíritu, tan necesario para nosotros, que estamos aturdidos por tanto ruido, tanto tumulto, tantas voces de nuestra ruidosa y en extremo agitada vida moderna. Silencio de Nazaret, enséñanos el recogimiento y la interioridad, enséñanos a estar siempre dispuestos a escuchar las buenas inspiraciones y la doctrina de los verdaderos maestros. Enséñanos la necesidad y el valor de una conveniente formación, del estudio, de la meditación, de una vida interior intensa, de la oración personal que solo Dios ve».

210. – ¿Por qué son los hombres tan ruidosos durante las liturgias, cuando la oración de Cristo fue silenciosa? La palabra del Hijo de Dios nace del corazón y el corazón es silencioso. ¿Por qué no sabemos hablar con un corazón silencioso? El corazón de Jesús no habla: irradia amor, porque su lenguaje procede de las profundidades divinas.

—¿Cabe hablar de los silencios del Espíritu Santo? En Dios o nada explicaba usted que el Espíritu suele ser el gran incomprendido.

211. – El Espíritu Santo carece de rostro y de palabra. Es silencioso por su naturaleza divina. Actúa en el silencio desde toda la eternidad. Dios habla, Cristo habla, pero el Espíritu Santo se expresa siempre a través de los profetas, los santos y los hombres de

Dios.

El Espíritu Santo nunca hace ruido. Conduce a la verdad sin dejar de ser el gran intermediario. En silencio, lleva a la humanidad hasta Cristo repitiendo su enseñanza. Solo en Pentecostés el Espíritu Santo vino con ruido para despertar a la humanidad dormida y arrancarla de su sopor y del pecado: «Al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos juntos en un mismo lugar. Y de repente sobrevino del Cielo un ruido, como de un viento que irrumpe impetuosamente, y llenó toda la casa en que se hallaban. Entonces se les aparecieron unas lenguas como de fuego, que se dividían y se posaban sobre cada uno de ellos. Quedaron todos llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les hacía expresarse» (*Hch 2, 1-5*).

212. – El Espíritu habita en el interior del hombre regenerándolo sin ruido manifiesto. El Espíritu es una fuerza silenciosa. Libre como el viento, sopla de forma imprevisible. Si no lo ahuyentamos, su fuego abrasa el mundo.

213. – San Ireneo escribió en *Contra los herejes*: «El Espíritu Santo habita en el corazón de los creyentes y en el corazón de la Iglesia. Es en ella donde se ha depositado la comunión con Cristo, es decir, el Espíritu Santo».

El mundo de hoy no presta suficiente atención al Espíritu Santo. Si no atienden al Espíritu, los hombres quedan divididos: se dispersan, se aborrecen y se separan como en Babel. Entonces surgen las guerras y proliferan las sectas. Sin el Espíritu, la incredulidad avanza; con el Espíritu, Dios se hace cercano.

Me entristece ver cuánto abusamos del Espíritu Santo. Llevados por sus fantasías y desafiando a la voluntad que escucha que seamos uno, los hombres, por propia iniciativa, crean sus Iglesias particulares, sus teologías particulares, sus creencias particulares, que no son sino insignificantes opiniones subjetivas. El Espíritu Santo no tiene opinión. Solo repite lo que Cristo nos ha enseñado para alcanzar la verdad plena.

Lo digo con firmeza: la ausencia del Espíritu Santo en la Iglesia crea todas las divisiones. Allí donde está la Iglesia, está el Espíritu Santo. Allí donde está el Espíritu, está la Iglesia.

El Espíritu Santo es vínculo de comunión entre el Padre y el Hijo. Es el aliento de vida que no somos capaces de atrapar. Es invisible, pero está plenamente presente.

214. – Cuando somos dóciles al Espíritu Santo, tenemos la seguridad de caminar hacia la verdad, pues estamos totalmente sometidos a sus inspiraciones. Durante el primer concilio de Jerusalén, gracias al gran silencio del Espíritu, a la oración y al ayuno, los apóstoles tuvieron la audacia de afirmar la verdad de Dios y no la de los hombres (*Hch* 15). Todos los concilios se ponen bajo la protección del Espíritu. En los cónclaves el Espíritu indica a los cardenales cuál es la elección de Dios, y estos deben someterse a su voluntad y no a estrategias políticas humanas. Si contrariamos al Espíritu Santo con nuestros pobres y miserables cálculos humanos, con entrevistas secretas y conciliábulos mediáticos, nos abocamos a la tragedia y nos convertimos en sepultureros de la naturaleza divina de la Iglesia.

215. – Rechazar al Espíritu es una blasfemia y un pecado mortal, porque significa rechazar la verdad. Sin el Espíritu, la Iglesia sufre la amenaza de convertirse en una nueva torre de Babel. Las lenguas diferentes y marginales sepultan el testamento del Hijo de Dios. Hay ideólogos pretenciosos y cínicos que amenazan la verdad de Jesús. La confusión, el relativismo y el caos apuntan a un horizonte funesto.

—*¿Por qué en los evangelios María es tan silenciosa?*

216. – Toda la vida de la madre de Jesús está bañada en el silencio. De los cuatro evangelistas solo Lucas y Juan hacen hablar a la Santísima Virgen.

San Lucas recoge las palabras de María en su relato de la Anunciación: «En el sexto mes fue enviado el ángel Gabriel de parte de Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón llamado José, de la casa de David. La virgen se llamaba María. Entró donde ella estaba y le dijo: “Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo”. Ella se turbó al oír estas palabras, y ponderaba qué podía significar este saludo. Y el ángel le dijo: “No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios: concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande y llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará eternamente sobre la casa de Jacob y su Reino no tendrá fin”. María le dijo al ángel: “¿Cómo se hará esto, pues no conozco varón?”. Respondió el ángel: “El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que nacerá Santo será llamado Hijo de Dios. Y ahí tienes a Isabel, tu pariente, que en su ancianidad ha concebido también un hijo, y la que llamaban estéril está ya en el sexto mes, porque para Dios no hay nada imposible”. Dijo entonces María: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”. Y el ángel se retiró» (*Lc* 1, 26-38).

En *L'Humble Présence* [La humilde presencia], Maurice Zundel afirma que «solo el silencio revela los abismos de la vida». Las grandes obras de Dios son fruto del silencio. Solamente Dios es testigo de ellas y, junto con Él, los que miran desde dentro, los que guardan silencio y viven de la presencia del Verbo silencioso, como la Virgen María. Según Zundel, María se hace discípula del Verbo: «Escucha, se adhiere, se da y se sumerge en sus abismos. Todas las fibras de su ser se hacen eco de esta llamada: “Hazme escuchar tu voz”. María transmite el mensaje del Verbo silencioso. Su carne es la cuna de la Palabra eterna (...). En ella todos los hombres son llamados al mismo destino: convertirse en morada de Dios, del Verbo silencioso. Porque, si es verdad que Dios solo ha creado la naturaleza humana para recibir de ella a la Madre que necesita para nacer, todos los hombres están llamados, mediante la acogida silenciosa del Verbo, a convertirse en Templo del Verbo, en *basílica del silencio*».

217. – De hecho, María es tan silenciosa que los evangelistas apenas hablan de la Madre de Dios, enteramente absorta en la contemplación, la adoración y la oración. María se esconde en su Hijo, solo existe para su Hijo. Desaparece en su Hijo.

218. – San Lucas vuelve a recoger unas palabras de María cuando pierde al Niño Jesús y lo encuentra en el Templo en medio de los doctores de la ley: «Sus padres iban todos los años a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Y cuando tuvo doce años, subieron a la fiesta, como era costumbre. Pasados aquellos días, al regresar, el niño Jesús se quedó en Jerusalén sin que lo advirtiesen sus padres. Suponiendo que iba en la caravana, hicieron un día de camino buscándolo entre los parientes y conocidos y, al no encontrarlo, volvieron a Jerusalén en su busca. Y al cabo de tres días lo encontraron en el Templo, sentado en medio de los doctores, escuchándoles y preguntándoles. Cuantos le oían quedaban admirados de su sabiduría y de sus respuestas. Al verlo se maravillaron, y le dijo su madre: “Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira que tu padre y yo, angustiados, te buscábamos”. Y él les dijo: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es preciso que me ocupe de las cosas de mi Padre?”. Pero ellos no comprendieron lo que les dijo. Bajó con ellos, vino a Nazaret y les estaba sujeto. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón. Y Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres» (*Lc 2, 41-52*).

San Juan relata una única conversación de María en el episodio de las bodas de Caná: «Al tercer día se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y estaba allí la madre de Jesús. También fueron invitados a la boda Jesús y sus discípulos. Y, como faltó vino, la madre de Jesús le dijo: “No tienen vino”. Jesús le respondió: “Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí? Aún no ha llegado mi hora”. Dijo su madre a los sirvientes: “Haced lo que él os

diga”. Había allí seis tinajas de piedra preparadas para las purificaciones de los judíos, cada una con capacidad de unas dos o tres metretas. Jesús les dijo: “Llenad de agua las tinajas”. Y las llenaron hasta arriba. Entonces les dijo: “Sacadlas ahora y llevadlas al maestresala”. Así lo hicieron. Cuando el maestresala probó el agua convertida en vino, sin saber de dónde provenía –aunque los sirvientes que sacaron el agua lo sabían–, llamó al esposo y le dijo: “Todos sirven primero el mejor vino y, cuando ya han bebido bien, el peor; tú, al contrario, has reservado el vino bueno hasta ahora”. Así, en Caná de Galilea hizo Jesús el primero de los signos con el que manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él. Después de esto bajó a Cafarnaún con su madre, sus hermanos y sus discípulos; y se quedaron allí unos días» (*Jn 2, 1-12*).

Los evangelios de Marcos y Mateo no mencionan ni una sola palabra de María.

En el plan de Dios, la Virgen está inseparablemente unida al Verbo. El Verbo es Dios y el Verbo es silencioso. María se halla enteramente bajo la influencia del Espíritu Santo, y el Espíritu no habla. Su actitud es de escucha: está totalmente vuelta hacia la Palabra de Dios. María es aquiescencia, María es obediencia.

María no habla. Solamente desea someterse a Dios, como un niño confiado. Su *fiat* es pleno y alegre. Sabe que la voluntad de Dios le llega a través de Jesús.

A los pies del Niño recién nacido, la madre de Jesús vive en el asombro y el silencio de la alegría. Vive en el dolor y la angustia cuando Herodes amenaza al Niño Dios y al pie de la Cruz. Vive en el silencio del consentimiento, resumido en estas extraordinarias palabras: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (*Lc 1, 38*).

219. – Los evangelios no nos dicen cómo se manifestó el dolor de María al pie de la Cruz. El arte representa a la Madre de Dios con el *Stabat Mater Dolorosa*, pero los evangelistas guardan silencio sobre el estado de su alma. No obstante, María está plena e intrínsecamente asociada al misterio de la Redención a través de la Cruz.

El *fiat* de María es un silencio al que la madre de Cristo permanecerá eternamente fiel. Sin ruido, María ofrece al Padre eterno su vida y la de su Hijo. Sin ruido, pronuncia de antemano un *fiat* a la muerte de Jesús. Como madre, contempla la terrible agonía de Jesús y su cuerpo cubierto de heridas y golpes. Está de pie, aferrada a la Cruz, y la sangre de su Hijo corre por su rostro y por sus brazos. María puede decir con Jesús: «Mi vida (...) nadie me la quita, sino que yo la doy libremente» (*Jn 10, 17-18*). La Virgen es crucificada y muere místicamente con su Hijo.

Tras la muerte de Cristo, María sostiene a los apóstoles con su oración: les pide que reciban la fuerza y la luz del Espíritu. Con su presencia material, orante y discreta, engendra a la Iglesia y anima a los que acompañaron a su Hijo. Cuando los apóstoles se dispersan, reconstruye la comunidad de los discípulos y edifica la Iglesia en el silencio y la oración. Desde el cenáculo la Iglesia extrae su aliento misionero de la oración y la acogida del Espíritu.

A la luz de Pentecostés, María es la primera en comprender el misterio de la Iglesia. Si Cristo ha nacido en la pobreza, en el silencio de la noche y gracias a la fuerza del Espíritu, la Iglesia no puede nacer en medio de las glorias y los ruidos mundanos. La Esposa de Cristo procede del Espíritu Santo que irrumpe en esa sala del piso alto donde la comunidad ora junto a María.

El *fiat* de María alcanza su plenitud con el nacimiento de la primera Iglesia gracias a la fuerza del Espíritu.

220. – En la audiencia general del 22 de noviembre de 1995, Juan Pablo II afirmó: «El ejemplo de María permite que la Iglesia aprecie mejor el valor del silencio. El silencio de María no es solo sobriedad al hablar, sino sobre todo capacidad sapiencial de recordar y abarcar con una mirada de fe el misterio del Verbo hecho hombre y los acontecimientos de su existencia terrenal. María transmite al pueblo creyente este silencio-acogida de la palabra, esta capacidad de meditar en el misterio de Cristo. En un mundo lleno de ruidos y de mensajes de todo tipo, su testimonio permite apreciar un silencio espiritualmente rico y promueve el espíritu contemplativo».

221. – «Escucha ese ruido tenue y continuo que es el silencio. Escucha lo que se oye cuando nada se hace oír», escribe Paul Valéry en *Tel quel*. Ese es el lema de la Virgen María. Ese es el lema de una mujer fuerte. Ese es el lema de una mujer silenciosa.

222. – En sus *OEuvres de piété [Obras de piedad]*, Pierre de Bérulle afirma con acierto: «El silencio de la Virgen no es un silencio de tartamudez e impotencia, sino de luz y arrobo; un silencio más elocuente en la alabanza de Dios que la propia elocuencia. Es un reto poderoso y divino en el orden de la gracia».

En mi país, al concluir el rosario del día, solemos entonar este canto a María: «Que tu dulce presencia nos ilumine siempre, Virgen del silencio. Danos tu inmensa paz». A

partir de entonces la Virgen vive en casa de san Juan, cumpliendo así el deseo de Jesús en la Cruz. Es fácil suponer que vivió inmersa en el silencio y en una profunda paz. Meditó a menudo la pasión de Jesús, espléndida cima de sus misiones compartidas. Con el paso del tiempo creció en silencio, en recogimiento y contemplación. Oró y ayunó. Aceptó con alegría todo sacrificio para prolongar la pasión de su hijo por la salvación del mundo. Su oración fue un silencio perpetuo en Dios.

III EL SILENCIO, EL MISTERIO Y LO SAGRADO

*Tenemos que aprender que no damos a Dios ningún nombre,
de tal modo que creyéramos haberle alabado y honrado
como es preciso; pues Dios está por encima de todos
los nombres y es inefable.*

Maestro Eckhart, *Sermones*

—¿Qué relación ve usted entre el silencio y lo sagrado?

223. – En Occidente la noción de sagrado sufre un maltrato especial. En los países que se pretenden laicos y emancipados de la religión y de Dios ya no hay un vínculo con lo sagrado. Existe cierta mentalidad secular que intenta liberarse de ello. Algunos teólogos afirman que, con su Encarnación, Cristo puso fin a la distinción entre lo sagrado y lo profano. Otros piensan que Dios se ha hecho tan cercano a nosotros que la categoría de sagrado ha quedado superada. Por eso hay en la Iglesia quienes no logran desmarcarse del todo de una pastoral totalmente horizontal centrada en lo social y en la política. Esas afirmaciones y comportamientos contienen mucha ingenuidad y quizá también mucho orgullo.

224. – En junio de 2012, en su homilía de la fiesta del Corpus Christi, Benedicto XVI afirmaba solemnemente: «Él no ha abolido lo sagrado, sino que lo ha llevado a cumplimiento, inaugurando un nuevo culto, que sí es plenamente espiritual pero que, sin embargo, mientras estamos en camino en el tiempo, se sirve todavía de signos y ritos (...). Gracias a Cristo, la sacralidad es más verdadera, más intensa, y también más exigente».

Se trata de una cuestión muy grave, porque lo que está en juego es nuestra relación con Dios. Ante su grandeza, su majestad y su belleza, es imposible no sentirse poseído por un gozoso y sagrado temor. Si la trascendencia divina no nos hace temblar, es porque hasta nuestra naturaleza humana está dañada. La ligereza, la debilidad y la vanidad de

todos esos discursos que pretenden eludir lo sagrado me causan verdadero asombro. Los teólogos iluminados –por llamarlos de algún modo– deberían aprender en la escuela del pueblo de Dios. Hasta los fieles más sencillos saben que las realidades sagradas son uno de sus tesoros más preciados. Adivinan de un modo espontáneo que solo se puede entrar en comunión con Dios con una actitud interior y exterior impregnada de sacralidad. El pueblo tiene razón: sería una arrogancia pretender acceder a Dios sin prescindir de una actitud profana y de un paganismo irreligioso y hedonista.

225. – En África tanto para el pueblo cristiano como para los creyentes de cualquier religión lo sagrado es una evidencia. El desprecio de esa sacralidad que tantos occidentales consideran una actitud infantil y supersticiosa manifiesta el engreimiento de los niños mimados. No me importa afirmar que los hombres de Iglesia que quieren alejarse de lo sagrado hacen daño a la humanidad al privarla de la comunión de amor con Dios.

Dios desea comunicarnos su amistad, su intimidad, pero solo puede hacerlo si nos abrimos a Él con la actitud debida y sincera. Ante ese Otro que lo es todo, el hombre debe reconocer su pequeñez, su miseria y su nada. Recordemos las palabras de Jesús a santa Catalina de Siena: «Tú eres lo que no es, Yo soy el que es».

226. – Sin una humildad radical expresada en gestos de adoración y en los ritos sagrados no hay amistad posible con Dios.

El silencio manifiesta esa relación de un modo evidente. Para convertirse en silencio de comunión el verdadero silencio cristiano se hace antes silencio sagrado.

227. – Ante la majestad divina enmudecemos. ¿Quién osaría tomar la palabra delante del Todopoderoso? Cuando Dios revela su gloria a Isaías, el profeta clama: «¡Santo, santo, santo!». Isaías emplea la palabra hebrea *quadosh*, que significa a la vez santo y sagrado. Luego exclama: «¡Ay de mí, que estoy perdido!», que se traduce también como «estoy condenado al silencio» (*Is 6, 5*).

228. – Los hombres de todas las culturas y de todas las religiones lo saben: ante Dios estamos perdidos; y, ante su grandeza, nuestras palabras dejan de tener sentido. No están a la altura de lo Infinito. En África, después de los cantos y las danzas, el sacrificio a la divinidad se envuelve en un imponente silencio sagrado.

El silencio sagrado de los cristianos va aún más lejos. No se trata de una prohibición que Dios impone a los hombres para preservar celosamente su poder; al contrario: el Dios verdadero prescribe el silencio sagrado de adoración para comunicarse mejor con nosotros. «¡Silencio ante el Señor Dios!», clama el profeta (*So* 1, 7). E Isaías añade: «¡Escuchadme en silencio!» (*Is* 41, 1).

229. – En su carta apostólica de 1995 *Orientalis Lumen*, san Juan Pablo II recuerda: «Todos, tanto creyentes como no creyentes, necesitan aprender un silencio que permita al Otro hablar, cuando quiera y como quiera, y a nosotros comprender esa palabra (...). En esta humilde aceptación del límite creatural frente a la infinita trascendencia de un Dios que no cesa de revelarse como el Dios-Amor veo expresada la actitud de la oración (...). Debemos confesar que todos tenemos necesidad de este silencio penetrado de presencia adorada».

230. – Rechazar ese silencio cargado de temor confiado y de adoración es negarle a Dios la libertad de poseernos con su amor y su presencia. El silencio sagrado permite al hombre ponerse gustosamente a disposición de Dios. Permite abandonar esa actitud arrogante que considera que Dios está a merced de cualquier capricho de sus hijos. ¿Hay alguna criatura capaz de jactarse de poseer al Creador? El silencio sagrado, por el contrario, nos ofrece la posibilidad de apartarnos del mundo profano y del tumulto incesante de nuestras inmensas metrópolis para dejarnos poseer por Dios. El silencio sagrado es el lugar donde podemos encontrarnos con Dios, porque nos dirigimos a Él con la actitud propia del hombre que tiembla y guarda distancia sin dejar de esperar con confianza.

231. – El silencio sagrado es la única reacción verdaderamente humana y cristiana frente a la irrupción de Dios en nuestras vidas. Dios mismo parece enseñarnos que espera de nosotros ese culto de adoración silenciosa y sagrada: «Ensalzadle cuanto podáis, pues siempre os quedaréis cortos, pues su majestad es admirable. Al ensalzarle redoblad vuestras fuerzas, no os canséis, pues nunca alcanzaréis el final. ¿Quién le vio para poder contarle? ¿Quién podrá proclamar su grandeza como es Él?», se pregunta el sabio Ben Sirac (*Si* 43, 30-31). Cuando Dios se hace presente, de nuestro corazón solo debe brotar la alabanza. Y al revés: cualquier forma de exhibición con apariencias de espectáculo debe desaparecer. ¿Qué razón hay para hacer manifestación de una acción profana y de una palabra mundana ante su grandeza infinita? «El Señor está en su Templo Santo: calle ante él toda la tierra» (*Ha* 2, 20). Solo en ese instante puede tomar la iniciativa de salir a nuestro encuentro. Porque Dios es siempre el primero en amar.

Nuestro silencio sagrado se convierte en silencio de júbilo, de intimidad y de comunión: «Las palabras pausadas de los sabios se escuchan mejor» (Qo 9, 17).

232. – El silencio nos enseña una regla esencial de la vida espiritual: la familiaridad no favorece la intimidad; al contrario: la distancia debida es condición para la comunión. La humanidad camina hacia el amor a través de la adoración. El silencio sagrado, cargado de presencia adorada, abre a un silencio místico lleno de intimidad amorosa. El yugo culpable de la razón secular nos ha hecho olvidar que lo sagrado y el culto son las únicas puertas de entrada a la vida espiritual.

233. – El silencio sagrado es una ley cardinal de toda celebración litúrgica. En 1978, el teólogo Hans Urs von Balthasar escribía en un artículo publicado en *Communio*: «No existe liturgia de origen humano digna del objeto de su homenaje, que es Dios, ante cuyo trono se postran con el rostro velado los coros celestiales después de depositar coronas y ornamentos en señal de adoración. Querer rendir al que lo ha creado todo –porque esa ha sido su voluntad– el honor que se brinda a toda criatura debe hacer *a priori* doblar la rodilla a una comunidad de pecadores. *Domine, non sum dignus!* Si esta comunidad, reunida para la alabanza y el culto, tuviera otra ingenua intención que no sea la adoración y el don de sí misma –el desarrollo personal, por ejemplo, o algún proyecto que situara al individuo en pie de igualdad con ese Señor al que está obligado a adorar– cometería un error. Esto es algo que solo se puede abordar con temor y temblor».

234. – ¿Cómo no recordar la liturgia del viernes santo, cuando el celebrante entra en el templo? Se postra en el suelo, ante el altar, y permanece así un buen rato en silencio: un gesto silencioso elocuente. El hombre reconoce su nada y se queda literalmente sin palabras ante el misterio sagrado de la Cruz. En su humildad solo puede prosternarse y adorar. Esa adoración no representa una carga, sino que nos abre a una actitud de abandono y confianza.

235. – A partir de la reforma de Pablo VI y pese a la voluntad de este gran Papa, a veces se ha instalado en la liturgia un aire de familiaridad inoportuna y ruidosa. Bajo el pretexto de intentar hacer a Dios fácil y accesible, hubo quienes quisieron que en la liturgia todo fuese perfectamente inteligible. Esta intención igualitaria puede parecer loable; pero, al reducir el misterio sagrado a buenos sentimientos, impedimos que los fieles se acerquen al Dios verdadero. Con la excusa de la pedagogía, algunos sacerdotes se permiten comentarios interminables, planos y horizontales. Son pastores temerosos de

que el silencio ante el Altísimo aleje a los fieles. No obstante, en *Oriente Lumen* Juan Pablo II nos advierte: «Los cristianos de Oriente se dirigen a Dios como Padre, Hijo y Espíritu Santo, personas vivas, tiernamente presentes, a las que expresan una doxología litúrgica solemne y humilde, majestuosa y sencilla. Sin embargo, perciben que a esta presencia nos acercamos sobre todo dejándonos educar en un silencio adorante, porque en el culmen del conocimiento y de la experiencia de Dios está su absoluta trascendencia».

236. – ¿Cómo pretendemos acercarnos a Aquel «que está por encima de todo» adoptando una actitud negligente y despreocupada? En su bellísima homilía *Sobre el cementerio y la Cruz*, ya san Juan Crisóstomo exhortaba a sus fieles a cuidar la procesión de la comunión, pidiéndoles que solo se acercaran con «temor, veneración y reverencia» y manifestando su asombro: «¿No sabéis cómo estaban presentes los ángeles en el sepulcro que ya no tenía cuerpo, en el sepulcro vacío? Y nosotros, que hemos de ir no al sepulcro vacío, sino a la misma mesa en que está el Cordero, ¿nos llegamos con vocerío y desorden?». ¿Qué diría hoy san Juan Crisóstomo al ver nuestras procesiones? Cuántos sacerdotes se acercan al altar del sacrificio charlando, hablando o saludando a los asistentes en lugar de sumirse en un silencio sagrado lleno de reverencia...

237. – ¿Cómo es posible que empecemos nuestras celebraciones eucarísticas borrando a Cristo cargado con su Cruz y arrastrándose bajo el peso de nuestros pecados hacia el lugar del sacrificio? Son muchos los sacerdotes que entran con aire triunfal y suben al altar saludando a derecha e izquierda para hacerse simpáticos. Fíjese en el triste espectáculo de algunas celebraciones eucarísticas. ¿Cuál es el porqué de tanta ligereza y tanta mundanidad en el momento del Santo Sacrificio; de esa actitud profana y superficial ante la extraordinaria gracia sacerdotal que nos permite hacer presente la sustancia del cuerpo y la sangre de Cristo invocando al Espíritu? ¿Por qué hay quienes se sienten obligados a improvisar o a inventar plegarias eucarísticas que enmascaran las palabras divinas bajo un baño de insignificante fervor humano? ¿Acaso no bastan las palabras de Cristo para multiplicar las palabras meramente humanas? ¿Qué necesidad hay de estos caprichos y originalidades subjetivas en un sacrificio tan único y esencial? «Al orar no empleéis muchas palabras como los gentiles, que piensan que por su locuacidad van a ser escuchados», advierte Jesús (Mt 6, 7). Hay muchos cristianos fervorosos, conmovidos por la Pasión y muerte de Cristo en la Cruz, que se han quedado sin fuerzas para quejarse o para lanzar un grito de dolor a esos sacerdotes y obispos que actúan como animadores de espectáculos y se erigen en protagonistas de la Eucaristía. No obstante, esos fieles nos dicen: *No queremos reunirnos con otros hombres alrededor*

de un hombre: ¡queremos ver a Jesús! Mostrádnoslo con el silencio y la humildad de vuestra oración.

El silencio sagrado es un bien de los fieles y el clero no debe privarles de él.

238. – En 2011, durante la vigilia de la Jornada Mundial de la Juventud celebrada en Madrid, el papa Benedicto XVI iba a dirigirse a los jóvenes del mundo entero. Se disponía a tomar la palabra cuando se levantó un viento impetuoso y estalló la tormenta. El papa y los jóvenes esperaron a que amainara la tempestad. Cuando por fin el tiempo se hizo más clemente, un maestro de ceremonias entregó al Santo Padre el discurso que estaba previsto. Sin embargo, el papa prefirió dedicar el tiempo que quedaba a lo esencial. En lugar de hablar, invitó a los jóvenes a unirse a él en un silencio de adoración. Arrodillado ante el Sagrado Sacramento, Benedicto XVI rezó con su silencio. Detrás de él había más de un millón de jóvenes calados hasta los huesos y hundidos en el barro; no obstante, en medio de esta inmensa multitud reinaba un silencio sagrado impresionante, cargado literalmente de *presencia adorada*. Es un recuerdo inolvidable, una imagen de la Iglesia reunida en torno al Señor en el gran silencio.

—Desde otra perspectiva, ¿cuál es el vínculo entre el silencio y el misterio?

239. – Muchas veces las palabras contienen una ilusión de transparencia, como si nos permitieran comprenderlo todo, dominarlo todo, ordenarlo todo. La modernidad es charlatana porque es orgullosa, cuando no al revés: quizá nuestra charla incesante sea lo que nos hace orgullosos.

Nunca el mundo ha hablado tanto de Dios, de teología, de oración e incluso de mística. No obstante, nuestro lenguaje humano rebaja a un nivel lamentable cualquier cosa que intente decir de Dios. Las palabras deslucen aquello que las supera. Y sin embargo el misterio es, por definición, lo que sobrepasa la razón humana. En su *Teología mística* dice Dionisio Areopagita que, frente a esa realidad que lo trasciende todo, frente al misterio, nos vemos conducidos a esas «tinieblas luminosas del silencio (...), que colma con esplendores más bellos que la belleza las inteligencias que saben cerrar los ojos».

240. – Hay que dirigir a nuestra civilización una seria advertencia. Si nuestras inteligencias ya no saben cerrar los ojos, si ya no sabemos callar, nos privaremos del misterio, de esa luz que trasciende las tinieblas, de esa belleza que trasciende toda

belleza. Sin el misterio nos vemos reducidos a la banalidad de las cosas terrenales.

241. – A veces me pregunto si la tristeza de las sociedades urbanas occidentales, ahítas de depresiones, suicidios y sufrimientos morales, no procederá de la pérdida del sentido del misterio. Al perder la capacidad de silencio ante el misterio, los hombres se apartan de las fuentes de la alegría. Se encuentran solos en el mundo, sin nada que los supere y los sostenga. ¡No se me ocurre nada más aterrador! Así se comprende la reflexión de Blaise Pascal en sus *Pensamientos*: «Al contemplar el universo mudo y al hombre sin luz, abandonado a sí mismo y como perdido en este rincón del mundo, sin saber quién lo puso en él, lo que ha venido a hacer ni lo que le ocurrirá al morir (...), me espanto como el hombre que hubiera sido llevado dormido a una isla desierta y despertara sin saber dónde está y sin medios de escapar».

Sin silencio estamos privados del misterio, condenados al miedo, a la tristeza y a la soledad. ¡Ha llegado el momento de redescubrir ese silencio! El misterio de Dios, su inasequibilidad, es fuente de gozo para cualquier cristiano. Día tras día sentimos la alegría de contemplar a un Dios insondable cuyo misterio no se agotará jamás. La propia eternidad del Cielo será la alegría siempre nueva de profundizar aún más en el misterio divino sin agotarlo jamás. Solo el silencio es capaz de traducir esa alegría: «Callamos porque las palabras de las que nuestras almas desean vivir no se expresan con el lenguaje de la tierra», decía en *Silence cartusien* un cartujo cuyo nombre no sabremos jamás.

242. – Para preservar el misterio hay que protegerlo de la banalidad profana. Ese papel lo desempeña de un modo admirable el silencio. Los tesoros hay que colocarlos fuera del alcance de cualquiera: lo que es valioso siempre está velado. Hasta nuestro cuerpo lo cubrimos con ropa, no porque sea vergonzoso o impuro, sino porque es sagrado y misterioso. En la liturgia el cáliz está velado, el copón y el sagrario están tapados por un velo mientras contienen la Presencia real. El silencio es un velo sonoro que protege el misterio. ¿No es verdad que, cuando queremos pronunciar las palabras más importantes, las frases de amor, bajamos espontáneamente la voz? En otro tiempo, en la liturgia latina las misteriosas palabras del canon y de la consagración, pronunciadas *submissa voce*, con voz sumisa, se envolvían en un velo de silencio.

243. – La carta apostólica de san Juan Pablo II *Oriente Lumen* contiene esta frase espléndida: «Este misterio continuamente se vela, se cubre de silencio, para evitar que, en lugar de Dios, construyamos un ídolo».

Los cristianos corren un serio peligro de convertirse en idólatras si pierden el sentido del silencio. Nuestras palabras nos embriagan, nos encierran en lo creado. Hechizados por el ruido de los discursos humanos y prisioneros de él, nos arriesgamos a construir un culto a nuestra altura, un dios a nuestra imagen. Las palabras llevan consigo la tentación del becerro de oro. Solo el silencio conduce a los hombres más allá de las palabras, hasta el misterio, hasta el culto en espíritu y en verdad. El silencio es una mistagogia, nos hace entrar en el misterio sin desflorarlo. Entiendo por qué Teresa de Lisieux escribía en su *Carta a Céline* el 14 de octubre de 1890: «La virginidad es un profundo silencio». Tenemos que volver a encontrar esa reserva, ese pudor, ese sentido virginal, esa delicadeza silenciosa, para abordar los santos misterios de la liturgia, los grandes misterios de la teología.

Aprendamos a guardar silencio también en lo más hondo del sufrimiento. Hoy son muchos los que unen su aullido al de los lobos para defender una visión de la liturgia de la que pretenden ser los únicos propietarios: esos ideólogos inmolan ruidosamente sobre el altar de sus ídolos a quienes consideran retrógrados. Si Dios lo quiere así, que sus ídolos respiren, pues, el buen aroma del sacrificio de estos últimos.

Creo que el silencio no vela los misterios para ocultarlos, sino para revelarlos. Solo se puede hablar del misterio en silencio. Por eso en la liturgia el lenguaje de los misterios es silencioso.

—Así pues, aunque Dios habla, también su palabra es un misterio...

244. – En su hermoso libro *Un canto nuevo para el Señor*, el cardenal Joseph Ratzinger recordaba: «Cuando la palabra de Dios se traduce en palabra humana, queda un excedente no dicho e inefable que nos incita a callar». Dios se revela, pero nuestras palabras humanas no sirven para hablar de su inmensidad, su profundidad y su misterio: siempre está más allá de nuestro lenguaje. ¡Qué pequeño sería Dios si le comprendiéramos!

Entiendo que los teólogos estudien este misterio y traduzcan a palabras humanas el fruto de su búsqueda. Pero esas palabras solo serán admisibles si su estudio hunde sus raíces en el silencio y conduce al silencio. Si no, se quedarán en palabrería vana. La teología tiene que volver a encontrar un lenguaje contemplativo. Los exegetas y teólogos que estudian en la escuela de las ciencias profanas corren el peligro de apartarse del misterio de la palabra de Dios. «Mucho habríamos de decir y no acabaríamos nunca; pero, para terminar: “¡Él lo es todo!”», dice la Escritura (*Si* 43, 27).

245. – Para hablar de Dios hay que empezar por callar. Pienso en los predicadores. Una homilía no consiste en una suma de conocimientos teológicos o de interpretaciones exegéticas. En ellas los sacerdotes, marcados por el carácter del sacerdocio, obran de alguna manera como instrumentos misteriosos del Verbo de Dios. Por eso la homilía está exclusivamente reservada a los hombres que han recibido el orden sagrado de sacerdotes y diáconos: no puede delegarse en los laicos, por muy competentes que sean. No se trata de una mera competencia académica ni de una profesión: «Los labios del sacerdote deben custodiar el saber para que en su boca busquen la Ley» (*Ml* 2, 7; *Tt* 1, 7-9; *1 Tm* 3, 13), dice la Escritura. En la homilía la palabra no es una clase, sino el eco de la palabra que enseñó el Maestro en los caminos de Galilea. También los sacerdotes deben preparar las homilías en el silencio de la oración y la contemplación.

246. – En una entrevista sobre la liturgia, el cardenal Ratzinger no dudaba en afirmar: «Si no comprendemos el lugar del silencio, corremos el peligro de dejar pasar la Palabra de Dios. Por eso necesitamos entrar en esa profundidad del silencio en la que se comunica el misterio mayor que cualquier palabra humana. Este proceso es esencial (...). Dios es ante todo el gran silencio. Hay que prescindir de la multiplicidad de palabras para encontrar la Palabra. Si no existe el silencio que nos permite entrar en su profundidad, las palabras se hacen incomprensibles. Y la liturgia, presencia del gran misterio de Dios, tiene que ser también el lugar donde tengamos la posibilidad de entrar en lo profundo de nuestras almas».

La profundidad del misterio de Dios lleva a hablar a san Agustín en sus *Confesiones* de la experiencia de «los límites de las palabras». Entonces, en silencio, nos llenamos de gozo. Al Dios inefable no lo podemos nombrar: «Si no lo puedes pronunciar, y tampoco lo debes callar, ¿qué queda, sino que te desahogues en el júbilo para que, sin palabras, se regocije tu corazón, y el campo inmenso de las alegrías no quede aprisionado por los límites de las sílabas?», se pregunta el santo doctor.

247. – De esta gozosa experiencia del misterio nace el canto sagrado. El canto de las liturgias cristianas debería alejarse de ciertos cánticos locuaces para volver a encontrar la grandeza contemplativa del canto de los monjes de Oriente y Occidente.

El canto gregoriano no se opone al silencio: nace de él y a él conduce. Diría incluso que está como tejido de silencio. ¡Qué experiencia tan sobrecogedora la de cantar con los monjes de la Gran Cartuja, en la penumbra de la noche, la *Salve Regina* de las vísperas! Las últimas notas acaban muriendo una a una en medio de un silencio filial, envolviendo nuestra confianza en la Virgen María. Es una experiencia esencial para comprender la

reflexión de Joseph Ratzinger en su libro *Un canto nuevo para el Señor*: «Un callar que finalmente convierte lo inefable en santo, y también pide ayuda a las voces del cosmos para que lo no dicho se haga perceptible. Esto significa que la música de Iglesia, emanando de la palabra y del silencio percibido en ella, presupone una constante escucha de toda la plenitud del Logos».

—¿La reforma litúrgica de 1969 de Pablo VI motivó una pérdida del silencio en la liturgia?

248. – Como señalaba el cardenal Godfried Danneels en su conferencia *Una actitud de servicio y no de manipulación* –un título muy sugerente–, «la liturgia occidental, tal como se vive hoy, tiene como principal defecto el ser excesivamente locuaz». Creo que hay que plantearse el tema desde la raíz. No se trata de limitarse a añadir de un modo artificial un poco más de silencio a las liturgias de la Iglesia.

Naturalmente, la liturgia prevé tiempos de silencio que se deben respetar antes de cada oración, antes del *Confiteor*, después de la lectura de la Palabra de Dios y después de la comunión. Esos tiempos permiten que el alma respire. También el ofertorio puede ser un momento de silencio.

249. – Sé que hay muchos sacerdotes jóvenes que se lamentan porque les gustaría que la oración del canon se pronunciara en un profundo silencio. La unidad de toda la asamblea en comunión con las palabras dichas en un murmullo sagrado era una espléndida señal de una Iglesia contemplativa reunida en torno al sacrificio de su Salvador. En *El espíritu de la liturgia*, el cardenal Ratzinger escribía: «Quien personalmente haya sido testigo de esa unidad de la Iglesia en el silencio de la plegaria eucarística ha experimentado lo que es el silencio lleno de contenido: un silencio que muestra, al mismo tiempo, un grito fuerte y penetrante que se dirige a Dios, una oración llena de espíritu. Aquí verdaderamente todos rezan juntos el canon, si bien mediante esa unión con el cometido particular del oficio sacerdotal. Aquí todos estamos unidos, asumidos por Cristo, guiados por el Espíritu Santo en la oración común ante el Padre, que es el sacrificio verdadero: el amor que reconcilia y une el mundo con Dios».

Con todo, la intención de la reforma litúrgica era loable: los padres conciliares pretendían recuperar la función original de la plegaria eucarística como una gran oración del pueblo ante Dios. Pero también constatamos una fuerte tentación de buscar la variedad introduciendo improvisaciones en el canon. A partir de ahí la liturgia corre el riesgo de una banalización de las palabras de la plegaria eucarística. Por eso creo que el

cardenal Ratzinger tenía razón al decir que «para no perder la Palabra es preciso el silencio del canon». En su momento propuso algunas soluciones prácticas y afirmó con convicción que la recitación en voz alta de toda la plegaria eucarística no era el único medio de obtener la participación de todos en ese acto. Debemos trabajar en la búsqueda de una solución más equilibrada y abrir la posibilidad a espacios de silencio en este ámbito.

250. – El silencio es una actitud del alma. No se impone, a riesgo de parecer exagerado, vacío y artificial. En las liturgias de la Iglesia el silencio no puede ser una pausa entre dos ritos: es en sí mismo un rito, lo envuelve todo. El silencio es la madera sobre la que deben estar talladas todas nuestras liturgias, en las que nada debería romper esa atmósfera silenciosa que es su clima natural.

No obstante, las celebraciones se hacen pesadas porque se desarrollan con una locuacidad ruidosa. La liturgia está enferma. Puede que el síntoma más evidente de esa enfermedad sea la omnipresencia del micrófono, que se ha vuelto tan indispensable que uno se pregunta cómo es posible que los sacerdotes hayan celebrado antes de su invención... A veces tengo la impresión de que los celebrantes temen hasta tal punto la oración interior personal y libre de los fieles que no dejan de hablar desde que empieza la celebración hasta que acaba para no perder el control. Creo que actitudes como esta revelan una honda incompreensión del espíritu del Concilio Vaticano II. Ahora más que nunca debe guiarnos la enseñanza del concilio sobre la liturgia contenida en la *Sacrosanctum Concilium*. Cincuenta años después de su promulgación aún no hemos acabado de explorar su fondo. Es el momento de dejarse enseñar por el concilio en lugar de utilizarlo para justificar nuestras ansias de originalidad.

251. – La intención de la *Sacrosanctum Concilium* era la participación de todos en el misterio que se hace presente en la sagrada liturgia. Si se quiere comprender su propósito, resulta imprescindible recordar que uno de los medios propuestos por el concilio para hacerlo realidad es el silencio sagrado. De hecho, se trata de participar en un misterio sagrado que nos supera infinitamente: el misterio de la muerte de Jesús por Amor al Padre y a nosotros. Los cristianos tienen la imperiosa obligación de abrirse a ese acto tan misterioso que nunca podrán llevar a cabo ellos solos: el sacrificio de Cristo. En la reflexión de los padres conciliares, la liturgia es una acción divina, una *actio Christi*, ante la cual se apodera de nosotros un silencio de admiración y reverencia. La calidad de nuestro silencio es la medida de la calidad de nuestra participación activa.

252. – En 1985, en su célebre *Informe sobre la fe* con Vittorio Messori, el cardenal Ratzinger subrayaba: «Se ha dispersado el *proprium* litúrgico, que no proviene de lo que nosotros hacemos, sino del hecho de lo que aquí acontece. Algo que todos nosotros juntos somos incapaces de hacer».

253. – El silencio plantea el tema de la esencia de la liturgia. Y esta es mística. Con razón hablan los orientales de *liturgia divina* y de *santos misterios*. Mientras nos acerquemos a ella con un corazón ruidoso, la liturgia parecerá superficial y humana. El silencio litúrgico es una disposición radical y esencial: es una conversión. Etimológicamente, *convertirse* significa *girarse*: volverse hacia Dios. En la liturgia no existe verdadero silencio si en nuestro corazón no nos volvemos hacia el Señor. Pero el verdadero silencio es el de nuestras pasiones, un corazón purificado de inclinaciones carnales, limpio de odios y rencores, orientado hacia la santidad de Dios. Cuanto más resplandece la pureza en el sacerdote, más se convierte este, a través de su unión con Cristo, en «Hostia pura, Hostia santa, Hostia inmaculada», y arrastra a todo el pueblo de Dios a «revestirse del hombre nuevo, que ha sido creado conforme a Dios en justicia y santidad verdaderas» (*Ef* 4, 24).

254. – No basta con prescribir más silencio. Para comprender que la liturgia nos vuelve interiormente hacia el Señor, convendría que, durante las celebraciones, todos juntos, sacerdotes y fieles, nos volviéramos físicamente hacia Oriente, simbolizado en el ábside. Esta costumbre sigue siendo perfectamente legítima y coincide con la letra y el espíritu del concilio. No son pocos los testimonios de los primeros siglos de la Iglesia. «Cuando nos levantamos para orar, nos volvemos hacia Oriente», dice san Agustín, haciéndose eco de una tradición que, según san Basilio, se remonta a los apóstoles.

Las iglesias se crearon para la oración de las primeras comunidades cristianas y en el siglo IV las Constituciones apostólicas recomendaban que estuvieran *orientadas*. Y, cuando el altar mira a Occidente, como el de San Pedro en Roma, el oficiante debe volverse hacia levante y de cara al pueblo. De modo que «el interés de los Padres no se centraba tanto en la celebración de cara o de espaldas al pueblo (...), sino de cara a Oriente», señala juiciosamente Xavier Accart en su maravilloso libro *Comprender y vivir la liturgia*. Y añade: «Esta orientación física de la oración no es más que la señal de una *orientación interior*. ¿No deja claro Orígenes en sus *Parábolas evangélicas* que esa opción es símbolo del alma que mira hacia el amanecer de la luz verdadera: “De Oriente te llega el favor recibido de Dios; porque de allí procede el hombre cuyo ‘nombre es Oriente’ (*Za* 6, 12), constituido ‘mediador entre Dios y los hombres’ (*1 Tm* 2, 5)?”. Se trata de una invitación a “mirar hacia Oriente” (*Ba* 4, 36), desde donde se eleva para ti el

“sol de justicia” (*Ml* 3, 20), de donde nace para ti la luz, para que no “camines en tinieblas” (*Jn* 12, 35) y el último día “las tinieblas no te sorprendan”». ¿No invita el sacerdote al pueblo de Dios a seguirlo cuando dice al comienzo de la plegaria eucarística: «Levantemos el corazón», a lo que el pueblo responde: «Lo tenemos levantado hacia el Señor»?

Como prefecto de la Congregación para el Culto divino y la disciplina de los Sacramentos, tengo que recordar una vez más que la celebración *versus orientem* está autorizada por las rúbricas del misal, porque es de tradición apostólica. No hace falta una autorización especial para celebrar con el pueblo y el sacerdote mirando hacia el Señor. Si materialmente no se puede celebrar *ad orientem*, es imprescindible colocar en el altar una cruz bien visible que nos sirva de referencia a todos. Cristo en la Cruz es el Oriente cristiano.

255. – La celebración de cara a Oriente facilita el silencio. De hecho, para el celebrante la tentación de monopolizar la palabra es menor. Vuelto hacia el Señor está menos expuesto a convertirse en un profesor que se pasa toda la misa dando una clase, reduciendo el altar a un estrado cuyo eje no sería la cruz, sino el micrófono. Sin embargo, vuelto hacia Oriente y hacia la cruz, el celebrante toma conciencia de que es – como suele recordar el papa Francisco– un pastor que camina delante de sus ovejas. El sacerdote recuerda que es un instrumento en las manos de Cristo sacerdote, que debe callar para dejar que penetre la Palabra, que al lado del único Verbo eterno sus palabras humanas son irrisorias. Estoy convencido de que los sacerdotes no empleamos el mismo tono de voz cuando celebramos de cara a Oriente. Nos sentimos mucho menos tentados de convertirnos en espectáculo, ¡de creernos actores!, como dice el papa Francisco.

De este modo es como si toda la asamblea fuera absorbida junto con el sacerdote por el misterio silencioso de la Cruz. Esta manera de celebrar se debería poder practicar regularmente en las parroquias.

Recuperar la entrada en el misterio permitiría experimentar un acercamiento silencioso y contemplativo a la doctrina y a la teología, que no son el resultado del quehacer laborioso de una comunidad encerrada en sí misma en un círculo cerrado, sino la acogida en el silencio de la palabra de Dios que nos precede y nos sale al paso. Como ha recordado el Papa en la bula de convocatoria del Jubileo de la Misericordia, hay que «recuperar el valor del silencio para meditar la palabra que se nos dirige».

256. – La celebración hacia Oriente acaba con el cara a cara, con el gregarismo, con

el *a puerta cerrada*, e impide transformar la liturgia en la autocelebración de una comunidad. Por el contrario, al volvernos hacia el Señor, la liturgia nos permite volvernos hacia el mundo con un impulso nuevo y una auténtica fuerza misionera, para llevarle no nuestra propia experiencia hueca y ruidosa, sino la única Palabra escuchada en el silencio.

257. – Me opongo a que nos dediquemos a enfrentar una liturgia contra otra, o el rito de san Pío V con el del beato Pablo VI. De lo que se trata es de entrar en el gran silencio de la liturgia: hay que aprender a dejarse enriquecer por todas las formas litúrgicas latinas u orientales que privilegian el silencio. Sin este espíritu contemplativo, la liturgia seguirá siendo ocasión de rencorosas rupturas y de enfrentamientos ideológicos, y no un punto de unión y de comunión en el Señor. Urge entrar en ese silencio litúrgico vuelto hacia el Señor que el concilio quiso recuperar. Lo que voy a decir a continuación no contradice mi sometimiento y mi obediencia a la autoridad suprema de la Iglesia.

Mi deseo más profundo y humilde es servir a Dios, a la Iglesia y al Santo Padre con devoción, sinceramente y en unión filial. Pero tengo esta esperanza: si Dios quiere, cuando Él quiera y como Él quiera, se llevará a cabo en la liturgia una reforma de la reforma. Se hará pese al rechinar de dientes, porque lo que está en juego es el futuro de la Iglesia. Maltratar la liturgia es maltratar nuestra relación con Dios y la expresión concreta de nuestra fe cristiana. La Palabra de Dios y la enseñanza doctrinal de la Iglesia siguen escuchándose, pero las almas que desean volverse hacia Dios, ofrecerle un verdadero sacrificio de alabanza y adorarle, ya no se sienten atraídas por unas liturgias demasiado horizontales, antropocéntricas y festivas, más parecidas a veces a ruidosos y vulgares eventos culturales. Los medios han impregnado totalmente y transformado en espectáculo el santo sacrificio de la misa, memorial de la muerte de Jesús en la Cruz para la salvación de nuestras almas.

El sentido del misterio desaparece detrás de los cambios, de las constantes adaptaciones decididas de forma autónoma e individual para seducir a nuestras modernas mentes profanadoras, marcadas por el pecado, la secularización, el relativismo y el rechazo de Dios. En muchos países occidentales vemos cómo los pobres abandonan la Iglesia católica, tomada al asalto por personas malintencionadas que se creen intelectuales y desprecian a los sencillos y los pobres. Esto es lo que el Santo Padre debe denunciar alto y claro. Porque una Iglesia sin pobres ya no es Iglesia, sino un simple *club*. ¡Cuántos templos vacíos hay hoy en Occidente, cerrados, destruidos o transformados en edificios profanos privados de su sacralidad y de su destino original! Aun así, sé que muchos sacerdotes y muchos fieles viven su fe con un celo extraordinario y pelean cada día para

preservar y enriquecer las casas de Dios.

Es urgente recuperar la belleza, la sacralidad y el origen divino de la liturgia con nuestra firme fidelidad a la enseñanza del *Catecismo de la Iglesia Católica*. En una conversación con el padre Emonet, el cardenal Charles Journet afirmaba en tono fatídico: «La liturgia y la catequesis son las dos mordazas de la tenaza con la que el demonio quiere arrancar la fe al pueblo cristiano y apoderarse de la Iglesia para destruirla y aniquilarla definitivamente. Aún hoy el gran dragón está al acecho ante la Mujer, la Iglesia, dispuesto a devorar al Niño». Sí, el diablo quiere que nos enfrentemos entre nosotros en el corazón mismo del sacramento de la unidad y la comunión fraterna. Satanás intenta arrasar con su cola toda la tierra. Pero Jesús nos devuelve la calma cuando dice a Pedro: «Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para cribaros como el trigo. Pero yo he rogado por ti para que tu fe no desfallezca; y tú, cuando te conviertas, confirma a tus hermanos» (*Lc 22, 31-32*).

—El silencio también aparece citado exhaustivamente en las normas litúrgicas que han pedido muchos papas...

258. – La oración es una conversación, un diálogo con el Dios Trino: mientras que en algunos momentos nos dirigimos a Dios, en otros guardamos silencio para escucharle.

259. – Es cierto que los ritos orientales no prevén momentos de silencio durante la liturgia divina. De hecho, cuando no es el sacerdote quien canta –es decir, cuando ora en silencio, especialmente en la anáfora, la plegaria eucarística, salvo las palabras de la consagración, que se cantan en voz alta–, se puede observar que son el diácono, los coros y también los fieles los que cantan ininterrumpidamente. Aun así, son muy conscientes de la dimensión apofática de la oración que se expresa mediante toda clase de adjetivos y adverbios que califican al Dueño y Soberano del Universo y Salvador de nuestras almas. El prefacio del rito bizantino, por ejemplo, dice: «Señor, nuestro Dios, cuyo poder es incomparable y la gloria incomprensible, cuya misericordia es inconmensurable e inefable su amor por los hombres...». En esencia la liturgia divina es de alguna manera una inmersión en el *Misterio*: se celebra detrás del iconostasio y el sacerdote, de pie ante el altar del sacrificio, suele rezar en silencio. Para los orientales el iconostasio es el velo del misterio. En el caso de los latinos el silencio es como un iconostasio sonoro.

260. – En Occidente no existe ningún rito –romano, mozárabe, cartujano, dominico,

ambrosiano— en el que a la oración silenciosa del sacerdote se superpongan de manera ininterrumpida los cantos del coro o de los fieles. La misa latina ha incluido desde siempre unos momentos de silencio absoluto. Hasta la reforma del beato Pablo VI eso era lo que sucedía sobre todo durante el canon, que el celebrante pronunciaba en silencio, *in secreto*, excepto en los raros casos de concelebración sacramental. Es cierto que en algunos lugares se quiso llenar el vacío de algunos minutos de silencio —en realidad, solo aparente— con el sonido del órgano o de cantos polifónicos, pero esta práctica no armonizaba con el espíritu de los ritos.

261. – El Concilio Vaticano II previó mantener un tiempo de silencio durante el sacrificio eucarístico. Por eso la constitución *Sacrosanctum Concilium* decretaba que «para promover la participación activa se fomentarán las aclamaciones del pueblo, las respuestas, la salmodia, las antífonas, los cantos y también las acciones o gestos y posturas corporales. Guárdese, además, a su debido tiempo, un silencio sagrado». La presentación general del Misal Romano del beato Pablo VI, reeditado por san Juan Pablo II en 2002, señalaba muchos momentos de la misa donde se debe observar dicho silencio.

En primer lugar, encontramos este recordatorio genérico: «Debe guardarse también, en el momento en que corresponde, como parte de la celebración, un sagrado silencio. Sin embargo, su naturaleza depende del momento en que se observa en cada celebración. Pues en el acto penitencial y después de la invitación a orar, cada uno se recoge en sí mismo; pero, terminada la lectura o la homilía, todos meditan brevemente lo que escucharon; y, después de la Comunión, alaban a Dios en su corazón y oran. Ya desde antes de la celebración misma, es laudable que se guarde silencio en la iglesia, en la sacristía, en el *secretarium* y en los lugares más cercanos para que todos se dispongan devota y debidamente para la acción sagrada». Es triste, y casi sacrílego, ver cómo a veces los sacerdotes y los obispos hablan sin parar en la sacristía e incluso durante la procesión de entrada, en lugar de recogerse y contemplar en silencio el misterio de la muerte de Cristo en la Cruz que se disponen a celebrar y que no debería inspirarles sino estupor y temblor.

262. – En el Misal Romano de 1969 está prescrito el silencio durante la preparación penitencial: «El sacerdote invita al acto penitencial que, tras una breve pausa de silencio, realiza toda la comunidad con la fórmula de la confesión general». Y, más adelante, en la colecta: «El sacerdote invita al pueblo a orar; y todos, a una con el sacerdote, permanecen un momento en silencio para hacerse conscientes de estar en la presencia de Dios y formular interiormente sus súplicas». También «la liturgia de la palabra se ha de

celebrar de manera que favorezca la meditación y, en consecuencia, hay que evitar toda forma de precipitación que impida el recogimiento. Conviene que haya en ella unos breves momentos de silencio, acomodados a la asamblea, en los que, con la gracia del Espíritu Santo, se perciba en el corazón la palabra de Dios y se prepare la respuesta a través de la oración. Estos momentos de silencio pueden observarse, por ejemplo, antes de que se inicie la misma liturgia de la palabra, después de la primera y la segunda lectura, y una vez concluida la homilía». Estas recomendaciones se aplican igualmente a la homilía, que debe ser acogida y asimilada en un clima de oración; y se convierten en una prescripción dirigida a los fieles para la plegaria eucarística, en la que «el pueblo se unirá al sacerdote en la fe y con el silencio».

Después de la comunión o para prepararse a escuchar la oración de poscomunión volvemos a encontrar la posibilidad de guardar silencio. En la misa celebrada sin participación del pueblo se aconseja al celebrante un momento de silencio: «Terminada la purificación del cáliz, conviene que el sacerdote observe una pausa de silencio».

263. – Por lo tanto, el silencio no está en absoluto ausente de la forma ordinaria del rito romano, al menos si se siguen sus prescripciones y los sacerdotes se inspiran en sus recomendaciones. Desgraciadamente, con demasiada frecuencia olvidamos que en la *actuosa participatio* el concilio incluye también el silencio, que facilita una participación verdaderamente intensa y personal y nos permite escuchar interiormente la palabra del Señor. Sin embargo, hay algunos ritos en los que no encontramos ni rastro de ese silencio. Aparte de la homilía, se debe prescindir de cualquier discurso o presentación de personas durante la celebración de la santa misa.

264. – En nuestros días muchas veces tengo la impresión de que el culto católico ha pasado de la adoración a Dios a la exhibición del sacerdote, los ministros y los fieles. Se ha eliminado la piedad, incluido su nombre. La han suprimido algunos liturgistas que, calificándola de beatería, al mismo tiempo han hecho sufrir al pueblo sus experimentos litúrgicos rechazando las distintas expresiones espontáneas de devoción y adoración. Han conseguido imponer los aplausos, incluso en los funerales, en sustitución del duelo que suele expresarse con lágrimas: ¿no lloró Cristo la muerte de Lázaro? Cuando los aplausos irrumpen en la liturgia es señal segura de que la Iglesia ha perdido la esencia de lo sagrado.

—¿Cuál sería su deseo más ferviente con respecto al lugar del silencio dentro de la liturgia?

265. – Hago una llamada a una verdadera conversión. Procuremos con todas nuestras fuerzas convertirnos en cada una de nuestras celebraciones eucarísticas en una «Hostia pura, Hostia santa, Hostia inmaculada». No tengamos miedo al silencio litúrgico. ¡Cómo me gustaría que los pastores y los fieles entraran gozosos en ese pleno silencio de reverencia sagrada y de amor del Dios inefable! ¡Cómo me gustaría que las iglesias fuesen casas en las que reine el gran silencio que anuncia y revela la presencia adorada de Dios! ¡Cómo me gustaría que los cristianos pudieran experimentar durante la liturgia la fuerza del silencio!

Hay que hacer un esfuerzo por comprender las motivaciones teológicas de la disciplina litúrgica relativa al silencio. Creo que hay dos autores especialmente cualificados que pueden ayudarnos en este campo y acabar de convencernos de que, sin el silencio, la liturgia pierde una parte esencial y necesaria.

Quiero citar, en primer lugar, a monseñor Guido Marini, maestro de las celebraciones litúrgicas pontificias. En *La liturgia: gloria de Dios, santificación de los hombres*, se refiere así al silencio: «Una liturgia bien celebrada, en sus diversas partes, prevé una acertada alternancia de silencio y palabra, donde el silencio anima a la palabra, permite a la voz resonar con extraordinaria profundidad, manteniendo cada expresión oral en el adecuado clima de recogimiento (...). El silencio requerido (...) no hay que considerarlo como si fuera una pausa entre un momento celebrativo y el siguiente. Hay que considerarlo más bien como un verdadero y propio momento ritual, complementario a la palabra, a la oración vocal, al canto, al gesto».

Ya en *El espíritu de la liturgia* señalaba el cardenal Joseph Ratzinger: «El gran misterio que supera toda palabra nos invita al silencio. Y el silencio, es evidente, pertenece también a la liturgia. Es preciso que este silencio sea pleno, que no sea simplemente ausencia de discurso o de acción. Lo que esperamos de la liturgia es que nos ofrezca este silencio sustancial, positivo, en el que podamos encontrarnos a nosotros mismos. Un silencio que no es una pausa en la que miles de pensamientos y deseos nos asaltan, sino un recogimiento que nos trae paz interior, que nos deja respirar y descubrir lo esencial». Se trata, pues, de un silencio en el que nos limitamos a mirar a Dios, a dejar que Él nos mire y nos envuelva en el misterio de su majestad y de su Amor.

266. – Hemos perdido el significado más hondo del ofertorio: ese momento en el que, como su nombre indica, todo el pueblo cristiano se ofrece no junto con Cristo, sino en Él, a través de su sacrificio, que se realizará en la consagración. El Concilio Vaticano II ha subrayado de un modo admirable este aspecto insistiendo en el sacerdocio bautismal de los laicos, que consiste esencialmente en ofrecernos con Cristo en sacrificio al Padre.

Esta enseñanza del concilio aparecía magníficamente plasmada en las antiguas oraciones del ofertorio. Ya he dicho antes que convendría tener la libertad de volver a utilizarlas para entrar silenciosamente en la ofrenda de Cristo. En el siglo VII el pseudo-Germán de París refiere que la procesión de las ofrendas se abría con esta monición: «Que observen todos un silencio espiritual vigilando las puertas de su alma. Que al trazar la señal de la cruz en sus rostros se guarden del tumulto de las palabras y los vicios (...). Que guarden sus labios de toda palabra vulgar para que sus corazones estén vueltos solamente hacia Cristo».

Si el ofertorio se considera únicamente una preparación de los dones, un gesto práctico y prosaico, crecerá la tentación de añadir e inventar ritos para ocupar lo que se percibe como un vacío. Me parecen lamentables esas largas y ruidosas procesiones de las ofrendas de algunos países africanos, acompañadas de danzas interminables. Los fieles llevan toda clase de productos y objetos que no tienen nada que ver con el sacrificio eucarístico. Estas procesiones se parecen más bien a espectáculos folklóricos que desvirtúan el sacrificio cruento de Cristo en la Cruz y nos alejan del misterio eucarístico; un misterio que se tiene que celebrar con sobriedad y recogimiento, porque también nosotros nos sumergimos en su muerte y en su ofrenda al Padre. Los obispos de mi continente deberían tomar medidas para que la celebración de la misa no se convierta en una autocelebración cultural. La muerte de Dios por amor a nosotros trasciende toda cultura. Desborda toda cultura.

Por eso conviene insistir en el silencio de los laicos durante la plegaria eucarística, tal y como explica monseñor Guido Marini: «Ese silencio no significa inactividad o ausencia de participación. Ese silencio lleva a hacer que todos se introduzcan en (...) el acto de amor con el que Jesús se ofrece al Padre en la Cruz para la salvación del mundo. Ese silencio, verdaderamente sagrado, es el espacio litúrgico en el que hay que decir sí, con toda la fuerza de nuestro ser, al obrar de Cristo, para que llegue a ser también nuestro actuar en la vida cotidiana».

Según el cardenal Ratzinger, por su parte, «las oraciones que el sacerdote hace en silencio le invitan a personalizar su tarea, a entregarse al Señor, también con su mismo yo». Para todos, «el silencio después de la comunión es (...) el momento para un diálogo íntimo con el Señor, que se nos ha dado: para el necesario *comunicarse*, para entrar en el proceso de comunicación sin el cual la comunión exterior se convierte en un puro rito y se convierte en algo estéril». Cuando los fieles han acabado de comulgar el cuerpo de Cristo, el coro debe dejar de cantar, de modo que cada uno disponga de un tiempo para un coloquio íntimo con el Señor, que acaba de entrar en el templo de nuestro cuerpo.

¡Qué maravilla recibir en el fondo de nuestro corazón al Señor del Universo! «¿No sabéis que sois Templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, que sois vosotros, es santo» (1Co 3, 16-17). Sí, Dios espera de los hombres la santidad de sus vidas, la virtud del silencio, de la humildad y la sencillez.

—Llegados a este punto de nuestra reflexión, ¿cabe hablar del silencio como valor ascético cristiano?

267. – En su significado negativo, el silencio es la ausencia de ruido. Puede ser exterior o interior. El silencio exterior concierne al silencio de las palabras y actos, es decir, la ausencia del ruido de puertas, vehículos, taladros, aviones, del sonoro funcionamiento de las máquinas de fotos, a menudo acompañado del deslumbramiento de los *flashes*, y también de esa espantosa selva de móviles a los que seguimos agarrados durante nuestras liturgias eucarísticas... El silencio virtuoso o místico debe distinguirse, evidentemente, del silencio reprobatorio, de la negativa a dirigirse la palabra, del silencio de omisión por cobardía, egoísmo o dureza de corazón.

268. – El silencio exterior es un ejercicio ascético de dominio del uso de la palabra. Antes de nada, quizá convenga recordar qué es la ascesis, esa palabra que dista mucho de ocupar la cima de nuestra sociedad de consumo y que –para ser sinceros– espanta a nuestros contemporáneos y, muy a menudo, a los cristianos, víctimas de la influencia del espíritu del mundo.

La ascesis es un medio que nos ayuda a quitar de nuestra vida lo que la sobrecarga, es decir, lo que pone trabas a nuestra vida espiritual y constituye un obstáculo para la oración. Sí, es precisamente en la oración donde Dios nos comunica su Vida y manifiesta su presencia en nuestra alma regándola con el caudal de su amor trinitario. Y la oración es, en esencia, silenciosa. La locuacidad, esa tendencia a exteriorizar todos los tesoros del alma dándoles expresión, es sumamente dañina para la vida espiritual. Arrastrado hacia afuera por su necesidad de hablar de todo, el charlatán solo puede estar lejos de Dios, ser superficial e incapaz de cualquier actividad espiritual profunda.

Los libros sapienciales del Antiguo Testamento rebosan de exhortaciones dirigidas a evitar los pecados de la lengua, especialmente la maledicencia y la calumnia (*Pr* 10, 8.11.13). Los libros proféticos, por su parte, se refieren al silencio como la expresión del silencio reverente ante Dios; por eso es una preparación para la teofanía de Dios, es decir, la revelación de su presencia en nuestro mundo (*Lm* 3, 26; *Ha* 2, 20; *Is* 41, 1; *Za*

2, 17). El Nuevo Testamento no le va a la zaga. En él encontramos la carta de Santiago, que sigue siendo un clásico acerca del dominio de la lengua. Además, sabemos que Jesús mismo nos previene contra las malas palabras, expresión de un corazón impuro (*Mt* 15, 19), e incluso contra las palabras ociosas, de las que se nos pedirá cuenta (*Mt* 12, 19).

En realidad, el silencio bueno y auténtico siempre es propio de quien quiere ceder su lugar a otros y, sobre todo, al Otro que lo es Todo: Dios. El ruido exterior, por su parte, caracteriza al individuo que quiere ocupar un lugar demasiado importante, que quiere presumir o exhibirse, o bien llenar su vacío interior, como ocurre en tantos lugares públicos en los que reinan un ruido y un orgullo ensordecedores.

269. – El silencio interior, por su parte, puede estar formado por la ausencia de recuerdos, proyectos, palabras interiores, afanes...; y lo que es más importante: gracias a un acto de la voluntad, puede ser consecuencia de la ausencia de afectos desordenados y de deseos exacerbados. Los Padres de la Iglesia conceden al silencio un lugar eminente en la vida ascética. Pienso en san Ambrosio, san Agustín, san Gregorio Magno, sin hablar de la *Regla* de san Benito de Nursia sobre la *taciturnidad*, o de sus palabras dedicadas al silencio de la noche en el que se hace discípulo de Casiano. A partir de estos maestros, todos los fundadores de las órdenes religiosas medievales, seguidos de los místicos de la Reforma católica, han insistido en la importancia del silencio, más allá incluso de su dimensión ascética y mística.

—*Así pues, ¿el silencio es condición esencial de la oración contemplativa?*

270. – Dice el Evangelio que el Salvador oraba en silencio, sobre todo por la noche, o retirándose a lugares desiertos. El silencio es característico de la meditación de la Palabra de Dios: lo encontramos explícitamente en la actitud de María ante el misterio de su Hijo. La persona más silenciosa del evangelio es san José, de quien el Nuevo Testamento no recoge ni una sola palabra. San Basilio considera el silencio no solo una necesidad ascética de la vida monástica, sino una condición para el encuentro con Dios. El silencio precede y prepara ese momento privilegiado en el que accedemos a Dios, permitiéndole hablar con nosotros cara a cara, como lo haríamos con un amigo.

271. – Al conocimiento de Dios accedemos a través de la causalidad, la analogía, la excelencia, pero también a través de la negación: una vez afirmados los atributos divinos conocidos por la razón natural –la vía catafática–, hay que negarles su forma de realidad limitada que conocemos en este mundo: la vía apofática. El silencio se inscribe en la vía

apofática de acceso a Dios, tan apreciada por los Padres de la Iglesia, especialmente los griegos, que les lleva a reclamar el silencio de los razonamientos frente al misterio de Dios. Pienso en Clemente de Alejandría, en Gregorio Nacianceno y en Gregorio de Nisa.

No es menos cierto que el silencio es ante todo la actitud positiva de aquel que se prepara para acoger a Dios en la escucha. Sí, Dios obra en el silencio. De ahí el célebre comentario de ese gran santo que es san Juan de la Cruz: «Una palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y esta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma». El libro de la Sabiduría (18, 14), refiriéndose al modo en que Dios interviene para librar al pueblo elegido de su cautividad en Egipto, dice que este hecho memorable sucedió de noche: «Cuando un sereno silencio lo envolvía todo y la noche estaba a la mitad de su curso, tu omnipotente Palabra desde el Cielo, desde los tronos reales, se lanzó sobre aquella tierra». Más tarde este versículo será interpretado por la tradición litúrgica cristiana como una prefiguración de la Encarnación silenciosa del Verbo eterno en el portal de Belén.

Así pues, hay que guardar silencio: y no es una cuestión de ocio, sino de actividad. Si nuestro *móvil interior* comunica siempre, porque estamos *hablando* con otras criaturas, ¿cómo puede llegar hasta nosotros el Creador, cómo puede *llamarnos*? Hemos de purificar nuestra inteligencia de su curiosidad y del capricho de sus planes para abrirnos totalmente a las gracias de luz y fuerza que Dios quiere concedernos abundantemente: «Padre, no se haga mi voluntad, sino la tuya». También la *indiferencia* ignaciana es una forma de silencio.

IV
EL SILENCIO DE DIOS
ANTE EL AZOTE DEL MAL

Para el hombre de hoy, respecto del tiempo de Lutero y de la perspectiva clásica de la fe cristiana, las cosas, en cierto sentido, se han vuelto del revés; es decir, ya no es el hombre quien cree necesitar la justificación ante Dios, sino que piensa que es Dios quien debe justificarse de todas las cosas horribles presentes en el mundo y ante la miseria del ser humano: cosas todas que, en última instancia, dependerían de Él.

*Benedicto XVI, Por medio de la fe.
Doctrina de la justificación y experiencia de Dios
en la predicación de la Iglesia y en los Ejercicios Espirituales.
Entrevista inédita con Jacques Servais*

—¿Qué relación existe entre el silencio y el mal? ¿Por qué Dios es capaz de guardar silencio ante los acontecimientos dolorosos?

272. – El mal plantea un tema decisivo, un enigma imposible de resolver. En ninguna época de la historia ha habido alguien capaz de dar una respuesta satisfactoria al problema del mal. En su libro *Crear. Invitación a la fe católica para las mujeres y los hombres del siglo XX*, el teólogo Bernard Sesboüé escribe: «Cuando nos preguntamos sobre el mal, en realidad no sabemos lo que nos estamos preguntando. Porque tratamos de entender lo que es incomprensible. El mal es lo irracional por excelencia, lo que es irrecuperable, aquello de lo que la razón verdaderamente no puede dar cuenta. La reflexión sobre el mal no puede ser sino modesta, y no nos quitará nunca totalmente la sed». ¿Qué podemos responder frente al sufrimiento y la muerte de un niño brutalmente arrancado del cariño de sus padres? ¿Por qué tantas vidas mutiladas en los gulags y en los campos de exterminio de los sistemas totalitarios? ¿Por qué nacen niños con terribles minusvalías? ¿Por qué tantas enfermedades horribles y tanto sufrimiento injusto? No hay respuesta para estas preguntas. Nunca podremos afirmar: se ha alzado el velo, el dolor tiene explicación.

273. – El hombre es incapaz de escudriñar la inmensidad del cielo y las decenas de millones de galaxias. Pero sí puede descender hasta las profundidades más insospechadas del dolor.

Su inteligencia puede resolver problemas increíbles. Las proezas tecnológicas de nuestro siglo parecen infinitas: el ojo del hombre cree haberlo visto todo. Ha agotado las fuentes de los ríos y «sacado a la luz lo más oculto» (*Jb* 28, 11). Pero nunca llegaremos a sondear y entender el misterio del mal. La Sabiduría pertenece solo a Dios. La única certeza de este mundo reside en el silencio interior, en una piedad filial, confiada y abandonada. Con frecuencia nos enfrentamos a lo que podríamos llamar el mal inocente, es decir, la realidad del mal inscrita en la naturaleza de las cosas, al margen de toda responsabilidad humana.

274. – La tierra que nos cobija y nos alimenta es una fuerza gigantesca en constante movimiento. Muchas veces da muestras de una brutalidad cruel e implacable. Pienso en las erupciones volcánicas que han destruido ciudades enteras. En el año 79 a. C., una potente erupción del Vesubio sepultó totalmente Pompeya bajo un espeso manto de cenizas. ¿Y cómo podría dejar de mencionar los temblores de tierra cuyas secuelas son aún más letales y asoladoras? Recordemos los seísmos de L'Aquila, en Italia, del 6 de abril de 2009; el de Haití el 12 de enero de 2010; el de Nepal en 2015; los terribles tsunamis de Indonesia y Sri Lanka del 26 de diciembre de 2004, y el de Japón el 11 de marzo de 2011, que engulleron edificios y centenares de miles de vidas humanas. Nunca se me olvidará el tifón Haiyan (o Yolanda), que arrasó Filipinas en noviembre de 2013.

Los hombres son víctimas inocentes e inermes de estas fuerzas ciegas de la naturaleza. La rebeldía se acentúa aún más cuando los sufrimientos y las pérdidas humanas no son imputables a nadie; nuestra lógica humana nos lleva inmediatamente a cuestionarnos a Dios. ¿Por qué permite tales estragos y tanto sufrimiento?

275. – Todos los días el mal y el sufrimiento nos asaltan de forma inesperada. Sufrimos también los horrores del odio y de una violencia salvaje consentidos, planeados y ejecutados por la maldad de los hombres e instigados de modo patente por Satanás. Frente al sufrimiento, ante los ataques del mal provocado por la naturaleza o por el hombre, solo Dios puede ayudarnos a mantenernos en pie.

276. – Los cristianos saben que Dios no desea el mal. Y, si ese mal existe, Dios es su primera víctima. El mal existe porque no se recibe su Amor, un Amor ignorado,

rechazado y combatido. El mundo, con su armonía y su belleza, solo puede fundarse sobre un diálogo de Amor en el que Dios habla con nosotros y nosotros con Él. Cuando el mal hace daño a Dios, existe una herida divina que hemos de sanar, una herida que no deja de apelar a nuestra generosidad. Así, todo el cristianismo, toda la Revelación, desde el Génesis, es el grito de la inocencia de Dios. Cuanto más monstruoso es el mal, más evidente se hace que Dios es, en nosotros, la primera víctima.

277. – Al hombre le cuesta entender el mal en la medida en que no le concede las dimensiones propiamente divinas. En su libro *Otra mirada sobre el hombre*, Maurice Zundel escribe: «Y eso significa la Cruz: el mal puede tener proporciones divinas. El mal es finalmente el sufrimiento de Dios: en el mal, Dios es el que sufre y por eso el mal es tan terrible; pero, si Dios es el que sufre, en medio del mal se encuentra entonces el amor que no cesará jamás de acompañarnos y de compartir nuestra suerte, y que será herido antes, dentro, y por nosotros, como en el Gólgota».

Es cierto que no resulta fácil imaginar de qué modo nuestro mal puede afectar a Dios. El propio Job se preguntaba: «Si he pecado, ¿qué te hago a Ti, guardián de los hombres?» (*Jb* 7, 20). ¿Cómo puede golpear el mal a Dios? Imagínese a una madre cuyo hijo está enfermo. Sufre por su hijo por amor e identificación. Una madre perfectamente sana puede vivir la agonía de su hijo más dolorosamente aún que él debido a esa identificación del amor con el ser amado. Su amor es capaz de ello. ¿Alguien puede pensar que el Amor de Dios es menos maternal que el amor de una madre, cuando todo el amor de todas las madres, incluido el de la Santísima Virgen, no es más que una gota en el océano de la ternura maternal de Dios? Por eso ningún hombre recibe un golpe sin que Dios lo reciba también en él, antes que él y por él.

«¿Es que puede una mujer olvidarse de su niño de pecho, no compadecerse del hijo de sus entrañas? ¡Pues, aunque ellas se olvidaran, Yo no te olvidaré! Mira: te he grabado en las palmas de mis manos, tus murallas están siempre ante mí. Tus constructores se apresuran, tus destructores y devastadores escapan de ti» (*Is* 49, 15-17).

278. – Como el salmista, el hombre de fe se vuelve hacia Dios para decirle: «Hacia ti, Señor, Dios mío, miran mis ojos, en ti busco refugio, no derrames mi vida. Guárdame del lazo que me han tendido, de las trampas de los malhechores» (*Sal* 141, 8-9).

Yo resisto porque Jesucristo, el Hijo de Dios, «resplandor de la gloria e impronta de su sustancia, y que sustenta todas las cosas con su palabra poderosa» (*Hb* 1, 3), me ha precedido en el sufrimiento más atroz. Jesús está unido a los hombres porque es uno de

ellos y ha asumido su condición, sus pruebas, sus sufrimientos. Y está unido a Dios porque es su Hijo. Esa situación única de Jesús hace de Él la cabeza de la nueva familia humana, «primogénito entre muchos hermanos» (*Rm* 8, 29). Comparte nuestras pruebas y carga con todos los sufrimientos. A partir de la muerte de Jesús en la Cruz, el hombre solo puede situarse ante el mal al lado de Él, apoyándose firmemente en Él. Debe permanecer al lado de María, la Virgen al pie de la Cruz, para completar en su carne «lo que falta a los sufrimientos de Cristo en beneficio de su cuerpo, que es la Iglesia» (*Col* 1, 24).

279. – Los horrores de los hombres y las obras del diablo son un misterio que la humanidad nunca podrá entender del todo. El mal físico o moral siempre es injusto e infame. Envilece y destruye al hombre. Empaña la imagen de Dios impresa en el hombre.

280. – El hombre se rebela ante el mal. Intenta por todos los medios hacerlo desaparecer. Frente al mal no hay más que una actitud: la lucha y la resistencia. Esto es lo que aconseja san Pedro: «Sed sobrios y vigilad, porque vuestro adversario, el diablo, como un león rugiente, ronda buscando a quién devorar. Resistidle firmes en la fe» (*I P* 5, 8-9).

281. – La oración tiene que ser un modo de resistencia para ahuyentar las dificultades. Permite revestirse de la armadura de Dios. El hombre se vuelve humildemente hacia Él para que intervenga en su favor.

282. – ¿Cómo se enfrentó Cristo al mal? ¿Cómo respondió María al mal? ¿Cómo reaccionó la Virgen María cuando contempló el rostro desfigurado de su Hijo en la Cruz?

Frente a un azote tan brutal del odio y de la violencia, la Virgen se queda sin energías. Está extenuada, rendida, rota. Sin embargo, María posee una inmensa fuerza interior y sigue en pie y en silencio. Se refugia en la oración, la ofrenda personal y la acogida serena de la voluntad misteriosa de Dios en comunión con su Hijo. La madre de Dios ama a un Dios que no hace ruido y que consume la violencia humana en el fuego de su Amor misericordioso. Es entonces cuando oye a su Hijo suplicar a Dios: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen» (*Lc* 23, 34). La unión de su silencio a las oraciones del Cielo le permite mantenerse en pie junto a la Cruz. María no se rebela, no grita. Asume el sufrimiento por medio de la oración. ¿No se preparó Jesús para vivir la

Pasión con una noche de oración en el huerto de Getsemaní y con muchas otras noches, en la soledad del monte o apartado en un lugar desierto?

283 – Solo Cristo puede conceder al hombre la fuerza para afrontar y asumir el mal. Se presenta ante él como el único poder capaz de ayudarlo a vencer el sufrimiento. «Sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15, 5). Por la fuerza de la Cruz tiene el poder de salvar al hombre. El grito más hermoso que existe es un impulso de amor hacia Dios. El sufrimiento es muchas veces la expresión de un amor inmenso. Es redentor. El sufrimiento y el dolor indican que estamos vivos y orientan al médico con más certeza hacia un diagnóstico. Hay que aceptar el sufrimiento y acogerlo en silencio. No hay injusticia en el mundo que no encuentre una respuesta orante en Dios.

Sé que es difícil mantenerse en pie ante el sufrimiento y asumirlo. Sé que nos cuesta aceptar el sufrimiento. Nos volvemos hacia Dios y gritamos: ¿Por qué este cáliz? ¿Por qué tantos horrores y tanta violencia salvaje?

284. – Dios no quiere el mal. Dios no quiere la guerra. Dios no quiere ni la muerte ni el sufrimiento. Dios no quiere la injusticia. Y, sin embargo, permite todos estos males de la tierra. ¿Por qué este misterio?

El Padre desea que asumamos la totalidad de nuestra vida en la tierra. Y el mal forma parte de la condición humana. Ha querido que su propio hijo sufra la experiencia del mal más abyecto para la redención y la salvación del mundo.

—¿Existe esta alternativa: la rebelión o el silencio de la oración?

285. – Dios vela siempre por nosotros. El hombre puede conocer las noches más oscuras, sufrir las peores injurias, enfrentarse a las situaciones más trágicas: Dios está con él. El hombre suele olvidar a menudo que Dios está presente. Si no cree, piensa que Dios no existe. Si esta época y esta atmósfera secularizada han entibiado su fe, se desespera pensando que Dios lo ha abandonado. Pero el Padre sigue junto a él pese a todo posible rechazo.

286. – El hombre se prepara frente al mal haciendo acopio de todos los medios necesarios para defenderse. Su modo de obrar está justificado, pero a veces provoca males mayores. Nuestra verdadera grandeza reside en la humildad de la fe: cuanto más pura es nuestra fe, más profunda es y más nos acerca a Dios, infinitamente grande. El

que está cerca de Dios se hace fuerte: puede vencer al mal que corroe al mundo y es capaz incluso de integrarlo en su oración de intercesión.

287. – El silencio y la oración no son una deserción, sino las armas más poderosas contra el mal. El hombre quiere hacer, cuando debería ante todo ser. En la oración silenciosa el hombre es plenamente hombre. Es como David ante Goliat. Porque la oración es el acto más noble, más sublime y más sólido, y eleva al hombre a la altura de Dios.

288. – La oración es entregarse a Dios como el aroma del incienso que se alza hacia el Trono de Dios para desaparecer en Él. Y Dios se entrega a quienes a Él se entregan. Sé que, en las profundidades más silenciosas de mi corazón, puedo acercarme muy íntimamente a Dios, sean cuales sean las circunstancias y los sufrimientos que me imponga el mal.

San Juan María Vianney, hombre de silencio, gran pastor de almas, plenamente entregado a la Palabra de Dios y al Misterio de la Reconciliación, cuyo rostro estaba transfigurado por la Eucaristía, nos deja la definición más sublime de la oración: «Consideradlo, hijos míos: el tesoro del hombre cristiano no está en la tierra, sino en el Cielo. Por esto, nuestro pensamiento debe estar siempre orientado hacia allí donde está nuestro tesoro. El hombre tiene un hermoso deber y obligación: orar y amar. Si oráis y amáis, habréis hallado la felicidad en este mundo.

»La oración no es otra cosa que la unión con Dios. Todo aquel que tiene el corazón puro y unido a Dios experimenta en sí mismo como una suavidad y dulzura que embriaga, se siente como rodeado de una luz admirable. En esta íntima unión, Dios y el alma son como dos trozos de cera fundidos en uno solo, que ya nadie puede separar. Es algo muy hermoso esta unión de Dios con su pobre criatura; es una felicidad que supera nuestra comprensión.

»Nosotros nos habíamos hecho indignos de orar, pero Dios, por su bondad, nos ha permitido hablar con Él. Nuestra oración es el incienso que más le agrada.

»Hijos míos, vuestro corazón es pequeño, pero la oración lo dilata y lo hace capaz de amar a Dios. La oración es una degustación anticipada del Cielo, hace que una parte del paraíso baje hasta nosotros. Nunca nos deja sin dulzura; es como una miel que se derrama sobre el alma y lo endulza todo. En la oración hecha debidamente, se funden las penas como la nieve ante el sol».

289. – El silencio no es una forma de pasividad. Permaneciendo en el silencio el hombre puede evitar un mal mayor. Confiar en el Cielo no es desertar de la tierra.

—No, desde luego. Pero, ¿cómo se puede guardar silencio frente a la injusticia? ¿Cómo no gritar nuestra incapacidad para comprenderlo y nuestra rebeldía?

290. – A fuerza de querer dominarlo todo, de situar todo bajo el signo de la rebelión, el hombre corre el riesgo de no poner nada en manos de Dios. Se encuentra solo frente a sus límites y su impotencia. No obstante, el hombre, sin Dios, está perdido. Sin la fe vivida en un silencio confiado, se aparta de su Dios y su Redentor.

291. – Sin Dios es fácil constatar los rotundos fracasos de los debates humanos y las soluciones políticas frente al mal...

¿Cuál es la pedagogía de Dios? En la parábola del trigo y la cizaña, Cristo invita a dejar crecer el trigo y las malas hierbas hasta el momento de la cosecha. Entonces llegará el tiempo en que el bien acabe con el mal. La paciencia perseverante, sostenida por la Providencia, es una aliada en cualquiera de nuestras batallas diarias. El combate contra el mal se libra con tiempo; hay que perseverar y no perder la esperanza. Dios trabaja los corazones y el mal nunca tiene la última palabra. En la noche más oscura Dios actúa en silencio. Hemos de entrar en el tiempo de Dios y en ese gran silencio que es un silencio de Amor, de confianza y de abandono activo. No olvidemos nunca que la oración silenciosa es el acto más sólido y más seguro en la lucha contra el mal.

292. – En la lucha contra la injusticia hay que incluir a Dios. Me gusta decir que nuestras verdaderas armas son el amor y la oración. El silencio de la oración es el mejor equipo de combate. El silencio de la invocación, el silencio de la adoración, el silencio de la espera: estas son las armas más eficaces. Solo el Amor es capaz de extinguir las llamas de la injusticia, porque Dios es Amor. Amar a Dios lo es todo. Lo demás no tiene ningún valor mientras no esté transformado y elevado por el Amor de Cristo. La elección es sencilla: Dios o nada...

293. – El hombre moderno pretende convertirse en señor de su tiempo, en el responsable único de su existencia, su futuro y su bienestar. Quiere planificar su vida y controlar su destino. Se organiza como si Dios no existiera. No tiene necesidad de Él. Sin embargo, Dios invita a la confianza, a la paciencia y a un lento camino hacia la aniquilación del mal, que requiere una larga y ardua batalla. Este combate requiere cuatro

columnas afianzadas sobre Dios en la Fe: el silencio, la oración, la penitencia y el ayuno.

—¿La rebeldía es una trampa que nos obliga a optar siempre por el silencio? Sin duda, su experiencia contra el régimen marxista violento y autoritario de Guinea alimenta su reflexión sobre este tema. ¿Qué camino eligió usted frente al dictador Seku Turé?

294. – El hombre de Dios no ambiciona jamás un cargo político. No aspira a ninguna transformación política ni incita a derribar el poder establecido. Su misión es esencialmente moral y espiritual, y busca la renovación interior del hombre, el Amor a Dios y al prójimo. No obstante, ante determinadas derivas ideológicas no se puede permitir el avance del mal. En Guinea creí necesario llamar por su nombre a los horrores y escándalos derivados de la dictadura, pero no quise instigar la rebelión. Mi intención era denunciar las injusticias del régimen sanguinario de Seku Turé y señalar con el dedo los sufrimientos del pueblo y, sobre todo, el desastre económico y social. El país había conquistado su independencia, pero a la población, acorralada y maniatada por las cadenas del miedo y la ignorancia, se la había privado de libertad. Yo pedía un cambio por el bien de todos, de los gobernantes y de los gobernados. Porque mi país dispone de las riquezas humanas y naturales necesarias para hacer felices a sus hijos y ayudarles a vivir con dignidad. Sabía que mis palabras tendrían tanta más fuerza cuanto más cimentadas estuvieran en una intensa vida de penitencia, de oración y de silencio, enraizada y vivida en Dios.

A veces los dictadores están sinceramente convencidos de que obran bien. Aleksandr Solzhenitsyn explica espléndidamente cómo los dirigentes soviéticos tenían la convicción de estar conduciendo al país hacia el paraíso terrenal. La mala formación de su conciencia y una orientación equivocada de su inteligencia hicieron creer a Seku Turé que estaba llevando el progreso y la prosperidad a Guinea.

295. – La ayuda de la oración silenciosa hace al hombre capaz de describir la realidad en toda su crudeza. Hay que afirmar los principios del Evangelio después de haber encontrado a Dios en el silencio. Al hombre de Dios solo le será legítimo hablar en Su nombre después de haberle encontrado en el silencio del desierto interior y conversado con Él cara a cara, «como se habla con un amigo» (Ex 33, 11). Cuando se ha encontrado de verdad a Dios, es imposible comprometer el Evangelio y los preceptos de la Revelación divina con las posturas políticas e ideológicas de un mundo que se rebela contra las leyes de Dios y de la naturaleza.

296. – Alejados del ruido y de las distracciones fáciles, en la soledad y el silencio, con el único afán de transmitir la voluntad divina, se nos concederá ver con los ojos de Dios y poner nombre a la realidad tal y como Él la entiende y la pronuncia.

297. – No hay verdadera acción ni decisión importante que no vayan precedidas del silencio de la oración.

298. – El peligro actual reside en el activismo desenfrenado del mundo moderno. Estamos constantemente llamados a combatir, a hacer campaña, a derribar al adversario, a destruirlo. De hecho, se incita al hombre a añadir más mal al mal, cuando habría que dejar crecer la cizaña y el trigo. El silencio nos dará paciencia para aguardar el momento en que las malas hierbas mueran solas. Gracias al silencio, sabremos acompañar al tiempo y esperar con perseverancia la hora de Dios para establecer una alianza con Él y actuar bajo su batuta.

299. – Existe un tiempo de pelear y un tiempo de callar. Si domináramos de verdad la pedagogía del silencio que procede de Dios, tendríamos algo de la paciencia del Cielo.

300. – El diablo invita a la humanidad a la rebelión y el desorden. Con su sarta de astucias, siembra la discordia y nos incita a derramar nuestro odio unos sobre otros. El *garras* siempre está armando ruido y mucho alboroto para impedir que descansemos en Dios. Dentro de la fortaleza del silencio el demonio no sabrá cómo llegar hasta nosotros. Procuremos no multiplicar los errores satisfaciendo nuestras pequeñas pasiones egoístas y rebeldes.

301. – Frente a la injusticia de su arresto, Cristo guarda silencio. Los apóstoles quieren sacar la espada para defender al hijo de Dios. Pero Jesús dice a Pedro: «Envaina tu espada. ¿Acaso no voy a beber el cáliz que el Padre me ha dado?» (*Jn* 18, 11; *Mt* 26, 52).

302. – La Iglesia no debe creer que la eficacia frente a la injusticia reside en la acción militante, política y demagógica. Las batallas humanas solo conducen al enfrentamiento, a la destrucción y la ruina. No son nada comparadas con el silencio infinito del Padre.

—*Para enfrentarse a los males del mundo, el papa Francisco invita a la Iglesia a*

ser un hospital de campaña. ¿Cómo interpretar esta imagen desde la perspectiva de nuestra reflexión sobre el silencio?

303. – Habría que diferenciar la intuición genuina del papa Francisco, generosa y esencialmente pastoral, de la hermenéutica secular y reduccionista de los medios. Por desgracia, esta oposición no es nueva. Ya Benedicto XVI denunció en relación con el Vaticano II el conflicto entre la visión de los Padres conciliares y la hermenéutica mediática, relativista y falsamente progresista. No obstante, hay que reconocer que esta expresión es un *hápax legomenon* en la historia de la eclesiología y de las imágenes de la Iglesia.

La Iglesia es una madre amorosa y fiel. Es una madre antes que una estructura hospitalaria. Es el Cuerpo de Cristo, la Esposa de Cristo. Representa el techo bajo el que se reúne la familia de Dios. Educa, enseña y alimenta, deseosa de la salud física y moral de los fieles: esto es lo que esconde ante todo la imagen de la Iglesia como hospital de campaña. Es el cuerpo místico de Cristo y la familia de Dios en la tierra. *Mater et Magistra*: la Iglesia enseña con plena seguridad las verdades divinas a un mundo que tiene sed del Hijo de Dios, camino, verdad y vida, y redentor de nuestras almas. Es una asamblea de oración, de alabanza y adoración, igual que en el cenáculo: «Todos perseveraban unánimemente en la oración, junto con algunas mujeres y con María, la madre de Jesús, y sus hermanos» (*Hch* 1, 14). María es, por lo tanto, «miembro excelentísimo y enteramente singular de la Iglesia y como tipo y ejemplar acabadísimo de la misma en la fe y en la caridad» (*Lumen gentium*, 53). Es, en definitiva, la madre de los sacerdotes, que deben continuar la obra de Cristo para la salvación de las almas. Esta obra consiste esencialmente en santificarse y santificar al pueblo de Dios, en orar intensamente y sin desfallecer para reconducir a los hombres hacia Dios, para vivir plenamente y a diario en Él en la Eucaristía.

Sin Eucaristía no podemos vivir ni conceder a Dios el primer puesto en nuestra vida y en nuestras actividades. Al silencio de la indiferencia, los sacerdotes y los fieles deben responder con el silencio de la oración. La enfermedad del desinterés se cura con los sacramentos, la enseñanza y el testimonio de los santos.

304. – La misión social es fundamental, pero la salvación de las almas reviste más importancia que cualquier otro esfuerzo. Salvar no consiste solamente en sanar, sino en llevar a Dios, en convertir, para hacer regresar a los hijos pródigos a la casa del Padre de las misericordias. El papel primordial y fundamental de la Iglesia de hoy sigue siendo la salvación de las almas.

305. – En un mundo secularizado y decadente, si la Iglesia se deja arrastrar por las sirenas materialistas, mediáticas y relativistas, se arriesga a hacer inútil la muerte de Cristo en la Cruz por la salvación de las almas. La misión de la Iglesia no es dar solución a todos los problemas sociales del mundo: debe repetir incansablemente las primeras palabras de Jesús al comienzo de su ministerio público en Galilea: «El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está al llegar; convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1, 15).

306. – Pienso que la Iglesia no puede desentenderse de los asuntos que afectan a la vida y a la existencia de los hombres. A través de sus escuelas y sus universidades, sus dispensarios y hospitales, sus institutos de formación profesional, sus múltiples obras de caridad, participa activamente en la lucha contra la pobreza. Trabaja para «que no sirva de escándalo a la humanidad el que algunos países, generalmente los que tienen una población cristiana sensiblemente mayoritaria, disfruten de la opulencia, mientras otros se ven privados de lo necesario para la vida y viven atormentados por el hambre, las enfermedades y toda clase de miserias. El espíritu de pobreza y de caridad son gloria y testimonio de la Iglesia de Cristo» (*Gaudium et spes*, 88).

307 – La ausencia de Dios en las sociedades modernas ha ahondado el abismo de las tinieblas y la injusticia. Todo lo que Dios espera de nosotros es nuestro consentimiento, nuestra respuesta de amor a su Amor redentor.

308. – La indiferencia hacia Dios constituye la raíz de una forma de rebelión ruidosa. Esta rebelión es una ilusión que consiste en creer que podemos prescindir de Él para vivir mejor en este mundo. A partir de ahí, el silencio de Dios se convierte en un aliado casi objetivo, la prueba tangible de una humanidad sin Creador. Al defender su autonomía respecto de lo divino, el hombre moderno acaba no soportando siquiera el silencio de Dios.

En la rebelión no hay lugar para el silencio: me temo que la interpretación mediática de la visión del *hospital de campaña* participa de esta forma de rebelión.

309. – Antes de acusar a los demás, conviene mirarse a uno mismo. Tenemos una capacidad infinita de arrojar la piedra a la cara del vecino. Haríamos mejor en asumir nuestras propias faltas. En la oración y el silencio nuestro corazón reluce mucho menos que en el frenesí ciego y autista de la rebelión.

—¿Cómo no rebelarnos en contra de las guerras que tiñen de sangre la humanidad? ¿Por qué Dios guarda silencio ante tantos crímenes? ¿Por qué ese silencio ensordecedor mientras se masacra a tantos niños en medio de conflictos implacables?

310. – La guerra siempre es una empresa inadmisible de destrucción, de aniquilación y devastación. El otro deja de tener valor: se convierte en simple materia condenada a muerte. Cuando un país, un gobierno o una coalición quieren someter y eliminar hombres y naciones, siempre está cerca la barbarie. El odio, los intereses envidiosos, la bulimia de las naciones ricas y poderosas por acaparar las riquezas naturales de los países débiles y pobres haciendo uso de la violencia militar, el deseo de dominio y venganza se hallan en el origen de muchas guerras. El otro pierde el derecho a vivir. Sí, la guerra es una empresa del mal, porque el diablo, que aborrece la piedad, tiene el placer de triunfar. Es imposible no escandalizarse, no horrorizarse por lo que hacen los gobiernos americanos y occidentales en Irak, Libia, Afganistán y Siria. Países y poblaciones destruidas, jefes de Estado asesinados por intereses puramente económicos. En nombre de la diosa Democracia, de un ansia de hegemonía geopolítica o militar, no se duda en entablar una guerra para desestructurar y generar el caos, sobre todo en las regiones más débiles, llenando las carreteras de interminables multitudes de refugiados sin recursos ni futuro.

¡Cuántas familias separadas, destrozadas, reducidas a una pobreza inhumana, obligadas al exilio y al desarraigo cultural! ¡Cuánto sufrimiento en esas vidas de un errar y un huir constantes, cuántas muertes atroces en nombre de esa otra diosa de Occidente que es la Libertad! ¡Cuánta sangre vertida por una supuesta liberación de los pueblos de las pretendidas cadenas que los mantienen bajo el yugo de la opresión! ¡Cuántas familias diezmadas por la imposición de una noción occidental de la sociedad!

La Iglesia no se libra de estas antecámaras del horror. Se la obliga a desaparecer o a cambiar su doctrina y su enseñanza para facilitar el surgimiento de una religión sin fronteras y de una nueva ética mundial que llaman consensuada, apartada de las sólidas referencias de la verdad revelada y, al mismo tiempo, ambivalente y privada de contenido.

311. – ¿Por qué guarda silencio Dios ante tanto sufrimiento querido, planificado y puesto en práctica por los propios hombres? En África he sido testigo de las atrocidades más indescritibles. En mi arzobispado di refugio a misioneros y religiosos que huían de Sierra Leona y de Liberia, países apresados por conflictos de una violencia sin precedentes. Llegaban aterrados ante la visión de manos mutiladas, cuerpos destrozados

por las minas, rostros desgarrados por verdugos carentes de toda humanidad. Durante varios meses acogí en mi residencia al arzobispo de Freetown, monseñor Joseph Ganda, al nuncio apostólico monseñor Antonio Lucibello y a su secretario. Se habían visto obligados a huir de Freetown, capital de Sierra Leona, después de abandonar Monrovia. Son recuerdos imborrables. Pero a nadie se le ocurrió ni por un instante atribuir esos crímenes a Dios, proclamar la inocencia de los criminales y acusar a Dios de silencio.

312. – Creo que siempre hay que clamar a Dios. Conviene pedir la ayuda y el socorro del Cielo y expresar la angustia, el dolor y la tristeza que habitan nuestro corazón. Los cristianos deben saber que no existe otro medio de llegar a Dios. Cuando he visitado países inmersos en profundas y violentas crisis, he constatado cuánto puede ayudar la oración a quienes se han quedado sin nada. El silencio es esa última trinchera que nadie puede cruzar, la única habitación donde hallar la paz, el estado en el que el sufrimiento baja por un instante los brazos. El silencio fortalece nuestra debilidad. El silencio nos arma de paciencia. El silencio en Dios devuelve el coraje.

Cuando nos destrocen, nos humillen, nos menosprecien, nos calumnien, guardemos silencio. Ocultémonos en el santo sepulcro de nuestro Señor Jesucristo, lejos del mundo.

Entonces el poder de los verdugos pierde importancia. Aunque los criminales sean capaces de la destrucción más feroz, no pueden forzar la entrada del silencio, del corazón y de la conciencia del hombre. Los latidos de un corazón silencioso, la esperanza, la fe y la confianza en Dios siguen siendo inquebrantables. Fuera el mundo se desmorona en ruinas, pero dentro de nuestra alma Dios vela en el mayor silencio. La guerra, la barbarie y su cortejo de horrores nunca vencerán a Dios, presente en nosotros.

El veneno de la guerra se extingue en el silencio de la oración, en el silencio de la confianza, en el silencio de la esperanza. Hemos de plantar el misterio de la Cruz en el corazón de toda barbarie.

Pienso también en las guerras libradas por la calumnia y la difamación. La palabra puede asesinar, el lenguaje puede matar, pero Dios nos educa en el perdón. Nos enseña a orar por nuestros enemigos. Rodea nuestro corazón de un cerco de ternura para evitar que lo manche el rencor. Y murmura sin cesar: «Los discípulos de mi Hijo bien amado no tienen enemigos. Tampoco tu corazón ha de tener enemigos». Hablo por propia experiencia. He vivido un doloroso asesinato de manos de la calumnia, la difamación y la humillación pública, y he aprendido que, cuando una persona decide destruirte, no le hacen falta palabras, ni saña, ni hipocresía: la mentira tiene un inmenso poder a la hora de elaborar argumentos, pruebas y falsas verdades. Cuando ese comportamiento procede

de hombres de Iglesia y, en especial, de obispos ambiciosos y falsos, el dolor es aún más profundo. Pero los hombres miran las apariencias y Dios mira el corazón (*I S 16, 7*). Tengamos en cuenta únicamente su mirada y conservemos la calma y el silencio, pidiendo la gracia de no permitir que nos invadan el rencor, el odio y los sentimientos mezquinos. Mantengámonos firmes en el amor a Dios y a su Iglesia, firmes en la humildad.

La llave del tesoro no es el tesoro. Pero, si entregamos la llave, entregamos el tesoro. La Cruz es una llave especialmente valiosa, aun cuando parezca una locura, un motivo de burla, un escándalo: repugna a nuestra mentalidad y a nuestra búsqueda de soluciones fáciles. Nos gustaría ser felices y vivir en un mundo de paz sin pagar ningún precio a cambio. La Cruz es un misterio asombroso. Es el signo del Amor infinito de Cristo por nosotros. En un sermón de san León Magno sobre la Pasión encontramos estas extraordinarias palabras: «Al ser levantado, amadísimos, Cristo en la Cruz, no os limitéis a ver en Él lo único que veían los impíos aquellos, a quienes se dirige Moisés cuando dice: tu vida estará como suspendida ante tus ojos y temerás día y noche y no creerán en tu vida. Nuestra alma, iluminada por el Espíritu de verdad, recibe con libertad y pureza de corazón la gloria que la Cruz irradia en el Cielo y en la tierra, y entiende con la agudeza interior lo que dijo el Señor al hablar de la proximidad de su pasión: ahora viene la condenación de este mundo; ahora el señor de este mundo va a ser arrojado afuera. Y yo, cuando sea levantado en alto sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí. ¡Oh, admirable poder de la Cruz! ¡Oh, inefable gloria de la pasión!».

313. – En la Cruz, Jesús nos reconcilió con Dios: destruyó la barrera que nos separaba a unos de otros, venció los obstáculos que estorbaban el camino hacia la bienaventuranza eterna. Cristo sufrió por nosotros: nos deja su ejemplo para que sigamos sus pasos. Contemplando la Cruz y haciendo nuestra esta oración, seremos capaces de cualquier diálogo, de cualquier perdón, de cualquier reconciliación.

La tradición del islam místico comparte esta misma convicción. Me gustaría relatarle algo tomado de la leyenda dorada de los santos musulmanes. Un día, Sutturá, una buena mujer, fue a visitar a Tierno Bokar, el sabio de Bandiagara: esta aldea de Mali está situada en la meseta del mismo nombre, rodeada de altos acantilados al pie de los cuales viven los dogon, pueblo famoso por su arte austero, su compleja cosmogonía y su hondo sentido de la trascendencia.

«Tierno –le dijo Sutturá–, estoy muy irritable. Me molesta hasta lo más insignificante. Querría recibir de ti una bendición o una oración que me haga dulce, amable y paciente».

No había acabado de hablar cuando su hijo, un niño de tres años que estaba esperándola en el patio, agarró una tabla y le dio un golpe en la espalda. Ella miró al niño, sonrió y, atrayéndolo hacia ella, dijo dándole un cachete cariñoso: «¡Qué niño más malo! Mira cómo trata a su madre...». «Si tan irritable estás, ¿por qué no te enfadas con tu hijo?», le preguntó Tierno Bokar. «Si no es más que un niño –contestó Sutturá–. No sabe lo que hace. Con un niño de esta edad no hay quien se enfade». «Vete a casa, querida Sutturá – le dijo Tierno– y, cuando alguien te irrite, acuérdate de la tabla y piensa: “Tenga los años que tenga, esta persona está actuando como un niño de tres años”. Sé indulgente: puedes hacerlo, ya que acabas de serlo con tu hijo cuando te ha dado ese golpe. Obra así y no volverás a enfadarte. Vivirás feliz y te sentirás mejor. Las bendiciones que descendan sobre ti serán mucho mayores que las que puedas recibir de mí: serán las bendiciones de Dios y del propio Profeta. Quien soporta y perdona una ofensa –continuó– se parece a una de esas grandes ceibas que ensucian los buitres al posarse en sus ramas. El aspecto repugnante del árbol solo dura una parte del año. Todos los inviernos Dios envía unos cuantos chaparrones que lo limpian de la copa a las raíces y lo revisten de un nuevo follaje. Procura prodigar el amor que sientes por tu hijo a todas las criaturas de Dios. Porque Dios quiere a sus criaturas como un padre a sus hijos. Entonces llegarás a lo más alto de la escala, allí donde, gracias al amor y la caridad, el alma solo ve y valora la ofensa para perdonarla mejor». Las palabras de Tierno supusieron tanto para Sutturá que, a partir de ese día, consideró hijos suyos a todos los que la ofendían y no les respondió más que con dulzura, amor y una paciencia silenciosa y sonriente. Tanto cambió que, al final de su vida, la gente decía: «Paciente como Sutturá». Nunca más hubo nada capaz de enfadarla. Cuando murió, se la consideraba prácticamente una santa.

314. – La Cruz es una gran escuela de contemplación, oración y perdón. Necesitamos aprender a mantenernos de pie y en silencio al pie de la Cruz, contemplando al crucificado como la Virgen María. La Cruz es una montaña que hay que escalar, en cuya cima se nos concede mirar a los hombres y al mundo con los ojos de Dios. Ante ofensas graves que parecen imperdonables, el acto de fe mueve al hombre a contemplar el misterio del calvario. Entonces es capaz de ver en el hecho de la Pasión de Jesús la mayor ofensa posible, pero también el lugar del mayor perdón. En el silencio de su corazón escucha la oración de Jesús, tan difícil de traducir en obras concretas sin la ayuda de la gracia divina: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 34).

—En la Biblia, y en el Antiguo Testamento en particular, abundan las guerras y los episodios fratricidas. El silencio casa mal con esos intereses vengativos...

315. – El Antiguo Testamento es la expresión más realista, veraz y auténtica de la verdad del corazón humano. Mientras el hombre siga siendo rudo y poco dócil, mientras continúe lejos de un Dios de misericordia y piedad, mientras no sea transformado, «engendrado de nuevo no de un germen corruptible, sino incorruptible, por medio de la Palabra de Dios, viva y permanente» (*I P* 1, 23), se mostrará violento, bárbaro e implacable con el enemigo.

¿Hay alguien hoy en día que se atreva a decir que ama a su enemigo y obra en su interés y por su bien? Aún conservamos el espíritu y la conducta de los hombres del Antiguo Testamento. Y es que «no hay nada nuevo bajo el sol», dice Qohélet en el Eclesiastés (1, 9).

Muchos cristianos y muchos hombres pisoteados por la persecución y la violencia salvajes de los malvados viven la experiencia del Señor Jesús «en los días de su vida en la tierra». El salmo 22 que recitamos en el oficio de lecturas del viernes santo es expresión de nuestra propia experiencia ante la muerte:

Dios mío, Dios mí, ¿por qué me has abandonado?

Lejos estás de mi salvación,
de mis palabras suplicantes.

Dios mío, te invoco de día, y no escuchas;

de noche, y no encuentro descanso.

Pero Tú eres el Santo,
sentado entre las alabanzas de Israel.

En Ti pusieron su esperanza nuestros padres;
esperaron y los liberaste.

A Ti gritaron y fueron salvos,

en Ti confiaron y no quedaron avergonzados.

Pero yo soy un gusano, no un hombre,
oprobio de los hombres,
desprecio del pueblo.

Al verme, todos hacen burla de mí,
tuercen los labios, mueven la cabeza:
«Confió en el Señor: que lo salve Él,
que lo libre, si es que lo ama».

Tú me sacaste del vientre,
me confiaste a los pechos de mi madre.

A ti me encomendaron desde las entrañas maternas;

desde el seno de mi madre Tú eres mi Dios.
No te alejes de mí, que la angustia se acerca

y no hay quien me socorra.
Me rodea una manada de novillos,
me cercan toros de Basán;
abren sus fauces contra mí

como un león que desgarrar y ruge.
Me derramo como el agua,
se dislocan todos mis huesos;
mi corazón se derrite como cera,
se deshace en mis entrañas.
Seca está como una teja mi garganta,
y mi lengua, pegada al paladar;
me echas al polvo de la muerte.
Me rodea una jauría de perros,
me asedia una banda de malvados.
Han taladrado mis manos y mis pies.
Puedo contar todos mis huesos.
Ellos miran, me observan,
se reparten mis ropas,

y echan a suertes mi túnica.
Pero Tú, Señor, no te alejes.
Fuerza mía, date prisa en socorrerme.
Libra mi alma de la espada,
mi única vida de las garras de los perros.
Sálvame de la boca del león,

mi pobre existencia, de los cuernos de los búfalos.
Anunciaré tu Nombre a mis hermanos,
te alabaré en medio de la asamblea.
Los que teméis al Señor, alabadle;
estirpe toda de Jacob, glorificadle,
temedle, estirpe toda de Israel.

316. – Las guerras, la violencia y la barbarie están presentes en toda la historia de Israel. En aquellos tiempos, para sobrevivir era necesario pelear y destruir al enemigo. Resultaba imposible disminuir la violencia. La ley del talión no fue promulgada solamente

por la legislación hebrea, sino por numerosas etnias de la cuenca mediterránea. Hammurabi, rey de Babilonia (1792-1750 a. C.), ordenó redactar un código recopilatorio de jurisprudencia y grabarlo sobre una estela de basalto descubierta en Susa.

El Antiguo Testamento recoge muchos episodios violentos; y, al mismo tiempo, es el libro que ensalza la fuerza incomparable de la oración. Al salir de Egipto, después de cruzar el desierto, los hebreos se encuentran con los amalecitas, una poderosa tribu de nómadas edomitas que ocupan el territorio correspondiente al sur de Judea. Según la Biblia, son desde siempre enemigos acérrimos de los hebreos. Durante el combate entre ambos pueblos, Moisés quiere implicar a Dios en la batalla: es su aliado más seguro. Junto con Aarón y Hur, sube al monte para rogar al Cielo. Mientras reza en silencio y sus dos acompañantes sujetan sus manos manteniéndolas en alto hasta la caída del sol, los hebreos se alzan con la victoria. Pero, en cuanto el cansancio hace que Moisés baje los brazos, son los amalecitas quienes ganan (*Ex 17, 8-16*). En lo oculto de la oración Dios da la victoria a su pueblo. La fuerza del hombre solamente trae consigo triunfos efímeros. La única piedra sólida es el silencio del encuentro de corazón a corazón con Dios.

A partir de David y Salomón, se va operando un gran cambio progresivo. David tenía aún las manos cubiertas de sangre, pero era un hombre de silencio, de oración y de paz. En él se iba configurando la venida del Mesías. Su corazón lleno de misericordia y de respeto por la vida humana se hizo patente en tres ocasiones de modo milagroso. Cuando las circunstancias le permitieron matar a Saúl, por dos veces le perdonó la vida (*I S 24 y 26*). Perdonó al marido de Abigaíl, que había maltratado a sus mensajeros (*I S 25, 14-38*), y lloró amargamente la muerte de Saúl y de su hijo Absalón, quien se rebeló contra él. David tiene un hondo sentido del pecado y el arrepentimiento: su corazón es sincero y está plenamente entregado a Dios. El salmo 50 es un magnífico testimonio de ello.

En el Nuevo Testamento, por su parte, el evangelio de Mateo nos hace escuchar la voz de Raquel poco después del nacimiento de Jesús. Es el momento de la matanza de los niños en Belén. Raquel llora en silencio para recibir esperanza y escuchar el consuelo que viene de Dios: «Una voz se oyó en Ramá, llanto y lamento grande: es Raquel que llora por sus hijos, y no admite consuelo, porque ya no existen» (*Mt 2, 18*). Raquel no quiere secarse las lágrimas, porque no acepta los bálsamos fáciles, las palabras manidas, y no desea convertir la muerte en un asunto de retórica o en una realidad que las palabras le permitan asumir. Sus lágrimas son el anuncio del llanto de las mujeres de Jerusalén que acompañan al crucificado porque saben que, con su muerte en la Cruz, «Dios, habitando realmente en medio de ellos, será su Dios y enjugará toda lágrima de sus ojos; y no habrá ya muerte, ni llanto, ni lamento, ni dolor, porque todo lo anterior ya pasó» (*Ap 21, 3-4*).

—Como presidente del Consejo Pontificio *Cor unum*, es decir, responsable de la caridad del papa tanto con Benedicto XVI como con Francisco, se enfrentó usted a muchas catástrofes humanitarias. ¿Cómo podemos no rebelarnos ante dramas como esos?

317. – Siempre he pensado que hay dos clases de horrores. Existe, por un lado, la barbarie querida por los hombres, como los campos de concentración, los gulags, las torturas, las decapitaciones: todas las crueldades de las que, por desgracia, es capaz el hombre. Si el hombre fuese consciente de que el ser humano es imagen de Dios, no podría permitirse llegar a tales extremos. ¿Quién se atrevería a destruir la obra de Dios? El odio del hombre hacia el hombre es una negación de Dios. Matar a un ser humano o a un embrión humano de manera deliberada, voluntaria y calculada es un crimen imperdonable. Porque Dios ha dicho: «No matarás». Y esa ley es absoluta.

Por otra parte, existen los azotes de la naturaleza: los tifones, los terremotos o los tsunamis que colocan al hombre en situaciones de extrema miseria. He conocido a gente que había perdido los frutos del trabajo de toda una vida. Pero la experiencia me ha demostrado que los hombres siempre son lo bastante fuertes para rehacerse frente a estas catástrofes. Espontáneamente, vuelven su corazón hacia Dios y le piden que repare el mal. El hombre se pone en las manos de Dios con más convicción aún porque la vida material ha quedado reducida a la nada. ¿Por qué gritar, llorar o gemir? El grito más fuerte, las lágrimas que habitan lo más hondo de nuestro dolor, el gemido más quejumbroso es el silencio confiado y el leve suspiro que lo dejan todo en las manos de Dios.

Las palabras que el hombre dirige a Dios en los salmos son espléndidas:

Estoy agotado, abatido del todo;
el temblor de mi corazón es como un rugido.

Señor mío, todas mis ansias te son presentes,
no se te oculta mi gemido (...).

Los que atentan contra mi vida me tienden lazos,
los que buscan mi mal me auguran desgracias,
y todo el día andan propalando calumnias.
Pero yo soy como un sordo, no quiero oír,
como un mudo, no abro la boca;
soy como un hombre que no oye,
ni tiene réplica en su boca.

Mis enemigos están vivos y fuertes,
son muchos los que me odian sin razón;
los que pagan mal por bien
y me acusan porque busco la bondad.
No me abandones, Señor, Dios mío,
no te alejes de mí.
Date prisa en socorrerme,
Señor, salvación mía (*Sal* 38, 9-10; 13-15; 20-23).

318. – Cuando el hombre ejerce la violencia contra el hombre, la reconstrucción siempre es difícil, larga e incierta. Por lo que se refiere al mal, la humanidad es capaz de un refinamiento y una imaginación sin igual. No obstante, el padre Jacques Mourad, un sacerdote sirio católico a quien el Daesh retuvo como rehén en Siria durante cinco meses, fue capaz de decir al salir de ese infierno: «Dios me ha concedido dos cosas: el silencio y la amabilidad». Estas palabras tan sobrias y ecuanímes me impresionaron mucho.

Sí, el silencio es capaz de permitirnos sobrevivir en las situaciones más precarias. Las torturas, el maltrato y los tormentos, por diabólicos que sean, hallarán un principio de consuelo en el silencio que se vuelve hacia Dios. De un modo misterioso, pero real, Él nos sostiene sufriendo con nosotros. Está inseparablemente unido al hombre en todas sus tribulaciones; rebelarse contra Dios porque calla, cuando sufrimos, es muy distinto de confiarle en silencio nuestro sufrimiento y de ofrecérselo para que lo transforme en instrumento de salvación asociándolo al de Cristo.

319. – Frente al horror no hay respuesta más decisiva que la oración. El hombre debe volver en silencio su mirada hacia Dios, a quien nunca dejan de conmover las lágrimas. Para combatir los poderes del mal es necesaria la lucha humana. Pero el silencio es un instrumento oculto misteriosamente eficaz. ¿Por qué cayeron los *gulags* de la Unión Soviética? Gracias a la oración silenciosa de Juan Pablo II y de la Iglesia entera sostenida por la Virgen de Fátima. Las estrategias políticas sofisticadas no pudieron con el comunismo marxista. La última palabra la tuvo la oración. El silencio del rosario consiguió lo impensable y el bando occidental se quedó atónito...

320. – Hay un tiempo para la acción humana, tantas veces incierta, y un tiempo para el silencio en Dios, siempre victorioso. Yo no creo en la rebelión ideológica ruidosa y reivindicativa, sino en la fecundidad del silencio. La oración y el silencio salvarán el mundo.

—¿No es la pobreza una situación en la que cuesta mucho guardar silencio?

321 – ¿No eran pobres Jesús, María y José? ¿Y acaso proclamaron su rebeldía contra la pobreza? ¿No son pobres –y, sin embargo, guardan silencio– tantos monjes y monjas, la madre Teresa de Calcuta y sus hermanas misioneras? Y esto no ocurre solo con los consagrados. En África, en Asia y en otros lugares he conocido a pobres de una inmensa nobleza y una dignidad incomparable. Aunque viven en una pobreza material extrema, son hombres que creen firmemente en Dios e irradian alegría, paz y armonía interior. La riqueza del hombre es Dios. La pobreza más terrible e inhumana es la falta de Dios.

322. – La ausencia o el rechazo de Dios constituyen la miseria humana más extrema. No hay nadie en este mundo capaz de colmar el deseo del hombre. Solo Dios sacia, y lo hace infinitamente. En sus *Confesiones* escribe san Agustín: «Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti (...). ¿Cómo podría yo descansar en ti? ¿Cómo podría conseguir que vengas a mi corazón y lo embriagues para que me olvide de todos mis males y me abrace a ti, mi único Bien? ¿Qué eres tú para mí? No te enojés y déjame hablar: ¿qué soy yo para ti, para que me mandes que te ame, y, si no lo hago, te disgustes conmigo y me amenaces con grandes desgracias? ¿Es que no es suficiente desgracia el no amarte? ¡Ay de mí! Por lo que más quieras, dime: ¿qué eres tú para mí? Díselo a mi alma: “Yo soy tu salvación”. Pero ¡díselo de modo que yo lo oiga! Señor, ahí tienes, delante de ti, los oídos de mi corazón. Ábrelos y dile a mi alma: “Yo soy tu salvación”. Entonces yo saldré disparado tras esa voz y te daré alcance. ¡No me escondas tu rostro! ¡Muera yo para que no muera mi alma y pueda así verte!».

323. – Me sorprende de qué modo entiende la pobreza el mundo actual, incluidos muchos miembros de la Iglesia católica. En la Biblia la pobreza es siempre una condición que acerca al hombre a Dios. Los pobres de Yahvé pueblan la Biblia. El monaquismo es un impulso que conduce exclusivamente a Dios: el monje vive en pobreza, castidad y obediencia absolutas, y vive de su Palabra en el silencio. El mundo moderno, sin embargo, se ha fijado el insólito objetivo de erradicar la pobreza. Por otra parte, existe una confusión inquietante entre miseria y pobreza. Esta manera de enfocar la realidad no encaja con el lenguaje de la Revelación. La pobreza se corresponde con la idea que Dios tiene del hombre. Dios es pobre y ama a los hombres pobres. Dios es pobre porque Dios es Amor, y el Amor es pobre. El que ama solo puede ser feliz si depende totalmente de la persona amada. Dios es la pobreza absoluta: en Él no hay ni rastro de posesión.

324. – En el Deuteronomio hallamos estas extraordinarias palabras, que permiten comprender el pensamiento y la voluntad divinas: «Debes recordar todo el camino que el Señor, tu Dios, te ha hecho recorrer por el desierto durante estos cuarenta años, para hacerte humilde, para probarte y conocer lo que hay en tu corazón, si guardas o no sus mandamientos. Te humilló y te hizo pasar hambre. Luego te alimentó con el maná, que desconocíais tú y tus padres, para enseñarte que no solo de pan vive el hombre, sino de todo lo que sale de la boca del Señor» (*Dt 8, 2-3*).

325. – La pobreza es una prueba y un despojamiento impuestos por Dios a quienes quieren vivir en su compañía. Dios desea conocer la verdad de su corazón y su fidelidad a los mandamientos. La pobreza es señal de amor. Nos libera de todo lo que pesa y entorpece nuestra marcha hacia lo esencial. Nos ayuda en la gran batalla contemporánea por descubrir los verdaderos valores de la vida.

En las batallas importantes hay que fijarse en el joven David, cuando Goliat desafía al ejército de Israel. David se enfrenta a Goliat, el filisteo, que va fuertemente armado. Mide seis codos y un palmo. Un yelmo de bronce cubre su cabeza. Lleva una coraza de escamas que pesa cinco mil siclos de bronce, polainas y una jabalina de bronce a la espalda. Su lanza pesa seiscientos siclos de hierro y delante de él va un escudero. Saúl quiere vestir a David con sus propias vestiduras: le pone un casco de bronce, le coloca la coraza y le ciñe la espada. Pero David no es capaz de andar con tanto peso y dice: «No puedo caminar así». Y se lo quita todo (*I S 17*). Si vamos demasiado cargados de riquezas y bienes materiales, si no nos despojamos de las ambiciones y artificios de este mundo, jamás podremos avanzar hacia Dios, hacia lo esencial de nuestra existencia. Sin las virtudes de la pobreza es imposible librar la batalla contra el Príncipe de este mundo.

En el caso de la miseria, sin embargo, la rebeldía es una reacción perfectamente justa. No podemos tolerar la indigencia en la que se halla inmersa parte de la humanidad. Quiero dejar clara la diferencia entre la pobreza, semejanza de Dios, *gloria de la Iglesia*, y la miseria y su cortejo de desgracias, que hacen necesaria la rebeldía. En *Gaudium et spes* esta distinción queda perfectamente explicada: «Cooperen gustosamente y de corazón los cristianos en la edificación del orden internacional con la observancia auténtica de las legítimas libertades y la amistosa fraternidad con todos, tanto más cuanto que la mayor parte de la humanidad sufre todavía tan grandes necesidades, que con razón puede decirse que es el propio Cristo quien en los pobres levanta su voz para despertar la caridad de sus discípulos. Que no sirva de escándalo a la humanidad el que algunos países, generalmente los que tienen una población cristiana sensiblemente mayoritaria, disfrutan de la opulencia, mientras otros se ven privados de lo necesario para

la vida y viven atormentados por el hambre, las enfermedades y toda clase de miserias. El espíritu de pobreza y de caridad son gloria y testimonio de la Iglesia de Cristo» (GS 88, 1).

326. – La pobreza implica el desprendimiento y la separación de todo lo que es superfluo y constituye un obstáculo para el crecimiento de la vida interior. Los monjes son pobres y buscan deshacerse de los oropeles mundanos. No hay mayor pobre que Dios, que vive solamente en el amor.

En la pobreza somos totalmente dependientes del otro.

327. – Si no procuramos eliminar cada aspecto superficial de nuestra vida, nunca estaremos unidos a Dios. Cuando nos desprendemos de todo lo superfluo vamos entrando poco a poco en una forma de silencio. La madre Teresa vivió siempre buscando una inmensa pobreza para encontrar mejor a Dios en el silencio. Su única riqueza consistía en buscar a Dios en su corazón. Podía pasar horas delante del Sagrado Sacramento sin pronunciar una palabra. La religiosa extraía su pobreza del pozo de la humildad de Dios. El Padre no posee nada y la madre Teresa quería imitarle. Quiso que sus hermanas estuviesen absoluta y sinceramente desprendidas de cualquier bien material.

328. – También la Iglesia tiene que apartarse de lenguajes humanos y discursos convencionales para encontrar mejor a Dios en el silencio. En Nazaret Jesús creció en la pobreza más absoluta, pero contaba ya con la riqueza del silencio en Dios.

Si la Iglesia habla demasiado, cae en una especie de verborrea ideológica.

—*¿Cómo definiría lo superfluo, eso que impide encontrar a Dios en el silencio?*

329. – Los hombres tienen que intentar no atiborrarse de bienes que no son necesarios. Lo superfluo es lo que el hombre acumula innecesariamente, solo por avaricia. El cristiano está obligado a imitar a Cristo «que, siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para que vosotros seáis ricos por su pobreza» (2 Co 8, 9). Los votos de pobreza de los sacerdotes y los religiosos responden a esta exigencia. No se trata en absoluto de practicar una forma de jansenismo que conduce al odio de uno mismo. «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el Reino de los Cielos» (Mt 5, 3). Jesús se refiere al desprendimiento de todas las riquezas superfluas. «A los pobres se

les anuncia el Evangelio», proclama Cristo ante Juan Bautista (*Lc* 7, 22) para manifestar la plena apertura de los pobres al Evangelio y la predilección de Dios hacia ellos.

Por otra parte, en el Apocalipsis escribe san Juan: «Dices: “soy rico, me he enriquecido y de nada tengo necesidad”, y no sabes que eres un desdichado y miserable, pobre, ciego y desnudo» (*Ap* 3, 17). Dios resiste siempre a los poderosos y concede su gracia a los pobres.

El núcleo de la fe cristiana consiste en la pobreza de un Dios que lo da todo por amor, hasta su propia vida.

Si logramos permanecer con Dios en el silencio, poseemos lo esencial. No solo de pan vive el hombre, sino de la palabra que sale de la boca de Dios. La civilización materialista que hoy domina Occidente privilegia el beneficio inmediato, el éxito económico y las distracciones banales. En ese *continuum* del rey-dinero, ¿a quién le puede interesar el silencio de Dios? La Iglesia cometería un error fatal si agotara sus fuerzas en configurar un rostro social para el mundo moderno desbocado por el capitalismo de libre comercio. El bien del hombre no es únicamente material.

330. – La gran diferencia entre Dios y el hombre reside en el tema de la posesión. Si el ser humano no posee bienes materiales, se siente como si no tuviera nada, perdido y débil. La mayor parte de nuestros problemas procede de cierta transgresión de la pobreza. El hombre se deja atrapar en las redes de sus más bajos instintos posesivos. Quiere acumular bienes materiales para saciarse y disfrutar de ellos. Pero esos bienes superfluos tapan nuestros ojos, cierran nuestros corazones y minan nuestra energía espiritual. Aun así, hay muchos hombres ricos que viven una excepcional vida espiritual junto a Dios y una generosidad inmensa con los pobres.

Sin duda, debemos recordar con firmeza el derecho legítimo de los pueblos a disponer de los medios de subsistencia material necesarios para vivir. Sé hasta qué punto los que gobiernan en África pisotean este principio. Por eso es urgente evangelizar los corazones, las inteligencias y los comportamientos de todos mis hermanos africanos. En la encíclica *Caritas in veritate*, Benedicto XVI escribe: «Pablo VI ha afirmado que el anuncio de Cristo es el primero y principal factor de desarrollo y nos ha dejado la consigna de caminar por la vía del desarrollo con todo nuestro corazón y con toda nuestra inteligencia, es decir, con el ardor de la caridad y la sabiduría de la verdad. La verdad originaria del amor de Dios (...) abre nuestra vida al don y hace posible esperar en un “desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres”, en el tránsito *de condiciones menos humanas a condiciones más humanas*, que se obtiene venciendo las

dificultades que inevitablemente se encuentran a lo largo del camino». Solo el Evangelio podrá sanar nuestras relaciones humanas para constituir sociedades fraternas y solidarias. Dios está en el corazón de cada persona, en el centro de todas nuestras actividades, y también en el corazón de nuestra pobreza y de nuestra miseria.

331. – Si queremos entrar en Dios, tenemos que ser pobres. Porque el Padre no posee nada desde toda la eternidad. Por naturaleza, nos hallamos lejos de la simplicidad infinita de Dios. La ambición humana aborrece la indigencia. El hombre carece de coherencia. Prefiere el ruido de la materia antes que el silencio del amor. No olvidemos nunca la bienaventuranza proclamada por Jesús: «Bienaventurados los pobres, porque suyo es el Reino de Dios» (Lc 6, 20).

—Frente a la injusticia, Albert Camus no apelaba al silencio, sino a la rebelión: «Me rebelo, luego somos», escribía en El hombre rebelde. Y, al mismo tiempo, decía: «¿Qué es un hombre rebelde? Una persona que dice “no”. Pero, si niega, no renuncia». De primeras, es difícil no darle la razón... ¿Son más importantes la rebelión y la llamada a la lucha que el silencio?

332. – En su libro *Otro modo de ver al hombre*, dice Maurice Zundel: «Camus no sabía que, detrás de ese escándalo y de ese infortunio del hombre entregado a un Universo capaz de aplastarle, había un Amor infinito y eterno que no cesa de velar por nosotros, de esperarnos y de llamarnos. Ahora bien, ese Amor no puede hacer nada sin nosotros porque no es más que Amor, y porque ese Amor es esencialmente libertad, una libertad que se dirige a nuestra libertad y no puede nada sin ella, sin su consentimiento. Camus no pudo resolver el problema del mal desde este lado del velo, pero lo sintió de una manera profunda y lo expresó magníficamente».

Es cierto que, ante un sufrimiento inhumano, puede darse una rebelión sana y justa. Pero, si se trata de una rebelión consciente o inconsciente contra Dios, la lucha es inútil, ilusoria y ridícula. Dios no es responsable de la miseria que los propios hombres han generado.

333. – La rebelión no es forzosamente la actitud más justa. De hecho, estoy convencido de que nunca es una respuesta permanente. En cierto modo, la rebelión constituye un ruido vacío, porque en realidad no contiene ninguna respuesta ni ninguna esperanza.

El hombre rebelde es la obra de un ateo encerrado en sí mismo, sin horizonte y, por lo tanto, sin ninguna salida capaz de darle acceso a lo Invisible que dirige su vida.

334. – Me pregunto a menudo cuál es la paz que puede habitar en el corazón del hombre que rechaza a Dios. En las *Confesiones* escribe san Agustín: «Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti». Sin Dios, el hombre está desgarrado, angustiado, intranquilo, agitado, y no puede lograr el descanso interior. La auténtica vida no está en la rebelión, sino en la adoración silenciosa. Es cierto que no tenemos respuesta al problema del mal; no obstante, nuestra tarea consiste en hacerlo menos insoportable y darle remedio sin orgullo, discretamente, en la medida de nuestras posibilidades, como han hecho santa Teresa de Calcuta y tantos otros santos.

335. – La sociedad mediática va de rebelión sentimental en rebelión moral, como un Sísifo desesperado que escala sin descanso la montaña. Reivindica su rebelión, su odio hacia lo que autodefine como injusto y no igualitario, orgullosa de sus buenos sentimientos que, sin embargo, son lo más fatuo que existe. Cínica y deshonesto, se refugia rastremente en sus aversiones.

336. – La existencia moderna es una vida apuntalada y totalmente edificada sobre el ruido, el artificio y el trágico rechazo de Dios. Yendo de revoluciones en conquistas, de ideologías en combates políticos, de voluntad desenfrenada de igualdad en culto obsesivo al progreso, el silencio es imposible. Y lo que es peor: las sociedades transparentes profesan un odio implacable al silencio, considerado una derrota abyecta y retrógrada.

337. – Un hombre sin silencio es un hombre extraño a Dios, exiliado en un país lejano, que se queda en la superficie del misterio del hombre y del mundo; pero Dios está en el fondo del hombre, en las regiones silenciosas de su ser. En su libro *Saint Grégoire le Grand. Culture et expériences chrétiennes*, monseñor Dagens explica cuál es la antropología del autor de los *Moralia*. San Gregorio concede un lugar importante a las nociones de interioridad y exterioridad para describir el destino humano: «El hombre – escribe – estaba destinado a vivir en el interior del mundo divino: ese era su lugar de origen. Cuando cae en el pecado, se excluye a sí mismo de ese lugar privilegiado. A partir de ese momento, la exterioridad a la que queda expuesto bajo la forma de pecado, de ceguera y exilio le impide alcanzar la interioridad que añora, es decir, la santidad, la luz, la alegría de estar en su verdadera patria». Al transigir con el pecado, es como la arena del mar: «El movimiento de las olas arrastra afuera la arena del mar, porque con su pecado el hombre, que ha consentido con complacencia el agitado oleaje de las

tentaciones, se ha separado de su propia intimidad saliendo de sí mismo» (*Moralia* 7, 2.2 – PL, 75, 768C).

—¿Cómo puede guardarse silencio ante la enfermedad?

338. – Me gustan de un modo especial estas palabras llenas de luz del salmo 38, cuyo título es *Pequeñez del hombre ante Dios*: «Yo me decía: “Vigilaré mis caminos para no pecar de lengua; pondré mordaza a mi boca mientras esté frente a mí el impío”. Guardé silencio, callé sin provecho; y se recrudenció mi dolor. Mi corazón ardía dentro de mí; en mi meditación se encendía el fuego, hasta que desaté mi lengua: “Señor, hazme saber mi fin, cuál sea la medida de mis días; para saber qué fugaz soy yo. Has dado a mi vida unos pocos palmos, mi existencia es nada delante de Ti. Un soplo es todo hombre en su vigor. Como una sombra el hombre pasa, en vano se afana, amasa fortuna sin saber quién la cosechará. Ahora, Señor, ¿qué puedo esperar? Mi esperanza está en Ti. Líbrame de todos mis delitos; no me espongas a la burla del necio. Me callo, no abriré la boca, pues eres Tú quien hace las cosas. Aparta tus golpes de mí: estoy agotado por la furia de tu mano. Castigas al hombre para corregirle de su culpa; corroes, como polilla, sus tesoros. Solo un soplo es todo hombre. Escucha mi plegaria, Señor, presta oído a mi clamor, no seas sordo a mis lágrimas, pues soy un forastero ante Ti, un peregrino como todos mis padres. Aparta de mí tu mirada para que tome aliento, antes de que me vaya y deje de existir”».

Puede ser que en el sufrimiento nos veamos arrastrados por la exasperación, pero es importante guardar silencio y permanecer ante Dios. La enfermedad, el deterioro físico y psicológico, la fragilidad humana son grandes misterios. El padecimiento del cuerpo es un momento privilegiado para contemplar el misterio de nuestra breve vida, que camina inexorablemente hacia la muerte. Hay que aprender a rendir la fragilidad de la existencia ante el poder de Dios.

La enfermedad es la ocasión que tiene Dios para calibrar la realidad del hombre. El ser humano es una criatura endeble, pero su creador vela por él en los momentos más difíciles. Existe la falsa creencia de que el dolor físico es un golpe perverso del destino. ¿Por qué el hombre no logra comprender que Dios nunca quiere el mal?

En la enfermedad el hombre se halla desnudo ante Dios. «Para ser más exactos – escribe monseñor Claude Dagens en su libro sobre san Gregorio Magno–, el combate espiritual se caracteriza por una asombrosa paradoja. Cuanto más probado es el hombre en la carne, más se santifica su alma, como si las pruebas exteriores fueran necesarias para provocar el progreso interior. ¿No nos proporciona el santo Job un ejemplo vivo de esa paradoja y de esa interrelación? Derribado exteriormente por las heridas de la carne,

se mantiene interiormente en pie gracias a la muralla de su alma. Esa es la pedagogía de Dios: para mover a los hombres al arrepentimiento y la conversión, el Señor los prueba».

339. – Muchas veces los sufrimientos físicos son indispensables para provocar una rectificación espiritual y moral. El hombre probado que se confía a la Bondad divina muestra una fe inmensa en Dios. Manifiesta un coraje silencioso y se pierde en una fervorosa oración a la espera de la respuesta del Todopoderoso. Sé que el vigor de la oración es más fuerte que el trueno y más dulce que la brisa de la mañana. Sé que los relámpagos de la oración son capaces de hacer temblar los cimientos del universo, de mover montañas, de elevar mi ser y el mundo hacia Dios para perdernos en Él.

En la Biblia resulta muy elocuente la espléndida figura de Job. Este hombre santo, rico y rodeado de hijos, ha sido colmado de todos los bienes que el hombre puede desear. Pero la vida de Job da un giro brutal. Varios grupos armados le roban sus siete mil ovejas, sus quinientas yuntas de bueyes y sus tres mil camellos. Se levanta un fuerte viento del desierto y la casa que alberga a sus hijos se derrumba sobre ellos y los mata. Los caldeos se dividen en tres grupos y pasan a cuchillo a sus criados. Y, finalmente, Job cae enfermo. Pese a esta sucesión de desgracias, el amor a Dios de Job sigue siendo inquebrantable. Job proclama con firmeza su inocencia y hace profesión de una fe sólida como una roca que ha sobrevivido a los siglos: «¡Quién me diera poder escribir mis palabras! ¡Quién me diera poderlas grabar sobre bronce! ¡Y con punzón de hierro y plomo esculpirlas en la roca para siempre! Bien sé yo que mi defensor vive y que Él, el último, se alzaría sobre el polvo. Y después de que mi piel se haya destruido, desde mi carne veré a Dios. Yo lo veré por mí mismo, mis ojos lo contemplarán y no otro» (*Jb* 19, 23-27).

340. – La enfermedad es una realidad terrible y dolorosa. Es expresión del misterio del hombre, de su fragilidad y, al mismo tiempo, de esa energía interior que le ayuda a ir realizándose superando los obstáculos de la vida. Si conseguimos resistir, si damos pruebas de generosidad y amor, la enfermedad puede convertirse en un camino hacia Dios, un camino de madurez y de edificación interior. Entonces la enfermedad es una oportunidad para constituir en nosotros ese hombre perfecto, plenamente maduro, que hace realidad la plenitud de Cristo.

En el silencio el hombre se da cuenta de que en este mundo los días están contados. En la enfermedad podemos vivir en una sintonía casi perfecta con Dios. El examen de conciencia silencioso, en el corazón del dolor, permite al hombre contemplar qué ha hecho con su vida y qué le queda por hacer. La enfermedad es una esperanza sublime en

el gran silencio de Dios. Si el hombre se rebela contra la enfermedad, va cayendo poco a poco en una desesperación estéril, en un camino sin salida, en un rechazo agresivo y angustioso. No es lo mismo la rebelión que la resistencia, que implica un proceso interior silencioso.

341. – Los grandes enfermos suelen ser hombres que demuestran una paz inquebrantable. Saben que el grave declive del cuerpo ha situado su espíritu en un cara a cara íntimo con las realidades divinas. Suelen ser personas contentas con su suerte. Cuando el común de los mortales imagina una vida triste y fatigosa, los enfermos conservan una absoluta serenidad. El silencio de la mirada de un hombre a punto de marchar ya está habitado por Dios.

Sí, la enfermedad es una manifestación sublime del misterioso silencio de Dios, un silencio amante y cercano al sufrimiento humano. La enfermedad hace escalar al hombre los distintos grados del ser. Le desvela su propio misterio ayudándole a entrar en sí mismo para encontrar allí a Dios, que está en lo más íntimo de su alma.

Así escribe Juan el evangelista: «Había un enfermo que se llamaba Lázaro, de Betania, la aldea de María y de su hermana Marta. María era la que ungió al Señor con perfume y le secó los pies con sus cabellos; su hermano Lázaro había caído enfermo. Entonces las hermanas le enviaron este recado: “Señor, mira, aquel a quien amas está enfermo”. Al oírlo, dijo Jesús: “Esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, a fin de que por ella sea glorificado el Hijo de Dios”. Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Aun cuando oyó que estaba enfermo, se quedó dos días más en el mismo lugar. Luego, después de esto, les dijo a sus discípulos: “Vamos otra vez a Judea”. Le dijeron los discípulos: “Rabbi, hace poco te buscaban los judíos para lapidarte, y ¿vas a volver allí?”. “¿Acaso no son doce las horas del día? –respondió Jesús–. Si alguien camina de día, no tropieza porque ve la luz de este mundo; pero, si alguien camina de noche, tropieza porque no tiene luz”. Dijo esto, y a continuación añadió: “Lázaro, nuestro amigo, está dormido, pero voy a despertarle”. Le dijeron entonces sus discípulos: “Señor, si está dormido se salvará”. Jesús había hablado de su muerte, pero ellos pensaron que hablaba del sueño natural. Entonces Jesús les dijo claramente: “Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis; pero vayamos adonde está él”. Tomás, el llamado Dídimo, les dijo a los otros discípulos: “Vayamos también nosotros y muramos con él”.

»Al llegar Jesús, encontró que ya llevaba sepultado cuatro días. Betania distaba de Jerusalén como quince estadios. Muchos judíos habían ido a visitar a Marta y María para consolarlas por lo de su hermano. En cuanto Marta oyó que Jesús venía, salió a recibirle;

María, en cambio, se quedó sentada en casa. Le dijo Marta a Jesús: “Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano, pero incluso ahora sé que todo cuanto pidas a Dios, Dios te lo concederá”. “Tu hermano resucitará”, le dijo Jesús. Marta le respondió: “Ya sé que resucitará en la resurrección, en el último día”. “Yo soy la Resurrección y la Vida –le dijo Jesús–. El que cree en mí, aunque hubiera muerto, vivirá, y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre. ¿Crees esto?”. “Sí, Señor –le contestó–. Yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido a este mundo”. En cuanto dijo esto, fue a llamar a su hermana María, diciéndole en un aparte: “El Maestro está aquí y te llama”. Ella, en cuanto lo oyó, se levantó enseguida y fue hacia él. Todavía no había llegado Jesús a la aldea, sino que se encontraba aún donde Marta le había salido al encuentro.

»Los judíos que estaban con ella en la casa y la consolaban, al ver que María se levantaba de repente y se marchaba, la siguieron pensando que iba al sepulcro a llorar allí. Entonces María llegó donde se encontraba Jesús y, al verle, se postró a sus pies y le dijo: “Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano”. Jesús, cuando la vio llorando y que los judíos que la acompañaban también lloraban, se estremeció por dentro, se conmovió y dijo: “¿Dónde le habéis puesto?”. Le contestaron: “Señor, ven a verlo”. Jesús rompió a llorar. Decían entonces los judíos: “Mirad cuánto le amaba”. Pero algunos de ellos dijeron: “Este, que abrió los ojos del ciego, ¿no podía haber hecho que no muriera?”. Jesús, conmoviéndose de nuevo, fue al sepulcro. Era una cueva tapada con una piedra. Jesús dijo: “Quitad la piedra”. Marta, la hermana del difunto, le dijo: “Señor, ya huele muy mal, pues lleva cuatro días”. Le dijo Jesús: “¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios?”. Retiraron entonces la piedra. Jesús, alzando los ojos hacia lo alto, dijo: “Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo sabía que siempre me escuchas, pero lo he dicho por la muchedumbre que está alrededor, para que crean que Tú me enviaste”. Y después de esto, gritó con voz fuerte: “¡Lázaro, sal afuera!”. Y el que estaba muerto salió con los pies y las manos atados con vendas, y con el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: “Desatadle y dejadle andar”.

»Muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que hizo Jesús, creyeron en él. Pero algunos de ellos fueron a los fariseos y les contaron lo que Jesús había hecho. Entonces los príncipes de los sacerdotes y los fariseos convocaron el Sanedrín: “¿Qué hacemos, puesto que este hombre realiza muchos signos? –decían–. Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos y destruirán nuestro lugar y nuestra nación”. Uno de ellos, Caifás, que aquel año era sumo sacerdote, les dijo: “Vosotros no entendéis nada, ni os dais cuenta de que conviene que un solo hombre muera por el pueblo y no que perezca toda la nación”, pero esto no lo dijo por sí mismo, sino que, siendo sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús iba a morir por la nación;

y no solo por la nación, sino para reunir a los hijos de Dios que estaban dispersos. Así, desde aquel día decidieron darle muerte. Entonces Jesús ya no andaba en público entre los judíos, sino que se marchó de allí a una región cercana al desierto, a la ciudad llamada Efraím, donde se quedó con sus discípulos» (Jn 11, 1-54).

342. – Dios suele poner mayor interés en el cuerpo del hombre y respetarlo más aún que el propio hombre. ¿Cómo se puede vivir en la paz y la alegría si el cuerpo está constantemente sometido a presiones de toda clase?

343. – La enfermedad está intrínsecamente ligada a la eternidad. Los verdaderos hombres de Dios no tienen miedo a la muerte porque esperan el Cielo. Resulta admirable el ejemplo de un monje de la abadía de Sept-Fons, el hermano Théophane, a quien un tumor cerebral se llevó a los veintiocho años. Refiriéndose a su corta vida, escribió este mensaje conmovedor: «¿Qué es la vida monástica? ¿Cuántos han recibido esta llamada? ¿Cuántos han llegado a ser al final de su vida auténticos monjes, amigos de Dios? ¿Cuántas gracias, cuánta fidelidad, cuánta perseverancia y coraje me harán falta para lograrlo? ¿Y cuánto de ese pequeño algo más que nos hace amigos de Dios? Ahora que estoy en los comienzos, ¿cuál será mi futuro? Cuento con mi vocación, con la fe, con el ejemplo de ancianos como el padre Jérôme y esa lacerante esperanza de conseguirlo, igual que él, algún día. Ser un monje, un auténtico monje».

Cuanto más sufría, más se acercaba a las cumbres espirituales. El padre Samuel, monje trapense de Sept-Fons, ha escrito *Qui cherchait Théophane*, un libro espléndido sobre su breve vida, su cruel enfermedad y su muerte, del que me gusta citar estas frases: «Sin la esperanza cristiana, seguramente se habría desesperado o rebelado. Y nosotros también. Todos estuvimos tentados de ello, dado lo absurdo de la situación: ¡una enfermedad que segaba una vida tan joven, que prometía tanta plenitud! Intentamos dar la espalda a la resignación. Al hermano Théophane la enfermedad le enseñó a ignorar las apariencias de felicidad, a aceptar las aparentes derrotas. Si se hubiera curado, esta actitud habría iluminado toda su existencia. En ese sentido, su testimonio es precioso para otros enfermos que desean sanar, y también para nosotros. Ahora sabemos que ese es el precio de la felicidad. Me refiero a una felicidad sólida que ningún incidente pasajero, por grave que sea, puede truncar. La enfermedad del hermano Théophane le hizo un hombre más sólido y le lanzó, nos lanzó a todos, al corazón de Dios. ¿Qué buscaba el hermano Théophane? El hermano Théophane no le pedía nada a nadie, ni siquiera a Dios, ni siquiera ser amado: quería ser feliz».

El padre Samuel concluye su libro con esta cita del Génesis: «Judá es un cachorro de

león; ¡hijo mío, volviste con la presa! Se recuesta echándose como un león, y como una leona: ¿quién le hará levantarse?» (Gn 49, 9).

344. – Con el hermano Vincent-Marie de la Resurrección, miembro de la comunidad de canónigos regulares de Lagrasse, viví una experiencia muy enriquecedora. Víctima de una esclerosis múltiple fulminante, fue perdiendo progresivamente su capacidad de movimiento y de palabra. Pese a esta dolorosa situación, el hermano Vincent conservó la serenidad, la alegría y la paciencia. Todos nuestros encuentros tuvieron lugar en el silencio y la oración. Dios le pidió ser un holocausto permanente y una ofrenda silenciosa por la salvación del mundo; al lado de este amigo mío me convertí en un alumno que aprendía el misterio del sufrimiento.

Contemplar al hermano Vincent cosido al lecho de su enfermedad me reveló silenciosamente que la expresión más sublime del Amor es el sufrimiento. La víspera de su entierro, leyendo su diario íntimo, descubrí toda la energía espiritual que alimentó su vida interior. En esas páginas encontré una reflexión sumamente profunda: «Creo que Dios ha concedido el sufrimiento al hombre por un pensamiento de amor y misericordia. Creo que el sufrimiento es para el hombre el principal autor de la redención y la santificación». Sí, el sufrimiento es un estado de felicidad y de santificación. Mientras leía al hermano, me parecía estar oyendo las palabras de santa Teresa del Niño Jesús: «He encontrado la felicidad y la alegría en la tierra, pero únicamente las he encontrado en el sufrimiento, pues he sufrido mucho».

Para lograr asumir el sufrimiento y hallar en él la alegría, el hermano Vincent nos deja un último secreto que descubrí en su diario íntimo: «Cada día me encierro en un triple castillo –escribe–: el primero es el corazón purísimo de María (...), para defenderme de cualquier ataque del Espíritu Maligno; el segundo es el corazón de Jesús para defenderme de cualquier ataque de la carne; el tercero es el santo sepulcro, donde me oculto junto a Jesús para defenderme del mundo».

345. – El lenguaje del sufrimiento y el silencio es distinto del lenguaje del mundo. Ante el dolor vemos dibujarse dos caminos diametralmente opuestos: la noble vía del silencio y el surco pedregoso de la rebelión, es decir, el camino del amor de Dios y el del amor a uno mismo.

346. – El miedo patológico al sufrimiento y al silencio está especialmente agudizado en Occidente. Por el contrario, las culturas africanas y asiáticas demuestran una

extraordinaria aceptación del dolor, la enfermedad y la muerte, porque en ellas se encuentra intensamente presente la perspectiva de una vida mejor en el más allá.

—*¿Cuál es la actitud adecuada ante una enfermedad incurable?*

347. – Cuando la enfermedad se vuelve incurable, la palabra ya no significa gran cosa. Hay que aprender a guardar silencio, a acariciar con afecto al ser que sufre para transmitirle la cercanía, el calor y la compasión de Dios. Basta con tomar su mano y mirarse sin decir nada. La ternura de una mirada es capaz de llevar el consuelo y el sostén de Dios. Ante un enfermo que sufre no hace falta hablar. Hay que compadecerse silenciosamente, amar y rezar, con la certeza de que el único lenguaje que conviene al Amor es la oración y el silencio.

348. – La propia condición del enfermo le inicia en el silencio. Va por delante del bien que comporta el misterio del silencio de Dios. El hombre que sufre espera sin palabras. Pero en su corazón palpitan la esperanza y el abandono que lo sumergen en Dios.

349. – La enfermedad es un anticipo del silencio de la eternidad.

—*Frente a la muerte, ¿cuál es el verdadero silencio?*

350. – Cuando Dios llega a llevarse a un hombre, se instalan dos formas de silencio: el de los vivos, petrificados por la ausencia, y el silencio de quien ha fallecido, que nos introduce en el misterio de la esperanza cristiana y de la verdadera vida.

Los primeros se sitúan ante el misterio de un silencio intranquilo, triste, doloroso e inconsolable. Este silencio imprime en los rostros la angustia, la tristeza y el rechazo a la muerte, que llega para alterar una tranquila indiferencia.

351. – Hoy las sociedades occidentales rechazan la muerte, traumatizadas por el dolor y la pena que la acompañan. El hombre moderno querría ser inmortal. La negación del tránsito definitivo lleva a una cultura de muerte que impregna el conjunto de las relaciones sociales. La civilización posmoderna niega la muerte, la suscita y, paradójicamente, no cesa de exaltarla. El asesinato de Dios permite a la muerte seguir rondando siempre, porque la esperanza ha desaparecido del horizonte de los hombres.

352. – Ignorar la muerte conlleva el odio a su silencio. Las nuevas costumbres funerarias revelan una falsa alegría y un duelo adulterado que se niegan a ceder la palabra al silencio. La decadencia occidental ha alcanzado tal nivel que ya no es raro escuchar aplausos y largos discursos durante los funerales. El duelo se expresa con lágrimas, y no con una alegría artificial y privada de raíces. ¿No lloró Cristo a su amigo Lázaro, muerto y enterrado cuatro días antes?

No quiero dejar de recordar que la muerte es un momento difícil que provoca un desasosiego natural en los vivos. Las lágrimas, por su parte, son la manifestación de un silencio auténtico. También sé lo difícil que es aceptar la brutalidad de la separación. A veces lo que se va es una parte de nuestra vida. La muerte se lleva consigo pedazos de la historia de quienes se quedan en la tierra.

353. – El gran interrogante de la muerte solo se puede entender de verdad en el silencio de la oración. ¿Hay otra forma de comprender el silencio de la ausencia que no sea con el silencio de nuestro corazón y de nuestros labios?

354. – El silencio de la muerte suele ir precedido de la enfermedad y el sufrimiento. Solo hay un camino para meditar el sentido de la ausencia, un camino que pasa por el silencio interior.

De hecho, la continuidad de la relación entre los muertos y los vivos existe únicamente en el silencio. La inseparabilidad del mundo de la vida del de la muerte se hace realidad en el silencio y en una relación que trasciende los cuerpos. Pese a la ausencia física del cuerpo, la relación con nuestros difuntos es indestructible, real y tangible, porque su cariño está profundamente grabado en nuestros corazones.

355. – La muerte es el silencio del misterio, el silencio de Dios y el silencio de la vida.

¿Cómo pueden los cristianos alimentar su silencio? La respuesta definitiva la ofrece Cristo en la Cruz, donde encuentran a un Dios que sufre y muere. Pero la victoria de Cristo es la fuente de la esperanza y del silencio, tan inmenso es el don de Dios.

356. – La enseñanza de la Iglesia no consiste ante todo en consolar o tranquilizar con dulces palabras: lo que quiere es hablar, siguiendo las huellas de Cristo, de la inmortalidad del alma y de la resurrección de los cuerpos. *El prefacio primero de difuntos* contiene esta afirmación: «La vida no termina, sino que se transforma, y, al deshacerse esta

morada terrenal, se prepara una mansión eterna en el Cielo». Ante esta realidad solo se impone el silencio.

357. – ¿Por qué vamos a alzarnos en contra de la muerte? El rechazo a la muerte es un callejón sin salida. Porque, por encima de la ausencia y la sepultura, la muerte es un nuevo nacimiento. Ante ella somos como los recién nacidos: no sabemos hablar, pero la vida se desarrolla y crece de manera invisible.

358. – La muerte es comprensible si dirigimos en silencio a Cristo una mirada de fe: desde el calvario, donde se derriba a un Dios herido y destruido, hasta la sepultura, donde a los tres días es vencida la muerte, los hombres encuentran en Él la esencia y el aroma del silencio divino.

359. – El cristianismo permite a la humanidad tener una visión de la muerte más simple, más serena y más silenciosa, alejada de los gritos, del llanto y de la desesperación.

360. – La muerte es una puerta que hemos de aceptar franquear sin ruido, porque se abre ante nosotros para conducirnos a la vida. La Parca traslada a los hombres a la patria divina. ¡Esa es la esperanza que requiere toda nuestra oración! Debemos desear cruzar esa puerta serenamente y con fe.

Por desgracia, a muchos la muerte les parece una noche sin fin y sin mañana. No obstante, la noche contiene valores que el día ni siquiera imagina. El hombre sin fe crea luces que le parecen sólidas y eternas. Pero cuando pensamos en nuestro futuro diciéndonos: «Voy a destruir mis graneros, y construiré otros mayores, y allí guardaré todo mi trigo y mis bienes. Entonces le diré a mi alma: “Alma, ya tienes muchos bienes almacenados para muchos años. Descansa, come, bebe, pásalo bien”» (*Lc 12, 18-19*), a la hora de plantearnos preguntas y tomar decisiones, Dios las extingue. Los techos de nuestras casas se desploman sobre nosotros, las hormigas socavan las torres más altas, los muros se resquebrajan y se desploman, y los edificios más santos quedan reducidos a cenizas mientras el que vela elabora una teoría de la sostenibilidad.

No ignoro que este lenguaje es absolutamente incomprensible y ofensivo para quienes carecen de fe. El hombre materialista quiere hacer de la vida una gran fiesta, un tiempo para gozar de todos los placeres, un disfrute compulsivo. Después, lo más tarde posible, aparece la muerte para detener esa carrera y abocar al vacío. Ya no hay nada. Esos

hombres se mueven como los animales, sin alma y sin esperanza. De tanto maquillar la muerte como un instante indoloro, cuando llega el día fatídico se abre un abismo bajo sus pies. Aun así, los que sobreviven aún son capaces de fiestas... La muerte se transforma en un espectáculo ruidoso y exhibicionista, en cámaras mortuorias sin alma, en crematorios paganos y en mórbidas urnas funerarias. Gracias a las nuevas técnicas, se llega a profanar y a despreciar el cuerpo humano hasta licuarlo, como para negar el destino divino del hombre.

361. – El hombre de fe debe mirar a Cristo en silencio. Los mártires acceden a morir sin ruido porque saben que la muerte es una puerta. Ese tránsito es la puerta de la vida. Pienso en el padre Maximiliano Kolbe, que entregó su vida para salvar a sus compañeros y aceptó la muerte con inmensa sencillez. El 17 de febrero de 1941, después de ser arrestado por la Gestapo, fue brutalmente golpeado por no querer negar a Jesucristo. Identificado con el número 16670, el 28 de mayo lo trasladaron al campo de Auschwitz. En Polonia, durante los años más oscuros de la invasión de Hitler, Maximiliano Kolbe ya había demostrado toda la fuerza de su valor y la hondura de su fe. Haciéndose cercano a todos, se sentía capaz de cualquier cosa por amor a Jesús quien, por mediación de la Virgen María, no dejó de comunicarle su fuerza. Maximiliano Kolbe no era un hombre de componendas: pensaba que la verdad no se podía disfrazar y que «todo lo que podemos y debemos hacer es buscarla; y, después de encontrarla, servirle hasta el final. Hemos de servir a la verdad hasta la muerte». En julio de 1941 desapareció un hombre del bloque 14, donde se alojaba el padre Kolbe. Como represalia, los nazis eligieron a diez presos y los condenaron a morir de hambre.

Maximiliano Kolbe se ofreció voluntario para sustituir a uno de esos diez hombres, un padre de familia llamado Franciszek Gajowniczek. Los diez fueron encerrados en un búnker subterráneo débilmente iluminado. En pocos días el hambre y la sed sumieron en el delirio a los condenados, pero Maximiliano, gracias a la oración, logró que entre sus compañeros de tragedia reinaran la calma y la piedad. Al cabo de dos semanas sin alimento, solo quedaba con vida el padre Kolbe, quien había prestado ayuda y visto morir a todos sus compañeros. Finalmente, el 14 de agosto, lo ejecutaron con una inyección de fenol en el brazo. El 15 de agosto de 1941, fiesta de la Asunción de la Virgen María, incineraron su cuerpo en un horno crematorio.

—¿Cómo hallar el silencio ante el sufrimiento de la muerte? En Pensar la muerte, el filósofo Vladimir Jankélévitch respondía así a la pregunta: ¿no es el instante de la muerte el único momento de verdadero silencio de la vida? «Sí, pero para aquel que observa al moribundo. El que va a morir suele encontrarse en tal

estado que las palabras silencio o soledad ya no tienen sentido para él. El que lo observa puede representarse ese instante como el momento de silencio más extremo, por oposición a la existencia que lo rodea. Si uno puede ser amparado, reconfortado y ayudado a lo largo de toda la existencia, el paso de la muerte, el instante mortal, hay que atravesarlo solo».

362. – Para responder a esta afirmación me gustaría citar de nuevo unas pocas líneas del padre Samuel en *Qui cherchait Théophane*:

«Los últimos días, el hermano Théophane casi no era capaz de hablar. Decidí recitar el Credo abreviándolo en algunas preguntas:

—¿Crees esto?

—Sí.

—¿Amas al Señor?

—Sí.

—¿Amas a la Virgen?

—Sí.

—¿Quieres hacer la voluntad de Dios?

—¡Sí!

Eran síes rotundos y algo sibilantes, porque empezaba a tener problemas para pronunciar. Un día, estos actos tan simples, tan sólidos, tan sinceros, me conmovieron tanto y, al mismo tiempo, me hicieron tanta gracia, que interrumpí la oración para bromear:

—¡Eres un santo!

A lo que él contestó en el mismo tono:

—¿Sí?

Los últimos días nos daba la impresión de que su atención no era constante y nos preguntábamos dónde estaba la frontera entre la decisión libre y el mero automatismo. En realidad, el hermano Théophane navegaba entre una cosa y otra. Su silencio nacía tanto de sus recientes dificultades para hablar como de una mezcla de recogimiento y somnolencia. Cuando me daba cuenta, siempre le preguntaba:

—¿Estás cansado?

—No.

—¿Quieres seguir?

—Sí.

Su adhesión a Dios se reducía a un sincero asentimiento repetido dos o tres veces sobre un telón de fondo de costumbres bien arraigadas. ¿No es esa la arcilla humana de la que está hecha toda la oración del hombre?».

363. – La agonía y la muerte son siempre un dolor intenso y profundo. Pero la actitud silenciosa es la mejor manera cristiana de recibir a la muerte. La Virgen María permaneció de pie, en silencio, al pie de la Cruz de su Hijo.

El instante que abre la puerta a un encuentro que nos dejará ver a Dios, como afirmaba con tanta fuerza el *Testamento de Job*, es el silencio más hermoso de la vida en la tierra. Pero no es nada al lado del silencio del Cielo.

364. – Cuando se separa del cuerpo al que abandona, el alma asciende en medio de un silencio incomparable. El gran silencio de la muerte es el silencio del alma que parte hacia otra patria: la tierra de la vida eterna.

Hay que guardar la armonía con el silencio del alma de los difuntos. Las grandes obras de Dios ocurren siempre en el silencio. El momento en que el cuerpo se une al alma y el momento en que esa alma se separa de su envoltura carnal son momentos de silencio, momentos eminentemente divinos.

365. – Nada de lo que es de Dios hace ruido. Nada es violento: todo es delicadeza, pureza y silencio.

V
COMO UN GRITO EN EL DESIERTO
El encuentro en la *Grande Chartreuse*

En el retiro de los monasterios y en la soledad de las celdas,
paciente y silenciosamente, los cartujos tejen
el vestido nupcial de la Iglesia.

San Juan Pablo II, *Carta a los cartujos*
en el IX Centenario de la muerte de san Bruno

El empeño y propósito nuestros son principalmente vacar
al silencio y soledad de la celda. Esta es, pues, la tierra santa
y el lugar donde el Señor y su siervo conversan a menudo
como entre amigos; donde el alma fiel se une frecuentemente
a la Palabra de Dios y la esposa vive en compañía del Esposo;
donde se unen lo terreno y lo celestial, lo humano
y lo divino. Pero hay que andar mucho por caminos
de aridez y sequedad antes de llegar a los manantiales
de las aguas y a la tierra de promisión.

Por eso conviene que el que vive retirado en su celda vele
diligente y solícito para no procurarse ni aceptar ninguna
salida de ella, fuera de las generalmente establecidas; más
bien considere la celda tan necesaria para su salud y vida,
como el agua para los peces y el aprisco para las ovejas.
Si se acostumbra a salir de ella con frecuencia y por leves
causas, pronto se le hará odiosa; pues, como dice
san Agustín: «Para los amigos de este mundo no hay nada
más trabajoso que no trabajar». Por el contrario, cuanto más
tiempo guarde la celda, tanto más a gusto vivirá en ella,
si sabe ocuparse de una manera ordenada y provechosa
en la lectura, escritura, salmodia, oración, meditación,
contemplación y trabajo. Entretanto, vaya acostumbrándose
a la tranquila escucha del corazón, que deje entrar a Dios
por todas sus puertas y sendas. Así, con la ayuda divina, evitará

los peligros que frecuentemente acechan al solitario: seguir en la celda el camino más fácil y merecer ser contado entre los tibios.

Los frutos del silencio los conoce quien lo ha experimentado.

Aunque al principio nos resulte duro callar, gradualmente, si somos fieles, nuestro mismo silencio irá creando en nosotros una atracción hacia un silencio cada vez mayor. Para conseguirlo, está establecido que no hablemos unos con otros sin permiso del Presidente.

El primer acto de caridad para con nuestros hermanos es respetar su soledad. Si se nos permite hablar de algún asunto, sea nuestra conversación tan breve cuanto sea posible.

Los que no son de nuestra Orden ni aspiran a entrar en ella, no se hospeden en nuestras celdas.

Los monjes del claustro dedican todos los años ocho días a una guarda mayor de la quietud de la celda y del recogimiento.

Lo que se ha acostumbrado hacer normalmente con ocasión del aniversario de la Profesión.

Dios nos ha traído a la soledad para hablarnos al corazón. Sea, pues, nuestro corazón como un altar vivo, del que suba continuamente ante el Señor una oración pura, por la cual deben ser impregnados todos nuestros actos.

Estatutos de la Orden de los Cartujos,

Libro 1, cap. 4:

La guarda de la celda y del silencio

Dios ha conducido a su siervo a la soledad para hablarle al corazón; pero solo el que escucha en silencio percibe el susurro de la suave brisa que manifiesta al Señor. Aunque al principio nos resulte duro callar, gradualmente, si somos fieles, nuestro mismo silencio irá creando en nosotros una atracción hacia un silencio cada vez mayor.

Por eso, no les está permitido a los hermanos hablar indistintamente lo que quieran, con quienes quieran o el tiempo que quieran. Sin embargo, pueden hablar

de lo que sea útil para su trabajo, pero en pocas palabras y en voz baja. Más allá de lo que corresponde a la utilidad del trabajo, solo pueden hablar con permiso, tanto con los monjes como con los extraños.

Como la guarda del silencio es de suma importancia en la vida de los hermanos, es preciso que guarden cuidadosamente esta regla. En los casos dudosos no previstos por la ley, queda a la discreción de cada cual el juzgar si le está permitido hablar y cuánto, según su conciencia y la necesidad.

La devoción al Espíritu que habita en nosotros y la caridad fraterna piden que los hermanos cuenten y midan sus palabras cuando les está permitido hablar. Es de creer que un coloquio largo e inútilmente prolongado contrista más al Espíritu Santo y disipa más que pocas palabras, incluso ilícitas, pero enseguida interrumpidas. Frecuentemente, la conversación que comienza siendo útil, degenera pronto en inútil, para terminar siendo reprensible.

Los Domingos y Solemnidades, y también los días dedicados especialmente al retiro, guardan con más cuidado el silencio y la celda. Todos los días, desde el toque vespertino del Ángelus hasta Prima, debe reinar en toda la Casa un silencio perfecto, que no podemos quebrantar sin verdadera y urgente necesidad. Porque este tiempo de la noche, según los ejemplos de la Escritura y el sentir de los antiguos monjes, favorece de un modo especial el recogimiento y el encuentro con Dios.

No se permitan tampoco los hermanos dirigir la palabra sin permiso a los seculares que llegan, ni conversar con ellos; únicamente se les permite devolver el saludo a los que encuentren al paso o se les acerquen, y responder brevemente a lo que les pregunten, excusándose con que no tienen permiso para hablar más.

La guarda del silencio y el recogimiento interior requieren una especial vigilancia de parte de los hermanos, que tienen tantas ocasiones de hablar. No podrán ser perfectos en este punto, si no procuran atentamente andar en la presencia de Dios.

Estatutos de la Orden de los Cartujos,
Libro 2, cap. 14:
El silencio

—NICOLAS DIAT — *¿Por qué buscar el silencio? En una carta a sus hermanos cartujos, escribe san Bruno: «Alegraos, pues, mis carísimos hermanos, por vuestra feliz suerte y por la abundancia de gracias que Dios ha prodigado en vosotros. Alegraos de haber escapado de las tumultuosas aguas del mundo, y de todos sus peligros y naufragios. Alegraos de haber llegado a poseer el sosiego y la seguridad, anclando en el más resguardado puerto. Muchos son los que quisieran arribar a él; muchos, incluso, se esfuerzan por alcanzarlo, sin lograrlo; muchos, en fin, después de haberlo conseguido, no son admitidos, porque a ninguno se lo había concedido el Cielo». El primer cartujo invitaba a menudo «a dejar las sombras fugitivas del mundo», esos ruidos que ya entonces disipaban el espíritu y el corazón de los hombres del siglo XI. Para empezar esta inusual entrevista que nos ha reunido en la Grande Chartreuse [Gran Cartuja], ¿podemos volver sobre los orígenes del deseo de silencio?*

—CARDENAL ROBERT SARAH — La auténtica búsqueda del silencio consiste en buscar a un Dios silencioso y en buscar la interioridad. Es la búsqueda de un Dios que se revela en lo más hondo de nuestro ser. Los monjes son buenos concededores de esta realidad cuando deciden apartarse del mundo y de «esta generación malvada y adúltera» (Lc 12, 29-32; Mt 12, 39).

Nadie mejor que san Agustín nos ha hecho avanzar en el conocimiento de la realidad más esencial del hombre. La mirada que lanza a su propio pasado es de una clarividencia admirable. Agustín quiere hacer descubrir en lo más íntimo del ser humano la ausencia de Dios en el pecado, la necesidad de Dios en la inquietud, la venida de Dios en la salvación, la presencia de Dios en la vida de la gracia. Piensa que el conocimiento del hombre conduce al Ser, a un Dios más íntimo que lo más íntimo de uno mismo.

El autor de la famosa frase *Noverim me, noverim te* (Solil 2, 1), afirma a lo largo de toda su obra que el conocimiento propio y el conocimiento de Dios están íntimamente

unidos. Ir en busca de Dios no consiste en salir de sí mismo para hallar un objeto en el mundo exterior, sino en separarse de ese mundo y replegarse en uno mismo. «No quieras derramarte fuera; entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad» (*De vera religione*, 39, 72).

«Las personas viajan –dijo san Agustín– para maravillarse ante las alturas de las montañas, las enormes olas del mar, los largos cursos de los ríos, la inmensa vastedad del océano, el movimiento circular de las estrellas; y, sin embargo, se contemplan a sí mismos sin mostrar el menor asombro».

Esta es también la doctrina espiritual de san Gregorio Magno. «Penetra en ti, hombre; sondea lo más recóndito de tu corazón» (*Mor* 19, 8), aconseja. Para acceder a Dios, el hombre primero debe conocerse. En los *Moralia* afirma san Gregorio que, para elevarse a la visión de Dios, el alma antes tiene que concentrarse, recogerse, ovillarse en sí misma.

El hombre no puede esperar conocer a Dios sin haberse encontrado a sí mismo, es decir, sin haber confesado ante los demás hombres sus buenas y malas acciones para alabanza de Dios. ¿Quién puede no admirar la lucidez de san Agustín? «Oh, Señor, siento que tú estabas delante de mí; pero, como yo había huido de mí mismo, no me encontraba, ¿cómo iba a encontrarte a ti?».

El silencio es un elemento sumamente necesario en la vida de cualquier hombre. Permite el recogimiento del alma. Protege al alma de la pérdida de su identidad. Previene al alma frente a la tentación de apartarse de sí misma para ocuparse de lo externo, lejos de Dios.

Si el ser humano quiere atrincherarse en el fondo de su corazón, en ese hermoso templo interior, para examinarse y constatar la presencia de Dios en él, si quiere conocer y comprender su identidad, necesita guardar silencio y conquistar su interioridad.

¿Cómo es posible descubrirse en el ruido? La clarividencia y la lucidez de un hombre respecto de sí mismo solo pueden eclosionar en la soledad y el silencio. El hombre silencioso tiene una capacidad mucho mayor de escuchar y permanecer ante Dios. El hombre silencioso encuentra a Dios dentro de él. En toda oración, en toda vida interior son precisos un silencio, un soterramiento, una discreción que inviten a no pensar en uno mismo. En los momentos importantes de la vida el silencio se convierte en una necesidad esencial. No obstante, no buscamos el silencio por sí mismo, como si fuera nuestro fin: buscamos el silencio porque buscamos a Dios. Y le encontraremos si guardamos silencio en lo más profundo de nuestro corazón.

—DOM DYSMAS DE LASSUS – Para los hombres el silencio consiste simplemente en la ausencia de ruido y de palabras; pero la realidad es mucho más compleja.

El silencio de una pareja que cena a solas puede expresar la profundidad de una comunión que no tiene necesidad de palabras; o bien puede que los dos sean incapaces de hablarse. El primer silencio es un silencio de comunión y el segundo es un silencio de ruptura. Estas dos manifestaciones opuestas contienen un mensaje muy claro; el primero dice: te quiero; el segundo: nuestro amor se ha acabado.

¿Cómo se transmite este mensaje? A través de la mirada, de los gestos y del corazón. En el primer caso, una mirada de amor; en el segundo, bajando la mirada. La una expresa el deseo de un encuentro más profundo; la otra, el fracaso de la relación.

Es evidente que de lo que queremos hablar en este libro es del silencio de comunión y de la riqueza que conlleva. No obstante, también en el interior de ese silencio es amplia la diversidad. El hombre puede callar para escuchar y para recibir todo lo que contiene el silencio del otro. Puede callar para expresar de otro modo lo que no pertenece al lenguaje de las palabras, o porque la realidad que tiene delante es demasiado grandiosa para ser capaz de decir algo.

¿No existe un diálogo silencioso entre una madre y el niño que lleva en su seno? A veces ella le habla, quizá ya le haya puesto un nombre, pero lo habitual es que se limite a sentirlo. Recuerdo que, durante la visita anual de mi familia al monasterio, mi hermana estaba encinta; y de repente, en medio de una conversación, sonrió abiertamente. Como el contexto no daba pie a ello, le pregunté: «¿Por qué sonríes, Irene?». Y me contestó: «Se mueve». No hacía falta preguntar *quién* se movía.

Me gusta esta imagen de la mujer encinta, porque expresa muy bien el tema de la interioridad. No hay necesidad de palabras: ese *quién* está ahí y basta. Cuando ese *quién* es Dios, se acerca la oración, porque la adoración y el silencio son hermanos.

—C. R. S. – Estoy totalmente de acuerdo. Es más, ¿cómo puede vivir un sacerdote fuera del silencio? El gran misterio de la Eucaristía que celebra a diario es motivo suficiente para que consagre buena parte de su vida al silencio, de donde debería brotar el canon, cargado de poder y de sentido. El canon es lo que de más sagrado y más divino contiene la misa, que debe estar rodeada de dignidad, de silencio, de sacralidad. El oficio nos dispone a ello. Todas las criaturas enmudecen, salvo el sacerdote, que tiene el poder de hablar por todos y en nombre de todos ante la majestad divina. El sacerdote une a los hombres con Dios mediante frases sencillas que son palabras divinas. Sitúa a la

humanidad ante Dios gracias a las palabras de la consagración con las que pronuncia el Verbo del Padre: determina la presencia del Verbo en el tiempo, en un estado concreto, encarnado y sacrificado.

El sacerdote tiene que saber cuándo hay que callar y cuándo hay que hablar. Es importante orar siete veces al día para alabar a Dios y confesarlo ante los hombres en la santa misa. La dignidad sacerdotal nos obliga a rendir cuentas del significado de nuestras palabras. Todo en él, cuerpo y alma, debe proclamar la Gloria de Dios. Por eso la palabra es más importante que la vida o que la muerte: no necesariamente tiene que sonar alto en este mundo, siempre que se haga escuchar en el Cielo. Y, para alimentar esa palabra, lo más importante es guardar silencio.

¿Cuándo? Casi todo el tiempo restante. El narcisismo del exceso de palabras es una tentación de Satanás. Conlleva una forma de exterioridad detestable en la que el hombre se recuesta en la superficie de sí mismo haciendo ruido para no escuchar a Dios. Es fundamental que los sacerdotes aprendan a guardarse para sí las palabras y las opiniones que no merezca la pena meditar, interiorizar y grabar en el fondo del corazón. ¡Debemos predicar la Palabra de Dios, no nuestras insignificantes opiniones! Porque, «si evangelizo, no es para mí motivo de gloria, pues es un deber que me incumbe. ¡Ay de mí si no evangelizara!» (*1Co 9, 16*). Esta predicación exige silencio. Si no, es una pérdida de tiempo, mera verborrea sentenciosa. El exhibicionismo espiritual, que consiste en exteriorizar los tesoros del alma exponiéndolos sin pudor, indica una trágica pobreza humana y la manifestación de nuestra superficialidad. Muchas veces hablamos porque creemos que los demás esperan que lo hagamos. No sabemos callar porque nuestro dique interior está tan agrietado que ya no frena la marea de nuestras palabras. El silencio de Dios debería enseñarnos que hay que callar a menudo.

Quienes buscan de verdad a Dios atraviesan siempre las cámaras del silencio para alcanzar los territorios que nos acercan a las moradas divinas. La Gran Cartuja es una de esas cámaras. Esta noche, durante el oficio celebrado en la iglesia del monasterio, me ha conmovido mucho el silencio. Mientras el coro estaba totalmente sumergido en la penumbra y cantaba sin luz alguna, pensaba que la oscuridad es un extraordinario invento de Dios. Lo simplifica y lo unifica todo disimulando las diferencias, las distinciones, las asperezas, los detalles que distinguen a unos monjes de otros, sumiendo en la noche cualquier distracción. En esa oscuridad donde tan solo brillaba la luz tamizada del sagrario, símbolo de la Presencia real, me he fundido con los cartujos: nada me distinguía de ellos. Solo el ojo de Dios percibía una mancha negra e indigna en medio de esas almas puras vestidas de blanco. Era como si estuviéramos en la noche de la vigilia pascual. ¿Acaso no son todos los oficios una auténtica vigilia pascual?

A lo largo de todo el oficio nos envuelve la noche, nos escucha cantar los salmos y los cánticos de los tres jóvenes: «Fríos y heladas, bendecid al Señor (...). Escarchas y nieves, bendecid al Señor (...). Manantiales, bendecid al Señor. Noches y días, bendecid al Señor (...). Luz y tinieblas, bendecid al Señor (...). Montes y cumbres, bendecid al Señor» (*Dn* 3, 69-75). En ese oscuro silencio hemos cantado el himno de acción de gracias por la luz que vamos a recibir. Y aquí está Cristo. Ha llegado. Habita entre nosotros. Su Presencia silenciosa brilla en el fondo de la iglesia gracias a la lámpara del sagrario, esa zarza ardiente que arde sin consumirse por Amor a nosotros. Desciende a lo profundo de la noche reuniendo en torno a Él a los pobres, a los que buscan a Dios, y también a nuestros Padres en la fe: los patriarcas, los profetas, los ángeles y «los que vienen de la gran tribulación, los que han lavado sus túnicas y las han blanqueado con la sangre del cordero (...) están ante el trono de Dios y le sirven día y noche en su templo» (*Ap* 7, 14-15).

La noche es maternal, fascinante, purificadora. La oscuridad es como una fuente de la que los monjes salen limpios e iluminados, ya no separados, sino unidos en Cristo resucitado.

—D. D. L. — Dice usted que la noche es purificadora: yo diría que es también reveladora. Por la noche somos plenamente conscientes del ruido que habita en nosotros, de los pensamientos que se escapan y nos arrastran un poco a todas partes. Durante el día ocurre lo mismo, pero lo vemos menos. Guardar el silencio de los labios no es difícil: basta con quererlo; pero el silencio de los pensamientos es otra cosa.

Nos gusta cantar de noche, aun a riesgo de cometer errores. ¿Por qué? No resulta fácil explicarlo. Cuando se encienden las luces, los libros, los rostros, todo se hace presente, cercano, como una realidad inmediatamente aprehensible. Cuando las luces se apagan y solo queda la del sagrario, ahí están nuestras voces y Aquel a quien se dirigen, que permanece oculto. La noche revela el misterio. La noche y el misterio son hermanos de sangre.

Para nosotros el misterio es una realidad muy positiva. Somos como los niños que contemplan el mar por primera vez. Fascinados por lo que ven, no dejan de adivinar que lo que está más allá escapa con mucho a sus ojos e incluso a su imaginación. Pueden decir que han visto el mar, que lo conocen y, al mismo tiempo, que les queda todo por descubrir de él. Cuando se trata del mar sin orillas, el infinito de Dios, el misterio ofrece una apertura sin fin hacia Aquel a quien nunca acabaremos de descubrir. Las palabras se quedan cortas a la hora de describir una realidad tan fascinante...

—C. R. S. — Hemos de reconocer humildemente que es difícil hablar de Dios. El himno del oficio de lecturas del miércoles de la primera semana dice así: «¡Oh Tú, el más allá de todo!, ¿cómo llamarte con otro nombre? No hay palabra que te exprese ni espíritu que te comprenda (...). ¿Cómo puedo llamarte, si tienes todos los nombres? ¡Oh Tú, el único a quien no se puede nombrar!».

No obstante, tiene razón el salmista cuando, atormentado por el enemigo y las dificultades de la vida, grita con todas sus fuerzas:

A ti, Señor, te invoco, Roca mía.
No te quedes callado ante mí,
porque, si tú me guardas silencio,
seré como los que bajan a la tumba (*Sal 28, 1*).

Tú lo has visto, Señor. No te calles, mi Señor,
no estés lejos de mí. Despiértate, vigila
para hacerme justicia (*Sal 35, 22-23*).

¡Dios mío! No estés callado, no guardes silencio,
no te quedes quieto, ¡Dios mío!
Que tus enemigos se agitan
y los que te odian alzan la cabeza (*Sal 83, 2-3*).

¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?
Lejos estás de mi salvación,
de mis palabras suplicantes.
Dios mío, te invoco de día, y no escuchas;
de noche, y no encuentro descanso (*Sal 22, 2-3*).

¡Despierta! ¿Por qué duermes, Señor?
¡Quédate en vela! No nos rechaces para siempre.
¿Por qué escondes tu rostro?
¿Olvidas nuestra miseria y opresión? (*Sal 44, 24-25*).

En efecto, aunque Dios da la impresión de guardar silencio, se revela y nos habla a través de las maravillas de la Creación. Basta con estar atento como un niño a las maravillas de la naturaleza. Porque la naturaleza nos habla de Dios. La larga búsqueda de san Agustín pasa también por la mirada que dirige a la obra de la Creación, tal y como refleja este pasaje de las *Confesiones*: «Pregunté a la tierra y me dijo: “No soy yo”. Y

todas las cosas que hay en ella me confesaron lo mismo. Pregunté al mar y a los abismos y a los reptiles de alma viva, y me respondieron: “No somos tu Dios. Búscale sobre nosotros”. Interrogué a las auras que respiramos, y el aire todo, con sus moradores, me dijo: “Se engaña Anaxímenes: yo no soy tu Dios”. Pregunté al cielo, al sol, a la luna y a las estrellas. “Tampoco somos nosotros el Dios que buscas”, me respondieron. Dije entonces a todas las cosas que están fuera de las puertas de mi carne: “Decidme algo de mi Dios, ya que vosotras no lo sois; decidme algo de él”. Y exclamaron todas con gran voz: “Él nos ha hecho”. Mi pregunta era mi mirada; su respuesta, su belleza».

¡Cómo no admirar aquí, en la Gran Cartuja, esas hermosas y elevadas montañas cubiertas de nieve! ¡Miren su majestuosa belleza! Son una Palabra de Dios.

El hombre mismo es como el rostro de Dios, porque ha sido creado a imagen del Padre. Dice el salmo 8: «Lo has hecho poco menor que los ángeles, le has coronado de gloria y honor. Le das el mando sobre las obras de tus manos» (*Sal* 8, 6-7). El hombre es una palabra encarnada y silenciosa de Dios. La luna, las estrellas, el sol, el mar, el firmamento son la prueba visible de la existencia y de la omnipotencia de Dios que los ha creado por amor. Las criaturas son la voz potente y misteriosa de Dios. Este nuevo descubrimiento de Dios a través de la creación despierta en san Agustín un amor inmenso.

Sé que nadie ha visto ni ha entendido jamás a Dios, excepto Aquel que viene en su nombre: este ha visto al Padre (*Jn* 6, 46). Pero sé también que Él me habla cada día en lo más íntimo de mi ser, y le escucho en el silencio que suscita la escucha mutua, el deseo de comunión y de amor. Dios es una luz que ilumina e irradia sin ruido. Su llama resplandece, pero su brillo es silencioso. Dios brilla y resplandece como el sol. Arde como una hoguera, pero es inaudible. Por eso me parece tan importante dejarnos inundar por el silencio de Dios, que es una palabra sin voz.

—D. D. L. — En la relación con Dios todo es paradójico. Las realidades que en el hombre se oponen, en Él son solo una. La presencia y la ausencia se solapan, como dice el hermoso cuarteto del poeta Rainer Maria Rilke:

Para encontrar a Dios hay que ser feliz,
porque los que con angustia lo inventan
van muy rápido y buscan poco

la intimidad de su ausencia ardiente.

Palabra sin voz o comunión silenciosa: estas expresiones indican la realidad siempre misteriosa del encuentro con Dios. No podría ser de otra manera. Cuando lo infinito se encuentra con lo finito, ese encuentro escapa a nuestros límites naturales.

En la cartuja no buscamos el silencio, sino la intimidad con Dios por medio del silencio. Es el espacio privilegiado que permitirá la comunión; pertenece al orden del lenguaje, pero un lenguaje de otra clase.

Por eso los *Estatutos* de la Orden comienzan con estas palabras esenciales: «Para alabanza de la gloria de Dios, Cristo, Palabra del Padre por mediación del Espíritu Santo, eligió desde el principio a algunos hombres, a quienes llevó a la soledad para unirlos a sí en íntimo amor. Siguiendo esta vocación el Maestro Bruno entró con seis compañeros en el desierto de Cartuja, el año del Señor 1084, y se instaló allí» (*Estatutos* 1.1).

Hay que volver una y otra vez al misterio de Jesús. Hace dos mil años, Dios habló en medio del mundo con una palabra humana idéntica a la nuestra. Cristo vivió treinta y tres años en esta tierra y, durante treinta de ellos, su palabra no traspasó los límites de una aldea de varios centenares de habitantes. Ese es el silencio de Dios. Está en la tierra y permanece oculto. ¿Se puede hablar de un Dios silencioso? Yo hablaría más bien de un Dios oculto. Son dos matices de una misma realidad que ofrecen el mismo contraste: lo que es silencioso es la manera de hablar de Dios. Dios es silencioso cuando habla. Cuando el Verbo se hace carne, se muestra ante nuestros ojos y, por eso mismo, velado en su divinidad. Cuando habla con palabras humanas, la palabra divina nos resulta audible y está oculta: la mayoría solo escucha palabras humanas y no les presta atención. Es una paradoja asombrosa: Dios se abaja hasta hablar nuestro lenguaje y eso nos hace sordos a las inflexiones divinas de esa voz demasiado terrenal.

A lo largo de su vida, Jesús habló con palabras, y una vez incluso con cuerdas. Pero ante el Sanedrín, ante Herodes y Pilato calla. Al sumo sacerdote le dice: «Yo he hablado claramente al mundo (...) y no he dicho nada en secreto. Pregunta a los que me oyeron de qué les he hablado: ellos saben lo que he dicho» (*Jn* 18, 20-21). Esta respuesta le vale una bofetada: ¿no es precisamente esta la situación de hoy en día? Jesús ha pronunciado la palabra que el Padre quería dirigir al mundo. Ha cumplido su misión hasta el final. Si queremos saber lo que nos dice, debemos preguntar a los que son sus testigos, o a los que están acreditados por Él, es decir, a la Iglesia. Pero esta es una respuesta que no gusta... El silencio de Dios no tiene tanto que ver con que no hable como con su manera de expresarse y con las pocas ganas que tenemos de escucharle.

En la vida espiritual se alternan sucesivamente un Dios que se muestra y un Dios que se oculta, un Dios que se hace escuchar y un Dios que calla. La oración nos enseña las sutilezas de la palabra divina. ¿Es Dios el que es silencioso, o somos nosotros los que no le escuchamos porque nuestro oído interior y nuestra inteligencia no están habituados a su lenguaje? El fruto del silencio consiste en aprender a distinguir su voz, aun cuando siempre conserve su misterio.

En la oración, la voz divina es poderosa en el sentido de que es capaz de llegar a lo más íntimo de nuestro ser, pero se manifiesta de un modo sumamente discreto. Los caminos de la vida espiritual son muy variados y hay quien puede atravesar un desierto que parece no tener fin. Algunos tocan prácticamente con los dedos el silencio de Dios en su vida. Esto puede adoptar formas místicas, como lo demuestra la dolorosa experiencia de la madre Teresa de Calcuta: después de años de profunda intimidad con el Señor, la santa vio cómo todo iba desapareciendo. También Teresa del Niño Jesús vivió esta forma de abandono los dos últimos años de su vida. No obstante, no es esta la regla general, y el alma contemplativa que ha aprendido el lenguaje del Esposo divino, si no lo escucha nunca como se escucha la palabra humana, aprende progresivamente a percibir en todo su rastro. Entonces esa alma se parece a una mujer enamorada que se sabe intensamente amada y que espera reunirse de nuevo con su amado por la noche. Por eso, a lo largo del día, aun sin encontrarle a él, ve por todas partes señales de su presencia. Aquí, una nota cariñosa sin firmar, pero cuya letra conoce demasiado bien para poder dudar de que procede de él; allá, un ramo de flores, sin más explicaciones, aunque algunos detalles le revelan que ha sido él quien se lo ha dejado. Más tarde, andando por el campo, escucha la música de una flauta cuyo origen no se percibe claramente, pero la mujer sabe que se trata de él y que toca para ella, mientras que la persona que la acompaña no sospecha nada. Y así todo el día. Ella le siente en todas partes, en todas partes ve signos no solo de su presencia, sino de la atención que él le presta, y le parece que él no deja de hablarle, aunque no le vea. Va preparándola en silencio para el encuentro de esa noche, cuando por fin puedan hablar. Está ahí como un perfume, inaprehensible pero totalmente perceptible, presente en todas partes aunque no se pueda decir de dónde viene.

Creo que Dios habla en el silencio. Nunca dejan de asombrarme su discreción, sus maneras delicadas, infinitamente respetuosas con nuestra libertad. Somos frágiles como el cristal, y Dios modera su poder y su palabra para adaptarlos a nuestra debilidad.

El amor no se impone: no puede imponerse. Y, como Dios es el amor infinito, su respeto y su delicadeza nos desconciertan. Precisamente porque está presente en todas partes se oculta con más cuidado aún, para no imponerse. Hay un mandamiento divino que nos ordena amarle, pero ese es tan solo un primer nivel: así lo expresa de un modo

espléndido la nota de un hermano cartujo: «Dios mío, qué asombroso es que nos hayáis mandado amaros. Dado lo que vos sois y lo que somos nosotros, deberíais prohibirnoslo. Pero, si no nos los permitierais, os amaría en secreto».

—C. R. S. – El hombre no busca el silencio por el silencio. El deseo del silencio en sí sería una aventura estéril y una experiencia estética especialmente agotadora. En lo más hondo de su alma el hombre desea la presencia y la compañía de Dios, del mismo modo que Cristo buscó a su Padre en el desierto, alejado de los gritos y las pasiones de la multitud. Si le deseamos de verdad y si estamos en su Presencia, las palabras dejan de ser necesarias. Solo la intimidad silenciosa con Dios es palabra, diálogo y comunión.

En la Gran Cartuja tengo la sensación de que el silencio es una escalera apoyada en la tierra cuyo extremo toca el Cielo. Si Jacob hubiera podido pasar la noche en ella, estoy seguro de que habría exclamado: «¡Qué terrible es este lugar! Esto no es sino la casa de Dios y la puerta del Cielo» (*Gn 28, 17*).

—N. D. – *¿El que los cartujos se ciñan a una ascesis tan silenciosa se debe a que el silencio es el mejor medio de encontrar a Dios?*

—D. D. L. – Para nosotros el silencio significa una ascesis y un deseo. Una ascesis porque hay que tener en cuenta que el silencio exige un esfuerzo; pero también nos atrae y nos es necesario. Lo sencillo siempre es difícil de explicar. A quien quiera escuchar el canto de un pájaro le molestará bastante que un avión cruce el cielo, porque su espacio de percepción se reduce y no puede escuchar al pájaro. No nos equivoquemos: no buscamos el silencio por el silencio, sino por el espacio que proporciona. El silencio nos permite percibir y escuchar mejor: abre nuestro espacio interior.

—N. D. – *Aunque no se busque el silencio por el silencio, la realidad es que está presente en cada instante...*

—D. D. L. – Ese es nuestro deseo más ferviente, pero ¿alcanzamos ese ideal? Seamos realistas: también en los cartujos existe el ruido; demasiado bien lo sabemos. Resulta paradójico que el silencio exterior y la soledad, cuyo objetivo es facilitar el silencio interior, empiecen por sacar a la luz todo el ruido que hay en nosotros.

Si llevan ustedes en el bolsillo una radio encendida, es posible que en medio del jaleo de una ciudad o de una calle no se den cuenta, porque su sonido se mezcla con el entorno. Pero, si entran en una iglesia, no tardarán en percibir que de su bolsillo sale un

parloteo constante: lo primero que harán será intentar apagarla. Por desgracia, no hay botón que baje el parloteo de nuestra imaginación... La primera fase consiste en ser consciente de ello, por poco que nos guste.

El silencio que reina en el monasterio no es suficiente. Para alcanzar la comunión en el silencio hace falta una labor indefinidamente recomenzada. Hemos de armarnos de paciencia y dedicar a ello arduos esfuerzos. Cuando por fin nuestra imaginación acepta colaborar y sosegar, los momentos de profunda intimidad con Dios pagan con creces los esfuerzos que han sido necesarios para darle espacio a Él.

Pero nosotros no somos capaces de crear la intimidad con Dios: esta procede siempre de lo alto; lo que nos toca a nosotros es construir el estuche donde pueda tener lugar el encuentro.

La soledad nos ayuda. Es mucho más fácil alcanzar el silencio interior cuando estamos a solas. Siempre me ha gustado el tiempo de oración solitaria en la celda que precede al oficio nocturno en la iglesia. Ese tiempo, recién levantados en mitad de la noche, tiene algo de excepcional. No voy a idealizar: no digo que a esa cita asista siempre la paz del corazón, pero por lo general la comunión silenciosa crece con una naturalidad mucho mayor. Me gustaría prolongar ese recogimiento durante el oficio en el coro que viene después, pero pocas veces soy capaz de recuperar la misma calidad de comunión, porque la dimensión comunitaria de la liturgia pone en movimiento los pensamientos.

Mientras haya enamorados en el mundo, seguirán procurando verse a solas, y de su encuentro formará parte el silencio. Quizá este sea el modo más simple de explicar nuestra elección de vida. El silencio y la soledad cartujanas adquieren su sentido dentro de ese inmenso deseo de intimidad con Dios. Para los hijos de san Bruno el silencio y la soledad son el lugar perfecto para el encuentro de corazón a corazón.

—C. R. S. — Coincido plenamente con dom Dysmas. La soledad es imprescindible para crear un espacio de silencio. No hace falta ninguna palabra explícita para estar con Dios. Basta con callar y contemplar su Amor. En silencio, miramos a Dios y dejamos que Él nos mire.

Dios nos ve en todo momento; no obstante, cuando nos abandonamos en Él, su mirada es más penetrante: percibimos la dulzura de sus ojos y su Presencia nos ilumina, nos da paz y nos diviniza.

Para encontrar la comunión con Dios los evangelios no animan al hombre a buscar el

silencio, sino el desierto. El Nuevo Testamento no contiene ningún ejemplo en el que Cristo busque el silencio. Es en el desierto donde quiere reunir las mejores condiciones para la intimidad con el Padre, para dejarse penetrar por su voluntad.

—D. D. L. – Hablando de la oración, san Juan de la Cruz dice que es «como quien abre los ojos con advertencia de amor» (*Llama* B 3, 33). Se trata de una mirada espontáneamente silenciosa y maravillada. «Yo le miro y Él me mira», decía muy poéticamente el campesino de Ars, feligrés de san Juan María Vianney. Un intercambio de miradas: ¿qué hay más elocuente que ellas cuando salen de un corazón para llegar a otro?

—C. R. S. – El campesino es poco expresivo. Con mirada pura y sincera sondea esa Presencia silenciosa de Jesús, que arde de amor por nosotros. Dios es silencioso. Pero su mirada se cruza con la nuestra y llena el corazón del hombre con su fuerza y su ternura misericordiosa.

—D. D. L. – Sí, no escuchamos a Dios con nuestros oídos porque Él habla de otra manera. En su libro *Chemins de la contemplation* dice el jesuita Yves Raguin: «Lo que procede de Dios puede que parezca venir de lo más profundo de nuestra psique; pero, bajo una luz que viene de más lejos, sabemos que procede de Dios». Es inútil querer separar la parte de lo humano de la parte de lo divino: la una está inserta en la otra. Los que se retiran en la Gran Cartuja y aspiran a entrar en ella me suelen preguntar cómo pueden estar seguros de que Dios los llama al desierto. Siempre les respondo que no lo sé... Dios se manifiesta de muchas maneras y no puedo adivinar, ni ellos tampoco, cuál elegirá en cada caso. Pero el Cielo siempre acaba manifestándose.

Con el tiempo terminamos conociendo el lenguaje de Dios, un lenguaje distinto para cada persona. Yo conozco muy bien el lenguaje que emplea conmigo, esa manera tan especial de mezclar lo humano y lo divino, y puedo afirmar que es maravillosamente adecuado. Más que de palabras, se trata de un amor que se despierta y que sé que viene de fuera, porque su origen no está en mí.

La intimidad divina... No siempre se nos da, y el desierto puede parecer árido. Cuando se manifiesta, su melodía resuena con mucha más intensidad que el bienestar del simple silencio junto a Dios.

En un pasaje de las *Confesiones*, san Agustín emplea el lenguaje de los sentidos

interiores para explicar hasta qué punto esa intimidad con Dios nos es a la vez familiar, cercana, concreta y, al mismo tiempo, inaprehensible por nuestros sentidos habituales: «No debo buscar ni la belleza corporal, ni el atractivo pasajero, ni el deslumbramiento ni el color ni las dulces melodías de los cánticos y de los sonidos armoniosos, ni los olores de las flores, de los ungüentos y los aromas, ni las dulzuras de la miel y el maná más exquisito al paladar, ni todo lo demás suave al tacto y amable al abrazo; nada de esto sujeto a los sentidos debo buscar cuando busco a mi Dios. Lejos de mí creer que mi Dios son estas cosas que son captadas también por los sentidos de los brutos animales. Y, sin embargo, cuando busco a mi Dios, busco una cierta luz muy superior a toda luz, que el ojo no puede captar; una cierta armonía sobre toda armonía, que el oído no puede oír; un cierto olor sobre todo olor, que la nariz no puede percibir. Cierta dulzor sobre todo dulzor, que el gusto no percibe; cierto abrazo sobre todo abrazo, que es incapaz de tocar el tacto de mi hombre exterior. Es una luz que brilla donde no la abarca el espacio; un sonido que suena donde el tiempo no lo arrebató; un olor que exhala sin que el soplo de aire lo disipe; un sabor que no causa hastío; un abrazo que nunca se separa (...). Eso es lo que busco cuando busco a mi Dios, eso es lo que amo cuando amo a mi Dios».

—*N. D. – Eminencia, usted suele referirse al silencio como Dios en nosotros. ¿Está usted de acuerdo con esta idea, Dom Dysmas?*

—D. D. L. – Sí, por supuesto, porque estamos hablando de un silencio de comunión. Yo uniría estas dos dimensiones complementarias: Dios en nosotros y nosotros en Dios, ya que Jesús dice: «Vosotros estáis en mí y yo en vosotros» (*Jn 14, 20*). «Padre, tú estás en mí y yo en ti» (*Jn 17, 21*). Son dos facetas de una misma realidad. Podemos ser más sensibles a una u otra, pero creo que no se pueden separar del todo.

En el bautismo la Trinidad viene a hacer de nosotros su morada. Según san Pablo, somos templos del Espíritu Santo. Ese mismo bautismo nos hace hijos de Dios. ¡Si fuéramos capaces de entender de verdad estas pocas palabras! Un misterio insondable que nace en la sublime sencillez del sacramento: el agua y la palabra para significar una realidad inimaginable. Recuerdo las palabras de un poeta bizantino refiriéndose a la teofanía del Sinaí: «Trueno, relámpagos, temblor de tierra. Pero, cuando descendiste al seno de una Virgen, tu paso no hizo ningún ruido».

Si la entrada de Dios en nosotros tiene lugar en silencio, es lógico que la comunión con Él esté marcada por el mismo sello. Nuestros *Estatutos* citan a Basilio de Ancira: «Sea, pues, el alma del monje, en la soledad, como un lago tranquilo cuyas aguas, brotando de la fuente purísima del espíritu, y no turbadas por rumor alguno introducido desde el exterior, como un nítido espejo reproduzcan la sola imagen de Cristo» (*De*

Virg., PG 30, 765).

¡Dios en nosotros! ¡Qué perplejos nos pueden dejar estas palabras! Y, sin embargo, son una realidad: «Si alguno me ama –dice Jesús–, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él» (*Jn* 14, 23).

Esta verdad de la fe nos abre *hic et nunc* a la intimidad más profunda con Dios. Es el faro de nuestra vida. Estoy plenamente convencido de que, si los cristianos fueran más conscientes de esta realidad, su vida se vería transformada, y el mundo también.

Me parece muy importante guardar un equilibrio entre la cercanía y la trascendencia de Dios. En sus *Confesiones*, san Agustín emplea una célebre fórmula para plasmar este tema: *Intimior intimo meo et superior summo meo*. Apoyarse en la una excluyendo la otra puede conducir a una enfermedad espiritual: de una parte, a una excesiva familiaridad con un Dios demasiado hecho a nuestra medida y que no es realmente Dios; de otra, a una perturbadora distancia casi jansenista.

El misterio no es otro que la filiación divina que se nos ofrece. ¡Si pudiéramos comprenderlo! ¡Si pudiéramos vivirlo mejor! Nada sería capaz de inquietarnos. Las dificultades de nuestra vida no cambiarían, pero ya no podrían dañar el núcleo de nuestras vidas. Dice san Pablo: «El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con él todas las cosas?» (*Rm* 8, 32). Si sé que lo he recibido todo, nada puede faltarme. Estamos hablando del silencio: la profunda paz del alma que se sabe amada por encima de sus sueños más disparatados, la calma inalterable que habita en ella: ¿no es eso el silencio interior? Un silencio vivo, elocuente, habitado. Una espera temblorosa con la esperanza puesta en el día del gran encuentro, cara a cara.

Si es fundamental vivir en intimidad con Dios y en su extraordinaria sencillez –en su familiaridad con nosotros, diría incluso–, también lo es comprender el sentido de la trascendencia, esa inmensidad que nos supera y nos reclama en un mismo movimiento. Solo ese equilibrio puede dotar de toda su profundidad a la relación con Dios, porque la maravilla inefable de la intimidad divina nace precisamente de esa trascendencia. ¿Cómo puede el infinito no solo salir a nuestro encuentro, sino entablar una relación íntima con lo finito, su criatura?

—C. R. S. – Dios es grande, Dios escapa a lo contingente, Dios es inmenso. Desde luego, yo no emplearía de primeras la palabra *familiaridad* para hablar de Dios. Cuando alguien te es familiar, te permites prácticamente todo y cuidas menos tus gestos y tus

palabras. Con Dios no podemos permitirnos ese comportamiento, aunque sea nuestro Padre. Dios es silencioso, Dios es Amor. Al Amor nos acercamos como a algo sagrado, dignamente, con respeto y adoración. Me resulta sorprendente el intento de entablar relaciones sensibles con lo divino en las que esté ausente la veneración.

El silencio que nos acerca a Dios es siempre un silencio respetuoso, un silencio de adoración, un silencio de amor filial. Nunca es un silencio banal.

Dios en nosotros y nosotros en Dios: solo el Amor es capaz de llevar a cabo de modo infalible ese proyecto. Jesús afirma más de una vez que Dios es una presencia abrasadora en lo más hondo de nosotros, una presencia real, la presencia fuera de la cual no podemos encontrarnos con nadie: «El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él» (*Jn 6, 56*).

San Pablo nos ofrece su propia experiencia interior, que parece traducir esta gracia concedida al hombre: «Con Cristo estoy crucificado: vivo, pero ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Y la vida que vivo ahora en la carne la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí. No anulo la gracia de Dios» (*Ga 2, 19-21*).

Después de su conversión también san Agustín descubrirá esa Presencia de Dios oculta en el fondo de los hombres. Sus *Confesiones* contienen estas espléndidas palabras: «¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te andaba buscando; y, deforme como era, me lanzaba sobre las bellezas de tus criaturas. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me retenían alejado de ti aquellas realidades que, si no estuviesen en ti, no serían».

En *Saint Grégoire le Grand: culture et expérience chrétiennes*, un libro de una erudición espléndida, monseñor Claude Dagens escribe: «Al convertirse, san Agustín realiza un doble descubrimiento. En primer lugar, comprende por qué hasta entonces ha vivido en el pecado: su error consistía en dejarse apartar de sí mismo, arrastrado por los deseos carnales, dominado por la exterioridad. Este camino no podía llevarle a Dios, porque –y este es el contenido de su segundo descubrimiento, complementario del primero– Dios es una realidad profundamente interior al hombre y, por lo tanto, el hombre solo puede encontrarle evitando salir de sí mismo, no cediendo a la fascinación de la exterioridad y volviéndose a la interioridad. San Gregorio Magno no tuvo una experiencia del pecado y de la conversión comparable a la de san Agustín. Por eso es aún más significativo constatar lo cerca que se halla su concepción del pecado de la del autor de las *Confesiones*: para ambos el alma vive en el pecado cuando sale de sí misma y se convierte en presa de las seducciones del mundo exterior, de esa generación malvada y

adúltera. El camino que conduce a Dios es el de la interioridad».

La apostasía silenciosa de la que hablaba san Juan Pablo II se ha transformado en una apostasía militante. En nuestras sociedades relativistas ya nadie se considera pecador. La culpa y el arrepentimiento se han convertido en estados del alma traumatizantes de los que hay que liberarse para poder conservar una buena salud espiritual. Nos creemos víctimas de nuestra herencia, de nuestro entorno o de las circunstancias. Los hombres no quieren verse más que como personas frágiles y heridas. El pecado parece haber dejado de existir: el adulterio, el divorcio, el concubinato no se deben considerar pecados graves: son fracasos o etapas en el camino hacia un ideal lejano. ¿A quién le preocupa la invasión del hedonismo y de la laxitud moral, del salvaje desprecio de la mujer, utilizada por la pornografía y la prostitución como objeto de placer? No obstante, «si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es Él para perdonarnos los pecados y purificarnos de toda iniquidad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos mentiroso, y su palabra no está en nosotros» (1Jn 1, 8-10). ¿Por qué el mundo posthumanista no quiere reconocer el pecado? El pecado no es una realidad abstracta o una mancha en la ropa. Es el rechazo de la ley de Dios, la oposición a Dios. El pecado es la ruptura de una alianza, una degradación de nuestras relaciones personales con Dios. El pecado es una autodestrucción semejante al daño que se hace uno mismo consumiendo un veneno o una droga. No obstante, Dios no desea que destruyamos nada que sea importante para nosotros y para los demás: el pecado le desagrada y le hiere dolorosamente. Dios nos invita a la conversión y al rechazo radical del pecado. Si experimentamos una verdadera conversión del corazón, como la de san Pablo o san Agustín, podremos tocar literalmente la presencia silenciosa de Dios en nuestra vida. En las *Confesiones* san Agustín llama a esa presencia la Vida de su vida: «Cuando todo mi ser esté unido a ti, ya no habrá para mí dolor ni fatiga. Entonces mi vida, llena de ti, será la verdadera vida».

¿Cómo se puede vivir sin Dios? Su Presencia en nosotros es aterradora, desestabilizadora, pero también vivificadora, dulce y pacificadora. Está lejos de nosotros debido a nuestros pecados y cerca de nosotros gracias a la misericordia infinita de Dios. Da miedo, porque nos quema y nos enciende como un fuego calcinador, pero nos abraza con ternura igual que un Padre.

—N. D. — *¿Cómo aprenden los monjes cartujos a domar el silencio, a superar los fracasos frente a un silencio que se hace imposible y, en definitiva, a no tener miedo de él?*

—D. D. L. — Comenzando por la última parte de su pregunta, yo diría que quien

teme al silencio no se quedará mucho tiempo con nosotros. La inquietud no nace del silencio en sí, sino de lo que revela. Quien se retira a la cartuja para encontrarse con Dios, se encuentra primero con alguien inesperado: él mismo. La sorpresa no es demasiado agradable.

Supongamos que su habitación es bastante oscura y que no es usted precisamente aficionado al orden y a la escoba. Como se ve poco, la cosa no resulta demasiado molesta. De pronto un invitado tiene la nefasta idea de encender un foco muy potente. Entonces el espectáculo resulta un tanto vergonzoso... Cuando un aspirante viene a retirarse, salen a la luz muchos recuerdos. Llevaban mucho tiempo dentro de él, tapados por los ruidos de la vida. Al detenerse esos movimientos, ya no puede escapar de sus recuerdos; y comprende que el silencio y la soledad de la celda, que para él eran un espacio de reposo, son también un espacio de prueba donde tendrá que enfrentarse al combate más difícil: la batalla contra él mismo.

Se trata de domar la casa de fieras que habita en nosotros si queremos que estas acaben dejándonos algún día en silencio. El silencio exterior, el de la propia casa y el de los labios, forma parte del itinerario. Se halla estipulado en nuestros *Estatutos*. La sola experiencia de callar toca una cuerda invisible dentro de nosotros. El hecho de callarnos juntos contiene una dimensión muy rica, la expresión sensible de que todos queremos preservar el diálogo con Dios. Hay que respetar el silencio del otro. El aprendizaje de este aspecto exterior se lleva a cabo en el tiempo. Aprendemos a dotar al silencio de significado.

Sin embargo, lo más difícil es el silencio interior. Los grandes ruidos del alma pueden desencadenarse en la celda, en la oración. Los juegos mentales, los pensamientos y las emociones se presentan alegremente para *distraernos* de nuestra oración: el significado etimológico de la palabra alude a un ruido que nos divide y nos separa. ¿Cuáles son esas distracciones? Si las observamos de cerca, comprobamos que siempre es un diálogo imaginario. Hablamos con otras personas de tal tema o de tal otro...

El silencio de los labios exige un poco de voluntad; prestar una atención interior, en el silencio, a lo que habita en nosotros requiere un largo esfuerzo, una verdadera doma, por retomar la expresión que ha utilizado usted.

El aprendizaje del silencio exige permanecer en presencia del Señor. No consiste en luchar contra nuestros pensamientos interiores, sino en volver incesantemente a Dios. Las distracciones son terribles porque no las vemos venir y, antes de que nos demos cuenta, nos han arrastrado con ellas. El movimiento de regreso a Dios en cuanto constatamos que nos hemos alejado revela que nuestra intención, que es estar con Él, no

ha variado. Hay un componente de esfuerzo que se retoma indefinidamente y que consiste en dejarse atraer. Pero lo esencial lo aporta el Señor. Nosotros trabajamos una parte del jardín y los brotes los da Dios. Las palabras de Isaac de Nínive son muy acertadas: «Dios ha conducido a su siervo al desierto para hablarle al corazón; pero solo el que permanece a la escucha en el silencio percibe el soplo de la leve brisa en la que se manifiesta el Señor. Al principio hay que hacer un esfuerzo por callar; pero, si somos fieles, de nuestro silencio va naciendo poco a poco algo que nos atrae a un silencio mayor». Sabemos que ese *algo*, cuyos límites no sabría definir, es *Alguien* que nos arrastra cada vez más hacia su misterio.

Cuando el monje se interna en las profundidades de la soledad y su deseo de estar con Dios es lo suficientemente intenso, el silencio se convierte realmente en un camino privilegiado.

—C. R. S. — El verdadero silencio, es decir, el silencio exterior e interior, la absoluta soledad de la imaginación, la memoria y la voluntad, nos sumerge en un entorno divino. Entonces todo nuestro ser pertenece a Dios.

No obstante, hay que reconocer que el silencio cuesta. Nos da miedo. Provoca en nosotros una conciencia mayor de nuestra impotencia y suscita un cierto temor a nuestro aislamiento frente al Dios invisible. El silencio suscita la angustia de enfrentarnos con las realidades desnudas que se encuentran en el fondo de nuestra alma. Nuestro templo interior suele ser tan feo que preferimos quedarnos fuera de nosotros mismos y ocultarnos en los artificios y los ruidos mundanos. Sin embargo, los momentos de silencio conducen indefectiblemente a decisiones profundas, a decisiones sin palabras, a una entrega de mi «yo» más íntimo. Las conversiones suceden silenciosamente y no con gestos espectaculares. El regreso a Dios, el repliegue en Él, esa entrega plena, esos momentos de intimidad con Dios siempre son misteriosos y secretos. Implican un silencio absoluto, una inmensa discreción. Creo que hay que ejercitarse mucho en el silencio.

En cuanto a mí, me inicié en el silencio durante mis primeros años de seminario, donde había tiempos de silencio obligatorios. Pero hay que asumirlos gozosamente, acogerlos como momentos preciosos y privilegiados para edificar nuestra vida interior. Sí, la vocación y la misión del sacerdote exigen mantenerse constantemente en presencia de un Dios silencioso cuyo corazón, no obstante, vela, escucha y nos hace semejantes a Él para que podamos «ser conformes con la imagen de su Hijo, a fin de que Él sea el primogénito entre muchos hermanos» (*Rm* 8, 29). Durante este período de formación me di cuenta enseguida de que, si no existe una sólida disciplina centrada en el deseo de encontrar a Dios, el silencio cuesta y no hay nada que empuje a buscarlo con avidez. En

realidad, el silencio es un ascensor que permite encontrar a Dios subiendo de piso en piso.

Los monasterios, y las cartujas en particular, son vías de acceso a Dios silenciosas y privilegiadas. Pero el silencio ha de modelar también las almas de los seminaristas y los sacerdotes.

—*N. D.* — *¿Se podría hablar entonces de una espiral del silencio?*

—D. D. L. — El hombre puede percibir esas espirales en toda relación amorosa que se va consolidando. Al principio la reina es la palabra: hay mucho que descubrir del otro. Con el tiempo va ganando terreno la presencia silenciosa. Basta con estar juntos, porque la mirada expresa más que las palabras. En la relación con Dios hallamos ese mismo movimiento: como toda relación, posee su historia, su desarrollo. En el texto que acabo de citar, Isaac de Nínive lo expresaba así: «Poco a poco algo nos atrae a un silencio mayor», lo cual implica una nueva forma de relación. Ocurre igual que con un libro: para descubrir la página siguiente, hay que volver —hay que ocultar y, de alguna manera, abandonar— la anterior.

Con Dios ese movimiento no tiene fin, porque Él es infinito. Poco a poco, la intimidad divina que nos colmaba va cediendo terreno a la insatisfacción: escuchamos como una llamada a ir más lejos, aunque ignoramos en qué dirección. Es como si el Señor no acudiera a la cita; o, para ser más exactos, somos nosotros quienes no acudimos a la cita: nos hemos quedado en el mismo sitio, mientras que Dios ha avanzado. En ese momento hay que abandonar algo para emprender la escucha de las señales que Él nos ofrece, igual que el niño que se pierde en el bosque escucha en absoluto silencio para poder percibir una voz que le indique qué dirección tomar.

En un hermoso texto sobre la oración del corazón, dom André Poisson cuenta cómo, antes de entrar en la cartuja, había encontrado «una pequeña fuente que creaba entre mi corazón y Dios un vínculo infinitamente profundo y real». Y un buen día, mucho tiempo después, le asaltaron las dudas y se dio cuenta de que esa pequeña fuente no era Dios, ya que solo de Él tenía sed. Dom André comprendió que debía abandonar la fuente que tanto apreciaba para «hallar el medio, la actitud del corazón que me permitiera abrir la puerta directamente a Aquel que tanto tiempo llevaba llamando a ella en vano, porque en mi oración me centraba ante todo en mí mismo». La pequeña fuente de dom André era sin duda algo bueno y valioso, pero solo temporalmente: no debía detenerse en ella. Igual que el paseante que descubre un paisaje espléndido y se detiene para disfrutar de él pausadamente: aun así, llega un momento en que tiene que reanudar la marcha hacia

nuevas sorpresas aún más bellas.

Esa es la razón de las alternancias que se presentan como una espiral. Para descubrir una nueva relación, un nuevo lenguaje, el que nos resulta conocido tiene que callar. Hacen falta mucho silencio y mucha atención para descubrir una música nueva a la que no estamos acostumbrados.

El mayor obstáculo suele residir en nuestra tendencia a seguir en el mismo sitio mientras contamos con un sistema que funciona. A nuestro corazón, habituado a una relación determinada con Dios, le repugna cambiar para crear una nueva relación; el Señor, sin embargo, está impaciente por avanzar. Y se adelanta para obligarnos a reanudar la marcha.

—N. D. – *El Dios cristiano es un Dios oculto. Este es uno de los grandes misterios del modo en que la Providencia gobierna el mundo. No obstante, ese célebre Deus absconditus es uno de los aspectos de la vida en esta tierra que impide creer.*

—D. D. L. – A este respecto conviene citar la frase de san Pablo: «la expectación ansiosa de la creación anhela la manifestación de los hijos de Dios» (*Rm 8, 19*). Aún ignoramos lo que somos, lo que seremos.

En la marcha diaria del mundo, el silencio de Dios es un fenómeno estremecedor. ¿Cómo se puede comprender el sentido de esa ausencia? Sin duda, es más fácil entenderlo en nuestra vida personal.

El hombre, en cuanto criatura, está marcado por un egocentrismo ontológico. El niño que nace solamente tiene conciencia de sí mismo. Al principio percibe a la madre como una extensión de su propia persona. ¡Todos hemos empezado siendo solipsistas! Progresivamente, decepción tras decepción, el niño acaba comprendiendo que su madre es otra persona. Varias etapas y el paso de los años acabarán conduciéndolo a un amor primero interesado y finalmente entregado.

Paralelamente, en el orden de la vida espiritual tenemos por delante un largo camino. Hay que pasar del egocentrismo absoluto al amor oblativo, totalmente descentralizado de uno mismo, a semejanza del inmenso amor de Dios. Ese es el trayecto de la criatura más pequeña hacia el infinito del Cielo... Una evolución parecida requeriría asimismo mucho tiempo. Pero es como si Dios tuviera prisa. Por eso, no nos debe extrañar que ese curso acelerado sea algo rudo. ¡La vida es muy corta y el trayecto considerable! Vista desde la

eternidad, nuestra vida es solo un breve instante. Eso no impide la sensación de que el tiempo se alarga, sobre todo cuando se sufre. No perdamos de vista esta diferencia, que nos ayudará a comprender. Cuando estemos del lado de Dios, nuestra mirada será la misma que la suya. Así lo explica Jesús: la mujer, cuando va a dar a luz, está triste porque ha llegado su hora. Pero, una vez que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda del sufrimiento por la alegría de que ha nacido un hombre en el mundo (*Jn 16, 21*).

En este mundo contamos con una oportunidad única de amar a Dios cuando aún escapa a nuestra mirada y a nuestros oídos. La fe no se da en la luz, porque el deslumbramiento se reserva para la eternidad. Pero, llegado el tiempo en que Él se revele plenamente, nuestra alegría será eterna por haberle amado sin verle. Jesús dijo a sus discípulos: «Vosotros sois los que habéis permanecido junto a mí en mis tribulaciones. Por eso yo os preparo un Reino como mi Padre me lo preparó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino, y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel» (*Lc 22, 28-30*). Y en cuanto a él mismo, «¿no era preciso que Cristo padeciera estas cosas y así entrara en su gloria?» (*Lc 24, 26*). Lo mismo ocurre con los hombres invitados a seguirle tomando su Cruz.

Esa Cruz puede ser pesada y terrible, pero san Pablo nos recuerda que «fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados por encima de vuestras fuerzas» (*1Co 10, 13*).

Seamos humildes cuando hablamos del sufrimiento ajeno. Solo quien ha sufrido de verdad tiene derecho a hablar. En *Le Heurtoir*, Paul Claudel escribió: «Dios no ha venido a suprimir el sufrimiento. Ni siquiera a explicarlo. Ha venido a llenarlo de su presencia». Yo añadiría: ha venido a compartirlo; y este misterio, grabado en el cuerpo resucitado de Jesús, nunca dejará de ser una fuente de alegría y asombro. Como dice el salmo 116: «¿cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha dado?».

—C. R. S. — Comparto la visión de dom Dysmas. El amor verdadero no tiene por qué ser visible. Dios es el Amor verdadero. Es un fuego devorador que no puede extinguirse: tanta es la pasión con que nos ama en el misterio de la Cruz. Es *Deus absconditus*, Dios invisible y oculto. Y, al mismo tiempo, se ha hecho visible en su Hijo, por quien «hizo también el universo. Él, que es resplandor de su gloria e impronta de su sustancia y que sustenta todas las cosas con su palabra poderosa» (*Hb 1, 2-3*). Dios está cerca de nosotros. En nuestras sociedades materialistas creemos que lo real tiene que ser tangible e inmediato. Pero el amor de Dios aparece velado en el silencio, en el dolor, en la muerte, en la carne torturada y destrozada de Jesús, que agoniza en la Cruz.

Al profeta Elías le habría gustado ver el rostro de Dios. Ese es también el deseo, la

inquietud religiosa más hondamente arraigada en el corazón de cada hombre. Pero no podemos ver a Dios sin morir de miedo, de estupor y de asombro. Aun así, Él no sería capaz de dejar insatisfecho un deseo humano tan intenso. Como dice la carta a los hebreos, al llegar la plenitud de los tiempos, Dios se ocultó tras el rostro de un niño. La majestad eligió la vulnerabilidad. El Dios Infinito aceptó la Cruz y la peor humillación porque el anonadamiento es la expresión del amor.

Al hombre le gustaría aprehender a Dios de un modo inmediato. Pero el Padre se halla oculto tras un velo y solo podremos esclarecer el misterio después de morir.

Con su silencio Dios quiere permitir que trascendamos el mero amor humano para comprender el amor divino.

—N. D. — *¿Cómo entiende el cartujo el misterio insondable del silencio de Dios frente a las atrocidades que se cometen a diario ante nuestros ojos? En Irak y en Siria hay niños mutilados, violados, vendidos, reducidos a la esclavitud, crucificados... ¿y Dios no dice nada? La política de exterminio del Estado islámico azota a los cristianos de Oriente y el Dios del amor parece ausente.*

—D. D. L. —¿Me permite hacer una introducción a este tema? El actual genocidio de los niños trisómicos en Occidente no es menos dramático, y no estoy seguro de que sea menos bárbaro: simplemente, es menos visible. En circunstancias como estas, que atañen tanto a Oriente como a Occidente, creo que deberíamos meditar el libro de Job. Convencido de estar en su derecho, Job llega a pedir el juicio de Dios. ¿Y qué responde Él? Se limita a decirle a Job que es incapaz de comprender y, aun así, comparte su rebelión y le da la razón. Estas son las palabras que dirige a sus amigos al final del libro: «No habéis hablado con rectitud, como mi siervo Job» (*Jb* 42, 8).

Job no puede entender los planes de Dios porque aún no se ha recibido la clave esencial, la vida eterna. Hasta lo peor llegará a su fin una vez estemos del lado del Reino de Dios. Fíjese en los emigrantes: están dispuestos a afrontar riesgos formidables con la débil esperanza de encontrar una vida mejor en Europa durante unos cuantos años. Dios, nuestro Padre, nos tiene preparada una vida infinitamente mejor e ilimitada. Lo que le falta al hombre es poder imaginar la eternidad, la plenitud sin fin que aporta la total comunión con Dios, esa tierra donde se encarnará la justicia que los profetas han intentado describir.

El silencio de Dios no puede comprenderse sin la perspectiva de la vida eterna. El tiempo de Dios es distinto del nuestro: para Él, «un día es como mil años» (*2P* 3, 8).

Nos deja sufrir brevemente antes de salvarnos para toda una vida. ¿Quién se quejaría del cirujano que, con una operación dolorosa de dos horas, curara a un enfermo para siempre? ¡Tendría la consulta abarrotada! Antes de entrar en el Carmelo, santa Teresa del Niño Jesús leyó las conferencias sobre la vida eterna del abad Arminjon. Y hubo unas palabras que la conmovieron. Decía el abad que, una vez que el alma dejara esta vida, el Señor le diría: «¡Ahora me toca a mí! Durante tu vida en la tierra me has dado cuanto has podido por amor; ahora me toca a mí dar, infinitamente y para toda la eternidad». Esto ha dicho Jesús: «En verdad os digo que no hay nadie que haya dejado casa, hermanos o hermanas, madre o padre, o hijos o campos por mí y por el Evangelio, que no reciba en este mundo cien veces más en casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y campos, con persecuciones; y, en el siglo venidero, la vida eterna» (*Mc* 10, 29-30).

Así es como hemos de comprender el silencio de Dios, que no reviste un sentido definitivo. Durante unas cuantas horas guarda silencio y deja el mundo en nuestras manos. Pero llegará el día en que haga «nuevas todas las cosas» (*Ap* 21, 5).

Incluso del mal, Dios es capaz de obtener los mayores bienes. Todo lo que Él permite tiene un sentido. Esta es la pregunta que le planteó Jesús a la mística Juliana de Norwich, a quien tanto le gustaba hablar de la cortesía, la amabilidad, la sencillez, la modestia de Dios, y que una noche tuvo quince visiones que nunca dejó de meditar: «¿Cuál es el mayor pecado que ha existido jamás en este mundo sino el de Adán?». Y añadió estas extraordinarias palabras: «Puesto que yo he trocado en bien el mayor de los males, es mi voluntad que sepáis que transformaré en bien todo mal menor que aquel». Para consolarla le decía: «Tú misma verás que todo acabará bien». La ermitaña concluía así: «Con estas palabras nuestro Señor quería decir: “Acéptalo ahora en fe y confianza, y al final lo verás realmente en la plenitud de la alegría”».

En definitiva, nosotros somos un poco como Job. Sabemos que la vida eterna existe, pero no tenemos experiencia de ella. Y seguimos revolcándonos en el mal de esta tierra. Como hizo Pascal, hemos de apostar por la eternidad. Jesús no dijo demasiadas cosas que nos permitan imaginar la vida eterna, pero contamos con una certeza: «Cuanto hay de verdadero, de honorable, de justo, de íntegro, de amable y de encomiable; todo lo que sea virtuoso y digno de alabanza» (*Flp* 4, 8), y también todo lo que es bello, llegará a su cumplimiento y alcanzará su plenitud, y no será destruido.

—C. R. S. — Muchas veces nos rebelamos frente a acontecimientos difícilmente soportables. Dios da la impresión de estar dormido, de no defender a sus hijos más débiles. Somos incapaces de entender su manera de ocuparse de los pobres. Dios quiere que ese sufrimiento contribuya, como la muerte de Cristo, a la salvación del mundo. En

realidad, una tierra sin Dios es un mundo lleno de crueldad que hace correr ríos de sangre; todos los cielos y todas las épocas de la historia han contemplado su repetida barbarie.

Recordemos Auschwitz. En el campo de concentración había una prisión espantosa, el famoso búnker del hambre, el búnker de una muerte lenta y visible. En esa celda subterránea murió Maximiliano Kolbe después de una larga y horrible agonía. Solo le rodeaban la tortura, la barbarie, el sufrimiento y la miseria. Fuera había un patio en el que asesinaron a cerca de veinte mil hombres; al lado, el *hospital*, donde se practicaba la vivisección de seres humanos; y, al final de una avenida, el horno crematorio. No obstante, en el corazón del padre Maximiliano Kolbe reinaban la alegría y esa paz que Cristo prometió conceder a sus discípulos y a quienes siguen su ejemplo muriendo en la Cruz, como Él, para que otros vivan. En circunstancias parecidas, santo Tomás Moro, preso –y más tarde ejecutado– en la Torre de Londres, oraba así: «La pérdida de los bienes temporales, de los amigos, de la libertad, de la vida y de cualquier otra cosa no es nada si consideramos la riqueza que es Cristo».

Podríamos recordar también a los siete monjes asesinados en 1996 en Tibhirine, en Argelia. Su vocación consistía únicamente en orar y servir a Dios y a sus hermanos. Todas estas muertes participan de la muerte de Cristo por la salvación del mundo.

Hoy en día son muchos los que padecen un martirio incruento cuando intentan vivir su fe en medio de un mundo cada vez más ateo, hedonista, indiferente e incluso hostil a Dios. No hay que temer el rechazo del mundo: ese odio creciente debe alegrarnos. Eso es lo que prometió Jesús: «Acordaos de las palabras que os he dicho: no es el siervo más que su Señor. Si me han perseguido a mí, también a vosotros os perseguirán. Si han guardado mi doctrina, también guardarán la vuestra. Pero os harán todas estas cosas a causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado» (*Jn* 15, 20-21). Cuando la fe cristiana sufre persecución, se fortalece.

No cabe duda de que las decisiones de Dios nunca dejarán de sorprendernos. El hombre no puede entender de primeras el bien que Dios quiere para él mientras está pasando por las pruebas más terribles.

Solo los ojos de la fe pueden permitirnos continuar avanzando hacia Dios. Nadie sabe si Dios no nos concederá a los cristianos de Oriente –cuando Él así lo quiera– una espléndida primavera... Nuestros ojos humanos son demasiado débiles y están demasiado enfermos para comprender la economía del Cielo.

—D. D. L. – Solo me gustaría recordar una historia. Un número de la revista *Cahiers sur l'Oraison* recoge la nota escrita por un judío en un pedacito de papel antes de dirigirse a la cámara de gas: «Señor, acuérdate también de los hombres de mala voluntad, pero no te acuerdes de su crueldad. Acuérdate de los frutos que hemos dado gracias a lo que han hecho. Y haz, Señor, que los frutos que hemos dado sean algún día su redención».

Deberíamos meditar la grandeza de este mensaje, revelador de que el Espíritu Santo no dejó de actuar en medio del horror de los campos. En el libro de Daniel, Dios no impide que los tres jóvenes sean arrojados al horno, pero sí vela por ellos, pues el ángel del Señor desciende hasta allí para acompañarlos. Esta historia contiene un símbolo. Dios no nos evita la prueba; pero, como nos dice en el salmo 90 (15-16), «con él estaré en la tribulación, lo libraré y lo glorificaré. Le saciaré de muchos días y le haré ver mi salvación».

—C. R. S. – Es urgente que el mundo moderno recupere una mirada de fe; si no, la humanidad se precipita a su perdición. La Iglesia no puede acuartelarse en una visión meramente social. La caridad tiene un sentido espiritual. La caridad guarda una estrecha relación con el silencio de Dios.

Dios posee un plan de salvación para el mundo y los hombres deben procurar comprender cada vez mejor su mirada. Hemos de desear unirnos a Él en su silencio.

—*N. D. – Reverendo Padre, cuando preparábamos esta entrevista, me decía usted: «Como ocurre con toda cuestión importante, cuanto más reflexionamos sobre el silencio, menos comprendemos. ¿Quién ha comprendido alguna vez el amor?». ¿Suscribe usted esta dura observación llena de esperanza, Eminencia?*

—C. R. S. – ¿Quién puede comprender a Dios? ¿Quién puede penetrar en su silencio y entender su misterio y su fecundidad? Podemos reflexionar sobre el silencio para acercarnos a Dios, pero llegará un momento en que nuestro pensamiento no será capaz de progresar. Como en todas las cuestiones relativas a Dios, hay un estadio en el que la búsqueda no puede avanzar más. Lo único que queda por hacer es alzar los ojos, tender las manos hacia Dios, orar en silencio a la espera del amanecer.

El silencio forma parte de esos interrogantes que nos demuestran que existe un misterio antes del misterio.

El silencio es la condición para abrirse a las grandes respuestas que obtendremos después de morir. Nos gustaría que Dios hablara durante nuestro paso por este mundo. Pero por el momento vivimos en la noche orando en silencio. Llegará un día en que lo entenderemos todo. Aquí abajo hemos de buscar sin hacer ruido. Sé que el silencio de Dios escapa constantemente a la impaciencia del hombre. Hoy más que nunca el hombre alimenta una especie de relación compulsiva con el tiempo.

—D. D. L. — Cuando estaba en el noviciado, el padre maestro me dio a leer *Los misterios del cristianismo*, de Matthias Joseph Scheeben. Al final de cada capítulo, el teólogo se cuidaba de subrayar que era poco lo que habíamos comprendido y que la mayor parte seguía fuera de nuestro alcance. Tenía razón: cuanto más estudiamos un misterio, más comprendemos que no comprendemos, lo cual acrecienta nuestra admiración.

Es una suerte que se nos escapen tantas cosas: nos queda un infinito por descubrir. Las realidades más conocidas están llenas de misterio. Cuanto más avanza la ciencia, por ejemplo, menos entiende la materia. Solo quien no ha reflexionado sobre el tiempo cree saber lo que es. ¿Quién puede pensar que somos capaces de averiguar el sentido del actuar de Dios en este mundo?

La contemplación se alimenta sobre todo de lo que no comprendemos. En la meditación el hombre intenta entender un poco del misterio; en la contemplación se maravilla y se abandona al amor de Dios que nos supera.

«Si lo comprendes, no es Dios», escribe san Agustín (*Sermón* 117). En la fe la falta de comprensión es fundamental; lejos de ser una frustración, nos permite soñar. Se abre un espacio abismal y nuestro silencio se desliza en esa espera.

—*N. D.* — *¿Por qué es tan importante el silencio para la Iglesia?*

—C. R. S. — Si el hombre busca a Dios y quiere encontrarle, si desea una vida de unión más íntima con Él, el silencio es el camino más directo y el medio más natural para lograrlo. El silencio es fundamental: permite a la Iglesia pisar sobre las huellas de Jesús, imitando los treinta años de silencio en Nazaret, los cuarenta días y las cuarenta noches de ayuno y de diálogo íntimo con el Padre en la soledad y el silencio del desierto. Con la misma actitud de Jesús frente a las exigencias de la voluntad de su Padre, la Iglesia debe buscar el silencio para penetrar cada vez con mayor hondura en el misterio de Cristo. La Iglesia tiene que ser el reflejo de la luz que emana de Cristo. Y la luz de Cristo destella,

resplandece, ilumina en silencio, y la noche ensordecedora del pecado no puede detenerla; por eso dice san Juan: «La luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la han podido apagar».

La luz no hace ruido. Si queremos acercarnos a esa fuente de luz, debemos adoptar una actitud de contemplación y silencio.

Para reflejar el resplandor de Cristo los cristianos tienen que parecerse al Hijo de Dios. Ese resplandor luminoso siempre es discreto.

La verdadera naturaleza de la Iglesia no reside en lo que hace, sino en lo que testimonia. El silencio se encuentra allí donde está lo profundo y lo misterioso. Cristo nos pide que seamos luz. No nos insta a conquistar el mundo, sino a mostrar a los hombres el camino, la verdad y la vida. Nos pide que seamos testigos silenciosos pero convincentes de su Amor.

El silencio es el espacio donde acogemos los misterios. ¿Por qué se celebra en silencio la semana santa? La respuesta es sencilla: debemos entrar en la Pasión para configurarnos con Cristo, participar de sus padecimientos, asemejarnos a Él en su muerte para alcanzar la resurrección de entre los muertos (*Flp 3, 10*). El profundo silencio del sábado santo no es un momento de tristeza: es el momento de sepultarnos junto a Jesús y contemplar el misterio que la razón no puede penetrar sin ayuda de Aquel que sondea los corazones y sabe cuál es el deseo del Espíritu (*Rm 8, 27*). Conducida por el Espíritu Santo, la Iglesia tiene la misión de educar en el silencio, porque la vida en el silencio no existe sin una vida plenamente guiada por el Espíritu.

Nunca olvidaré a los misioneros espiritanos a los que veía pasar horas y horas en oración en el silencio de la iglesia de mi poblado de Ourous. Eran totalmente fieles a las enseñanzas de Cristo. Se retiraban al desierto interior de su corazón para estar con Dios. He sido muy afortunado al tener a esos hombres como modelo.

A los niños se les debe iniciar en el silencio. Los jóvenes que van a recibir el cuerpo de Cristo por primera vez tienen que prepararse apartándose del mundo unos días, marchar a un lugar desierto donde disponerse en silencio al encuentro con Dios.

Sin el silencio la Iglesia traiciona su vocación. Me temo que muchas veces la reforma de la liturgia, sobre todo en África, ha dado pie a fiestas ruidosas meramente humanas que no responden en absoluto a la voluntad del Hijo de Dios expresada durante la Última Cena. No se trata de frenar la alegría de los fieles, pero cada cosa tiene su momento. La liturgia no es lugar para festejos humanos, ni para las pasiones, ni para retahílas de

palabras disonantes, sino para la sola adoración.

Hoy el ruido invade demasiadas facetas de la vida de los hombres. La Iglesia cometería un grave error si añadiera más ruido al ruido. El amor no tiene necesidad de palabras.

—D. D. L. — Mi humilde experiencia de cartujo me lleva a decir que la Iglesia no debe perder el sentido de lo sagrado. Si abandonamos el misterio, perdemos el Infinito. Como dice Qohélet, hay «tiempo de callar y tiempo de hablar» (*Qo* 3, 7). La Iglesia tiene la imperiosa obligación de llevar el misterio de Dios a los hombres. La palabra que traslada ese mensaje debe penetrar antes en quien la dice para hacerla totalmente suya. La *lectio divina*, la escucha de la Palabra de Dios que ha estado siempre en el corazón de la vida monástica, es el tiempo de la palabra, el tiempo del corazón que escucha, que recibe, que se deja empapar. Es también el tiempo del silencio que nos ronda para dejar que la Palabra penetre hasta el fondo del ser y se haga verdaderamente nuestra. Si corremos demasiado, la huella será superficial o se borrará. No es misión de los cartujos predicar y yo no tengo demasiada experiencia en ese terreno; pero nadie pone en duda que una palabra que procede del corazón y que ha sido hondamente vivida por quien la transmite penetrará más hondo en aquel que la escucha.

En el célebre texto *La escala de los monjes*, Guigo II, duodécimo prior de la Gran Cartuja, enseña cuáles son las etapas de esa penetración, que comienza con la lectura y continúa con la meditación: esta inicia el encuentro de corazón a corazón con Dios y abre a la contemplación. ¿Cómo no guardar silencio frente a un Dios hecho hombre? La lectura, el estudio, la meditación: estas primeras etapas desembocan finalmente en el silencio, donde ya no trabajamos nosotros: lo importante es dejar trabajar al Espíritu para que nos explique el misterio que nuestra inteligencia es incapaz de comprender. El Espíritu tiene el poder de hacernos enteramente suyos gracias al amor que suscita en nosotros.

Para mí el silencio en la vida de la Iglesia va ligado al misterio y a la delicadeza de la voz divina. Para escucharla hay que aguzar el oído, porque el Espíritu Santo no habla alto, como no lo hacen tampoco Jesús ni su Padre. Una vez que el Verbo se hizo hombre y se instaló en Nazaret, pasaron treinta años sin que los nazarenos lo advirtieran. Así pues, hacen falta tiempo y silencio para discernir las voces del Cielo, discretas e infinitamente respetuosas.

—C. R. S. — El misterio es el Infinito que viene al encuentro de lo finito. Cuando

contemplamos la vida de Jesús, nos impresionan su discreción y su silencio. La Iglesia debe seguir el mensaje y el modo de actuar de Cristo: tiene que dar testimonio con su vida y ser parca en palabras.

Si nos limitamos a darle vueltas a lo que piensa cada uno, nos alejamos del misterio: la Iglesia corre el peligro de no fundamentarse sobre una sola fe, sino sobre opiniones cambiantes y relativas.

Los grandes santos hablan poco y, sin embargo, son los mejores mensajeros de la Iglesia. Los mártires no respondían a los ataques defendiéndose, sino callando. Viven una vida escondida con Cristo en Dios (*Col 3, 3*). Los éxitos, los elogios, las persecuciones o la muerte carecen de importancia. En esa estela que han dejado los santos san Bruno es un ejemplo perfecto.

Naturalmente, cuando la barbarie se ensaña y emplea los medios más refinados para destruir la moral, la familia y el misterio, hay que hablar alto y claro. Los hijos de Dios tienen que saber elegir su momento, sus palabras, las armas de la fe y la caridad. Los nobles combates aborrecen la vulgaridad y el parloteo inútil. Para proclamar la verdad bastan unas cuantas frases. Hoy día la crisis del mundo moderno y sus siniestras repercusiones en la Iglesia y en sus jerarquías responsables no impiden que la vida cristiana se desarrolle, que la fe se consolide, se reafirme y se propague. La Iglesia continúa evangelizando pese a unos poderes y a tantos medios financieros y técnicos cada vez más invasivos que se esfuerzan encarnizadamente por acabar con la religión, la moral, la familia, el matrimonio y los valores humanos, espirituales y éticos fundamentales. La Iglesia vive hoy pruebas externas e internas sin parangón. Es como si un terremoto quisiera destruir sus cimientos doctrinales y su enseñanza moral multisecular.

La propia humanidad se ha impuesto siempre unas normas éticas exigentes, prohibiciones y leyes imperativas que impiden al hombre ceder a impulsos fugaces y le ayudan a asegurar una mayor calidad personal y social, que es el resultado de esfuerzos necesariamente prolongados y con frecuencia exigentes y duros. En los países tradicionalmente cristianos la Iglesia se ve violentamente sacudida por una apostasía generalizada. Es víctima de la infidelidad de los traidores que la abandonan y la prostituyen. No obstante, para la Iglesia esta inestabilidad universal que afecta al mundo, a la fe y a los creyentes debe ser una ocasión privilegiada para confesar a Dios (*Mt 10, 32-33*) con claridad, con fuerza y con firmeza, proclamando el Evangelio de Jesucristo. Hay que fortalecer en cada fiel cristiano el amor de Dios, resucitar la solidez de la fe católica, proclamar la coherencia de la Iglesia en medio de un mundo totalmente

desquiciado y bajo amenaza de ruina.

—*N. D. – ¿Cuál es el vínculo entre el silencio y la humildad?*

—D. D. L. – Cuando se trata de Dios, el misterio está por todas partes. El propio hombre es misterio, porque ha sido hecho a imagen de Dios. La creación es misterio, porque Dios lo es todo y fuera de Él no puede existir nada. El primer versículo de la Biblia nos permite afirmar que Dios ha creado el mundo, pero no podemos explicarlo.

Ante el misterio, ante lo que es demasiado grande, demasiado hermoso para ser capaces de entenderlo, podemos guardar un silencio de asombro. En su libro *Face à Dieu: la prière selon un chartreux*, Augustin Guillerand escribía con elocuencia: «Para encontrar la humildad es mejor mirarle a Él que mirarse a uno mismo».

No puedo ofrecer una respuesta mejor que esta a su pregunta.

—C. R. S. – Delante de Dios solo se puede ser humilde y silencioso. De hecho, Él es el gran misterio que hemos de meditar. Ante Dios somos como poceros: cavamos sin descanso para intentar dar con el agua. Si descendemos a la fuente divina, encontraremos los pozos de donde brotan nuestra dignidad y nuestro propio misterio. Pero solo podremos penetrar en el secreto de nuestras conciencias en un estado de perfección radical. Esta es la maravillosa experiencia que vivió san Agustín, quien escribe en las *Confesiones*: «Nosotros estamos fuera, somos extranjeros para nosotros mismos y solo podemos llegar hasta nosotros mismos estando totalmente abiertos a Dios». Debemos intensificar nuestra búsqueda del silencio caminando por los senderos de la humildad. San Pedro nos exhorta así: «Revestíos de humildad en el trato mutuo, porque Dios resiste a los soberbios y a los humildes da la gracia. Humillaos, pues, bajo la mano poderosa de Dios» (*1P* 5, 5-6).

La humildad de los cartujos demuestra que el silencio es una escuela de mansedumbre, de sabiduría y abandono: ellos descansan humildes y confiados en las manos de Dios. Los hijos de san Bruno son un magnífico modelo. «Si procuras la sabiduría como la plata y la buscas como a los tesoros» (*Pr* 2, 4), revístete de humildad y de silencio; desciende, como el pocero a los pozos y los mineros a la mina, con tu mono de trabajo. Solo nos encontramos a nosotros mismos volviendo humildemente al *humus* de nuestros orígenes. Eso es también lo que nos lleva a postrarnos cuando, arrojando al suelo las coronas de nuestro orgullo y nuestras pretensiones, caemos de rodillas ante el trono del Cordero para adorarlo (*Ap* 4, 1-11; 5, 6-14; 7, 9-17; 8, 1-5; 11,

15-18; 14, 1-5; 19, 1-4).

—N. D. – *¿Qué lugar puede ocupar el silencio en la liturgia?*

—D. D. L. – La adoración tiene que ser el centro de la liturgia. Esta actitud del corazón no se expresa tanto con las palabras como con la postura, los gestos o el silencio. Una genuflexión bien hecha habla por sí sola. Si se retiran todos los signos expresivos de la adoración, primero desaparecerá la propia actitud y, después, el sentido de lo sagrado. Arrodillarse, besar el suelo como hacemos en las cartujas durante el ángelus, llevar el cáliz al ofertorio con el paño de hombros –algo característico de nuestra liturgia–: todos estos gestos conllevan su propio significado.

En nuestros monasterios contamos con un signo tan hermoso como es la postración. Antes de la misa el sacerdote se postra en el presbiterio: se tumba en el suelo, ligeramente recogido sobre sí mismo. Después de la consagración toda la comunidad hace lo mismo. Y luego, durante la acción de gracias, que se prolonga varios minutos en silencio, podemos elegir entre postrarnos o seguir sentados. Así es como los cartujos muestran la rendición de todo su ser ante los santos misterios.

Para manifestar la fe en el misterio de la presencia real de Jesús, el Verbo Eterno, en la Eucaristía, la postración vale más que cualquier discurso.

—C. R. S. – Permítanme decir que me parece esencial que los cartujos conserven este espléndido gesto de sometimiento y disponibilidad ante Dios, de humildad y de adoración silenciosa. Hoy en día la liturgia muestra cierta secularización que apunta a la desaparición del signo litúrgico por excelencia: el silencio. Hay quienes intentan eliminar por todos los medios los gestos de la postración o la genuflexión ante la Majestad divina, cuando en realidad se trata de gestos cristianos de adoración, de santo temor de Dios, de veneración y de un amor respetuoso. Son los gestos de la liturgia del Cielo: «Y todos los ángeles estaban de pie alrededor del trono, de los ancianos y de los cuatro seres vivos, y cayeron sobre sus rostros ante el trono y adoraron a Dios» (*Ap* 7, 11). «Entremos en su morada, postrémonos ante el estrado de sus pies» (*Sal* 132, 7). «Venid, adoremos y postrémonos, pongámonos de hinojos ante el Señor, nuestro Hacedor. Pues Él es nuestro Dios» (*Sal* 95, 6-7).

Me parece lamentable que haya conferencias episcopales o sacerdotes que, por motivos de inculturación, decidan suprimir estos gestos celestiales y reemplazarlos por gestos de cortesía o usos culturales. ¿Por qué nos resistimos siempre a la voluntad y a los

modos de hacer de Dios para aferrarnos a nuestras costumbres?

Yo soy africano. Déjenme decirlo claramente: la liturgia no es el lugar para promover mi cultura. Al contrario: es el lugar donde mi cultura ha recibido el bautismo, donde se eleva a la altura de lo divino. A través de la liturgia de la Iglesia (que los misioneros han llevado al mundo entero), Dios nos habla, nos transforma y nos permite participar de su vida divina. Cuando alguien se hace cristiano, cuando alguien entra en comunión plena con la Iglesia católica, recibe algo más, algo que le cambia. Es cierto que las culturas y los nuevos cristianos aportan riqueza a la Iglesia: prueba de ello es la liturgia de los ordinariatos para los anglicanos en plena comunión con la Iglesia católica. Pero aportan esa riqueza con humildad; y la Iglesia, con su maternal sabiduría, la utiliza si la considera adecuada.

Por eso considero oportuno precisar qué se entiende por inculturación. Cuando entendemos realmente el significado del término conocimiento como el hecho de penetrar en el misterio de Jesucristo, nos hacemos con la clave de la inculturación, que no se puede identificar con la conquista o la reivindicación de la legitimación de una africanización, o una latinoamericanización, o una asianización que sustituyan la occidentalización del cristianismo. La inculturación no consiste en canonizar una cultura local, ni en instalarse en esa cultura a riesgo de absolutizarla. La inculturación es una irrupción y una epifanía del Señor en lo más íntimo de nuestro ser. Y la irrupción del Señor en una vida provoca en el hombre una desestabilización, un desarraigo que precede a un recorrido basado en nuevas referencias, las cuales generan una cultura nueva, portadora de una Buena Nueva para el hombre y su dignidad de hijo de Dios. Cuando el Evangelio entra en una vida, la desestabiliza, la transforma. La dota de una nueva orientación, de nuevas referencias morales y éticas. Vuelve el corazón del hombre hacia Dios y hacia el prójimo para amarlos y servirles plenamente y sin cálculos. Cuando Jesús entra en una vida, la transfigura, la diviniza con la Luz deslumbrante de su Rostro, como le ocurrió a san Pablo camino de Damasco (*Hch 9, 5-6*). La inculturación es una auténtica kénosis silenciosa, un anonadamiento, un sometimiento obediente y humilde a la voluntad del Padre y a los santos misterios cristianos que celebramos por Jesucristo, con Él y en Él.

En efecto, del mismo modo que, a través de la Encarnación, el Verbo de Dios se hizo semejante a los hombres en todo menos en el pecado (*Hb 4, 15*), así el Evangelio asume todos los valores humanos y culturales, pero se niega a encarnarse en las estructuras de pecado. Cuanto más abunda el pecado individual y colectivo en una comunidad humana o eclesial, menor es el espacio para la inculturación. Y al contrario: cuanto más brilla la santidad y resplandecen los valores evangélicos de una comunidad cristiana, más

posibilidades tiene de lograr la inculturación del mensaje cristiano. La inculturación de la fe es, por lo tanto, un reto de santidad. Permite verificar el grado de santidad y el nivel de penetración del Evangelio y de la fe en Jesucristo en una comunidad cristiana. No se trata, pues, de un folklore religioso.

Tampoco se materializa esencialmente en el empleo —en la liturgia y los sacramentos— de lenguas locales, instrumentos y música latinoamericana, bailes africanos o ritos y símbolos africanos o asiáticos. La inculturación es Dios que desciende y entra en la vida, en las conductas morales, en las culturas y costumbres de los hombres para liberarlos del pecado e introducirlos en la vida trinitaria. Es cierto que, para transmitirse, la fe necesita una cultura: por eso san Juan Pablo II afirmaba que una fe que no se transforma en cultura es una fe moribunda: «La inculturación, en su recto proceso, debe estar dirigida por dos principios: la compatibilidad con el Evangelio de las varias culturas a asumir y la comunión con la Iglesia universal» (Carta encíclica *Redemptoris Missio*, n. 54).

—D. D. L. — Nosotros hemos conservado el silencio en la plegaria eucarística porque guarda consonancia con nuestra vida. El silencio es un signo litúrgico. También fuera de la vida cartujana la consagración es el gran momento del misterio, y así lo subraya el misal romano pidiendo a los fieles que se arrodillen precisamente entonces. En la cartuja el largo silencio que envuelve a la consagración nos invita a entrar en adoración, cuya manifestación más sólida es la postración. Para nosotros el silencio es la mejor manera de tocar lo inefable.

Estoy de acuerdo con Vuestra Eminencia cuando dice que el misterio representa el centro de la vida humana y de la fe cristiana, ese encuentro del Infinito con lo finito que es lo único que puede colmar nuestro corazón y que cautiva a nuestro espíritu. «Mirad qué amor tan grande nos ha mostrado el Padre: que nos llamemos hijos de Dios, ¡pues lo somos!» (*1Jn* 3, 1). Esas palabras, *¡pues lo somos!*, contienen un asombro que nunca tendrá fin.

No puedo evitar pensar que ese asombro está terriblemente apagado. Más de una vez he preguntado a los que vienen a retirarse si alguna vez han oído hablar en un sermón de las postrimerías y de la vida eterna. La respuesta ha sido siempre: «Nunca». Y si hubiera añadido: «¿Y de la filiación divina?», es probable que me hubieran contestado lo mismo. ¿Por qué no se habla nunca de lo que es nuestra esperanza? Más aún cuando, si nos observamos de cerca, comprendemos que esta esperanza está inscrita en el corazón de cualquier hombre: la esperanza de un amor sin límites que no acabará jamás.

Que la Iglesia recuerde constantemente la importancia del misterio de la filiación

divina; que los sacerdotes no duden en hablar de las postrimerías y de la vida eterna: entonces al hombre moderno la adoración no le parecerá un abajamiento, sino la actitud natural de quien descubre que lo ha recibido todo. Con la adoración el silencio recuperará su espacio natural.

—N. D. —¿Qué caracteriza a lo que yo llamaría las enfermedades del ruido? ¿Cuáles son los problemas derivados del exceso de ruido?

—D. D. L. — En mi respuesta a su pregunta tiene que influir por fuerza mi experiencia como cartujo. Muy raramente me expongo al ruido exterior, especialmente al de la ciudad; no tengo móvil, ni televisión, ni radio —estas dos últimas siempre han estado excluidas de nuestros monasterios—, así que lo que diga estará un poco desfasado.

Si existe una enfermedad del ruido, habría que ponerle el nombre de síndrome de la mordaza. Así lo he constatado en los aspirantes que vienen a retirarse. Entonces emergen a la superficie recuerdos, deseos, heridas, temores que duermen en su interior y que ellos mismos desconocen. El incesante flujo diario de noticias, de reuniones, de actividades diversas no deja nunca de acallar esas voces que están en lo más hondo de su ser y les impide aflorar en la conciencia. El silencio y la soledad los destapan. Como el descubrimiento no siempre es agradable y el interesado se halla bastante indefenso, procura dejarlos fuera del ámbito de la conciencia manteniendo ese ruido permanente que impide que se manifiesten.

En este sentido, el hombre moderno no ha tenido que enfrentarse nunca a tantas y tan fuertes tentaciones como estas.

La multiplicación de la oferta de información, de sonidos e imágenes desde hace menos de un siglo es asombrosa. El paisaje sonoro y visual del hombre ya no tiene nada que ver con el de nuestros abuelos. Creo que hay que contar con cierta fuerza espiritual para protegerse de esta invasión no mediante un rechazo total, sino mediante una ascesis adecuada. Ya dijo Solzhenitsyn que, si existe el derecho a la información, también existe el derecho a no ser informado.

Como prior de la Gran Cartuja, me encargo de transmitir a la comunidad las informaciones relevantes que conciernen a la vida de la Iglesia, de Francia y del mundo, lo que me obliga a leer el periódico. ¡Cuántas cosas interesantes y, al mismo tiempo, inútiles amenazan con ocupar la imaginación y proveerla de armas contra el silencio interior! Hay que hacer una selección, más aún cuando lo que los periodistas destacan son los hechos excepcionales. Hablan del avión que se ha estrellado, porque ¡no van a

escribir un artículo para decir que hoy todos los aviones han aterrizado sin problema o que las madres de familia cuidan de sus hijos! ¿Y acaso esto no es también importante?

Hay un último aspecto que merece ser subrayado: yo no soy responsable de la guerra de Siria y no tengo nada que aportar a la solución de ese drama. Sin embargo, sí soy responsable de mi vecino de enfrente si me entero de que está solo o enfermo. Pero, como el primer drama es mayor, corro el peligro de que me impida ver el segundo.

Las tentaciones se han multiplicado y el discernimiento y la renuncia se han hecho más necesarios que nunca. Nosotros hemos elegido consagrar nuestra vida a la búsqueda de Dios en el silencio y la soledad. Tenemos que defender ambas cosas con decisiones tajantes: si no, pronto quedarán en nada. Nuestra vocación no es lo habitual, pero ¿acaso no necesitan todos los hombres un poco de silencio y de soledad si no quieren perder el contacto con su corazón? Nosotros tenemos una clausura y una regla que nos protegen. Quienes viven en el mundo deben hallar su propia clausura y su propia regla, no le quepa duda.

Por último, me pregunto si la voz que el mundo moderno intenta acallar con el ruido y el movimiento constantes no será esa que nos dice: «Recuerda que eres polvo y al polvo volverás». La eliminación de la muerte caracteriza a nuestra sociedad: no hace falta que lo diga yo. Y es comprensible. ¿Cómo se puede soportar la idea de la muerte sin Dios, sin la vida eterna, sin Cristo y sin la redención? Comamos y bebamos, que mañana moriremos. El recuerdo de nuestra precariedad es demasiado insistente, así que procuremos hacerlo callar.

¿El remedio contra las enfermedades del ruido? Se deduce de lo que acabo de decir. El principal remedio estará, como siempre, en descubrir el amor de Dios, su llamada a la vida eterna, la victoria de Cristo sobre la muerte que la convierte en una amiga, en la puerta que abre a la Vida. Y la misericordia divina, que sana del temor al mal que hallamos en nosotros. En una palabra: la esperanza.

—C. R. S. — Lejos de Dios, el silencio es un duro encontronazo con el propio yo y con las realidades poco lucidas que habitan en el fondo de nuestra alma. A partir de ahí, el hombre entra en una lógica que se asemeja a una negación de la realidad. Se embriaga con todos los ruidos posibles para olvidarse de quién es. El hombre posmoderno quiere anestesiar su propio ateísmo.

Los ruidos son tapaderas que revelan el temor a lo divino, el temor a la vida real y a la muerte. Pero, «¿qué hombre hay que no vea la muerte, que libre su alma de las garras

del seol?» (Sal 89, 49). El mundo occidental ha acabado maquillando la muerte para hacerla aceptable y festiva. El instante del tránsito se ha convertido en un momento ruidoso en el que el verdadero silencio se pierde entre palabras compasivas débiles e inútiles.

La angustia ante lo que no hace ruido es expresión de unas sociedades líquidas que han desarrollado un miedo neurótico al silencio.

El cristiano no puede tener miedo al silencio, porque nunca está solo. Está con Dios. Está en Dios. Es para Dios. En el silencio Dios me cede sus ojos para contemplarle mejor. La esperanza cristiana es el fundamento de la búsqueda silenciosa del creyente. El silencio no es algo temible; al revés: es la seguridad de encontrar a Dios.

Los hijos de Dios han sido llamados a vivir eternamente con el Padre. Por medio del silencio deben acostumbrarse a estar con Él. La oración silenciosa de los ciudadanos de la tierra es un aprendizaje de lo que los ciudadanos del Cielo vivirán toda la eternidad. En el silencio de la iglesia de Ars el campesino vivía ya la liturgia celestial: «Yo le miro y Él me mira». Sentados en silencio a los pies de Jesús, aprendemos a orar sin interrupción y a convertirnos en testigos audaces del Evangelio.

Hay que desconfiar del alboroto de la vida contemporánea. Ese ruido impuesto es un peligro insidioso para el alma. Las dificultades que encontramos hoy para hallar el silencio son mayores que nunca. Es una situación diabólica. Pero también Cristo tenía que apartarse de la multitud para marchar al desierto. En medio de esa inmensidad vivía el cara a cara más íntimo y más sublime.

Me vienen a la memoria las rotundas palabras de san Juan Pablo II en su encíclica *Redemptoris Missio*: «El renovado impulso hacia la misión *ad gentes* exige misioneros santos. No basta renovar los métodos pastorales, ni organizar y coordinar mejor las fuerzas eclesiales, ni explorar con mayor agudeza los fundamentos bíblicos y teológicos de la fe: es necesario suscitar un nuevo *anhelo de santidad* entre los misioneros y en toda la comunidad cristiana, particularmente entre aquellos que son los colaboradores más íntimos de los misioneros». Y concluía así: «El misionero ha de ser un *contemplativo en acción* (...). El contacto con los representantes de las tradiciones espirituales no cristianas, en particular, las de Asia, me ha corroborado que el futuro de la misión depende en gran parte de la contemplación. El misionero, si no es contemplativo, no puede anunciar a Cristo de modo creíble. El misionero es un testigo de la experiencia de Dios y debe poder decir como los Apóstoles: “Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han palpado nuestras manos a propósito del Verbo de la vida (...), lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos para que también

vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo”» (*1Jn* 1, 1-3).

Hoy la Iglesia tiene una misión esencial, que consiste en ofrecer el silencio a los sacerdotes y a los fieles. El mundo rechaza la soledad junto a Dios de manera repetida y violenta. Por eso, que el mundo se calle y que vuelva el silencio...

—**N. D.** —¿*Cómo se relacionan el silencio y la oración constante?*

—D. D. L. — La expresión *oración constante* no debe inducirnos a error: no se trata de recitar oraciones sin parar. En realidad, esta fórmula se refiere a un modo de estar continuamente junto a Dios, de dejarse habitar por Él, de vivir de un modo consciente esa *inhabitación*. Este es el testimonio de una mujer que conoce esa experiencia: «Mi yo superficial ve a mi yo interior en adoración. Y si la *superficie* quiere implicarse y unirse con una oración hablada a la adoración profunda, todo se acaba. Solo puedo unirme a ese yo interior por medio del silencio, *contemplar* la adoración dentro de mí y callar» (*Cahiers sur l'oraison*, nº 211, I-II 1987). Se trata de una mujer que vive en medio del mundo, lo que significa que la experiencia no es exclusiva de los religiosos.

¿Podemos considerar el silencio como una vía hacia la oración constante, o al revés: la oración constante como una vía hacia el silencio? Planteada así, la pregunta sería demasiado sencilla, porque las dos cosas son ciertas. Yo prefiero conjugar dos aspectos a los que me he referido antes: cuanto más se penetra en el misterio, más se penetra en el silencio; del mismo modo que, cuanto mayor es la intimidad con una persona, más espacio ocupan el silencio y la simple mirada. La oración constante contiene ambas cosas: una intimidad habitual con Dios que hace su misterio más cautivador que nunca. Entonces el monje recibe eso de que hablaba san Bruno: «la paz que el mundo ignora y el gozo en el Espíritu Santo». El gozo de la unión íntima ya no necesita demasiadas palabras. En ese estadio el silencio no exige más esfuerzos: los exige más bien para salir de él.

Este estado no es habitual. Un hermano cartujo que ha experimentado la oración constante me decía: «No somos dueños de ella». Esto quiere decir que la decisión corresponde al huésped interior, al Espíritu Santo que arrastra a un mundo en el que no se puede sino callar, como cuando se apodera de nosotros una intensa emoción. En la vida ordinaria la oración adquirirá la forma a que me refiero en un instante: se prosigue con la vida normal, pero hay algo en el interior que continúa silenciosamente unido a Aquel a quien amamos y que nos ama, una presencia amante que basta para llenarlo todo. Cuando ya no vivimos el uno con el otro, sino el uno en el otro, el que ora no es

dueño de la acción que Dios obra en él y se limita a unirse a ese misterio cuyos límites no tiene necesidad de conocer. No pide explicaciones. «Yo soy de mi amado, y mi amado es mío», dice el Cantar de los Cantares (6, 3).

—C. R. S. — Si nuestro corazón logra escapar del mundo y de sus seducciones para estar con el Señor, tendremos la gracia del silencio. Ninguno de los ruidos más degradantes y vulgares podrá envolver jamás un corazón que ha elegido a Cristo. El hombre que de verdad ama a Dios puede mantener una relación constante con lo Trascendente. El hombre que vive en el silencio con Dios podrá ayudar a atraer a las almas hacia la contemplación del Creador del mundo.

A san Agustín le atraía mucho la vida monástica. En *De moribus ecclesiae catholicae* escribe: «¿Quién, al menos, no admirará y alabará a estos hombres que desprecian y dejan los placeres del mundo, y viven en común una vida castísima y santísima, y emplean juntos su tiempo en plegarias, lecturas y conferencias? Estos hombres sin ninguna hinchazón de soberbia, sin ninguna turbación, sino siempre modestos, humildes, sufridos, ofrecen a Dios esta vida de perfecta concordia y de perpetua contemplación como un don suyo gratisimo. Ninguno posee nada como propio ni es carga para los demás. Se ocupan en trabajos manuales, que les procuran lo necesario para el alimento del cuerpo sin distraer el espíritu y el pensamiento de Dios». El mismo Plotino comprendió claramente las condiciones esenciales de la contemplación y así lo refleja en las *Enéadas*: «Para elevarse hasta esa contemplación, el alma tiene que ser digna de ella por su nobleza, debe haberse emancipado del error y hurtádose a los objetos que fascinan las miradas de las almas vulgares; tiene que haberse sumergido en un profundo recogimiento, y hacer callar, en torno a sí, no solo la agitación del cuerpo que la envuelve y el tumulto de las sensaciones, sino asimismo cuanto la rodea. Que todo enmudezca, pues: tierra, mar, aire, el mismo cielo».

—D. D. L. — Que todo enmudezca para que Dios se haga oír. Y, como le gusta decir a usted, se hace oír en el silencio. Quizá por eso los monjes siempre han apreciado tanto la oración nocturna. Ya san Antonio pasaba noches enteras en oración. El oficio nocturno es un momento central de la vida cartujana al que no renunciaremos nunca.

Se trata de un tiempo que se dedica totalmente a la oración en medio del sueño, y eso lo dota de una dimensión especial: el oficio nocturno es un don gratuito que se ofrece solo a Dios. Velando de noche, ofrecemos nuestra pobreza —que tan bien conocemos— junto con la del mundo. Las hermosas palabras de nuestros *Estatutos* cobran mayor sentido que nunca: «Separados de todos, nos unimos a todos para, en nombre de todos,

permanecer en la presencia del Dios vivo». Siempre me han gustado estas palabras del capítulo *Misión de la Orden en la Iglesia*. Mientras el mundo duerme, nosotros elegimos levantarnos para unir nuestra alabanza y nuestra intercesión a la de Cristo; para que la oración de los hombres, ese vínculo vital entre el Cielo y la tierra, no cese nunca. Cuando nos vayamos a dormir, otros –los benedictinos, los cistercienses– nos relevarán.

—*N. D.* – *¿No es el oficio nocturno el alma de la Orden cartuja, la oración que recorre toda su historia?*

—*D. D. L.* – No me atrevo a decir que sí, en el sentido de que, debido al misterio que se realiza en ella, la Eucaristía es el centro natural de nuestro día. No obstante, no cabe duda de que el oficio nocturno ocupa un lugar muy especial en nuestra vida. Su duración –de dos a tres horas todas las noches– y ese rato tan específico entre dos sueños hace que la oración nocturna siga y seguirá siendo un tiempo insustituible. Tanto si estamos distraídos como recogidos, ese rato nos configura. El canto, junto con el mero hecho de estar allí, la convierten en una oración no solo del espíritu, sino también del cuerpo.

Nuestros padres tenían en tanta estima la oración nocturna que, hasta la Revolución Francesa, cantaban de memoria toda la salmodia del oficio nocturno en medio de una oscuridad absoluta. El oficio posee una dinámica especial. Estamos juntos y estamos solos. El equilibrio de nuestra vida, hecha de soledad y de vida en común, se hace realidad en el corazón de nuestra oración en profunda unidad: el canto coral es una obra colectiva en la que nos necesitamos los unos a los otros. Pero por la noche el coro invisible nos deja solos en una atmósfera de intimidad que facilita el encuentro de corazón a corazón con Dios. Su misterio se presenta más cercano y más esquivo.

Tal y como expresan las hermosas palabras de san Agustín, unimos nuestra oración a la de Cristo: en toda la liturgia es Cristo quien «ora por nosotros como nuestro Sacerdote y ora en nosotros como nuestra cabeza. Reconozcamos en Él nuestra voz, y sepamos reconocer su voz en nosotros» (*Sal 85*, PL 37, 1081). En la iglesia solo arde con intensidad la luz de Cristo.

La Eucaristía ocupa el primer lugar: nos une a toda la Iglesia. El oficio nocturno es más bien la marca de nuestra peculiaridad: nos distingue de los hermanos que asisten al oficio pero por lo general no cantan, sino que oran en silencio en la zona más oscura de la iglesia. Así se hacen presentes los equilibrios que caracterizan la vida cartujana: vida solitaria y acción común, oración silenciosa y oración coral, monjes conversos y monjes del claustro; y yo añadiría: monjes y monjas.

Aunque se trata de un hecho poco conocido, casi desde sus orígenes la vocación cartuja la han vivido hombres y mujeres. Las monjas cartujas, nacidas tan solo cincuenta años después de la muerte de san Bruno, siguen hoy estando muy vivas: discretas y eficaces, pero no menos esenciales para la plenitud del carisma de san Bruno. También ellas, como nosotros, rezan en medio de la noche.

El alma de la Orden es la sed de Dios. Llevamos con nosotros la espera de la humanidad que, sin saberlo, cuando aspira a la paz, a la justicia y al amor, tiene sed de Dios.

Queremos responder a Dios, que tanto desea establecer una relación de amor con los hombres. «Tengo sed», dice Jesús en la Cruz.

En el silencio de la noche, en el de la celda y en el del corazón de los cartujos, presentamos a Dios la sed insaciable de los hombres, y a la humanidad la sed de Dios, participando así en la obra de Jesús, en quien se han unido para siempre ambos anhelos.

Esta es, dos mil años después, la principal y humilde ambición de la Gran Cartuja y de todos los hijos de san Bruno.

EPÍLOGO

¿Cómo podría concluir estas letras acerca de Dios y del silencio? He de reconocer humildemente que no he hecho sino balbucear ante este gran misterio. ¿Quién es capaz de hablar del silencio, y menos aún de Dios, como se merecen? Es una roca lisa y escarpada. Nos resulta imposible subirla. Nuestras manos resbalan en ella y el vértigo se apodera de nuestra inteligencia cuando esta fija en ella la mirada. Porque «¿quién podrá subir al monte del Señor? ¿Quién podrá estar en su lugar santo? El de manos inocentes y de corazón puro, el que no dirige su alma a la vanidad» (*Sal 24, 3-4*). Dios es esquivo, inaccesible, invisible. ¿Cómo vamos a atrevernos nosotros, de corazón impuro, a hablar de alguien a quien no hemos visto ni tocado?

Ante el misterio de Dios, mis sentimientos son los de san Gregorio de Nisa cuando escribe en su *Homilía sobre las bienaventuranzas*: «Lo mismo que suele acontecer al que desde la cumbre de un alto monte mira algún dilatado mar, esto mismo le sucede a mi mente cuando desde las alturas de la voz divina, como desde la cima de un monte, mira la inexplicable profundidad de su contenido. Sucede, en efecto, lo mismo que en muchos lugares marítimos, en los cuales, al contemplar un monte por el lado que mira al mar, lo vemos como cortado por la mitad y completamente liso desde su cima hasta la base, y como si su cumbre estuviera suspendida sobre el abismo; la misma impresión que causa al que mira desde tan elevada altura a lo profundo del mar, la misma sensación de vértigo experimento yo al quedar como en suspenso por la grandeza de esta afirmación del Señor: Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Dios se deja contemplar por los que tienen el corazón purificado. A Dios nadie lo ha visto jamás, dice san Juan; y Pablo confirma esta sentencia con aquellas palabras tan elevadas: A quien ningún hombre ha visto ni puede ver».

Aun así, podemos intentar hablar de Dios a partir de nuestra propia experiencia del silencio. Porque Dios se envuelve en el silencio y se destapa en el silencio interior de nuestro corazón.

En este libro he querido ilustrar cómo el silencio es uno de los principales medios que nos permiten entrar en el espíritu de la oración; el silencio nos dispone a establecer relaciones vitales y continuas con Dios. Es difícil encontrar una persona piadosa que hable mucho. Al revés: quienes poseen el espíritu de oración aman el silencio.

Desde hace tiempos inmemoriales, el silencio se ha considerado el escudo de la inocencia, la adarga contra las tentaciones y la fuente fecunda del recogimiento. El silencio facilita la oración porque despierta en nuestro corazón buenos pensamientos. Como dice san Bernardo, permite al alma pensar mejor en Dios y en las realidades del Cielo. Por esta sencilla razón todos los santos han amado ardientemente el silencio.

El primer lenguaje de Dios es el silencio. En su libro *La oración, frescor de una fuente*, santa Teresa de Calcuta afirma que «necesitamos encontrar a Dios, pero no podemos encontrarlo ni en el ruido ni en la agitación (...). Cuanto más recibimos en la oración silenciosa, más somos capaces de dar en nuestra vida activa. El silencio nos proporciona una visión nueva de todas las cosas. Necesitamos el silencio para poder acercarnos a las almas. Lo más importante no es aquello que decimos, sino aquello que Dios nos dice y lo que dice a través de nosotros. Jesús está siempre pronto a presentársenos en el silencio. En el silencio, nosotros lo escuchamos, Él habla a nuestro espíritu, y nosotros podemos escuchar su voz. En el silencio hallaremos una nueva energía y una genuina unión con Dios. Su fuerza será nuestra fuerza para poder cumplir bien nuestras tareas, y eso ocurrirá por la unión de nuestro pensamiento con el suyo, por la unión de nuestras acciones con sus acciones, por la unión de nuestra vida con su vida».

Con mis respuestas a las espléndidas preguntas de Nicolas Diat, espero haber logrado mostrar en estas páginas cómo el silencio y la oración son inseparables y se fecundan mutuamente.

Las palabras abundantes, presuntuosas, maledicentes y faltas de moderación suelen tener consecuencias desastrosas. El silencio favorece el recogimiento: siempre sufre la amenaza de las palabras fáciles y demagógicas. Una persona se puede recoger; pero, si no es capaz de controlar su lengua, su meditación no la habrá ayudado a penetrar el misterio de Dios ni a postrarse en silencio ante su trono.

Cuando abrimos la puerta de un horno, el calor se escapa. «Cuídate de la palabrería –dice san Doroteo–, porque ahuyenta los pensamientos piadosos y la meditación en Dios». Sin duda, el que no para de hablar con las criaturas difícilmente podrá hablar con Dios; y Dios, por su parte, hablará poco con él. Esto dice el Señor: «La conduciré al desierto y le hablaré al corazón» (*Os* 2, 16). «En el mucho hablar –dice el libro de los Proverbios– no faltan culpas, pero el que modera sus labios es inteligente» (*Pr* 10, 19). Santiago es categórico: «la lengua es un mundo de iniquidad» (*St* 3, 6).

«En el ruido interior no es posible recibir nada ni a nadie», recuerda con autoridad y

sabiamente el papa Francisco en la constitución apostólica *Vultum Dei quaerere*.

Sí, hay muchos pecados debidos al exceso de nuestras palabras y al hecho de escuchar con complacencia las de otros. ¡Cuántas almas se perderán el día del juicio final por no haber guardado la lengua! «El hombre deslenguado no será firme en la tierra», dice el salmista (*Sal* 139); por eso emprende mil y un caminos sin esperanza de regresar. «Quien vigila su boca, guarda su vida, quien abre demasiado sus labios, se desencaja» (*Pr* 13, 3). Y Santiago escribe: «Si alguno no peca de palabra, ese es un hombre perfecto» (*St* 3, 2). Quien guarda silencio por amor de Dios se entregará a la meditación, a la lectura espiritual y a la oración ante el Santísimo Sacramento. Dice santa María Magdalena de Pazzi que quien no ama el silencio es incapaz de apreciar las cosas de Dios: no tardará en arrojarse al gran horno de los placeres del mundo.

La virtud del silencio no significa que no debemos hablar nunca: nos invita a enmudecer cuando se carece de buenos motivos para tomar la palabra. «Hay tiempo de callar y tiempo de hablar», dice el Eclesiastés (3, 7). Refiriéndose a estas palabras, afirma san Gregorio de Nisa: «El silencio se menciona en primer lugar porque, gracias al silencio, aprendemos el arte de hablar». ¿Cuándo debe guardar silencio el cristiano que desea ser santo? ¿Cuándo debe hablar? ¿Cuándo debe recelar de las seducciones de la dictadura del ruido? Sabrá guardar silencio cuando no es necesario hablar y abrirá la boca cuando lo requiera la necesidad de caridad. San Juan Crisóstomo formula así esta regla: «Habla solamente cuando sea más útil hablar que guardar silencio».

San Arsenio, por su parte, reconoce que se ha arrepentido muchas veces de hablar, pero nunca de guardar silencio. San Efrén coincide con él e insiste: «Habla mucho con Dios y poco con los hombres».

Animo a todos los hombres a no olvidar estos pocos consejos. Si, estando tú presente, alguien emplea un lenguaje inapropiado y pecaminoso, salte de ese ambiente siempre que puedas. Si las circunstancias te obligan a quedarte, al menos baja los ojos y guarda silencio, o intenta dirigir la conversación hacia otro tema. Así tu silencio se convertirá en una protesta contra las conversaciones nauseabundas. Cuando te veas obligado a hablar, mide bien lo que tienes intención de decir: «Haz para tus palabras un peso y una balanza», afirma el libro del Eclesiástico (28, 25). San Francisco de Sales utiliza esta imagen: «Para evitar faltar al hablar, debemos tener los labios abrochados, de modo que podamos pensar lo que vamos a decir cuando nos los desabrochemos».

Ha llegado el momento de rebelarse contra la dictadura del ruido que intenta hacer

pedazos nuestro corazón y nuestra inteligencia. Una sociedad ruidosa es un triste decorado de cartón piedra, un mundo sin consistencia, una huida inmadura. Una Iglesia ruidosa acabará siendo fútil, infiel y peligrosa.

En *Vultum Dei quaerere*, el papa Francisco considera que tenemos que «liberarnos de todo aquello que es típico de la «mundanidad» para vivir la lógica del don, en particular del don del propio ser, como exigencia de respuesta al primero y único amor de vuestra vida». Estas firmes palabras del pontífice resuenan como una advertencia.

Para aprender a guardar silencio y alimentarlo de la presencia de Dios hemos de practicar la *lectio divina*, ese rato de escucha silenciosa, de contemplación y de profundo recogimiento a la luz del Espíritu. La *lectio divina* es un torrente abundante que lleva consigo todas las riquezas acumuladas por los lectores piadosos de la palabra de Dios en el transcurso de la historia de la Iglesia.

La *lectio divina* no es nunca ni únicamente una lectura personal. Se alimenta de la interpretación de quienes nos han precedido. El monje, el sacerdote y el diácono están habituados a ella gracias al oficio divino, que les permite escuchar, además del Texto Sagrado, los comentarios de los Padres de la Iglesia. A veces estos comentarios difieren mucho entre sí. A la mentalidad contemporánea le pueden parecer austeros, desconcertantes y extraños. Pero, si perseveramos en la *lectio divina* y en la escucha silenciosa de lo que el Espíritu dice a las Iglesias, nuestro esfuerzo se verá recompensado con tesoros y riquezas increíbles.

Así manifiesta su asombro Isaac de la Estrella ante los recursos inagotables del texto sagrado: «Con razón se llama a la Sabiduría de Dios fuente de los huertos y manantial de aguas vivas (cfr. *Ct* 4, 15): fuente por su caudal inagotable, y manantial por la inspiración desbordante de significados que brotan incesantemente» (*Sermón* 16, 1). Con esta misma agilidad interpretativa, obtiene del propio texto la autorización para comentarios siempre nuevos: «El Hijo de la Promesa ha mantenido vivos los manantiales excavados por su Padre y, a su vez, los ha excavado nuevos» (*Sermón* 16, 1).

La Palabra, como una presencia viva, no se separa de nosotros ni nosotros de ella. La recordamos todo el día. Nuestra memoria le da vueltas y nuestro corazón la medita. Se convierte en una fuente de agua que fluye constantemente en nuestro interior. ¿No es eso lo que le dice Jesús a la samaritana? «El que beba del agua que yo le daré no tendrá sed nunca más, sino que el agua que yo le daré se hará en él fuente de agua que salta hasta la vida eterna» (*Jn* 4, 14). La Palabra leída en silencio nos acompaña, nos ilumina y nos alimenta. «¡Cuánto amo tu ley, Señor! Es mi meditación el día entero» (*Sal* 119,

97). Amamos esa Palabra, la frecuentamos, la buscamos porque es la Presencia de Aquel que nos ama eternamente.

A través de ella, Aquel que busca mi alma está ahí. Se reúne conmigo y yo me reúno con Él. Se me revela y me revela a mí mismo.

Entonces la oración puede sumirse en el silencio: no en el silencio de la ausencia del otro o de mí mismo, que también se presenta en su momento, sino en ese silencio que sigue a la Palabra una vez que esta nos ha alcanzado.

En definitiva, Dios o nada. Porque nos basta con Dios.

CARDENAL ROBERT SARAH

BIBLIOGRAFÍA

- ACCART, Xavier: *Comprendre et vivre la liturgie*, Plon, París 2015.
- AMBROSIO DE MILÁN, San: *Explicación del símbolo. Los sacramentos. Los misterios*, Ciudad Nueva, Madrid 2005.
- AGUSTÍN DE HIPONA, San: *Obras completas II. Las confesiones*, BAC, Madrid 1986.
- BERNANOS, Georges: *Diálogo de carmelitas*, Monte Carmelo, Burgos 2006.
- Diario de un cura rural*, Encuentro, Madrid 2009.
- BÉRULLE, Pierre de: *Oeuvres de piété*, Éditions du Cerf, París 1996.
- CAMUS, Albert: *El hombre rebelde*, Alianza, Madrid 2005.
- COMASTRI, Angelo: *Quand le ciel s'ouvre: récits de conversions au XXe siècle*, Edb, Nouan-le-Fuzelier 2010.
- COMASTRI, Angelo – GAETTA, S.: *Dio scrive dritto*, San Paolo, 2012.
- DAGENS, Claude: *Saint Grégoire le Grand. Culture et expérience chrétiennes*, Cerf, París 2014.
- DIONISIO AREOPAGITA: *Teología mística*, en *Obras completas*, BAC, Madrid 1995.
- DILLARD, Victor: *Au Dieu inconnu*, Beauchesne, París 1938.
- ECKHART, MAESTRO: *Tratados y sermones*, Edhasa, Barcelona 1983.
- GREEN, Julien: *Partir antes del día*, Emecé, Buenos Aires 1964.
- GREGORIO MAGNO, San: *Regla pastoral*, Ciudad Nueva, Madrid 2002.
- GUARDINI, Romano: *Le Dieu vivant*, Artège, Perpignan 2010.

- GUILLERAND, Augustin: *Silence cartusien*, Desclée de Brouwer, París 1976.
- Voix cartusienne*, Parole et silence, Les Plans-sur-Bex 2001.
- Face à Dieu: la prière selon un chartreux*, Parole et silence, Les Plans-sur-Bex 1999.
- GUITTON, Jean: *Pablo VI secreto*, Encuentro, Madrid 2015.
- IGNACIO DE ANTIOQUÍA, San: *Cartas*, en LIGHTFOOT, J. B., *Lo mejor de los Padres Apostólicos*, Clio, Terrassa 1991.
- IGNACIO DE LOYOLA, San: *Ejercicios espirituales*, San Pablo, Madrid 2011.
- IRENEO DE LYON, San: *Contra los herejes*, Conferencia del Episcopado Mexicano, México 2000.
- ISAAC EL SIRIO: *Discours ascétiques*, en *Oeuvres spirituelles: les 86 discours ascétiques, les lettres*, Desclée de Brouwer, París 1981.
- JANKÉLÉVITCH, Vladimir: *Pensar la muerte*, FCE, Buenos Aires 2004.
- JÉRÔME (p.): *Écrits monastiques*, Sarment, Montrouge 2002.
- Oeuvres spirituelles*, Ad Solem, París 2014.
- JONAS, Hans: *El concepto de Dios después de Auschwitz*, en *Pensar sobre Dios y otros ensayos*. Herder, Barcelona 1998.
- JUAN CRISÓSTOMO, San: *Homilía sobre el cementerio y la cruz*, en *Homilías selectas. Vol. II*, Apostolado Mariano, Sevilla 1991.
- JUAN DE LA CRUZ, San: *Avisos y sentencias espirituales*, en *Obras completas*, BAC, Madrid 2005.
- *Cántico espiritual*, en *Obras completas*, BAC, Madrid 2005.
- JUAN PABLO II, San: *Carta Apostólica Orientale Lumen*, vatican.va.
- JULIANA DE NORWICH: *Libro de visiones y revelaciones*, Trotta, Madrid 2002.
- KIERKEGAARD, Soren: *Para un examen de sí mismo recomendado a este tiempo*,

Trotta, Madrid 2011.

MARIE-EUGÈNE DE L'ENFANT JÉSUS: *Quiero ver a Dios*, Ed. de Espiritualidad, Madrid 2002.

—*Au souffle de l'Esprit*, Saint-Léger productions, Chouzé-sur-Loire 2014.

MARINI, Guido: *La Liturgie: gloire de Dieu, sanctification de l'homme*, Artège, Perpignan 2013.

MERTON, Thomas: *El signo de Jonás*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2007.

MESSORI, Vittorio – RATZINGER, Joseph: *Informe sobre la fe*, BAC, Madrid 1985.

NABERT, Nathalie: *La Grande Chartreuse, au-delà du silence*, Glénat, Grenoble, 2002.

NEWMAN, Beato John Henry: *Ensayo para contribuir a una gramática del asentimiento*, Encuentro, Madrid 2011.

PASCAL, Blaise: *Pensamientos*, Valdemar, Madrid 2001.

PLOTINO: *Enéadas*, Gredos, Madrid 2001.

PORION, Jean-Baptiste: *Amour et silence*, Ad Solem, Paris 2010.

RAGUIN, Yves: *Caminos de contemplación*, Narcea, Madrid 1985.

RASSAM, Joseph: *Le Silence comme introduction à la métaphysique*, Éd. universitaires du Sud, Toulouse 1989.

RATZINGER, Joseph: *Un canto nuevo para el Señor*, Sígueme, Salamanca 2005.

—*El espíritu de la liturgia*, Cristiandad, Madrid 2007.

RUEG, Jean Gabriel: *Le Son du silence au saint désert*, Éd. du Carmel, Toulouse 2010.

SAINT-THIERRY, Guillaume de: *Carta a los hermanos de Monte Dei*, Sígueme, Salamanca 1998.

SAMUEL, P.: *Qui cherchait Théophane*, Brepols, Turnhout 1992.

SCHEEBEN, Mathias Joseph: *Los misterios del cristianismo*, Herder, Barcelona 1964.

SESBOÛÉ, Bernard: *Creer. Invitación a la fe católica para las mujeres y los hombres del siglo XXI*, San Pablo, Madrid 2000.

TERESA DE CALCUTA, Santa: *La oración. Frescor de una fuente*, PPC, Madrid 2004.

—*Jésus, celui qu'on invoque: prières et méditations pour chaque jour de l'année*, Nouvelle Cité, Bruyères-le-Châtel 1995.

TERESA DE JESÚS, Santa: *Castillo interior*, en *Obras completas*, Monte Carmelo, Burgos 2006.

TERESA DE LISIEUX, Santa: *Cartas*, Monte Carmelo, Burgos 1998.

VALÉRY, Paul: *Tel quel*, Gallimard, Paris 1996.

ZUNDEL, Maurice: *Otro modo de ver al hombre*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2003.

—*L'Humble Présence*, Sarment, Montrouge 2008.

Índice

Prológo	7
I. El silencio frente al ruido del mundo	17
II. Dios no habla, pero su voz es nítida	75
III. El silencio, el misterio y lo sagrado	102
IV. El silencio de Dios Ante el azote del mal	124
V. Como un grito en el desierto El encuentro en la Grande Chartreuse	162
Epílogo	205
Bibliografía	210